

AL

CARLOS DÍAZ

SUR



**Más allá de la OTAN de los cañones
y del Mercacomún de las mantequillas**

Carlos Díaz (1944) estudió Filosofía en Salamanca, Madrid y München (Alemania). Doctor, con Premio Extraordinario, en 1960.

Estudió igualmente Derecho y Sociología Política en Madrid, donde obtuvo los grados de Licenciado y Diplomado, respectivamente.

En 1971 logró por oposición (número 1) la cátedra de Filosofía de Instituto de Enseñanza Media, y en 1982, la de Profesor Titular de Historia de la Filosofía de la Universidad. Actual titular de Ontología e Historia de los Sistemas Filosóficos en la Universidad Complutense de Madrid.

Antiguo Presidente de los Filósofos Jóvenes de España, Redactor Jefe de la revista internacional *Communio* (sección española) y Presidente del *Instituto Emmanuel Mounier*.

Además de unos cuarenta libros publicados, ha traducido y prologado otros muchos, escrito decenas de artículos y promovido ediciones y colecciones. Dentro y fuera de España, es conocido especialmente por sus innumerables conferencias.

Esta obra se edita en Canarias, en el Sur, después de que algunas editoriales del Norte rehusaran su publicación.

EDITAN:

AYUNTAMIENTO DE AGÜIMES,
AYUNTAMIENTO DE SANTA LUCIA

CARLOS DÍAZ

AL SUR

*(MAS ALLA DE LA O.T.A.N. DE LOS CAÑONES
Y DEL MERCACOMUN DE LAS MANTEQUILLAS)*

© 1988

Carlos Díaz

Primera edición

Ayuntamientos de Agüimes y Santa Lucía

Litografía Lezcano. Las Palmas de Gran Canaria.

Depósito Legal: G.C. 50-1988.

A LOS ASIDUOS DEL CONCERTINO:

*Esperanza Alcover, Gabriel Amengual, Emilio Andreu,
María Arroyo, Angel Balbuena, Nacho Barcala, Antonio Calvo,
Fernando Colomer, Alfonso y Javier Espinosa, Paço Etxebeste,
Lourdes Fernández, Arturo García, Ernesto González, Isaac
González, Dolores Hoyos, Ana Ibarreche, Virgilio Mazuela,
José Angel Moreno, Lidia Parrilla, Antonio Puértolas, Basi
Ramírez, Jesús Rey, Argimiro Rodríguez, Santiago Sagredo,
Enrique Sánchez, Mario Sarraonaindía, Berto Teixé.*

PRELUDIO, EN FORMA DE ENTREVISTA

—Tras varios años de singladura, ¿qué ha aportado el Instituto “Emmanuel Mounier” a la sociedad española?

—Un nuevo espacio de encuentro entre creyentes y no creyentes, una propuesta común sobre la base de un planteamiento integral de la vida, una plataforma para quienes no se sienten quemados y piensan que aún cabe la esperanza.

—El personalismo nunca ha sido una corriente filosófica de masas. ¿Acaso esperan ustedes que ahora se les preste más atención?

—Quizá, pero no importa el éxito sino el testimonio; nos sabemos lejos de poder lanzar una Editorial, de encontrar espacio para una columna de opinión fija, etc.

—¿Personalismo es individualismo?

—No. Mounier habla de “personalismo comunitario” o (indistintamente) de “personalismo socialista”, refiriéndose al socialismo de su época, primera mitad de este siglo, el de Leon Blum, Jean Jaurés, Proudhon, Pelloutier, todo lo que fuera el gran movimiento obrero francés. También nosotros somos personalistas comunitarios, aunque casi nadie entre nosotros es del PSOE, precisamente por ser socialistas. Hoy sabemos que la dialéctica capital-trabajo, lejos de desaparecer, se ha metamorfoseado en

el interior de la sociedad postindustrial, que quien domina el consumo domina la economía, y quien domina la economía es el capital. Por ende, no sólo crece la explotación (fruto de la plusvalía), sino también la opresión (directamente vinculada a la consciencia). La solución no está, pues, en la maximalización del desarrollo consumista (vieja fórmula liberal) que culmina en el imperialismo como última fase del capitalismo y que hace caminar juntos consumo y subdesarrollo. Así pues, ni todos somos por igual “consumidores”, ni “Hacienda somos todos” de la misma forma, ni “todos somos trabajadores” de forma parigual: Unos más y otros menos, unos muchísimo y otros poquísimo, y otros nada. Así como toda OCU (Organización de Consumidores y Usuarios) es reaccionaria cuando sólo es OCU y no cuestiona la raíz de los precios, y toda filosofía es falsa si tan sólo es filosofía teórica, así también los economistas son aliados de los ricos cuando sólo se ocupan de organizar la economía: De lo que se trata es de organizarla en favor del orden humano reformulando una economía de rostro humano no montada sobre el imperio de la producción ni sobre el consumo, sino a la medida del hombre. Una nueva economía política, precisada del lento trabajo de lo negativo (lo cual, de suyo y por sí, no es algo “dialéctico”, es decir, producto de la ideología del marxismo dominante; puede y debe ser algo “analéctico”, corriente arriba: La liberación de los pobres es cosa de los pobres mismos). Pero no habrá una buena economía política si no es a la vez buena en el sentido ético: Aprender a producir y a distribuir precisan de una óptica de la totalidad no radicada en la cúpula, sino en la base, en el común popular, común para las maduras y para las duras (organizar la miseria puede ser tan bello como socializar la abundancia, llegado el caso). Una nueva axiología desemboca siempre en la fraternidad libre e igualitaria, y ésta a su vez en una visión federal de la existencia, movida por el trasvase de recursos según la ley de los vasos comunicantes.

—¿Todo eso no es demasiado “peligroso” para el burgués medio y para el poder?

—Todo lo que cuestiona el poderío estatal se presenta como propio de resentidos, de incultos, de malas gentes. ¿Qué podemos responder? Pretendemos ser propositivos y a la par críticos; cotidianos y a la vez intensos; áticos ateneístas en lo cultural, espartanos en lo material, y éticos en lo total. Nos gustaría ser buenos vecinos, dominar nuestra profesión y sociabilizarla. Si no se me entiende mal diría que hay que rehacer toda la Alianza Popular desde óptica autogestionaria, con un pueblo unido jamás vencible, que deje lugar preferencial a los místicos, a los poetas, y a los

aún pobres. Agradecemos a Marx su enseñanza, y no veneramos sus errores. No se puede ser buen marxista (quien lo desee) sin comenzar a ser buen libertario. Pero no se puede ser buen libertario sin perspectiva de gratuidad.

—Según usted ¿qué puede molestar al Gobierno actual en todo esto?

—Todo esto, todo lo que entraña crítica a la militarización, al Ejército-Institución, al Estado-Poder, a la Economía-liberalismo para ricos, a la Democracia de Parlamento.

—Y para usted como personalista ¿qué le preocupa en el actual estado de cosas?

—Que lo que yo deseo sea lo que rechace el poder, y viceversa. Me duele tener que decir siempre “No” al Poder, sea éste de centro-derecha o de centro-izquierda, centrados en sí mismos contra el pueblo descentrado.

—Parece como si el Estado hubiese olvidado los ideales de libertad, igualdad y fraternidad que constituyen los vértices de su triangular existencia...

—No, esos no los ha olvidado, los tiene muy presentes para hacerlos imposibles. Y si el Estado tiene en mente generar libertad-igualdad-fraternidad ¿por qué no dimite dada su impotencia? Debemos exigir la dimisión del Estado, no sólo la de sus ministros. Para ocupar su vacío sin reproducirlo es menester un tipo de hombre nuevo más solidario, generoso, culto, instruído, e imaginativo.

—Da la impresión de que usted desconfía totalmente del Estado. ¿Cree que todos los Estados son iguales?

—Como decía Orwell, en La Granja todos son animales, pero unos más que otros; empero, cuanto más presume, más carece.

—Sin embargo, y a pesar de su maximalismo, ¿no es preferible un Estado democrático, por burgués que sea, a uno totalitario?

—¿No es eso un pequeño chantaje? ¿Por qué he de elegir entre dos males, pudiendo evitarlos? Las dictaduras son tan sólo la caricatura, el reflejo álgido de la democracia, la misma que mina los puertos de países ajenos, invade la isla de Granada, provoca bélicamente a Libia, introduce la guerra en Nicaragua, todo ello y mucho más en un par de años: ¿Eso no es una Gran Dictadura? Dígase lo propio de URSS, tal vez.

—En tal caso, para usted no existen Estados mejores ni peores.

—Si uno tiene una visión personalista y comunitaria de las relaciones entre hombres y pueblos, el Estado no es lo suyo, ni suyas las “razones de Estado”.

—Pero hoy por hoy se precisan unas mediaciones políticas, y usted parece soslayar esta cuestión.

—Mediaciones, sí; pero desde la igualdad laboral y social. En la sociedad abierta, homogénea, y adulta, las mediaciones se multiplican produciendo justicia, democracia social (¡que no socialdemocracia!). En la sociedad-Estado las mediaciones aumentan la distancia entre el pueblo y sus cúpulas, tanto más distantes cuanto más mediadas. De nuevo esta pregunta da por supuesto que en el único Gran Arbol está la solución, y yo no amo sus horcas colgando de sus ramas.

—Lo que reclama ¿no es un utopismo trasnochado?

—Mira, cuando a mi me llaman, como tú lo haces ahora, utópico es que me quedo absolutamente perplejo, porque ¿habrá utopía mayor (y peor) que la de creer que este Estado que produce paro, que siembra terrores, que gasta más en guerra que en paz, algún día nos hará mejores? Si progresivamente va desmoronándose, deteriorándose; si ni siquiera es ya capaz de mantener para todos los jubilados una pensión digna; si es impotente para mantener unos niveles mínimos de afecto colectivo porque la violencia callejera todo lo impregna a pesar de las toneladas de policía por metro cuadrado; si no es apto para hacernos más cultos a pesar de los medios extraordinarios que posee para realizar una labor al efecto, como la televisión, la prensa, etc; si, en definitiva, no sabe cumplir con aquellos espacios para los que había surgido ¿no será la mala utopía la de quienes creen que ese Moloch va a cambiarlo todo hacia mejor? ¿no será trasnochado y arcaico el sueño de un Estado que produce tales monstruos? ¿Quién mira hacia el piteco, el defensor de la sociedad civil, o el del Estado?

—La utopía ¿no desvía los ojos de la realidad candente?

—Nueva andanada sobre lo mismo. Y nueva variante de un mismo libretto: Los que nos zahieren por “utópicos” son los socios y abogados del tópico, al que se aferran como un infante que no sabe caminar solo. ¡La realidad candente! Llamen al retén de bomberos.

—Cambiemos, pues, de tercio. En uno de sus últimos libros arremete de lleno contra la posmodernidad, así llamada. En esta moda cultural ¿qué queda del hombre?

—Cuando el Estado ocupa todo, el hombre no ocupa nada. Para que crezca el Estado ha de decrecer el individuo, y eso es lo actual. Los teóricos de lo posmoderno dicen que el hombre ha muerto como realidad central del cosmos, pero a la hora de la verdad la persona de carne y hueso de cada uno de los posmodernos escribe su biografía, se fotografía y retoca a carboncillo, ensaya intimidad, haciendo pasar por la puerta chica a Narciso, después de haber cerrado la puerta grande al hombre.

—Este culto a la cotidianidad ¿no implica, de alguna manera, un debi-

litamiento de los sistemas de solidaridad? ¿El regreso a un rancio solipsismo?

—De todos es conocido el desencanto en que se mueve el hombre posmoderno. Tras la supuesta muerte de Dios se anunció la supuesta muerte del hombre, y tras ellas han llegado los vientos de crisis civilizatoria en que mucho se hunde, hasta el extremo de que a las puertas del bimilenio vuelven los temores de si esto dará de sí o no dará de sí. Sinceramente, nosotros pensamos que si Dios hubiera muerto, si hubiera muerto el hombre, entonces no merecería la pena vivir. Pero porque apostamos por la vida queremos repensar qué queda todavía de las cenizas de la antropología y cómo cabría reconducirlo a un planteamiento sistemático y profundo del hombre. No alimbarar, no edulcorar, no hacernos falsas ilusiones sobre el hombre para desplegar una retórica más o menos elocuente sobre un espejismo; todo lo contrario: Asumir la parte crítica que la posmodernidad lanza contra la persona y ver qué queda después de rescatable, de recuperable, al servicio del hombre mismo. No deseamos ser sacristanes, tañidores de campanas, operantes enloquecidos; deseamos vivamente repensar los fundamentos de la crisis civilizatoria. En la historia de las ideas (y es una triste desgracia que en el momento en que vivimos, que es el momento así denominado “democrático”, España no se esté pensando a sí misma para tratar de reconciliarse) nuestro pueblo está escindido en dos culturas, la cultura “Ya” *versus* la cultura “El País”, aun dentro de un mismo marco, pero ignorándose mutuamente y dando un triste espectáculo de sectarismo y de política de campanario. Sin embargo, creemos perentorio abrirnos a una reflexión nueva sobre el hombre para dar respuestas a sus exigencias, vengan esas respuestas de donde vinieren, porque la verdad no quiere servidumbre ni adscripción a nada más que a sí misma. Tenemos, pues, sed de teoría, sabedores de que un riesgo del personalismo puede ser una buena voluntad, una buena ética, pero una mala metafísica, y eso sería intolerable porque entonces necesitaríamos al final la tutela estatolátrica de los poderes fácticos, y no sabríamos desarrollar una sociedad civil sin cúpulas, vértices, líderes, etc: Paráliticos y circuncidados por esas andaderas artificiales cada vez más férreas e inmovilizadoras, emanadas de arriba abajo (ejército, policía, etc) ¡qué poco capaces seríamos de ofrecer alternativas de vida de barrio, de vida de comunidad, de cultura! Por todo ello creemos que el posmoderno, carente de reflexión, es una hechura del Estado. Si preguntas a un progre a primera hora, le verás opinar por la antología de pensamientos del editorialista de “El País”, con el que desayuna y el que constituye su dieta única. No queremos tal dependencia. Por eso, y por último, frente a la tendencia al

desencanto controlado, a la retracción al invernadero, al consabido abstencionismo que no compromete, a la torre de marfil, nosotros consideramos que no basta con pagar a Hacienda, que esa no es nuestra única contribución, sino que tenemos otra al menos tan importante, y que consiste en unirnos coherentemente dentro de la pluralidad para desarrollar un proyecto cultural y social de sujetos éticos, basado sobre la paideia de la no-violencia activa, de la objeción de conciencia, de la reivindicación del oficio de maestro, de la asunción de áreas de trabajo desatendidas y desprestigiadas hoy. Somos, pues, militantes, y no posmodernos.

—¿Por qué se empeña Carlos Díaz en ser un filósofo corriente?

—¿Recuerdas al loco de la autopista? A toda pastilla en dirección contraria oye por radio: Loco peligroso en dirección prohibida, atención... A lo que comenta el loco: ¿Un loco solo? ¡Todos, todos!... Ese loco puedo ser yo, si es que estoy tan solo. Pero ¿un millón de moscas comiendo cacajuntas no se equivocan?, ¿hay en el filósofo corriente arriba un destado inmaduro, o en el estatista un adulto de teta? Tal vez de todo un poco; pero al que navega con el velero entre los barcos de guerra se le nota más.

—Después de un tiempo de incertidumbre, usted reafirmó sus raíces cristianas. ¿Qué opina de la relación Dios-Cultura?

—Mis raíces cristianas son débiles, por dificultades freudianas; no se tiene una vivencia cálida de la fe cuando no hay escenificación adecuada desde los orígenes. Sin embargo, creo en Dios, que es fundamento del amor, de la cultura o cultivo por excelencia, de lo mejor que pueda el hombre alumbrar.

—¿Ha sentido, en alguna ocasión, esclavizada su tarea intelectual por Dios?

—No por Dios, por mis miedos. Intelectualmente me gusta aquello de "anima naturaliter christiana". Intelectualmente no siento el más mínimo reparo en conciliar el hecho religioso con la dignidad y la libertad del hombre. Dios no es un Mañtre, como quería Bakunin. De manera que también aquí es muy lamentable la idea que la posmodernidad dice tener de Dios, más por crasa ignorancia que por desviación teológica; el siglo XXI se abre no con un clima de herejía, sino de apostasía. El posmoderno ignora el hecho religioso que combate, confundiendo las monjas y los curas que le sirvieron con la religión, lo cual es como pasar por la panadería y oler tan sólo la halitosis del panadero, sin percatarse de las hogazas recién sacadas del horno. Y si tal es el sesgo de su "análisis" del hecho religioso, tal es también el de su análisis político: No ha pasado del breviario cuando se ha dado al "Breviario de podredumbre" á la Cioran.

—Sin embargo, la Iglesia no tiene demasiados motivos para enorgullecerse de cómo ha transmitido la presencia de un Dios Padre. Los cristianos, a la vista está, se entregan a muchos falsos dioses.

—Muchos, en efecto, sedicentes cristianos viven como politeos bajo el imperio del culto a Mamona, el dinero de iniquidad, el poder, el prestigio. Pero en fin...

—Al definir al hombre como “autonomía teónoma” ¿no piensa que riza demasiado el rizo?

—Lo único que quiero significar ahí es que la autonomía humana no es prometeica, autocéntrica, clausurada en sí y sin referencia hacia el Dios Amor, sino una autonomía abierta hacia ese Dios Amor, que exige el amor al prójimo como a uno mismo. Quizá ello sea bastante fácil para las gentes lúcidamente ingenuas, y más difícil para quienes en este viejo mundo vamos tratando de estar excesivamente atentos a la sabiduría de los hombres.

Emilio Andreu

**A) DIMINUENDO:
ESTADO DE LA EUROPA DEL ESTADO**

I) MOLTO AGITATO: ESTADO DEL CAPITALISMO, CAPITALISMO DE ESTADO

I.— Europa está servida.

Ya somos europeos. *Tempo di marcia*. Según Ortega las cosas se solucionan con europeidad: “Europa, con esta palabra comienzan a terminar todos los dolores de España”. Si Ortega lo dice ¿cómo podría oponerse este aficionado? Pero, maestro Ortega, si usted viviera hoy ¿opinaría lo mismo? Tal vez; tal vez diría con F. Chabod que el europeo es mucho más que el “blanco”, pues lo que importa es la voluntad, el elemento intencional, y en tal sentido también concordaría con Husserl, quien en su tratado sobre la “Crisis de las ciencias europeas” establecía como condiciones de pertenencia a Europa la defensa de los “valores” de la democracia liberal occidental, la modernidad del Estado, y la fortaleza de las instituciones “racionales” que le flanquean. De este modo Husserl se sitúa en la línea de Hegel, para quien no son europeos ni los gitanos, ni los anarquistas, pero sí los hermanos americanos. Europa era antes Rusia, pero desde que desaparecieron los zares es otra cosa. Para ser hoy europeo hay que tener dinero o buscarlo a través del librecambio, y defenderlo con la democracia cañonera.

Unamuno, que, a pesar de no ser Ortega ni tener por qué serlo, no era tonto, se sentía más bien marginal respecto de lo antedicho, y por eso escribió: “Tengo la profunda convicción de que la verdadera y honda europeización de España, es decir, nuestra digestión de aquella parte de espí-

ritu europeo que pueda hacerse espíritu nuestro, no empezará hasta que tratemos de imponernos en el orden espiritual de Europa, de hacerles tragar lo nuestro, lo genuinamente nuestro a cambio de lo suyo, hasta que no tratemos de españolizar a Europa”. *Andante risoluto* el de Don Miguel, no hacia el exterior, sino hacia el hondón de la piel de toro; y sin embargo esa su Castilla tan ancha como la Europa es la misma tierra de moros y cristianos rivalizando en torno al pendón victorioso, azacaneada por idéntica necesidad de vencer aunque fuere sin convencer. Un mismo chauvinismo, yo del Euroclub, yo del Parajolillos club, yo de la gasolina, yo del gasógeno, localismo grande rizando el mismo rizo frente a localismo pequeño, europeos contra españoles, españoles contra europeos, una misma liguilla de ascenso.

Pero si ni don José ni don Miguel nos sirven ¿por qué no buscar la mediación en don Julián? Diccé Marías: “Hay que ver España como un país europeo, pero con la conciencia de que todos lo son a su manera; y la manera española es, por razones sumamente precisas, de extrema originalidad... España, tal vez un poco menos europea que otros países de Europa por su larga convivencia con los moros, es más europea que ningún otro. Porque, en efecto, los países europeos lo son porque ¿qué van a ser? No pueden ser otra cosa, es su condición, simplemente. En el caso de España no es así. España es europea porque lo ha querido, porque se puso tenazmente a esa carta, cuando parecía inexistente, cuando la empresa de restablecer la España perdida no tenía ni la menor probabilidad de conseguirse... Lo decisivo es que España, radicalmente europea y creadora de buena parte de sus principios, ha sido ‘transeuropea’ (como Portugal), y en ello ha residido su mayor originalidad”. Tal es la España inteligible, y la razón histórica de las dos Españas. Hay que reconocer que Marías restablece el equilibrio, pero a la vez reconduce hacia el terreno de la identidad aquello que parecía ámbito de diferencia: España y Europa empiezan por E, Exactamente igual; ambas terminan por A, Auténticamente iguales como son, tienen, por último, una P comunitaria, la búsqueda del Parlamento, que es la sede en donde se deposita la tradición logomáquica y logorreica del pueblo griego.

Comprenderá el lector aficionado a surcar otros mares, que este Pielago es demasiado estrecho para él. Todos los ríos de ese *Mare Suum* al que ellos, aficionados a una misma “cosa nostra”, llaman el *Mare Nostrum*, se nomina *Estado*.

2.— La triple “E”: Europa, España, Estado.

En su libro, de título irónico “De la maldad estatal y la soberanía popular”, se pregunta Elías Díaz un tanto a la defensiva: “¿Por qué los Estados son tan malos si los individuos son tan buenos; quién vota, por ejemplo, a gobernantes tan malvados y estúpidos; por qué incluso los Estados democráticos son tan insensibles, reaccionarios y aviesos cuando la sociedad civil es tan sana, inteligente y abierta; por qué los buenos son tan torpes y débiles para dejarse gobernar así por los malos más fuertes o más listos... Todo el mundo se autoexime de cualquier responsabilidad: El único total culpable es ‘el Estado’, es decir, los demás, los otros, en definitiva nadie”. Tengo que reconocer que este desafío me agrada, y muchos superficiales enemigos del Estado nunca se lo hacen; debo sin embargo añadir que lo que me displace es ver cómo en él se supone una cierta debilidad intelectual congénita al que después de mucha reflexión y no por capricho responde con un *Non serviam* al Estado.

Parece, en efecto, que según el Profesor Elías Díaz habría dos clases de hipócritas (o algo así) que verían todos los males en el Estado y ninguno en el individuo: Los neoliberales y los neolibertarios. El *neoliberalismo*, más “optimista”, desde la derecha negaría todo posible Estado intervencionista y previsor social con carácter progresivo y democrático; el *neolibertarismo* (¿que vocablo tan desafortunado!), más “pesimista”, desde la izquierda rechazaría todo estado para recalcar en la pura abstracción y agotarse en una visión escatológica que supondría al hombre en estado de preadamítica inocencia, tan inmaculada como en consecuencia no necesitada de instituciones mediadoras; en ese saco común de hipócritas cabrían todavía las *izquierdas de inspiración leninista* que aún postulasen la supresión y desaparición del Estado en la sociedad sin clases del futuro. Estos hipócritas serían los *culpables del monstruo*, es decir, del *político de profesión*, que haciéndose fuerte en la sinrazón de sus adversarios críticos apelaría a la “razón de Estado” para endosar todos los errores y todos los horrores y arbitrariedades a las estructuras, a las condiciones objetivas de los aparatos del Estado y de la Administración cuando el partido en el poder fuere el contrario al suyo, y que se vanagloriaría de todos los progresos sacralizándolos cuando el ocupante del poder fuere él.

Barridos ya maniqueos foráneos y monstruos domésticos haría su aparición por la pasarela el Estado Bueno aunque —eso sí— Perfectible, pues lo peor no sería el Estado, lo peor serían ciertos poderes, instituciones, y organismos que todavía toleramos en su seno, poderes que operan de manera más o menos incontrolada en torno a él. “La crítica total, indiscri-

minada y generalizada, negadora sin más del Estado, de todo Estado, pienso que lo único que logra en su aparente radicalidad es precisamente el encubrimiento y la perenne conservación de dichos ilegítimos poderes y retardatarias instituciones” (página 16). Sin embargo ¿cuáles son las razones por las que hayamos de darle al Estado aún más crédito del mucho que ya le ha concedido la humanidad? ¿Es que son todavía pocos los siglos de paciencia que hemos tenido con él? ¿Y por qué identificar el “hacia adelante” estatal con el “hacia lo mejor, hacia lo racional”? ¿Quién podría ocultar que el Estado favorece a una minoría en detrimento de muchos? ¿Cómo negar la identidad entre democracia representativa del Estado y modo de producción capitalista? Y aunque la identidad entre democracia formal y capitalismo no fuese “total” ¿no vale ya con ser “parcial”? Al menos en eso de que la democracia es “la disposición más eficaz y fiable para la perpetuación del dominio de clase capitalista” están de acuerdo Lenin primero y Reagan después, y entre ambos Claus Offe asegurando con mucha razón que la identidad entre capitalismo y estado democrático formal es tanta, que ninguno de los parlamentarios se pregunta hoy por la legitimidad de su representación. No vale alabar en abstracto las “virtudes” formales del Estado libre y demócrata, tal cosa sería presuponer (¡iusnaturalistamente!) un Estado platónico anterior al Estado real concreto, un Estado irreal dispuesto para ser imitado aunque inexistente. Al menos yo estoy con el Profesor Montero Ballesteros en que “la democracia no nos dice *nada* acerca de si lo que quiere es recto, justo”, y por mi cuenta añado que el país más demócrataformal del mundo, el que más lecciones se permite impartir al respecto es Norteamérica, y si tal es así, ¿por qué entonces pedir paciencia y correcciones tratando de realizar la cirugía plástica en un esfuerzo de dar razón a la sinrazón?

Suele ser técnica habitual de los amantes de Estado oponer el Estado Ideal a los Estados Malos, totalitarios, dictatoriales, donde no existe libertad de crítica, ni de expresión. No seré yo quien defienda al Estado Malo, aunque ya he dicho que tampoco veo que el Estado Bueno sea un angelito, ni entraré a probar lo que ya ha demostrado la psicología social, por ejemplo que en las libertades formales el pueblo no posee mayor conciencia crítica, ni está más liberado de los ideogramas propagandísticos del poder, ni alcanza tasas menores de entusiasmo consumístico respecto de los aparatos ideológicos estatales, etc.

La otra argucia argumentativa de los defensores del Estado Bueno es recurrir al consenso: Cuando quieren ahorrarse razones, cuando les entra la prisa, para justificar la relación articulada entre Libertad y Estado te hablan de *consenso*, aunque sea introduciendo un círculo vicioso, pues

hacen al consenso padre de la libertad, y a ésta madre de aquél. Por el consenso todo está O.K. Lo que en sus miembros particulares fue magma de opiniones subjetivas conviértese por no se sabe qué filtro (¿el de la libertad?) en depurada cristalización de una idea sustantiva, y entonces el consenso objetiva lo subjetivo, da lustre racional a lo fáctico, confiere genealogía a la diáspora, torna mena epistémica lo que fue ganga dóxica, y justifica el tránsito del “ser” al “deber ser”: De las razones estratégicas y de las opciones instrumentales no sólo resulta la voluntad de todos sino la voluntad general y armónica, cosa mirífica y admirabilísima, sobre todo teniendo en cuenta la magia que la produjo, pues ¿cómo fue el paso de una acción instrumental a una racionalidad axiológica? ¿qué relación hubo entre las opiniones y los valores alcanzados en coherencia con el fin perseguido? Nada soluciona el situar consenso en el Parlamento, en la calle, en la sede de los partidos políticos, en el Estado, o en el poder constituyente que le alumbró y que es la soberanía popular, pues la pregunta sigue siendo cómo se produce el paso del consenso fáctico a la racionalidad intrínseca, y a menos que se rechace tal pregunta como fruto bastardo de un confuso lexnaturalismo la cuestión sigue ahí, abierta y pendiente, mientras la ausencia de respuesta, la decepcionante y desventurada relación libertad-consenso es lo que se aporta como argumento a favor del Estado supuestamente Bueno. No me extraña, así las cosas, la fuga de Rousseau al bosque de Natura, a la vista de que él mismo no supo cómo racionalizar el paso de la Libertad al Estado, después de haberse avergonzado —con bastante lucidez— de querer justificarlo todo con el “*deus ex machina*” del consenso.

De las meras libertades formales del Estado demócrata y su consenso suele salir más bien la voz de Max Weber: “Por Estado debe entenderse un instituto político de actividad continuada, cuando y en la medida en que su cuadro administrativo mantenga con éxito la pretensión del *monopolio legítimo* de la coacción física para el mantenimiento del orden vigente”. *Parturiebat mons, nascetur minusculus mus*, o lo que es lo mismo: De las libertades en plural no sale la libertad singular del imperativo categórico, ni la libertad de la racionalidad comunicativa y responsablemente solidaria. ¿Cómo no tachar de euforia impenitente, a quien asegura como Elías Díaz que “con la libertad en la decisión difícilmente se da como resultado fáctico la opresión”? (p. 65). Pues ¿no es acaso la esencia de la libertad su posibilidad de ejercitarse contra el bien, supuesto que el Estado Bueno lo encarnase? En caso contrario, ¿de qué escuálida libertad vigilada estaríamos hablando? Quizá Elías lo sepa, pues nos dice: “¿No se puede entonces destruir libremente la libertad? Uno mismo es posible que pueda hacerlo para sí mismo, ofreciéndose a la obediencia ciega y ab-

solita de otro u otros. Un pueblo, en cambio, no puede hacerlo. Y ello porque un pueblo es algo efectivamente en cambio, en constante cambio, donde nuevos miembros, nuevos hombres y mujeres, se suman continuamente incorporándose al colectivo anterior” (pp. 66-67). Pocos comentarios cabe añadir si pueblos y hombres recorren según Elías Díaz distintas vías, si ontogénesis y filogénesis divergen como decían —lo siento— los totalitarios, y si por último el individuo no lleva dentro de sí ninguna pluralidad, ni está en constante cambio: ¿Es ésta la imagen de hombre que tienen siempre los estatalizadores, a costa de aminorar las posibilidades de los individuos? Tal parece, ratificándose el aserto de Mounier según el cual el optimismo ante el Estado entraña el pesimismo sobre el hombre.

Y si el hombre valiera tan poco ¿qué podría frente al Estado Bueno, cómo justificar el derecho a la disidencia, a la desobediencia civil? Una vez planteadas las cosas mal, el estatista no tiene sino dos opciones: *La primera*, adoptada por el Profesor González Vicén, en el sentido de que “mientras no hay un fundamento ético para la obediencia al Derecho, sí hay un fundamento ético absoluto para su desobediencia”, pues “la desobediencia al Derecho que puede imponerle a alguien su conciencia individual no tiene por qué ser sin más generalizable y justificable para otros o para todos: No se pretende la validez absoluta de ella”. De esta guisa lo desobedencial sería más digno de la persona, y más ético que lo obedencial ligado a los modos de ser colectivos y exteriores. González Vicén, F. Laporta y otros juristas, encantados con un romanticismo que privilegia injustificadamente a la negación respecto de la afirmación (que no es sino negación de la negación —dicho entre paréntesis—), no justifican en modo alguno su tesis, pues no hay razón para suponer que sea más ético desobedecer que obedecer, sobre todo pensando que hay desobediencias que matan.

La segunda opción, igualmente torcida en nuestra opinión, la representa el propio Elías Díaz al aseverar: “La obligación jurídica tiene ante todo un carácter hipotético. Uno debe obedecer si no quiere tener que asumir, o que sufrir, las consecuencias (sanciones de uno u otro tipo) que el legislador ha previsto, y puede imponer en caso de incumplimiento de la norma; y la validez de esta norma deriva de su preocupación concordante con una norma jurídica superior a ella, que a su vez no posee sino un carácter hipotético. El deber ser ético implica, en cambio, que uno mismo, cada uno, a través de su razón, su emotividad o su conciencia individual, se lo impone ya entonces casi incondicionalmente” (pp. 77-78). Pues no, según creo. Es cierto que la obligación jurídica es la propia de los imperativos hipotéticos, pero no lo es que toda norma ética sea ya

una norma *casi incondicional*. En filosofía moral, los juicios morales son categóricos o hipotéticos, pero no *casi* lo uno o lo otro. Y tal y como lo plantea Elías Díaz, sobre la base de una libertad sociológica hija de un consenso asimismo sociológico, los de ahí derivados juicios hipotéticos no pueden ser más que hipotéticos, condicionados, relativos, contingentes, circunstanciados. Faltaría a quien deseara moverse categórica o incondicionadamente un discurso teleológico-deontológico en orden a determinar qué sea bueno en sí, con independencia de las coincidencias de las mayorías fácticas. Mientras el juicio sociológico no puede pretender universalidad, el juicio categórico, sin considerarse independiente de las circunstancias de una pragmática trascendental, sí exigiría un esfuerzo mucho mayor de racionalidad axiológica. ¿Sería ello tildable de “iusnaturalismo”? Supongo que sólo sería reputable de tal por la *ignava ratio* o razón perezosa, a la que todo esfuerzo por ahondar en las cuestiones de sentido parecería sospechoso de platonismo. El Estado Bueno siempre tilda de platonismo al que le recuerda su propia idealización caricaturesca.

3.— Leviatán en zapatillas.

El Estado, decimos, no sólo se presenta como Bueno, sino que tergiversa lo ajeno para quitarse de enmedio competidores posibles; por lo demás, cree el ladrón que todos son de su condición, y antes de que aparezca la intención en el otro ya ha procurado exorcizarla. Para eso paga a dos clases de servidores, los docentes por una parte, y los militares por otra, rastro de la vieja Europa, de la que han desaparecido los *oratores*, pero continúan los *laboratores* y los *bellatores*.

Uno de los *dos aparatos* del Estado (que a lo que se ve tiende como el poder a ser hermafrodita) es el aparato ideológico, el de los intelectuales, profesionales y profesores. Según el libro de Amando de Miguel “Los intelectuales bonitos”, los intelectuales son vanidosos, poderófilos, pedantes cortesanos mantenedores de las ceremonias académicas, socialistas de cátedra bienestante, lejanos al estereotipo del sabio distraído y desinteresado y por contraposición dotados de sorprendentes virtudes empresariales, amigos del oscurecimiento —efecto krausista—, profesionales de la meditación, vanidosos, políticos a la expectativa de destino, lobos entre sí, críticos y protestatarios desde las mejores posiciones, tantos años firmantes de escritos de protesta que no sabiendo cómo continuar con el género sólo se les ocurre pedir la cárcel para sus encarceladores, pues si se les ocurriese dirigir la crítica contra sus propias organizaciones ya no serían críticos, sino rebeldes, de ahí el desinflamiento de la nómina de inte-

lectuales en las democracias. De todos ellos como agentes de transformación radical o de propulsores de una sociedad civil, olvidémosnos; olvidémos la “teoría ganadera” que hace depender la mayor o menor creatividad de una época de que dominen en ella unas buenas cabezas pensantes. El jefe del departamento reparte regalías aúlicas, adopta el papel de protector bueno, especie de Menenio Agripa estimado por su plebe y de Quinto Cincinato, dictador modelo. Para que ese zoo cuente con todos los animalitos fáltale el permanente opsicionista, pues “el narciso supremo no es el que narra su autobiografía, sino el que hace todo lo que hace para que los demás puedan algún día escribir su biografía”. (A. de Miguel: “Los Narcisos”).

Los intelectuosos, pues, no están por encima del capitalismo que les nutre, ni fuera de las universidades en que se enclasan, ni más allá del poder que les tienta. Fuera de la docencia, el intelectual se convierte en lo que le echen. Los docentes, en cualquier caso, fieles al Estado que les paga, tienden a reflejarle reproduciendo su estructura piramidal, descendente, rasgo en que coinciden con la administración y el ejército. Los más encumbrados son los catedráticos de la Universidad, pero no por eso les falta deseo de cumbre a los demás, por ejemplo a los Catedráticos de Instituto. En un informe elaborado por la Comisión de Investigación y Estudios Docentes de la Asociación Provincial de Catedráticos de Instituto de Madrid, titulado “Degradación de la Enseñanza Media Oficial y del Cuerpo de Catedráticos de Instituto” nos encontramos una jeremiada por la dignidad académica perdida, un moqueo por el agravio comparativo, y un final rasgamiento de vestiduras: “El Cuerpo (!) de Catedráticos Numerarios de Institutos Nacionales de Enseñanza Media constituye, a juicio de su Asociación provincial de Madrid, un Cuerpo Especial de la Administración civil del Estado de categoría y prestigio realmente notables, tanto por la preparación científica y experiencia pedagógica de sus componentes, como por la dedicación y eficacia con que se han venido entregando, durante los largos años de su existencia, a la elevada y compleja función educativa que les está encomendada. La titulación académica de Grado Superior que ostentan sin excepción todos sus miembros; el elevado nivel científico, unánimemente reconocido, de los ejercicios de oposición a cátedras de Instituto, único medio, desde siempre, de acceso al Cuerpo; la tarea docente e investigadora llevada a cabo por los catedráticos en ejercicio, etc, confirman nuestro juicio y justifica plenamente el que algunos hayan servido (!) a la Administración, en diversas ocasiones, ocupando los más altos cargos políticos; que sea relevante el número de dichos catedráticos miembros de las Reales Academias; que existan entre ellos destacados es-

pecialistas en los más variados campos de la investigación; y que, en fin, un elevado porcentaje de catedráticos de las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias, que se cifra en un 25%, proceda del importante 'vivero de docentes' que el Cuerpo de Catedráticos de Instituto significa para la Universidad; como consecuencia lógica de todo lo dicho, sólo ellos, juntamente con los profesores numerarios universitarios, ostentaban la denominación de catedráticos; su Cuerpo profesoral ocupaba el segundo lugar en la jerarquía administrativa de los estamentos docentes; y los directores de los Institutos de Enseñanza Media representaban la autoridad del Ministro del ramo (!) en las ciudades donde no existían Centros de Enseñanza de Grado Superior; los emolumentos percibidos por todos los conceptos por los catedráticos de Institutos han sido tradicionalmente mucho más elevados que los profesores numerarios de los restantes cuerpos docentes de Grado Medio”.

Todo lo que decíamos se condensa en el texto anterior, y la nostalgia del catedrático de instituto así lo manifiesta. La ulterior demagogia estatal y la increíble envidia del penene hicieron que el lustroso Cuerpo ahora lamentante se viniera abajo. Sin embargo, el Estado continuaba en pie, porque lejos de deshacer su sistema piramidal-faraónico, puso arriba a los penenes que estaban abajo, sin tocar un pelo de la esfinge vertical que es el propio Estado. El procedimiento fue sencillo: De los antiguos penenes (hoy desmemoriados de sus reclamaciones pasadas, toda vez que se han visto afuncionariados casi gratuitamente y de limosna) se hizo sabios sin oposición; los mismos que ayer clamaban al cielo contra los cargos vitalicios que ellos no tenían, los mismos que clamaban por la calidad de la enseñanza, se han retratado al final encima de la mesa, y ya pueden decir: “¿Te acuerdas cuando bebíamos agua?”. Ya se ha llegado a donde se iba: A caballo regalado no mirar diente, nada de reciclarse en los largos meses vacacionales; ni una referencia solidaria a otras clases paradas o hundidas, ni siquiera a las mismas de la enseñanza privada; ni un recuerdo para los jóvenes estudiantes y licenciados hoy mano sobre mano porque los neonumerarios les han desalojado al ocupar sin ciencia lo que ya desarrollaban sin conciencia; a igual trabajo (!) igual salario, a desigual trabajo desigual salario, y el que venga detrás que arree; por lo demás, las fobias se enderezan ahora contra las secretarías y los “mandos intermedios” de la Administración que teniendo menos título cobran bastante más en otros Ministerios, y así sucesivamente. ¡Estado!.

La Administración es sabedora de todo este miserabilismo del funcionariado, y lo fomenta para mantener la tensión, beneficiando más a los más cercanos a la ubre estatal. Para que un país funcione es preciso que

la máquina ideológica se encuentre bien engrasada; dentro de ella, dentro del aparato ideológico de Estado, la escuela es un elemento primordial. Suele ocurrir que en todas las partes del mundo, en todos los regímenes de cualesquiera signo, los profesores vienen a coincidir tendencial y mayoritariamente con los regímenes políticos que les dan de comer. Regímenes derribados por la oposición primordial de sus docentes serían algo insólito; maestros estilo Sócrates son raros siempre, y causan estupor.

En concreto, dentro del gremio hay profesionales especialmente generadores de ideologemas, los que cultivan las “ciencias del hombre”. Ellos simbolizan y legitiman formalmente las creencias que sus compañeros de docencia exudan de forma empírica o ingenua. Todo sea por apuntalar el discurso del poder. La administración pública, la tradición, la pereza, se confían en las ideas nacidas de las cabezas de sus “filósofos”, que ejercen su actividad por vía consuetudinaria o gerontocrática, de modo que la generación posterior remeda los programas elaborados por las generaciones anteriores, precisamente en los mismos años en que hubiera debido adoptar posturas innovadoras. Además, basta entonces con que las ramas mal conocidas por los mayores no se hallen incluidas en los programas, para que la ritual ignorancia tarde en desaparecer, ya surgidas circunstancias nuevas. Resumiendo: Que la función de la docencia va ligada a la función pública que el poder desea de ella. Parodiando a Wittgenstein podría decirse que el sentido del bachillerato queda fuera del bachillerato mismo, que el sentido de la enseñanza universitaria queda fuera de la enseñanza universitaria misma, etc, etc. Cambian los políticos, sigue la política, todo cambia, nada es. Primero se piensan las nuevas necesidades; luego el Parlamento las discute y aprueba; después se recaudan los fondos presupuestarios para hacerles frente; más tarde se llevan a la escuela; finalmente se hacen circular. Con este ciclo de irradiación, entre su ideación y su realización pasan bastantes años, y cuando se instauran en la calle las nuevas ideas, éstas han quedado obsoletas. ¡Flexibilidad estatal! Por eso quien a la hora de la verdad manda es la empresa privada, y todo el Estado no es más que una fachada pública que depende de las actividades privadas. En el Estado, la “función pública” es lo más parecido que pueda pensarse a la “mujer pública”, sus mismos hombres públicos son como tales parecidos a las mujeres públicas. El eslogan callejero así al menos lo ha exagerado: “Putas al poder, sus hijos ya lo están”. Lo que nadie negará es que los más elevados representantes de Estado cambian de política y de lo que haya que cambiar, cuando se trata de mantener la estructura vertical. Piense cada cual en lo que quiera, por ejemplo en el PSOE y en su cambio copernicano en tan sólo dos años. Y sin ir tan lejos, piense cada cual

en los altos funcionarios del Ministerio de Educación, donde, como dice Carlos Lerena, “quienes anteayer defendían la teoría del capital humano al hilo oportunístico de la transformación de la estructura ocupacional ocurrida en los años cincuenta y sesenta son los mismos que ayer promulgaban el freno a la excesiva extensión de la escolarización en los países dependientes —para los cuales podía suponer una amenazante *disfuncionalidad* política—. Y son también e igualmente por razones políticas y sociales, no economicotecnológicas, los mismos que predicán hoy la prolongación de la escolaridad —y a ser posible conteniendo el gasto público—, y ello como rentable ejercicio de reserva, y, desde luego, como medida que disfrace las altas cotas de desempleo subsecuente a la segunda gran crisis capitalista en lo que va de siglo”.

Estas últimas palabras de un catedrático de la Universidad Complutense de Madrid no son las únicas. Tampoco vienen de fuera, sino de la misma Academia que criticamos como representación del aparato ideológico del Estado, estas otras de Juan José Ruiz Rico, catedrático de Derecho Político, que transcribimos de su libro “Leviatán en zapatillas”. Cedo, pues, la palabra —gustosamente— a este “homo ironicus”, tal y como él mismo se autodefine en su crítica a la escuela como reproductora de mitologemas al servicio del poder estatal.

Vayamos primero a la forma de entenderse en Academia el *método*:

“Es una vieja tradición de la tribu científica (tanto más en las ciencias sociales; que nadie presume tanto de virtud como quien acaba de abandonar la mancebía) hacer una solemne declaración formal respecto al método. Cumplido el trámite de tomar con el dedo el agua bendita para franquearse el paso a la capilla, poco importan los verdaderos sentimientos que pueda albergar el corazón. El rito está cumplido y, ya cumplido el rito, se porta sobre el lomo el iniciático hierro que identifica a la camada. Lo más frecuente es que la invocación al método quede en mero flato conceptual. Que se confunda método con alguna de las técnicas de investigación utilizadas. O que su mención no pase de adherirse al ‘ismo’ o a la ‘ía’ más a mano, de manera que ‘renunciando a Satanás, a sus pompas y a sus obras de la escuela contraria’ se quede protegido por los santones de la tribu. Beatífica protección ésta que reparte ventajas, agradecidos pagos de los budas a quienes son su representación miniaturizada (en forma de contratos de investigación, cátedras de universidad, invitaciones a congresos o comentarios críticos) siempre que el neófito convenga en officiar de monaguillo (el contrato de monaguillaje tiene también su propio ritmo. El sacerdote se sentirá feliz viendo al mónago ascender al subdiaconado y al diaconado)” (pp. 19-20).

Y vamos ahora con el *lenguaje* de Doña Teoría, viuda alegre e insatisfecha. Atiendan al lenguaje del zoo de la ciencia:

“En Zigurat se nos entregó sin género de dudas el lenguaje especializado... porque claro, quien me dice que lo que padezco es cefalea, o que sufro una litiasis renal es un sabio escogido de los dioses que vale lo que pesa (y sobre todo el tiempo que ha empleado) en oro puro. En un hombre así se puede confiar. Seguro que se acuesta cada día con los Arcanos. No como ese estúpido que me dijo que padecía de dolor de cabeza y además tenía una piedra en el riñón” (p.p. 20-21)..

“El rifrisqui sicriti de la escuela. No importa en absoluto lo que la lengua diga. Basta con que lo diga en el idioma, cualquiera que este sea, que consiste en su restricción a un código rígido y unívoco. Ha dicho ‘sociedad’ en vez de ‘formación social’. Lo hemos pillado. Ha dicho ‘modo de producción capitalista’ en lugar de ‘sociedad capitalista’. Magnífico, definitivamente es de los nuestros. Y como lo que marca la distinción entre ‘conocimiento auténtico’ y ‘patraña ideológica’ es ser o no ser de los nuestros, diga lo que diga eso es exacto. Porque vamos a ver, ¿cómo se puede ser un buen faucaultiano si no cuela la episteme una y otra vez entre las páginas? ¿Cómo se puede ser un althusseriano consagrado si la determinación en última instancia no aparece al minuto? ¿cómo se puede ser un buen parsoniano sin llevar un par de subsistemas enrollados al cuello? El método científico reducido a insignia de solapa. Del Barça o del Madrid. De Weber o el marxismo... Al menos desde la escolástica no había ocurrido nada parecido. El ejercicio de la investigación como ceremonia litúrgica. Cuidado al equivocarse con los kiries. La investigación con frecuencia no pasa de ser un mero ejercicio en la pericia del idioma. Por lo demás, el idioma en cuestión está cerrado, contiene su propia verdad y rotundamente la confirma. Establece un control sanitario que impide la llegada de los virus. Lo que viene en otro lenguaje, por venir en otro lenguaje, es por principio falso. Y entonces, qué sentido tiene entrar en debate con lo falso. El muro de Berlín del lenguaje científico” (pp. 20-22).

Topado como hemos con Academia, he aquí su *carioquinesis*:

“Bueno, bueno, sí, muy original, pero eso después, ahora a formarse y a ocuparse de cosas que sean serias. Naturalmente que todos hemos pasado un acné parecido. Estudie usted, por ejemplo, la Ley Orgánica que regula el Consejo de Estado. De lo demás ya habrá tiempo luego... Muerto el ultrarrevopolito, al aprendiz de polito que nos queda empiezan a

lloverle los blasones: Bendiciones cum laude, becas al extranjero, publicaciones en la revista profesional que cuantifica —y lo que es peor, como virtud— la disposición hacia el tedio y el plagio a los mayores. Un día, cumplidos los tres votos de pobreza, castidad, y obediencia por tiempo indefinido, logrará otros tres votos que lo conviertan para siempre en político oficial con sede en plaza. El eufórico político en este caso comprueba que ha valido la pena su trayecto. Es ahora él quien pronuncia las palabras sagradas: Bueno, bueno, sí, muy original, pero eso después, ahora a formarse y a ocuparse de cosas que sean serias. Naturalmente que todos hemos pasado un acné parecido. Estudie usted por ejemplo la Ley Orgánica que regula el Consejo de Estado... Después de ello el político se queda descansando y así de nuevo. Pero puede ocurrir también que el político con sede en plaza —suele ocurrir con cierta frecuencia entre políticos jubilados— sienta la tentación de la minucia y la ejercite. ¿Cómo es posible que un político con sede en plaza se convierta temáticamente al juvenil desvarío? Nadie debe inquietarse, precisamente porque estaba prohibido, precisamente porque dejaba a los ultrarrevopolitos al margen o a las puertas de la calle, ejercitarse ahora en las presuntas trivialidades es como jugar un lindo juego de prestigio y poder. Toma, para que os enteréis. Ahora lo hago yo y no me pasa nada. Es el privilegio de la disidencia aceptada. Una faceta del poder, como ha dicho Murillo, consistente en lograr eludir —por ser vos quien soís, naturalmente— las sanciones que el mismo comportamiento acarrearía a los otros” (pp. 49-50).

Y, por fin, ésta es su corte o patio de monipodio:

“No se da curso en público a la aerofagia, no se miran en público los escotes de las damas casadas, un científico serio no debería ocuparse de las trivialidades. Ah ¡y por qué son trivialidades? Por qué van a ser, porque desde siempre se ha dicho. Curiosamente las normas de cortesía de la tribu propenden a la unanimidad y al consenso. Son transideológicas. Otorgan el sustantivo de político, que es lo fundamental, al que luego las preferencias ideológicas o metodológicas le irán anteponiendo apelativos. Funcionopolitos, sistemopolitos, revopolitos, puestos a erupcionar, lo hacen —de manera unánime— en privado. Los practipolitos, esa especie complementaria a la que Michels pintó con tanto tino (desde el dipopolito al político subversivo) también huyen de la desnudez de Leviatán” (p. 51).

Ellos, sin embargo, no se dan cuenta:



“El drama viene aquí. De tener tanto tiempo la cadena en el cuello, se confunde con el collar de perlas. De tener tan apretados los grilletos, se puede pensar que son pulseras... La fidelidad es el único requisito de permanencia en el rebaño (con un mínimo margen de pseudodisidencia por supuesto, que es el símbolo del poder de los popes y popes jubilados al tiempo que permite pavonearse de flexibilidad y de tolerancia)” (pp. 63-64).

Estos académicos, enemigos en su mayoría del matrimonio católico, se dan sin embargo con celo eterno a la indisolubilidad con respecto del poder, a cuyos efectos “todos los días son laborales” (p. 49), y a cuyo alrededor soplan siempre vientos de ecclesia, siendo allí pecado grave y riesgo de condenación precisamente el preguntar por la legitimidad de sus poderes, o iniciar la pregunta crítica que les saca de quicio y que reputan pregunta de derechas: “pregunta de derechas, para los iniciados, es toda pregunta a la que la izquierda no tiene respuesta convincente establecida de antemano” (p. 58) ¡La izquierda académica! ¡El Estado de izquierdas! Tiembla, Pérez, porque su fijación es la bragueta, el poder reprueba moralmente al que no se enreda en dicha bragueta como pecador contra el aceptado paradigma. Y a correr que son dos días, pasó el tiempo de la pantapolítica y llegó el de la micropolítica, “Leviatán pasa de no tener intimidad a ser tan sólo intimidad” (p. 43); “eso del aparato represivo de Estado, el imperialismo, la lucha de clases, son piezas en el museo de los más que arcaicos horrores, momias que ya no existen y que no nos deberían asustar con su leyenda. El poder, lo que se dice el poder; la desigualdad, lo que se dice la desigualdad; la explotación, lo que se dice la explotación, date cuenta y ponte á la page, está en la punta de tu nariz” (p. 43). ¡Todo el mundo idóneo, se acabó la sociología del conflicto y comenzó la orgánica! ¡Todos quietos hasta el año 2000 mientras la democracia cañonera de los EEUU defiende nuestra libertad! En la vida cotidiana, a cotidianear “todos calvos: El igualitarismo de la intrascendencia” (p. 63).

Y para los aburridos, *empirismo*. Atiéndase a esta saga:

“Empirión era un habitante de Empirland (denominada así para acreditar la segura penetración americana en el cosmos) que había llegado hasta este nuestro mundo, con un absoluto desconocimiento de su realidad pero provisto de la certeza de un método: el empirismo. Dado que Empirión también hacía sus gracias —decía, por ejemplo, “mi empirie, mi empirie” cada poco— y cayó en una tierra denominada España donde se

practicaba sin reparos el llamado trasnoche y siempre había alguien dispuesto a reirse del estigma (o la peculiaridad, o la diferencia) de cualquiera, cayó bien en la panda y enseguida lo llevaron de copas. Solicitaron whisky el primer día. Como el estigmatizado forastero difícilmente podía llegar a nuestra virilidad y nuestro aguante, se juzgó conveniente rebajarle la bebida con un líquido incoloro al que llamaban agua. Empirión sintió una dulce sensación de euforia que lo condujo a cantar 'Empiriland, tierra querida' y a la que oyó denominar borrachera. Ya en confianza, fueron la tarde siguiente a beber otro líquido, denominado en este caso wodka, al que añadieron también en esta ocasión ese líquido mágico incoloro: Empirión sintió la misma agradable sensación y hasta asistió a un curioso fenómeno óptico viendo cómo se duplicaban sus amigos. Una tercera tarde fue algo llamado ron lo que probó, naturalmente con el milagroso líquido incoloro. Y a la cuarta otra bebida que tenía el hermoso nombre, casi lascivo, de Ginebra, por supuesto con su parte de agua. Y así sucesivamente. Y todos los días sintió esa alegre sensación salvo uno en que tal vez habían cargado demasiado la dosis del líquido incoloro y, al caer en la cama, le giraban alrededor las cosas como si fuera montado en el platillo. Cuando por fin vinieron a por él los empiriones, después de despedirse a moco tendido de sus amigos (sed buenos, no hagáis guerras civiles, no sostengáis tanto tiempo a dictadores, etc) presentó su informe final: En el distante y minúsculo planeta había un maravilloso líquido incoloro que se tomaba siempre (constante) y se mezclaba con otros líquidos diversos con nombres muy bonitos (variables) y que producía una agradable sensación denominada borrachera. En Empiriland fue homenajeado por la corrección de su método que permitía establecer un conocimiento ya definitivo. Claro que antes de reinos de Empirión —hoy según parece Chairman en el Departamento de Filosofía de la Empirian University..." (pp. 26-28).

Y ahora sitúen lo anterior en este contexto, ya verán qué tal:

“En relación con otros países en donde se lee mucho más, como, por ejemplo, Gran Bretaña, el intelectual español, y en especial el intelectual conocido, tiene una relevancia social mucho mayor. Esto explica que de él se requieran posturas morales o políticas que en otras áreas culturales no despertarían el menor interés. Esto explica también que el intelectual conocido tenga la tentación perenne de no perder el contacto con la vanguardia de los tiempos, y ello por más que resulte a veces difícil o incluso imposible. En consecuencia, con frecuencia el intelectual conocido queda condenado a una actitud de trivialidad o de adopción sucesiva de postu-

ras efímeras inconsecuentes... se ha pasado con relativa rapidez de una 'cultura de resistencia' a una 'cultura narcisista'. Ello no quiere decir exactamente que se hayan cambiado los protagonistas de la cultura" (Tusell, J: "Diez años en la vida de los españoles". Ed. Plaza Janés, 1968, p. 199).

Así que los académicos nos llevan de culo con su Leviatán vestido y quedan en ridículo cuando se les desnuda; pero los de la anti-academia que con frecuencia votan a la contra por carecer de los votos académicos precisos para ser reconocidos como "alguien" en el escalafón, esos exhibicionistas son sin embargo de la misma camada que sus supuestos antónimos, componen el mismo ejército de "cabezas pensantes", los unos cohorte y división acorazada, los otros centuria y descamisada guerrilla. La misma ola con dos crestas. Entrambos provocan el suspiro y la sinrazón de los menos combativos que, al ver todo eso, y sin reñíos para trabajar con más altura, entonan el nefasto "beati mortui quia quiescunt", y entonces el Estado respira con mayor fuerza. Que no se cuente, sin embargo, con nosotros para ello. Sigamos poniéndole al desnudo no para recabar sus favores, sino para hacer sociedad civil.

II) FUGA: ESTUDIAR, CONTARLO, REPRODUCIRLO: LA EDAD OSCURA

I.— Poco allegretto.

Cada época tiene su filosofía, y cada filosofía su época; hoy no parecemos estar para las bromas de Marx, y sí para las tristezas de Nietzsche. Nos guste o no, después de Augusto Comte hemos perdido la inocencia metafísica y el candor antropológico. Hubo, en efecto, un primer estadio judeo-greco-cristiano —*teónomo*— cuyo encanto se quebró para *desencantarse/reencantarse* en un segundo estadio ya más *autónomo* que teónomo desde el Renacimiento, y finalmente estamos *más allá del desencanto y el reencanto*, en un clima de manfutismo y de desprecio de los valores que pudieran pretender presentarse como objetivos. En este estadio nada asusta. Ogros de ayer pasan hoy por hermanitas de la caridad: Marx por machista; Freud por conservador; los anarquistas por moralistas; el *progreso* por ingenuidad; la *civilización industrial* por barbarie; el *proletariado* por clase aburguesada; la *ética* por cosmética, dietética, patética o etilica; el *trabajo* por degeneración calvinista; la *política* por oficio de politos bien lucrados; la *libertad* por marca de compresas.

Sintomático es que sólo Nietzsche se salve de la quema y quede en pie como ninot indultado de la general cremá, pero no el Nietzsche constructivo y propositivo, sino el nihilista radical. Es el que da apellidos a la actual genealogía de desencantados para quien la vida se reduce al instante, y el instante a este instante.

Un espíritu de orgullo optimizador caracterizaba aún los últimos años setenta, orgullo en la razón como instrumento del hombre para el dominio de la naturaleza, optimismo por el logro de las esperanzas más queridas de la humanidad, la obtención de la mayor felicidad para el mayor número de individuos, y por la solución de los problemas de la producción. En España, a lo sumo se iba contra Franco mucho más que contra el capitalismo, cuyo fondo de perfectibilidad no parecía discutirse. ¡El progreso y la perfectibilidad capitalistas! Prenda de pésima calidad, desteñida y encogida a la primera lavada, se quedará en la mínima expresión para ser sexy con el rock del analfabestiarío (“No me interesa la pintura/Tampoco la literatura/Y mucho menos la cultura/Quiero bailar el rock’n roll/Toda la noche hasta que salga el sol”), para enrollarse con la música marchosa de “Los Peleones” y devenir por la música-disco Bosés galanes de discoteca, para olisquear del *vomitorium* al *venereum*, para culminar en la gastronomía del perrito caliente, para ponerse a todo con el cubata, para llevarlo bien con la alegría publicitada, para mantener chachi la euforia “gauau”, entre Rocío Jurado y Lola Flores, entre Julio Iglesias y Raphael, aquéllos por las patrias presentes, éstos por las pasadas.

Como dice O. González de Cardedal, mientras tanto la competitividad y no la cercanía; el optimismo superficial que silencia o relega el sufrimiento, el fracaso, la injusticia o la muerte; la sospecha como actitud fundamental en lugar de la confianza; la anulación o desconocimiento de los procesos de crecimiento sustituidos por la violencia y la precipitación; la desesperación de los espacios de aguante y espera en favor de la melancolía y el ensueño; el cese de la esfera de placer, degradado a nivel de degustación animal; la ausencia de memoria o esperanza sustituidas por el miedo a perder lo poseído; el abandono del sujeto a merced de fuerzas e ideologías que desconoce y a las que debe confiarse del todo; la seducción ante la inmediatez que genera anonimato y despersonalización; el abaratamiento de la información fácil y manipulada por las imágenes ópticas; la “polución de los ojos”, resultado de una gran oferta que resulta indiscernible, inanalizable, inintegrable críticamente por carecerse de tiempo; el almacenamiento de estímulos que bombardean publicitariamente al individuo incapaz de resolver no sólo los problemas próximos, sino de plantear los últimos; el aturdimiento que produce el poder tratando de tomar para sí espacios de naturaleza prepolítica o pospolítica; la inhibición del esfuerzo creador; la primacía de la producción y el consumo por encima de la persona; la pérdida de sensibilidad para el valor absoluto de la vida humana, todos esos caracteres y otros son el entretejido y la prosa del Estado nuestro de cada día.

Y mucha marcha; ser rico es poder viajar rápida y frecuentemente: “Consumir velocidad —dice Amando de Miguel— es la apatencia del capitalismo tardío. La adicción a los kilómetros/hora es el vicio más común, bajo distintas formas e intensidades, de los ejecutivos multinacionales, de los ciudadanos corrientes de los países ricos y también de los jóvenes marginados y supuestamente batalladores de la sociedad de consumo”. Pero ¿quién paga esos viajes? Si un hombre puede producir al año energía muscular equivalente a 40 kilos de carbón, entonces cada francés —por ejemplo— consumidor de una tonelada necesita 25 tercermundistas por año para pagar su factura. ¿Y la solidaridad internacionalista proletaria? Nula; hoy el obrero francés es un cipayo al servicio del colonizador que nada quiere con el aserto de Bernard Shaw “No contemos el dinero ganado; ya hemos perdido bastante tiempo ganándolo” y todo lo tiene en común con el “progreso” capitalista, cuya truculencia criticara Pascal: “Todo cuanto se perfecciona por progreso, por progreso parece igualmente”. Temblemos ante ese progreso, y preguntemos con Juvenal: “¿Qué infamias, qué maldades inventarán, mayores que éstas que vemos, nuevas edades?”. Ese progresismo pseudo ha conducido a la desesperación a quienes como Espronceda dicen hoy infortunadamente:

“Me gusta un cementerio
de muertos bien relleno
manando sangre y cieno
que impida el respirar;
y allí un sepulturero
de tétrica mirada
con mano despiadada
los cráneos machacar.
Me gusta la campiña
de nieve tapizada
de flores despojada
sin fruto y sin verdor
sin pájaros que canten
y sin sol que la alumbre;
que sólo se vislumbre
la Muerte en derredor”.

El capitalismo tiene, pues, su hijastra, la personalidad neurótica, híbrido de soledad y egoísmo que farfulla así: “Simplemente no me puedo quedar tranquilo cuando todo parece andar sobre ruedas. Me preocupa

no saber lo que va a pasar. Estoy preocupado porque no me preocupo lo suficiente”. En esta tierra, pues, se está lejos del mallorquín Miquel Costa i Llobera, muerto en 1922, diciendo:

“Hay en mi tierra un árbol que el corazón venera;
de cedro es su ramaje, de césped su verdor;
anida entre sus hojas perenne primavera,
y arrostra los turbiones que azotan la ribera,
añoso luchador.

No asoma por sus ramos la flor enamorada;
no va a la fuentecilla sus plantas a besar;
mas bñase en aromas su frente consagrada
y tiene por terreno la costa acantilada,
por fuente el hondo mar...

¡Arbol sublime! Enseña de vida que adivino,
la inmensidad augusta domina por doquier.
Si dura le es la tierra, celeste su destino
le encanta, y aun le sirven el trueno y torbellino
de gloria y de placer...

¡Arbol, tu suerte envidia! Sobre la tierra impura
de un ideal sagrado la cifra en ti he de ver.
Luchar, vencer constantemente, mirar desde la altura,
vivir y alimentarse de cielo y de luz pura...
¡Oh vida, oh noble ser!

¡Arriba, oh alma fuerte! Desdeña el lodo inundo
y en las austeras cumbres arraiga con afán.
Verás al pie estrellarse las olas de este mundo,
y libres como alciones sobre ese mar profundo
tus cantos volarán”.

2.— Sostenuto.

Entonces, si tal no cantan, ¿qué cantan los poetas andaluces de ahora? ¿cantan? ¿los poetas? ¿dónde los hombres? En Fuenteovejuna, todos a una presenciando el mismo festival de Eurovisión. Como en el resto de Europa, el joven hispano-nacido en la era de la “tele” y amamantado en las ubres de la loba democrática ya no tiene al comunismo por esperanza escatológica aunque le huya al paro como al diablo, ha dejado de suspirar por la libertad para acojerse a las más enanas libertades, y ha visto aumentar la diversión pero también —como decíamos— el desfondamiento interior y la dependencia de los audiovisuales. Su modelo a la derecha es el New Look Fraga sección “Nuevas Generaciones”, y su modelo a la izquierda son los “Verdes”, mezcla de progresía y parlamentarismo, rebaño corderil de pacifanáticos y cachorros de lobo compartiendo el cubil del poder. Destrógiros y levógiros giran con un mismo centro, que no es precisamente el de una civilización personalista y comunitaria. Esta podría decir con el “Gorrión solitario en el tejado” de A. Urbina: “Voy sola, pero me encantaría que alguien quisiera sentirse solo y viniera conmigo”.

Pero volvamos a lo nuestro; finalmente ante el televisor, consejo publicitario para abrir la boca: ¡Saludos en nombre de tomate frito Agapito! ¡Cocinando a raudales con frutos naturales! ¡Año tras año Orlando tomateando! Ráfaga de música-videoclip: “Olvídate de tu mal talante/y enróllete con la de adelante/fuera ese abrigo/estamos contigo/no busques temas trascendentales/aplasta tu nariz contra los cristales”. Todo el mundo en forma, y a funcionar. Veamos una sesión cualquiera de una de las muchas aulas universitarias. Silencio, se rueda. Frente a ustedes ciento cincuenta jóvenes que tres años atrás hacían COU, todos queriendo ser vanguardia, minoría rompedora, tanto que rechazan la denominación obsolescente de “élite”, ahora marca de gabardina: “¿Sabes?, dice Ana, yo creo que hacia marzo va a haber otra nueva movidilla. El otro día vi a Siniestro Total y cómo bailaba la gente, cómo vibraba enloquecida, va a haber movida. ¿Que por qué? Porque tiene que ser así, porque las cosas no se paran, porque no nos podemos quedar siempre en lo mismo”. Alrededor, alguna más o menos cresta posmoderna, ciertas uñas color fussia alternando con coletas toreras, todo muy informal, la clase guay y cutre conforme a la nueva estética, el aula más sucia que limpia, y un cierto olor a tedio. Los profes capean el temporal como pueden, muchos de ellos se han acostumbrado ya a funcionar sin función, otros tratan de adoptar aires marchosos para no morir de asco, y no faltan los que divagan in-
troitos interminables, como aquel Diego Torres de Villarroel: “En las ho-

jas inmediatas, que yo llamo introducción, pongo los motivos que me dieron la gana”. Estos últimos, siempre citando según venga a falta de pensar por cuenta propia, son como esos malos tiradores disparando a lo que sea, sin concluir nunca en nada, por temor a que decir “he llegado a la conclusión” sea tomado por los jóvenes colegas como muy mal, cuando la inconclusión es el arte, la incongruencia la mercadería, y el magisterio la abdicación.

En esta pequeña finquita de Eurolandia, antes reserva espiritual de Occidente y parte del extranjero, de lo que se trata es de bienpasarlo; desgraciado de tí si sugieres lecturas presididas por una “escala de valores”, y horror si tal escala culminare con una modesta propuesta teocéntrica al modo de la deseada por el ermitaño de Fray Luis, que “con solo Dios se compasa”, pues serías entonces tachado de meapilas dogmático y de comecocos corruptor de menores, los cuáles no tienen por qué desear el ser más bien que la nada, no la nada que anonada a lo Heidegger, sino nada de nada, la nada con guinda. Los eurojóvenes de las universidades, en efecto, incluídas las más provincianas que no son siempre las de provincias, hanle cogido el gustillo al no-ser (como antes, en la generación rebelde, le cogieron el gusto al ser-no de la protesta), y no paran de solazarse en lo nihilizante, en lo hipercrítico y en lo formalizador, de modo y manera que su mejor teoreta es aquel que planta su tienda de nada en el más lejano meteorito, se entrega al *no-future*, y vive en la arista de lo provisional con un “no/hacemos/nada,/no/amamos/nada” (V. García Bueno: “Analgésico de ausencias”). Cualquier recurso puede valer, en especial si se trata de Baudelaire, Nietzsche, Hesse, o Ciorán, para borrar el “sujeto ético” y proponer “el sujeto etílico”, yendo hacia la más desinhibida “pis-modernidad” que funde lo progre y lo retro en una misma alquimia. Esto al menos es lo que reza el efecto escénico de la “movida”, pues la verdad tiene su sede en la fragua del estómago y su corazón en las pelás, al punto de hacer buenos estos versillos de E.G. Lobo:

“ser siempre de contrario parecer
de todos los que mandan, decir mal,
y después ir con ellos a comer”.

De pasta y de espaguetis, pues, nunca bastante saciedad como decía ya el “Estudiante de Salamanca” de Espronceda: “El hombre siempre en ansias insaciable”. A la hora del papeo la primera en aparecer es la Señora Venancia del barojiano “Arbol de la ciencia”, para resignarse con un triste: “Así hemos encontrado el mundo, y así lo dejaremos”. Ya sabes, si tienes novio, Agencia Matrimonial San Antonio, y para los casos más difíciles Santa Rita.

Pero ¿y los disidentes? ¿y los críticos? Por favor, por favor, atiendan a este lúcido alumno: "No hay ningún deseo de cambiar en nuestros conspícuos disidentes estudiantiles; resulta sorprendente que ese sector, a pesar de ser el más numeroso, diga no tener nunca culpa de nada ni haber de soportar ningún sacrificio para mejorarla; además, nuestros valerosos revolucionarios se lo pasan demasiado bien en su púlpito de la disidencia como para renunciar a él, y consecuentemente al sistema que lo sostiene. Que el uso de la palabra lo monopolicen semejantes privilegiados de la disidencia (que podrían costearse sobradamente las tasas de las que tanto 'protestan' con el dinero que se gastan en el bar a lo largo del curso) convierte esa disidencia en caricatura". A ellos puede, pues, aplicárseles aquel aforismo de los áticos latinos: "Aquila non capit muscas".

Resulta sin embargo que estos, y no otros, estos universitarios son los que estamos educando en los bancos de EGB y en los pupitres de BUP; ellos son los que nuestras Señorías hemos querido que sean, tanto los docentes que se proclaman partidarios de los valores eternos con su mucho perorar sobre lo imperecedero entregándose al voraz consumo de lo fungible y al atesoramiento del dinero que en teoría no tenía importancia, como los "enseñantes" que tanto piaron sobre la "calidad de la enseñanza", devenida a los pocos lances defensa del empleo sin su correspondiente oposición y trienios suma y sigue, o sea, el privilegio de la bartola como meta, eternizando aquellos "disvalores" que se decían rechazar por anacrónicos, y así va la cosa. Caca de la misma vaca, vulgaridad de la misma noche, que nos lleva a repetir con Oscar Wilde: "Experiencia es el nombre que damos a nuestros propios errores". Viendo, empero, el rostro de esos jóvenes arrimados al banco entre la indolencia y el espanto del futuro, sentados ahí solamente porque fuera se está peor, un mínimo de honestidad debería llevarnos a todos a recordar aquello del "Qui sine peccato est vestrum primus in illam lapidem mittat". La reacción frente al mal no puede ser el maleficio, pues "si se puede arrancar un cabello a quien piense de distinto modo que nosotros, también se podrá disponer de su cabeza, porque no hay límite a la injusticia", según Diderot. La solución, pues, va por otros lados.

3.— *Grazioso, ma non troppo.*

Ustedes, que no han perdido la sintonía, saben que seguimos emitiendo por el Canal I de Eurovisión, y noticiando desde Euroagencia de Noticias. En general, y sin excederse mucho en la hipérbole, podríamos dividir a la Prensa —según mis propios Prensamientos, que son los de Pascal—, al Este en placentera por su dedicación a la prensa de la placenta, atenta siempre a los gozos carnales, y al Oeste en cardiaca, por ser proclive al anuncio de tremendismos políticos, auditorías de infarto y similares que luego quedan en agua de borrajas. Ambas empero, las del Este y las del Oeste, orientanse hacia un mismo Norte, en la medida en que subvienen a los intereses de los bien comidos y procuran alienar a los menos comidos, y tales menesteres confieren la parte del león informática (es un decir) a los seriales en sus diversas manifestaciones, seriales de primavera, de verano, de otoño, de invierno, reciclajes, reposiciones, culebrones, metamorfosis; en todo ello se hace bueno el refrán “dime de lo que presumes y te diré de lo que careces”, pues se presume (y se pone en plural) de lo serio (los seriales) y se carece de la menor seriedad para con la noticia. No es que yo tenga deseo de hablar al respecto de “prensa canallesca”, hay que ser objetivos, pues nuestro país no siempre llega tan alto al dedicarse más modestamente a la prensa de la compresa (a no confundir con la prensa comprensiva), porque los hodiernos seriales se concentran en las partes bajas, desde J.R. a Falcon Crest o al “infordoméstico” tempranero. Todos los caminos llevan a Roma, y en este caso todos los canales conducen a la misma prensa, sea en forma de Canalón para la Primera Cadena, sea en forma de Canalín para la segunda, sea en forma de Canelones o Canalillos para las Cadenas Privadas, que no nos privarán de cadenas. Ingenioso ¿eh? No tanto como la Prensa misma, pero ella además pone la nota óptica.

Prensados estamos sin aprensión cuando la noticia es infranoticia, como suele, y cuando ésto no es lo que era. El ayer Ministerio de Información y Turismo, hoy Servicio Público Centralizado gracias a la jerga administrativa, así como la hasta ayer Prensa del Movimiento, ahora presa de la movida y ya enfatizada como Medio de Comunicación Social del Estado, hanse rodeado de cierto esoterismo y hasta de magia extranatural para convertirse en Entes, por la metafísica ironía del idiolecto jurídico-administrativo; sin embargo, fueron, son, y seguirán siendo los “órganos” estatales de dominación ideológica, sin que nadie tenga la culpa de la dimensión erótica de tan siniestra sexualidad “orgánica”, hacia la que no nos sentimos especialmente “teledirigidos”, por mucho que se empecine en

ello la tele misma. El pueblo es prensado, y yo prensó que a prensar de todo, todo pasa y nada queda cuando lo suyo es prensar desaprensivamente sin cambiar la dieta comunicativa. Hoy mismo un Director General del Ente, de cuyo nombre no quiero acordarme, "Entre la Scilla de sus obligaciones hacia la ley, y la Caribdis de sus lealtades hacia aquellos a quienes debe el puesto, esgrime las cifras de audiencia como prueba irrefutable de la calidad de su gestión, argumento que resulta tan pintoresco como si el presidente del Canal de Isabel II demostrara su gestión por el número de abonados", dice J.I. Wert.

El capítulo XLIII de la Segunda Parte de "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha" aseguraba ya que "más vale el necio en su casa que el cuerdo en la ajena", y a tal se apuntan los respectivos Directores Generales que en el mundo de la tele han sido, porque parten del supuesto de que Prado del Rey y todos los prados de los reyes son suyos, son su casa, y en tal sentido resultan irrefutables, ya se sabe: Cada uno en su casa, y Calviño en la de todos. Por tanto, ¿cómo vamos a criticar nosotros, quiénes somos para tamaña osadía? Ingenuos de nosotros, que deberíamos repetir como si se tratase de una experiencia mística aunque sin serlo, al enjuiciar el Ente:

"Entreme donde no supe
y quedeme no sabiendo
toda ciencia trascendiendo".

Así que modestia judicativa ¿estamos? Quede para los regidores y muñidores de aquella Entidad el síndrome de Pigmalión, aquel artista por antonomasia apasionadamente enamorado de su obra hasta acabar por convertirla con el roce de sus manos, con sus abrazos y con sus besos, en algo real y tangible, respecto de lo cual el resto no sería más que ilusión, sombra, ficción. Prensado vas, Polonio amigo, si la estirpe de Pigmaliones no te seduce; ni siquiera te invitarán a sus entierros, cosa que por otra parte es lógica desde allí, pues lo que la tele es se refleja en sus obituarios, que siguen siendo obligada ocasión para ratificar renovada fidelidad a la causa y a los efectos. Por defenestrado y muerto profesionalmente pueda darse allí quien falte al último entierro, y por presunto heredero del sillón vacante el más cercano al furgón funerario; "en la casa", morir se convierte en macabro referendun de servicios prestados (prestados, nunca regalados), y por ello los aspirantes siguen la estela del difunto como los delfines las inmundicias del barco o la carroña los buitres. El muerto al hoyo, el vivo al bollo: Filosofía del poder a la vista. Elogios necrológicos, des-

comunalidad de epítetos laudatorios: Costa azul, Cadena Azul. El arte de la retórica obituarial es tan extenuante como cabalgar el tigre, un epíteto más o menos fúnebre puede ser decisivo cuando hasta la defunciones devienen oscuro objeto del deseo, y cuando con tan sólo retocar el pretérito imperfecto se espera obtener un futuro perfecto. ¿Cómo extrañarse de que los manipuladores de la thanatoteca no noticien seriamente la hemeoteca? Si en la “casa” se sirve a la enfermedad y al Estado que la produce, en nuestras casas no nos puede ir bien, pues tales eutanatólogos Juntacadáveres convierten en desolación y desesperanza cuanto tocan.

4.— Ancor piu calmo.

Pero como ahora se maquilla a los cadáveres y se les envuelve en papel plata, los mismos muertos que se exhiben en Televisión tienen aspecto aparentemente salutar. Con un poco de confetti, de música cibernética, y de marketing publicitario las cosas parecen distintas. ¿Que va mal el mundo? No se preocupe, que con salsa se traga. Traga, trágala, a comer que son dos días. Faltan ideales, luego vamos a devorar las “existencias” sin “esencias”.

“He visto a los dentistas —escribía Mounier en “Las certezas difíciles”— raspar en una escuela simples caries con máscaras de cirujano. Me dijeron que estarían acatarrados: ¿Todos a la vez? Hay que oír a ciertos suecos explicándote los beneficios del baño de vapor, ¿con qué estremecimiento te explican que el vapor ensancha el poro como un guante vuelto del revés, va a buscar el grano de mugre hasta el repliegue más secreto, y devuelve su virginidad a cada folículo de la piel! La cocina es, además, aquí un arte de perseguir a los microbios”. Estas palabras, escritas en 1950 a propósito de la felicidad de los suecos, parecen haber sido pensadas para la actual Hispania, en que nuestros conciudadanos se entregan a la cocina y a la domestología con redoblada neurosis luego de cuarenta años perdidos y desperdiciados alanceando judíos, masones, rojos e infrarrojos en las llanuras de nuestra asolada Quijotlandia. Lejos parecen de momento haber quedado aquellos tiempos de la fantasía del gasógeno patriótico, de la miseria real, el estraperlismo oficial, y el analfabetismo visceral; pero ¿estamos más cerca de la felicidad? ¿hemos suprimido las enfermedades de la miseria al suprimir la miseria? ¿no hemos recidivado enfermedades de desesperanza con el alibi de la bonanza? Terminadas nuestras guerras obsidionales y los interminables asedios ¿no se ha presentado un nue

vo ataque de paz superficial, producto de las digestiones satisfechas y las mediocridades ociosas, asiduas de café y comentarios más o menos divertidos ante los que uno se pregunta si no será tonto negocio haber cambiado un San Sulpicio por otro, quitar el tomismo y poner facultades de teología de laicidad, iconos descoloridos, eclesiolas-conventículos, doctrinas de romo compromiso? Verdaderamente, en nuestra nueva Suecia, incapaz de acabar con los macrobios aunque persiga a los microbios, podría repetirse con Diógenes el Cínico: Me encuentro con mucha gente, pero con pocas personas; con estupendos muchachos, pero con ningún hombre. Al fin y al cabo no corren ya vientos del pueblo sino tormentas de abundancia, y éstas también tienen su precio: Para alimentar a la vaca de Elgorriaga sus pastores existen sin razón, se prolongan por su debilidad, mueren por consunción, y se estrellan en la desesperanza. Es la filosofía y el precio de la hora extra, cuando la hubo.

Los resultados no han sido muy brillantes, ni siquiera entre las que pensaban ser mejores familias, “en ciertos ambientes se ha creído durante mucho tiempo que el mal principal de nuestra época era la disminución del número de cristianos; se olvidaba un mal menor, el aumento incesante del número de mediocres”, decía Emmanuel Mounier en “La esperanza de los desesperanzados”. También la mediocridad puebla las iglesias, con sus aires acondicionados, sus bancos de buen pino, y sus microbios satisfechos, a la búsqueda de la aponía o ausencia de dolor físico, y de la *ataraxía* o eliminación del dolor psíquico, convertidas así dichas iglesias en cuadrafármacos, y los fieles en aquella Guindilla de “El Camino” delibesiano:

—Don José, no sé si me podrá absolver usted. Ayer domingo leí un libro pecaminoso que hablaba de las religiones en Inglaterra. Los protestantes están allí en franca mayoría. ¿Cree usted, don José, que si yo hubiera nacido en Inglaterra hubiera nacido protestante?

—No sería difícil, hija.

—Entonces me acuso, padre, de que podría ser protestante de haber nacido en Inglaterra.”

Suecia: *Hedonè tês gastrós*, la felicidad en el estómago. Pero de hipochondria también se muere. Se muere de muchas felicidades sin felicidad, se muere de un ataque de vacío o de una despedida a la sueca. Aquel famoso grito desgarrado es la antítesis de la Suecia que ya no grita. Sin embargo, nuestros son todos los gritos, desde el grito primario de que habla Arthur Janov hasta el del último sufriente del mundo. Si el ciudadano griego ya no sabe gritar, malo; necesita la gritoterapia con urgencia. Po-

ner en un grito todos los gritos del mundo, lanzar una internacional del grito, es la condición primera de la salud, así que gritemos antes de que sea tarde, gritemos antes de que nos acomoden en la celda insonorizada del bienestar aislante y aséptico, antes de que esterilicen nuestra capacidad de amar so pretexto de liofilizarla e higienizarla según las reglas estabularias de las levas edilicias. Si se quiere esperar con esperanza activa reivindicemos el derecho a la infelicidad, antes de que un acceso de succulenta redondez nos golpee mortalmente.

¡Cuán gritan esos malditos!, decía Jardiel Poncela. Hoy los desencantados ya no gritan. La “Luna de Madrid”, ese periódico tan posperiódico por el momento, recuerda relamiéndose aquello del Génesis 1,2: “La tierra era caos, confusión, oscuridad por encima del abismo”. Para aminorar el aburrimiento puéblase de rumores, recelos, y regüeldos el caos, ya lo dice Joaquín Sabina: “Yo me mantengo del vértigo y desde que salí de mi pueblo no he parado porque mi estabilidad es mi inestabilidad”. Sin embargo usted apoyó a los socialistas: “Fue una cosa aristotélica rarísima, que consistió en dividirme en dos: Como hombre público apoyaba a los socialistas y como hombre privado no voté”. ¿No es éso cultivar la estética del fracaso? “La posmodernidad lo ha puesto de moda, pero se trata de un fracaso frío y nada pasional; más bien un desdén... De todas formas, a mí todo eso del lujo y de ir a sitios caros me encanta”. Kantar le enkanta, el resto le desencanta al personal: “A mí me puede dejar mi mujer, puedo perder medio kilo al póker, me pueden decir que tengo cáncer de pulmón, pero si al día siguiente me monto en la furgoneta porque hay que cantar en Oviedo, se me pasa todo”. En Suecia se vive al día y se hacen las necesidades sobre la marcha, como Camilo José de Cela en su “Nuevo Viaje a la Alcarria”: “El viajero, ante tamaña orfandad, ante tan metafísica solicitud, se pone en cuclillas sobre tres nociones abstractas, el infinito, la necesidad y la impunidad, y freza con tanta alegría del cuerpo como paz del alma y tranquilidad de la conciencia porque sabe bien que la zulla de gallego no contamina puesto que es biodegradable”. Ni Cela ni los demás parecen estar ya para trotes metafísicos, porque ya la libertad de “Selibre” simplemente no traspasa, no se mueve, y no se hace notar. ¿A qué santo andarse con muermos? Nada de “pienso luego existo”, más bien si te he visto te desvisto. El personal no anda preguntándose por Empédocles aunque se encuentre desempedocleado, ni por Kant pese al desencanto, ni por la Falange aun cuando se mueva en la unidad de despido en lo universal, ni por la explotación del hombre por el hombre mientras ve cómo se mueven los acaparadores y descansan los acaparados. Del No-Do a la Na-Da, tras haber claudicado ante la espada de la

Unan y de la Otan; de las amarillentas pancartas agresivas contra la patronal, a los regresivos Pancartas moviendo el bigote para dar el pego como los infanzones de la literatura picaresca, algunos han cejado en su búsqueda ultrapirenaica y, ya lograda la homologación con Europa, se han vuelto ultracirenaicos, al menos en lo tocante al comérselo todo, todito, todo. Pero ¿el P-C? Otrora Partido Comunista, agora Personal Computer, tras agora P C n-l (new look), o sea ex m-l. En fin, cariño ¿qué harías tú ante un ataque preventivo de la URSS, un suponer? ¿Te amistarías con Demócrito el atómico para más proximidad con los de la bomba?

La “onda rota” se impone, vuelven los huevos de antes pero con tres yemas, los obreros defienden tecnología punta para chip multiojivas, en la Planta Obrera de El Corte Inglés se viste la burguesía, y el oráculo Manuel Vicent afirma que “hoy en Madrid está en alza la posmodernidad, re-encuentrar el infierno clásico, vestirse de fascista de seda”. ¿Generación degenerada? ¿depredadores prensadores? Esta New Spain de Espronceda irracionaliza; en ella “La razón es un tormento/y vale más delirar/sin juicio que el sentimiento/cuerdamente analizar”. Irracionalidad de irracionalidades y todo irracionalidad, el monsieur Baudrillard en su no menos aladrillado “Cultura y simulacro” asegura que la muerte de lo social es el origen del socialismo: ¿también la de las armas el origen del armamentismo? Y mientras aburrimento IVA y venía, politicaciquismo tremens muchisimum, hastius profundus, semáforos devenidos polos de desarrollo del pañuelo celuloide, euromendigos con puestos callejeros de tabaco, ignorados desde Estrasburgo pues “me daba mala espina que tuviera que interesarse tanto por las chabolas, cada cual con su cadacual y clás con clás (Luis Martín Santos: “Tiempo de Silencio”). Demencia: Donde no hay mata no hay patata.

Demencia. En su *Calígula* dice Camus: “Este mundo, tal como está hecho es insoportable, por eso necesito la luna o la dicha, algo quizá *demente*, pero que no sea de este mundo”. O sea, sálvese quien pueda, abandonando a su suerte los restos del naufragio toda vez que la travesía fracasó. Tras el 1984 de Orwell el cantante *Loquillo*, de inequívoca vocación demencial, asegura querer tan sólo un camión para ser feliz; *Objetivo Birmania* sitúa la felicidad al borde del mar; los *Hombres G* cantan: “Vamos juntos hasta Italia, quiero comprarme un jersey a rayas”, la hinchada del *Estudiantes*, apodada “La Demencia”, rivaliza en disparatar entre canasta y canasta, y Reagan, sobre el cadáver del tercer mundo, sale eufórico de la reunión de Tokio con los ocho países más ricos.

Junto a esta *demencia entregada* ábrese paso una *demencia hermética* que pega fuerte entre los poco formados y deseosos de refugiarse en el jar-

dincito iniciático del guru: “El Instituto Filosófico Hermético mantiene sus puertas abiertas, pero no admite a cualquiera, sino solamente a personas de sincera inquietud espiritual, libre de prejuicios, mitificaciones y supersticiones”. O sea, la demenscuadratura del círculo: Tenemos para usted el maravilloso crecepelos filosóficohermético, aunque la filosofía tenga más de racionalidad que de hermetismo; tenemos para usted un instituto abierto pero donde no se admite a cualquiera, curiosa apertura; tenemos para usted los arcanos del saber, pero sólo si abandona las viejas sapiencias para pasarse a las nuestras, que por ser nuestras son mejores y sólo por eso. Pero sigamos: “El hermetismo niega al hombre la posibilidad de un verdadero conocimiento, a no ser que modifique y afine su instrumento mental. En su estado ordinario de conciencia, el sujeto apenas llega a un pseudo conocimiento y al desarrollo de una inteligencia atrofiada. Esto solamente puede realizarse dentro de una escuela concebida especialmente para este fin bajo la dirección de personas que se encuentran en condiciones de trascender el bajo nivel de conciencia que le es común al género humano”. Tiembla, pues, bajo género humano ante directores que te llevarán al matadero; si eres tan miserable ¿podrán sus líderes superar el origen humano, o vendrán de otras galaxias? ¿reencarnan a Supermán para sanar a los inframanes? ¿qué iluminación venida de Hermes Trismegisto o de Thoth les favorecerá especialmente? Ah, el caso es que la demencia vende hasta por correo: “Somos una sociedad secreta iniciática que imparte a sus socios instrucciones personales y por correspondencia que permiten el desarrollo de sus facultades latentes” ¡Ese Bachillerato mal hecho, vean ustedes lo que propicia!: “Somos una oportunidad a través de la cual usted podría vencer la mediocridad y lograr elevarse por sobre el común de los hombres formando parte de la cadena mental del instituto, al ingresar consciente e inteligentemente en un colectivo mental de orden superior” ¡Ay, humanidad, humanidad! ¿Tanto evolucionar tecnicocientíficamente para tamaña demencia? Camus, en fin, no es al respecto el mejor consejero. *La demencia no se supera con el tuteo a la razón*. Lo explicamos.

En aquella casi olvidada *La Gaviota* Fernán Caballero escribe:

“—Mamá, dame un bizcocho— dijo con media lengua el niño. ¿Qué es eso de tutear a su madre, señor renacuajo? —dijo el general— no se dice así, se dice: Madre, ¿quiere usted hacer el favor de darme un bizcocho?”

El niño se echó a llorar al oír la voz áspera de su tío. La madre le dió un bizcocho a hurtadillas sin que el general lo viese. Es tan chico —observó la marquesa— que todavía no sabe distinguir entre el tú y el usted.

Si no lo sabe —replicó el general— se le enseña.

Pero tío, yo quiero que mis hijos me tuteen —dijo la marquesa—.

¡Cómo, sobrina! —exclamó el general— ¿también quieres entrar tú en esa moda que nos viene de Francia, como todas las que corrompen las costumbres?

Sí, sobrina; como todo lo que contribuye a disminuir el respeto, sea lo que fuere. Por eso me gustaba la antigua costumbre de los grandes de España, que exigían el tratamiento de excelencia a sus hijos.”

¿Diálogo anacrónico? Todavía conocí yo a un director de instituto que en el año 72 a los escasos numerarios nos *voseaba*, a los penenes les *usteaba*, a los alumnos les *tuteaba*, y a los de arribísima les *vuecencieaba*, *ilustrisi-meaba* y *suseñoríaba*, complicado ejercicio de sutileza lingüística para graduar los niveles mil. Una década después, empero, los alumnos te *trotean* (Tuteo con tío incluido): Hácenme así hermano de su padre o madre cuantas veces haga falta, y no es que me vean como portento de la naturaleza, un tío extraordinario, nada de eso, soy lisa y llanamente un tío, un genérico asígnico que sirve de entradilla para el común, pues luego vendrán los tíos legales, los ilegales, los macarras, los muermos, los cachondos, etc. ¡Ah, cuándo volverán las oscuras golondrinas del multiapelativo, no para marcar diferencias de escalafón sino para dar sentido a la enorme variedad de formas de relación! ¿O habrá que prescindir de aumentativos, diminutivos, infinitos simples e infinitivos yusivos, apelativos irónicos y variables relacionales? Sin nostalgia, creo con la tradición personalista que la comunicación se da entre un *yo* y un *tú* en un *nosotros* y que, como asegura Paul Ricoeur, “para hacerme persona necesito una existencia que se constata, una presencia con la que se entre en relación de comprensión mutua, de intercambio, de trabajo, de sociedad”: El *tú* no se construye. Creo más: Creo que la auténtica relación aspira al *tu quoque*, pero ¿no será necesario el *usted* como *vía pedagógica hacia el tú*, en muchas ocasiones? La verdad es que me parece una horterada de tamaño natural eso de que el profesor Marichal envíe a “El País” un artículo sobre don Américo Castro, y los redactores demo-memócratas le afeiten el don del don, ciscándose en todo, y en este caso haciendo supuestas Américas a costa de don Américo. Ni hermetismo, ni tanto destape. No se juega impunemente con la razón, que es un don.

5.— La Edad Oscura: Moderato disminuyendo.

Una Edad se vuelve oscura cuando se le retiran los dones. O cuando sólo tiene lágrimas para unos y meras risas para otros; una Edad es clara cuando distribuye adecuadamente tribulaciones y gozos. La Edad Oscura, empero, ríe por los países del Norte y llora por los del Sur (aunque en EEUU más de 60 millones de analfabetos —la cuarta parte de sus habitantes— sitúan a tan norteña nación al borde del sur, según la UNESCO, que la pone en el puesto 49 en el ranking de analfabetismo, ojo). Mario Benedetti (“El País”, 31.8.1986) se preguntaba quiénes lloran para que otros rían, respondiendo: “EEUU posee casi el 50% de la riqueza del mundo, pero sólo el 6,3% de su población. Porcentajes así no son fruslerías ni se logran con el mínimo esfuerzo ni con un altruismo congénito; es preciso pisotear muchos derechos, muchos pueblos; es necesario vulnerar innumerables fronteras; conspirar contra muchos líderes del Tercer Mundo; matar o hacer matar a muchos de ellos; crear en todo el mundo mercados cautivos; conceder cuantiosos créditos a las dictaduras antiguas y acoger, en cambio, a las democracias no serviles”. Tal diplomacia tiene el aire de familia del Cordovilla, popular personaje santanderino dotado con el don de la “oportunidad”, pues en toda desgracia hallábase presente, lo que movió a un periódico local a pedir su comparecencia previa con el fin de evitar las tragedias.

Toda Edad Oscura practica desde el Norte el “Jure Burgos, pues Toledo jurará cuando yo lo mande”. Cuartel y camastro es lo suyo, aunque tampoco le hace ascos a las urnas nuevas. Para la voracidad carroñera de la Edad Oscura, lo otro es carne de cañón, de catre, de revolución, de pecado, de cama fuera de horario, de lujuria, sólo el sex-appeal cuenta dejando a su paso regueros de baba admirativa, incluida la emanada de la erótica del poder siempre atenta a estrechar con intensidad la mano del vilipendiado presidente, de turno (morisma y sovieta men practican al efecto un mismo erotismo). El caso es que Eros pille arriba, remando en barquichuelo sin calado y por ríos limitados, pero no como el poeta épico que según Horacio navega en gran navío y por ancho mar; que pille al menos en la cuatritomía que convierte en archiduques y archiduquesas del espectáculo. Edad Oscura, *jet society* al canto. Como dice Aquilino Duque, mientras Carlos III repoblaba Sierra Morena con alemanes pobres, nosotros repoblamos la Costa del Sol con alemanes ricos y síndrome de sinatrzo: Dos millones por minuto durante dos horas para el sin-Atra. Mal le irá a una Edad que para superar la precedente la agranda trocando el acero toledano de las espadas de hidalgo por acero de navaja de pícaro

fraguado en Albacete, *Jet society* emética que muchos presentan como el invento moro o el último grito para cursar latinidad, mar de gluteófilos y de ídolos feminoides y efébricos que pasan por el futuro del futuro. ¿Es eso realmente el futuro? Como dice el aquilino Aquilino Duque, cuando la libertad es el derecho a ponerse a cuatro patas la columna vertebral es un estorbo, imperando entonces la mera voluptuosidad de las exhuberancias cárnicas, de las que Donoso Cortés hubiera dicho de nuevo: “Aparté la vista con horror y el estómago con asco”.

La Edad Oscura, empero, es la gran oportunidad del *burgués*, de la gente guapa (*beautiful people*); con sus risitas y sus anhelitos guay estas neopaganías realzan bisoñamente los viejos modelos ye-ye, en tanto las calles rezuman la pringue de parados, mendicantes y famélicos. Resumiendo, que la ridente minoría feliz incluye desencanto, demencia, tuteo, y —sobre todo— sumisión; de ella salen los *laudatores temporis* (Tácito), los aduladores del presente, esa casta de Angel Siseñor reproducida ectoplasmáticamente en millares de hermanitos clónicos para colmar de zureos a los pudientes, casta de dobermans al servicio de los de arriba. Corregidores, golillas, covachuelistas oficiales de las Secretarías de Despacho, todos repiten con Sancho a cambio de la lenteja: “Pero señor ¿cuándo viene mi ínsula? Primero hay que “sentar las bases del diálogo” (sobre los pueblos del sur), luego tienen que venir las “rondas de negociaciones” (esta ronda por mí, esta por ti), después amenazas con “abrir las páginas de la historia” (siempre la misma “Sesión de las páginas”), y entre medias tomar medidas (sastres), dar carpetazos (de-sastres), y al final la misma manga por hombro. Todo esto “capítulo por si merece”, con el célebre don Diego de Rabadán al frente de una cohorte entera de coplistas, madrigaleros, anacreónticos y elegíacos que según don Ramón de Mesonero “con el sólo auxilio de una consonante improvisan cuartetas, décimas y quintillas”. La radesca vive para “entonar églogas, idilios y madrigales al son del cáramo pastoril; coronar la cabeza de pámpanos para prorrumpir en anacreónticos y cantinelas; de hiedra y de ciprés para salmodiar fúnebres elegías y endechas”; desde entonces hasta ahora el sumiso panegirista, hombre de cortos alcances y continente vulgar, no ha hecho más que redoblar las libaciones de su macarrónico rabel chorreando acrósticos y rimas fáciles, a riesgo de volverse la devoción contra el devoto lo mismo que contra aquel corregidor de José Bonaparte, que hizo el ridículo cuando, presentado su propio hijo vestido con el uniforme bonapartista de la Guardia Cívica, respondió al “Oh, bravo, bravo, enfan! ¿E per qué tienes tú questa espada?” del francés con un seco: “Para matar franceses”. O, en todo caso, a riesgo de no recibir más que el galardón de la Orden de la Be-

renjena para los servicios prestados. En fin, el *grummus merdae* es mal común en la actual democracia cuya sabiduría gnómica se expresa en apotegmas serviles, con orgía pero sin energía.

El burgués no es ya patrimonio de una clase, sino fiebre de una misma enfermedad. Txiki Benegas dice desenfadado que “un socialista puede navegar en yate, pero no enseñarlo” (“Cambio 16” 8.9.1986), y el que más y el que menos verborreiza con una ética pública, para choricear en privado cualquier desodorante o pijama del supermercado. Pero siempre arriba, eso sí: “Miguel Boyer ha hecho las tres cosas que desearían hacer todos los de izquierda: Cambiar de mujer, cambiar de opinión, cambiar de trabajo”, afirma X. Domingo. Lema burgués: “Haz lo que quieras siempre que puedas hacerlo”. Siempre arriba, insistimos, nueva forma del “arriba España”, porque España siempre ha sido de ellos. Por una especie de entropía de las ideas abren una sede orientalista en Katmandú y otra occidentalista en California, a la hora de la verdad Sancho son tres: Sancho el Bravo de jóvenes, Sancho el Fuerte de adultos, Sancho Panza de viejos, pero siempre el mismo Sancho “así ensillaba el rocín como tomaba la podadera.”

De la cruz a la firma el burgués tiene fobia al corrimiento hacia el rojo del espectro: El burgués comunista deviene burgués socialista; éste se convierte en burgués socialdemócrata; éste pasa a liberal burgués; éste se hace capitalista burgués; y de nuevo éste burgués comunista. Como aseguraba Buffon, “el estilo es el hombre”. Continuamente las mismas páginas de la prensa rosa. “Remember them, phone home” (Sinatra sólo pide en su contrato un piano afinado, agua mineral y un teléfono para preguntar por el perro); si no fuera rodeada de ternura, ¿cómo podría vivir esta gente, acostumbrada a la promoción de felicidades tipo *happy birthday to you?* Esto es bovarismo; con la Madame Bovary de Flaubert el burgués imagina, actúa y piensa conforme a deseo emasculante, aunque lo lleve siempre entre piernas. Sin ira: Va contra notarios, registradores de la propiedad, agentes de bolsa, pilotos, soldados que sueñan con el bastón de mariscal, jubilados que se dejan la miseria en las máquinas tragaperras, administrativos aquejados de *invidia democrática* y en general contra quienes no quieren la travesía a pie enjuto mientras critican al *tour operator*.

Claro que todo se explica; apenas el uno por ciento de los españoles tiene —según estadísticas— “ideología política”, prueba enésima de que a mayor escolarización menor sistema de ideas y más numerosa mano de obra cualificada, de ahí el voto hoy por Felipe, mañana por Suárez, etc. En efecto, todo parece dispuesto para probar la tesis del “crepúsculo de

las ideologías”. Partidos irreconciliables aminoran ya sus fobias; dictadores proletarios ceden ante demócratas pluralistas, opciones de clase desaparecen ante el común “humanismo social de mercado”, el capitalismo deviene moda y moneda común, la revolución es arrinconada por la urna, imperan sesudos acuerdos y pactos, el radicalismo se anula para propiciar moderación y atenuación de eslóganes o programas, los lenguajes destierran palabras fuertes, y en occidente más que liberales y socialistas hay dos alas de idéntica socialdemocracia; en suma, que Montescos y Capuletos conciben la “alternativa” como alternancia en el sillón de los virus anales-mortales (el poder, cuestión de retroviración). Esta situación, antes sarcastizada por los rojos al uso, fue preanunciada con regocijo por el ultraconservador Fernández de la Mora: “En las sociedades desarrolladas acontece con las ideologías políticas lo mismo que con la mitología olímpica en la madurez de Roma: Que los creyentes son cada vez menos y más tibios”. Las ideologías, pues, al archivo de las curiosidades politológicas, tesis que fácticamente aceptan hoy quienes trocan panas con olor vacuno de antes por sedas y alfombras ahora; la psicología evolutiva sabe que los inmaduros juegan de niños a la revolución, comercian con ella cuando adultos, y la domestican y satelizan cuando están acabados: Al fin y al cabo algo queda, la hipocresía es el homenaje que el vicio rinde a la virtud: A la postre los hombres luchan por el poder y para obtenerlo utilizan expresiones como “socialismo”, “capitalismo”, etc.

Lo malo es que entonces entra el ultraconservador con su particular rebaja: ¿Véis?, dice, sólo vale la Ley Pareto: Únicamente el aumento de la producción resolverá el problema del pauperismo social; los sistemas socialistas cambian ideológicamente el orden natural de las cosas, pero el egoísmo inteligente es más provechoso que el altruismo socialista generador de miseria y dolor. ¿Entonces? Estos ultras que atacan el materialismo filosófico a la hora de la verdad defienden el materialismo económico, y quieren con Durkheim considerar a los hechos sociales como “cosas” (como Obras Públicas). De ahí la coda lamentable de Fernández de la Mora, pasando del sueño hegeliano del Estado ético a la pesadilla del Estado de Obras: “A veces —dice— en sociedades relativamente desarrolladas, como el fraterno Portugal, se producen episódicas *erupciones* (!) ideológicas con el enorme costo social que tales *regresiones* (!) entrañan... Los avances mayores se producen en los países más desideologizados como Japón, y los retrocesos más intensos acaecen en las sociedades hiperideologizadas como Nicaragua.”

Cierto, empero, que la Edad Oscura se sirve de Gobiernos que, como el don Hermógenes de la “Comedia Nueva”, hablan en griego para mayor

claridad interior a fin de hacer reinar la oscuridad exterior, y no lo es menos que tanto los poderes absolutos corrompidos absolutamente, como los democráticos democráticamente corrompidos, se parecen entre sí como los liberales de Cádiz a sus enemigos los de Madrid y por eso se merecen volver a ser enviados a la cárcel juntos para ser igualados definitivamente, como ya hiciera Fernando VII.

Tampoco del poder abajo parece el pueblo dispuesto a introducir demasiada claridad en la historia, ya que la filosofía del “yendo yo caliente ríase la gente” a todos hermana, aunque hasta cierto punto pues si bien todos somos iguales, unos lo somos más que otros y no hay que ceder a la fácil insinuación que el poder insemna en las masas para hacerlas creer que Sierra Morena somos todos, ellos y nosotros; quienes agarran la sartén por el mango de las viejas representaciones cratomórficas presentan la figura humana o divina como salida del poder mismo. Hechas, empero, estas salvedades, concedamos: También el pueblo porta la máscara del Jano capitalista, no hay en las capas populares pluralismo sino pluriformidad, y ya Baudelaire había asegurado que la cópula es el lirismo del populacho; en materia estética al menos, la Reina María Cristina impuso en su España el “azul Cristina”, como Lady Di la ladydimanía en Inglaterra; el pueblo fácil tan pronto entona el *Trágala* al destemplado tono de ¡Viva Riego!, como canta *La Pitita* o el *Vivan Las Caenas*, unas veces es el *Himno de Riego*, otras la *Marcha del Nuncio*, pero “en medio de las aclamaciones con que el pueblo saludaba a los ejércitos españoles, a los ingleses, a lord Wellington, a los Empecinados, y al rey Fernando VII, se escapaba de alguna garganta angustiada, de algún lecho mortecino, el más regocijado e instintivo de ¡Viva el pan a peseta!”, según las memorias del sesentón Mesonero Romanos. ¡El pueblo! Muchas veces él dice: “Si no me quitan los alguaciles ¿para qué me sirve la libertad?”, y de este modo escribe alicortos pronunciamientos desoyendo aquello tan sabio de Alcalá Galiano: “Censurar firme y moderadamente las acciones de los que gobiernan es el deber de todo buen ciudadano”, y no algo propio de los campesinos desconfiados. En fin, que no vive hogaño el pueblo en las postrimerías, ni entre planteamientos de largo alcance, antes al contrario va y viene entre las cercanías del relativismo, el totalitarismo, el nihilismo, el materialismo, el ateísmo, el individualismo, el inmanentismo, el antropocentrismo y el posmodernismo deliberado o indeliberado, pero siempre de hecho reduciendo el acto a la potencia, la forma a la materia, y el ser al aparecer, con el idólatrico brío de quien se ha tomado a sí propio como aseidad. Nada es el pueblo, oh dolor, sino una nueva paganía donde tampoco los creyentes parecen más lanzados a las aventuras de fuste,

no rigiendo entre ellos siquiera aquello de Pascal “los jesuitas han tratado de unir a Dios con el mundo y sólo han logrado ser despreciados por ambos”, sino esto otro de Albert Béguin: “Sólo existe una literatura cristiana, la de los no creyentes.”

Pero en fin, a mal pueblo mal gobernante y viceversa, pese a que la Administración se cree divina, dice vivir en perpetuo trance místico, quisiera ser la comunión de los santos secularizada, y los altos cargos apóstoles en servicio perpetuo. En las “tenidas ministeriales” todos los partidos se presentan muy ocupados con el negocio de nuestra salvación, y piden nuestro voto con la unción de la plegaria. Ganas dan de aplicar a todo esto el duro juicio que leo en la revista “Compostellanum” respecto de un libro: “Extravagante en su planteamiento general, y ayuno de discernimiento, este escrito es un ejemplo acabado de frivolidad intelectual compartida. Me permito dudar de que se cumpla en él siquiera el dicho pliniano de que no hay libro tan malo, que no tenga algo de aprovechable”. Item más de la Edad Oscura con su *moderato diminuendo* que amenaza electroencefalograma plano.

6.— Finale: De cárceles, guerras, y prostitutas.

Si de concitar la atención se trata, escribe de la trilogía vendedora: Cárceles, guerras, prostitutas, pues fenecida la Internacional Socialista llega la Internacional Redonda de la cama con su ola-de-erotismo-que-nos-invade. Al prostíbulo, *have a nice day, have a vice day* —díptico tatuado en orondo trasero—; “las chicas buenas van al cielo, nosotras a donde queremos”, “rezaba” otra pegatina. Pasó, pues, la era en que la pecadora pública era lapidada, y ha llegado el día en que el lapidador puede ser lapidado —mal siempre—. Los progres asimilan vicio y plenitud, aunque sea plagiando: “El infierno se irá llenando de macizos ejemplares de efebos, gimnastas, y otros bellezos que sin duda estarán encantados de reunirse con la plana mayor de los filósofos griegos, Julio César, Luis Cernuda, Federico García Lorca y algún que otro papa que no le hacía dengues al asunto” (Maruja Torres, “Diario 16”, 3 de octubre de 1986) ; Qué tendrá la moral clásica para ganarse tanta “contra”! No hay modelo que no te incremine si dejas de poner un poco de guarrez en tu vida, si no sodomizas y gomorrinizas. En 1515 Erasmo replicó a León X “se deben combatir los vicios, no los turcos”; hoy los Cruzados del Vicio combaten turcos pero no vicios. No faltan, empero, quienes sospechan que tantísimo ardor degenerador/regenerador tiene su sede en el poder; al menos estoy

con las prostitutas en su grito “el Estado es nuestro peor chulo”, él paga el “lifting” del vicio privado sin costuras ni cicatrices, canta la palinodia del trasero, y hace de la proctología un arte.

El resto es romance, ese placebo del mal del siglo con que a todos los demás nos van dando lo nuestro, y el que venga detrás que arrée mientras la prensa comprensiva con el poder y con la compresa nos aburre haciendo frasecitas y moralinas: “Al cielo sólo podrán acceder finalmente los mariquitas feos y espantosos con halitosis, alopecia, aerofagia y astenia primaveral en forma de granos”. Lucido te has, Polonia, como si entre las tortilleras, los bujarrones y los promiscuos no hubiese pederastas bizcos, hembras de pechos caídos, o cayos a la madreña; quizás seáis más malos y por tanto más modelnos, pero no por eso más guapos, ni estáis más buenos, no confundir culo con tóporas.

En fin, ¿quieres triunfar de las asignaturas pendientes? Date al incienso, al marginal, a la mujer barbuda, al enano del circo, pues si no lo hicieres te habrás caído de la moto y perdido la patente de corso que además faculta para no pensar más pues has llegado a donde ibas y estás en el secreto. En la guerra de la prostitución ellas defienden la paz pero no se apuntan al mercado común que hace la guerra contra el sur; los nudistas alaban al Estado, no al central qué horror, sino al suyo, el de su autonomía, pues Narciso siempre reivindicó lo suyo, capullo, la flautá de caña de mi tierra, el *hortus conclusus* con su repollito, su miedo a la contaminación, y a casita que llueve, todo lo cual recibe el nombre de “paz”. Tal es la berza acrítica del burgués posmodelno que desinhibido con el gluteo se humilla tembloroso ante el poder que le exige calzón caído a cambio de empleo.

De este modo las cárceles públicas que ellos niegan pese a la disponibilidad institucional (todo es escaso y difícil, sólo en la cárcel no hay *numerus clausus*) tienen el recambio en las cárceles privadas de su beocia servil, así que si no hay cárcel pública que está muy hacinada y hay que ver cuánta deshumanización, hagamos cárceles privadas, pues como muy bien dice Alfonso Sartre “se planteará la posibilidad para los empresarios en ciernes de poner una cárcel como hasta ahora se ha puesto una mercería. Por lo demás resulta cada vez más chocante que el Estado, cuya extinción parece que se va producir en forma muy diferente a la que soñaron los anarquistas, conserve este servicio de prisiones, mientras ha cedido servicios tan tradicionalmente suyos como los ferrocarriles o la seguridad social y otros... Con mucha razón se ríen nuestros actuales liberales del papá Estado, en el que el ciudadano-niño apoyaba su holgazanería o su incapacidad, y recuerdan con humor las épocas pretéritas en que los

trabajadores se instalaban en sus puestos de trabajo para toda la vida, haciendo caso omiso, desde su vituperable egoísmo, de las dificultades de la empresa que benévola-mente les había acogido” (“El País”, 29 de septiembre de 1986). Tiempos corren, en fin, para las vacas gordas del vicio pro-filacteado por el Estado que reparte condones sin condonar las deudas del parado, y que etiza atizando al que carece de voz que airear en la prensa hegemónica, o de culo que regalar a la ajena lascivia. Nada, pues, de “proletarios de todos los países uníos”, en tiempos de urgencia modesta “gentes todas, culo a la pared.”

III) CRESCENDO: LA PARALISIS DE LA SOCIEDAD CIVIL.

I.— La crisis burocrática estatal.

Allende usos y costumbres de la Europa podrida está el Estado, al que debería exigírsele cuando menos la promoción de bienestar social, de seguridad, de plena ocupación, y de racionalidad colectiva. Pero nada de esto cumple (pese al prestigio de que inmerecidamente goza entre el pueblo, hipercrítico de todos los gobernantes pero nunca maldiciente de su institución) el Estado, que podría haber tomado como patrón al *nous* de Anaxágoras cuyo lema era “*segregatus ut imperet*” —separado para que mande— Vean, vean: “Para los que pierden su escaño el golpe es muy duro. Al conseguir el acta de diputado o senador, el parlamentario consigue el tratamiento de excelentísimo y el de señoría. La pérdida del escaño acarrea la desaparición de la gratificación psicológica y del honor social derivados de la distinción con la que un día, ahora lejano y brumoso, los electores singularizaron al candidato hoy derrotado y le auparon con sus votos hasta el Congreso o el Senado. El fin del mandato legislativo lleva aparejada la pérdida de la inmunidad parlamentaria, la del coche oficial si es que el diputado derrotado pertenecía a la Mesa del Congreso o del Senado, y siempre la de las aproximadamente 320.000 pesetas que el Congreso le paga mensualmente a su partido para retribuirle” (“El País”, 24,6.1986). De aquel “*dulce et decorum est pro patria mori*”, o del más modesto laborar “*pro patria*” se pasa a la hora de la verdad a un afanar “*pro domo sua*”; la primera voluntad populista se torna voluntad olímpica de

identificación con los dioses del Olimpo; el grupo cerrado de eupátridas ya no necesita salir a la calle, se la inventa; corte, cortijo, cortejo, cortesano es oligarquización y moncideísmo; la política pasa a *sensible per accidens* donde suena la flauta por casualidad porque el escaño no es el lugar del pueblo (el político siempre está reunido, ¿contra quién?); los tribunos de la plebe erigidos en oligarquía ¿defenderán al pueblo? Ah, el acta de diputado, ninguna sensibilidad resiste ya ese espectáculo de ciencia-ficción. Es cierto que a los sueldos, los coches, los ujieres, y las alfombras de las señorías, que culminan en el yate “Azor” como símbolo unitivo de cualesquiera ideologías, el pueblo no siempre opone mejor *curriculum*, pues la pureza no es patrimonio de ninguna clase social; sin embargo, admitido el reproche sólo un pueblo instruído, culto, y crítico sería capaz de corregir los desafueros hasta llegar un día a hacer innecesario el Estado mismo, tarea en que los pesimistas se abstienen sin tener derecho a la crítica, pues con su inmovilismo alimentan las calderas de la reacción; su sonrisa sarcástica —ultrarrevolucionaria en el salón— refuerza la sardónica historia de todas las reacciones, a la par que sin imaginación creadora hace daño al individuo y favorece al Estado.

Decíamos que el Estado manirroto, cada vez más endeudado, tanto más endeudado cuanto más grande (USA es el que más debe, siendo el más rico), *ese Estado corrupto es ineficaz*, cosa pública y notoria por ejemplo en los terrenos de la sanidad y el urbanismo, dos de los macrosectores en que la irracionalidad administrativa resulta paradigmática.

Respecto de la *sanidad*, el 50% de los gastos tiene por objeto atender a un exiguo 4% de enfermos, mientras que el 20% de los gastos cubre la asistencia del 80% de los enfermos, por lo que una ínfima minoría de pacientes queda sometida a un despliegue espectacular de técnicas que aseguran la fama y la jerarquía de la clase médica, con la excusa de contribuir al progreso de la medicina, mientras la gran masa de enfermos endémicos y habituales padece desatención: Afecciones respiratorias, reumas, enfermedades geriátricas, etc, se encuentran a los niveles más elementales de la quimioterapia, quedando ausente la medicina preventiva, etc, etc. El clásico gremialismo del colectivo de sanitarios refleja las estructuras estatales: Todo para el enfermo pero sin el enfermo.

Por lo que hace al *urbanismo*, la irracionalidad de la burocracia estatal resulta épica. La urbanización actual tipo “ciudad-chalet” ofrece a las familias con pretensiones la apariencia de solución individualizada, vida agro-urbana con pauta de futuro. Pero, ay, un kilómetro de autopista con cuatro carriles cuesta lo mismo que 10 kilómetros de línea de tranvía moderno bicarril para doble número de pasajeros hora, disminuyendo

riesgos de accidentes, evitando contaminación, ahorrando energía no renovable, etc, pero ¿qué Estado de la “sociedad del bienestar” le meterá mano alguna vez a los transportes colectivos sentando en el mismo autobús al general y al peón? ¿cómo hacer convivir en vecindad al pobre y al rico, al blanco y al negro? Tras los planes urbanísticos hay siempre muros de segregación que dificultan el diseño de la ciudad personalista y comunitaria, la ciudad de la alegría, la ciudad del sol.

2.— La crisis del paro.

El Estado no quiere poner fin a esto que el Estado mismo se ha cuidado muy bien de denominar “lacra social”, y es una lacra *estatal*: El paro. Conviene al Estado que haya parados y timoratos, así no se rebelarán. Para evitar esta situación bastaría sin embargo con asignar un cupo de trabajo/horas/persona a cada miembro de la familia, pero si alguien necesitase trabajar más lo haría gratis, conforme a la socialización más profunda, la de la escasez compartida —rechazar esta socialización es argumento favorito de dos razas de abundantes: Los ocupados, y los economistas liberales—.

Si todo el trabajo socialmente necesario se repartiera entre la población deseosa de laborar, la duración persona/año del trabajo necesario descendería entre 1350 y 1500 horas/año/individuo en catorce años, con lo que podría ser inferior a mil horas a principios de siglo, contando con el mantenimiento de una tasa de paro oscilante entre el 10 y el 20%, con un aumento del PNB del 2% anual, y con la productividad del 3% (cfr. A. Gorz.: “Los caminos del paraíso. Para comprender la crisis y salir de ella por la izquierda”. Ed. Laia, Barcelona, 1986).

Estas horas podrían flexibilizarse semanal, mensual, trimestral o anualmente; así mil horas equivaldrían a diez días de trabajo al mes, a dos veces quince días en tres meses, o a una semana cada dos, o a un mes cada dos durante todo el año, etc. O sea: Trabajo a escala de vida, y no a la inversa (aunque ello implicaría que algunos se rascarán el bolsillo en favor de otros, única dificultad real, y no leyes del mercado ni dificultades estructurales).

Hoy la “esperanza media de vida activa” es de 25 años, cada uno de ellos de 1.600 horas, lo que supone un total de 40.000 horas a tiempo completo. En el futuro sería de 20.000 horas, equivalente a 10 años de tiempo pleno o a 20 años de tiempo medio, o a 40 años de trabajo inter-

mitente, todo lo cual supone la autogestión del tiempo para viajar, aprender nuevos oficios, etc, accediendo así a un tiempo realmente “libre”, a profesiones antes consideradas difíciles por absorber mucho tiempo, con las que una minoría acaparaba los monopolios. Con su socialización se tendrá un doble efecto: Por un lado el de la *rotación laboral* de todos en todos los trabajos incluidos los penosos, y por otro la desaparición de oficios antes cuasiserviles ahora autorrealizados. Oficios como nurse, etc, ya no pertenecerán al tiempo mal pagado por el rico superocupado sino al *tiempo de vivir* de cada cual. Pero ¿quiere esto el Estado?

En las civilizaciones precapitalistas existían ya *actividades gratuitas* insertas en los ritmos laborales productivos, al modo del arte popular que integraba creativamente trabajo, don, y solidaridad no mecánica. El siglo XIX acentuó el laborismo del “no estamos aquí para divertirnos”, y el marxismo fortaleció el “mundo de la necesidad” (sólo el anarquismo se rebeló contra el mecanicismo); en todo caso, y pese a la moda cirenaica/epicúrea amiga de la ilimitada holganza y enemiga de la tensión creadora estoica, en todo caso no será buena la abolición total del trabajo obligatorio, que no es sinónimo de opresión, aburrimiento, explotación, o ausencia de fantasía individual, sino proporcionalidad, complementariedad, intercambio, acoplamiento estético y rítmico del todo operante, mejora productiva, etc. Ni voracidad del principio del placer, ni laborismo entregado de bruces al principio de necesidad. Hoy es posible una *nueva cultura obrera* que distribuyendo con equidad la jornada laboral y autogestionándola dé el gran giro de la consideración *del hombre como trabajador al hombre como ciudadano* en la era de la informática al servicio del hombre relacional, artístico, afectivo, ético, religioso.

Pero ¿todo esto lo quiere el Estado? El nos habla de la gestión de la crisis misma como si fuera una realidad pasajera prometiendo una “recuperación” económica para volver a lo de siempre, y aplaza de continuo los nuevos presupuestos generales del Estado, todo antes de rectificar, pues entonces tendría que abandonar la satiriasis, la dipsomanía, y la voracidad que culmina en la onicofagia de ansiedad. Si según Pascal “a fuerza de tomar agua bendita y hacer la señal de la cruz se termina siendo creyente”, al menos a fuerza de cultivar tan sólo el cerdo de Europa se mercacomuniza/otaniza la “folie à famille” reciclada en cada hogar como “folie à deux”. Por nuestra parte estamos más bien con Péguy: “La revolución será material o no será, pero será también moral o no será”. Péguy leyó al Proudhon que allende las miserias de esta Europa soñó una Europa federal en pie de hombres libres y comunes. Pero si se aborrece a Proudhon, al menos repítase con Píndaro aquello de “Llega a ser lo que

eres”, en la esperanza de que ese devenir apunte hacia lo humano, y no más hacia Mamona, el dinero de iniquidad.

3.— La crisis del sujeto.

Mirada desde arriba, la responsabilidad de la crisis le corresponde al Estado, mirada desde abajo al sujeto. Efectivamente, sólo un cuatro por ciento de la población mundial se plantea cuestiones éticas, y el resto actúa *sin axiología*, respondiendo a los estímulos con los usos sociales imperantes, o urgido por incitaciones instintivas. Para más gravedad, mientras la última filosofía se declara antihumanista, sus prácticos defienden incoherentemente los derechos del hombre. A pesar de la telemática y la comunicología los hombres no entienden el mundo que habitan, crece por tanto el *analfabetismo funcional*, y la escuela refleja la crisis. La población es remunerada para que consuma lo que se le va a vender, los ancianos para que acepten su exclusión de las actividades sociales adoptando el “perfil de vida” que el poder les programa. Tampoco la familia parece bývante. Europa carece de sujeto ético. Su sujeto es el *equus*. Es bueno lo que rige en Europa, entre col y col Bruselas.

Aquí todo es dinero, zoología, e individualismo. *Ejemplo de tacañería*, las Gorgonas: Un solo ojo y un solo diente para las tres hermanas Envidia, Calumnia y Odio. Una de ellas, Medusa, vieja como la humanidad y con serpientes por cabellos, podía convertir en piedra cuánto miraba (aunque al menos decapitada por Teseo virtió al mar parte de su sangre convirtiéndose en coral, de ahí su aceptación como amuleto contra el mal de ojo y la envidia). *Ejemplo de envidia*, el cenotafio: Más fácil hablar bien de los muertos que tratar bien a los vivos. *Ejemplo de estolidez*, los figurines, ligones, trasnochados sin acreditación ni domicilio fijo entre atascos, movidas y muchas pretensiones, de lo que nada quedará mañana (un periodista americano no tardará en preguntar si Tierno fue delantero centro del Real Madrid). ¡Europa! Madrid, el supuesto Olimpo, Barcelona la olimpiada; Madrid la supuesta modernidad, Barcelona la modernización peseteria antimeseteria. La estatua de Colón dando cortes de mangas a la calavera de Neptuno hipnotizada como dice M. Hidalgo. En fin, mientras tanto la historia cómo memoria de lujo, pues bien quisieran hoy muchos europeos los ayer detestados oficios: Asnerizo, camellero, marinero, cochero, pastor, tendero, médico y carnicero. Demasiada movida para moverse. Y demasiado frío para ser real: Es imposible el frío total de Alaska, que tiene sus partes calientes.

Ya en nada nos diferenciamos de Europa, dado el poder uniformador de su economía, su televisión, y sus sistemas de defensa (es un decir). Hay todavía diferencias, pero no en el grado ni en la calidad, sino en el número, diferencias cuantitativas tan sólo. Ni siquiera en lo que antes parecía constituir valuar específico, la “reserva” espiritual de Europa, los españoles son disímiles; antes al contrario, comparten aproximadamente estas estadísticas (referidas a las actitudes religiosas):

	15-24 años	25 o más años	Global europeo
Religiosos	49%	66%	63%
No religiosos	35%	24%	26%
Ateos convictos	9%	4%	5%
Sin respuesta	7%	6%	6%

Desglosados los datos por nacionalidades resultaría:

	15-24 años	25 años o más
Bélgica	53%	60%
Dinamarca	42%	62%
Rp. Federal Alemana	36%	60%
Francia	43%	60%
Irlanda	57%	78%
Italia	72%	85%
Luxemburgo	56%	80%
Holanda	48%	69%
Gran Bretaña	37%	63%
Grecia	56%	64%

Remitiéndonos al índice de frecuencias de asistencia a las funciones religiosas, he ahí los resultados:

	Católicos	Protestantes	Sin religión
Al menos una vez por semana	37%	9%	1%
Una vez al mes	14%	12%	1%
Una vez al año	20%	28%	—
Menos de una vez al año	7%	17%	4%
Nunca	22%	34%	89%

Patente queda la disminución de la presencia del fenómeno religioso en función de la edad (a más juventud más increencia y menor práctica), así como el fuerte proceso de erosión credencial, y también de descristianización. Quienes no hayan comprendido aún que Europa es *continente de misión* es que no han comprendido casi nada del ambiente en que viven; es que todavía no se han dado cuenta de que el Mercacomún y la OTAN son intrínsecamente perversos; es que les va a resultar difícil enterarse de que el viejo mundo ya no es cristiano; es que apenas podrán entender que si depositan en Europa su ilusión de futuro están en un grave error, porque no se puede servir a dos señores. El señor que enseñoa Europa no es ya el viejo “fantasma del comunismo” de que hablara Marx en el “Manifiesto del Partido Comunista”, sino Mamona.

Lo que menos interesa en Europa a las juventudes son las cuestiones políticas y sindicales, pues entre un 20 y un 25% de ellas no sabe ya qué es la derecha y qué es la izquierda, lo que después de todo no debería extrañar, dada la escasez de diferencias que separa a cristianodemócratas de demócratacristianos, a socialdemócratas de demócratas-sociales, a centristas de derechas de centristas de izquierdas, a publicanos y a republicanos, dos veces publicanos. Posición y oposición, pasimisá y pasimisá, todos por la Puerta de Alcalá.

Todos por la misma Puerta de Alcalá que lleva a los jardines cirenaicos, a los verdes campos de consumo, a las praderas de la oferta y la demanda, en ese principio fue el consenso. En los últimos años se suele hablar de tendencias “materialistas” y “posmaterialistas”, y si bien es verdad que entre las primeras se prima lo económico y entre las segundas lo ecológico, las libertades formales, la participación ciudadana, la estética urbanística, etc, la verdad es que entre los valores de uno y otro signo, aun habiendo diferencias, un mismo perfume a hedonismo les emborracha. Veamos, en todo caso, la opción por los valores de uno u otro tipo en razón de la edad:

	15-24	25-34	35-44	45-54	55-64	65-etc	Juntos
Materialistas	20%	25%	33%	42%	43%	49%	34%
Posmaterialistas	19%	17%	12%	7%	7%	4%	12%
Mixtos	54%	53%	51%	47%	46%	41%	49%
Sin respuesta	7%	5%	4%	4%	4%	6%	5%

Las grandes causas de antaño han dejado paso a preocupaciones de tejas abajo en la Europa comunitaria, como lo reflejan los siguientes datos estadísticos:

	15-24 años	25 años en adelante	conjunto
Paz	65%	67%	67%
Derechos humanos	51%	44%	45%
Libertad individual	44%	39%	40%
Lucha contra miseria	37%	41%	40%
Protección naturaleza	37%	35%	35%
Defensa propio país	18%	24%	23%
Igualdad sexual	22%	15%	16%
Fe religiosa	10%	18%	16%
Unificación Europa	8%	12%	11%
Revolución	5%	2%	3%
Ninguna de estas cosas	16%	—	3%
No contesta	3%	4%	4%

Esto es lo que da de sí tanta retórica. Para defender tales causas se precisan poderosos Cancilleres de Hierro, puños bélicos, rayos láser, fuerzas de destrucción, la OTAN por ejemplo, aunque no tan sólo.

IV) DOLOROSO: EUROTAN

1.— La crisis del complejo militar-industrial-nuclear.

Europa es hoy Mercacomún y OTAN. Según los expertos (cfr. Viñas, A: "Economía de la defensa". In "En busca de la paz", Zaragoza 1986, pp. 83-95) cada vez se gasta más en los oficios de exterminio. En USA (1983), 187.000 millones de dólares (29,4% del total), en otros países de la OTAN 121.000 millones (19%), en URSS 138.000 millones (21,7%), en otros países del Pacto de Varsovia 14.000 millones. El 25% de todos los ingenieros y científicos del mundo se emplea aquí. El gasto bélico absorbe crecientemente materias primas, por ejemplo el 11% del cobre, lo que arrastra la preocupación por asegurar el acceso a esos materiales incluyendo el uso de la fuerza. Producción (proliferación vertical) y consumo de armas (proliferación horizontal) incluyen las nucleares y químicas, que Europa aceptó en el 1986, Año Internacional de la Paz ("El País", 15.5.1986). El "arsenal barroco" nuclear equivale a 17.000 millones de toneladas de TNT (en la Segunda Guerra 3 millones de ellas causaron 50 millones de muertos). El esfuerzo internacional por controlar la proliferación nuclear cuenta con un presupuesto similar al de un departamento de policía de una ciudad USA de tamaño medio. El cabeza de familia de los países industrializados trabaja semana y media al año para sufragar los gastos de sus Fuerzas Armadas, y sólo 4 minutos por la paz internacional. Cada minuto se gastan pro-guerra más de 1.000 millones de dólares. El gasto militar mundial por soldado es de 20.000 dólares/año, y menos de

40 dólares/año el de educación/niño. La APD (Ayuda Pública al Desarrollo) recomendada en un pequeño 0,7% del PIB ha sido en España del 0,07 en 1980, del 0,13 en 1981, del 0,10 en 1982, del 0,0453 en 1983, mientras va a por todas militarmente. El holocausto se aproxima pues los avances técnicos borran la distinción entre armas de destrucción masiva y armas convencionales, que han producido en los últimos diez años más de diez millones de víctimas en confrontaciones locales (sobre todo civiles). Resumiendo: Cada vez más poder en menos manos, cada vez más militarización y menos libertades civiles (el 46% de gobiernos militares tercermundistas conculcan elementales derechos humanos), y el pesimismo invade a quienes piden más nucleares, más cárceles, más mano dura. El pesimista dice: ¿Por qué tan tarde? (*cur tam sero*); el optimista, ¿por qué tan pronto? (*cur tam cito?*). El resultado es la dictadura liberal: Mano dura en el Ministerio del Interior contra los pobres, y libertad en Hacienda con los ricos. Todo esto ¿es a la medida de la felicidad? Seis negativas genéricas refutan la locura belicista.

A) La falacia de la seguridad.

El arma da seguridad a los ricos y a los pobres endeudamiento, la “seguridad de que no nos maten” sin la “seguridad de poder tener para comer” es seguridad de los mejor comidos. El mismísimo Eisenhower en 1961 ya advirtió: “La conjunción de un inmenso sistema militar y de una industria bélica se está extendiendo en cada municipio, en cada oficina de gobierno, hasta el punto de poner en peligro muchas libertades o el proceso democrático”. En realidad aumenta el “síndrome de Estocolmo”, la dependencia con respecto al armado al que se ve como protector-liberador por terror a que nos elimine. La “inseguridad ciudadana” no se borra con más policías patrullando, antes al contrario ellos refuerzan subliminalmente la angustia de exterminio.

B) La falacia del poder popular.

Una minoría decide al margen de la voluntad popular produciendo conflictos para fabricar armas, armas para conflictos, y todo ello buscando beneficios. Todo es al final incontrolable incluso por la minoría: USA produce su propaganda del Pershing III cuando nadie sabe para qué el Pershing II, pues el ciclo de innovación tecnológica es largo. Ni siquiera funcionan las instituciones internacionales: a) El “derecho de veto” de los cinco grandes vencedores en la Segunda Guerra produce parálisis decisoria, b) las fuerzas “no alineadas” y los ejércitos teóricamente multinacionales sirven alternativamente a USA o a URSS; c) El Tribunal Interna-

cional de la Haya carece de poder coactivo; d) La UNESCO depende de los fuertes, que amenazan con abandonar la institución cuando les desagrada (USA e Inglaterra lo hicieron en 1985).

C) La falacia de la dignidad.

El pueblo, manejado por todos los costados, presta su adhesión a los partidos más belicistas, rechaza mayoritariamente la objeción de conciencia, y ve crecer entre las mujeres la fascinación por el uniforme. La dignidad cede ante la “seguridad”, como el enemigo ataca la Patria nos necesita armados y si trabajamos por la paz nos acusan de boicotear la patria, cuando sólo ponemos en peligro la superestructura armamentista. Como dice J.M. Alemany, carrera de armamentos porque hay desconfianza, pero se prohíbe eliminar la desconfianza porque pondría en peligro la carrera de armamentos.

D) La falacia del empleo.

La belicosidad genera disminución de la capacidad de importar bienes destinados a la producción o consumo civiles, intensifica el endeudamiento tras las adquisiciones de armas al exterior, dispone las industrias en función de la economía de guerra, los programas militares cada vez crean menos empleo y ningún stock de bienes disponibles, se incrementan los salarios inflacionistas al tratar de captar para la milicia con retribuciones desmesuradas a los talentos científicos, se maximizan los costes en las empresa armamentísticas que impulsan al alza las subvenciones recibidas del sector público, se drenan capital y tecnología de los sectores civiles a los militares, sólo un 20% de la industria mortífera es luego útil para la vida civil, y 237 millones de americanos contra 270 millones de rusos arrastrando a 372 millones de europeos hacen la vida imposible entre sí pasando factura a más de 2.000 millones de indefensos.

E) La falacia de la lógica.

La “cultura” bélica produce “doblelenguaje” (Orwell), llama paz a la guerra, coexistencia al temor, Este y Oeste a lo que es sólo Norte, Ministerio de Defensa a la Guerra, militariza lenguajes, mentes, y conciencias, argumenta ilocucionaria, decisionista, y no argumentativamente cuando dice: “Es lo mejor para España”, pues si es lo mejor ¿por qué lo exponen a la pérdida?, y si es lo peor ¿por qué lo venden como mejor? “Refuerza la democracia”, verdad incompleta pues refuerza la democracia formal y no la real, necesitada de tractores y cosechadoras. “No merma nuestra

autonomía”, la suya quizá pues la nuestra sí y además nos vuelve agresivos. “Proporciona empleo”, sencillamente falso ya que conlleva tecnología punta que a pocos da ocupación, a cambio de detraer recursos y dotaciones presupuestarias de otras asignaciones y partidas; ya dijo Allende al respecto: “Según sus libros hace 42 años las compañías que explotaban el cobre hicieron en Chile una inversión inicial de 30 millones de dólares. Sin añadir después nuevos capitales, retiraron desde entonces más de 4.500 millones de dólares”, y es que son los países pobres los que ayudan a los ricos, no al contrario. “Lo demanda nuestra incorporación a Europa y Occidente”, silogismo bicornuto sobre todo pensando en que España, Grecia y Portugal son el Africa de ese Occidente, el sur de ese norte-USA (Europa es el sur de USA). “Conviene al Estado, no al Partido”, acto de habla que Epiménides el Cretense hubiera destrozado así: Si conviene al Estado, ¿por qué no conviene al pueblo? “Son razones de Estado”. Pero si el Estado tiene razones que la razón no conoce ¿cómo dará razón de sus sinrazones? Mil y una razones insuficientes no son suficientes para la Razón, quizá por ello urja rectificar la sinrazón gubernativa. “Lo piden los tiempos”. ¿Lo que pide el hoy es acoger y dignificar la existencia de los negros de les Maresmes, fustigar a la oligarquía marbellí, nutrir a los desnutridos, recoger a los caídos! “Somos pacifistas pero no podemos estar indefensos”, pura esquizofrenia. “Lo mejor para la paz es armarse más que el enemigo”; lo que equivale a decir que lo mejor para la igualdad laboral es adueñarse de las fábricas en régimen de monopolio privado. “No podemos tolerar que nos humillen”, solución emotivista de un problema que en cualquier caso no se resuelva por bultos. “Eticamente lo veo claro, pero políticamente no”, puro maquiavelismo de la ganadería de los Miopes Miura. “Si vis pacem para bellum”, luego si quieres limpieza revuélcate en el fango, ¿cómo extrañarse de que el *para bellum* no culmine en la “parabellum 9 mm”? “La disuasión no piensa en ejercer”, pero entonces ¿por qué amenazar con lo que no empleará, es que todo resulta al final un juego? Lo importante no es golpear mucho sino una estrategia de la disuasión del “first strike” (primer golpe). Pero esa MAD (mutuamente asegurada destrucción) nos golpeará a todos con el primer golpe, que será también el último. “Ningún político responsable se atrevería nunca a ordenar el empleo de armas nucleares”, pero ¿y los políticos irresponsables, tan frecuentes? ¿Hubiera Hitler dudado en utilizar la bomba al final si la hubiera tenido? Mal asunto hacer depender tan gruesa cuestión de la supuesta benevolencia racional de unos cuantos señores.

F) La falacia del futuro.

“Para el futuro habremos ganado”. No está nada claro. Ya hubo quien ordenó en dos ocasiones lanzar la bomba nuclear contra poblaciones civiles, como cunda el ejemplo...; los errores de “teléfono rojo” se intensifican, porque cada vez son más rápidas las armas ofensivas y menor el tiempo de corrección, errores y fallos “técnicos” que tienen angustiados a los hombres y a los niños (especialmente a los norteeuropeos). En fin, que el futuro es oscuro con una violencia “normalizada”, cotidiana, pornoviolencia que culmina en la guerra galáctica (de la leche, pues *galax* en griego es *leche*), desmesura monstruosa y desmadrada que ha tornado en locura cósmica cualquier planteamiento clásico de “legítima defensa”.

G) La falacia del poder.

La milicia es Rambomanía. Rambo presenta un claro mensaje subliminal: Cuando tu Estado no es suficientemente represivo, sé tu propio Estado; si quieres sobrevivir a una guerra, sé tú mismo la guerra, el patriotismo, el superhombre desaliñado y animalesco, la rotundidad gestual sublimada por la lozanía corporal y las casi sobrenaturales potencias de ataque, como dice A. González. Rambo, el gozo de un público poco exigente pero rugiente en sus manifestaciones de primaria solidaridad, significa la eficacia heroica y racista-machista propia de la tipología hitleriana: Primeros planos con la musculatura aceitada del guerrero, anticomunismo elemental, doctrina de que el fin justifica los medios. Los marines al asalto. El Primer Manifiesto del Futurismo: “Hasta ahora la literatura glorificó la inmovilidad reflexiva, el éxtasis y el sueño; nosotros exaltaremos el movimiento agresivo, los insomnios febriles, el paso largo y rápido, el salto mortal, la bofetada en la oreja, el puñetazo. ¡Estamos sobre el último promontorio de los siglos! ¿Por qué hemos de mirar hacia atrás, cuando tenemos que abrirnos paso a través de las misteriosas puertas de lo Imposible? El Tiempo y el Espacio murieron ayer. Vivimos ya en lo absoluto, puesto que creamos la velocidad eterna y omnipresente. Queremos la guerra, única donante de salud del mundo, el militarismo, el patriotismo, el brazo destructor del anarquista, las ideas bellas que matan, el desprecio a la mujer”. Cruz de Hierro, pues, de amplia Gamación, omnimovilidad inmovilizadora; todos movilizados, luego todos quietos, cuerpos movidos al unísono reposo que te pegas. Frente a Marinetti, el sabio Erasmo de Rotterdam: “Imagina que contemplas dos tropas de bárbaros de aspecto feroz y cruel, de horrible voz; imagina el ruido y el centelleo temibles de sus arcos y de sus armas, el murmullo inquietante que se eleva de una tan enorme multitud, las miradas amenazadoras, los toques penetrantes

de la trompeta y del clarín, el retumbar de los cañones tan espantoso como el trueno, pero mucho más peligroso, los gritos y los clamores frenéticos, la loca acometida de los dos ejércitos, la infame matanza, el terror de los fugitivos, perseguidos y rematados, los montones de cadáveres, los campos de sangre humana, los ríos rojos de esa misma sangre. En verdad, esa tragedia es tan abominable, que el corazón se subleva sólo al evocarla”.

¿Erasmus o Marinetti? La frase “el joven que estando sano no quiera ir a la mili es un mal patriota” la rechaza el 55% de la población, por el 72% de los soldados; la frase “en caso de guerra estaría dispuesto a morir por defender su país” merece la negativa del 34% nacional, y del 41% de soldados, 20% de ambos responden “depende de con quien fuese la guerra”; la frase “es bueno para los jóvenes hacer el servicio militar” merece un 47% nacional de asentimiento, por un 23% de los soldados (“ni bueno ni malo” un 23% nacional y un 25% de soldados); ante la obligatoriedad del servicio militar un 34% de la población nacional responde afirmativamente por un 17% de los soldados. “Agradable” le parece la experiencia del servicio militar a un 29% de la población nacional, y a un 19% de la soldadesca. La comida, la higiene, el trato al soldado, la asistencia sanitaria giran en torno a un 55% de aceptación entre la población nacional, por un 40% de los soldados, y la formación militar es aprobada por un 60% frente a un 45% respectivamente. Damos así de escuetamente las cifras, sólo añadiendo un comentario: Decrece el número de los militaristas. La objeción de conciencia avanza. Esto es lento, pero seguro. Pero no basta la necesaria objeción de conciencia militar (y fiscal). Hay que ir a la evitación de un ejército de “profesionales”: Cuanto más profesional, tanto peor es el verdugo. Para llegar a la paz, la sociedad civil ha de desarrollarse. La alternativa es civilitarizar a los militares, no militarizar a los civiles. La guerra, decía Clemenceau, es un asunto tan importante que no se puede dejar en manos de militares. Estos, como aseguraba George Kennan, tienen por obligación profesional la necesidad de forjarse una imagen de todo adversario potencial para utilizarla luego con cualquier excusa como si fuera real, pues de lo contrario su “profesión” no tendría sentido. ¿Qué sentido? El “patriotismo” hinchado e infausto, del que hacen patrimonio, conforme a la expresión de Canalejas: “O el militar es más patriota que los demás, o no es un buen militar”. No estamos al respecto sino con Einstein: “La guerra no es un juego de sociedad donde los participantes se ciñan buenamente a las leyes. Cuando se trata de ser o no ser, las reglas y las componendas no cuentan nada. Sólo un abandono incondicional de la guerra puede ayudarnos”. *Si vis pacem para pacem*, haz una cultura de la paz, aunque conozcas la agresividad no la degeneres en

violencia, cambia tu corazón, abreacciona la energía negativa canalizándola constructivamente, haz prevalecer a Eros sobre Thanatos, muta la lanza en reja de arado, échale coraje a la paz, participa en la justicia, olvida el televisor siempre Este-Oeste, Gorbachov-Reagan a la postre sonriendo juntos ante la cámara y brindando a fin de año *urbi et orbi* por *Peace, Prosperity and Felicity* con los millones de videotas que esperan la paz de los que hacen la guerra, busca la solución internacional desde el sur, y pasa del General Santos Peralba en su afirmación de que “siempre nos parecerán escasos los medios que la nación ponga en nuestras manos; siempre nos parecerá que falta algo fundamental, y seguramente estaremos en lo cierto”. Y dí con Emmanuel Mounier (él en mayo del 1949 en memorable artículo, “El Pacto Atlántico”): “No hay guerra en favor de la libertad, porque al acabar la guerra totalitaria ya no hay libertades. No hay guerra en favor del socialismo porque al acabar la guerra totalitaria ya no hay socialismo. Y no sólo al acabar la guerra, sino que la preparación de la guerra es ya totalitaria. Con nuestro rechazo a unirnos militarmente a América creemos que la solución a la tensión internacional no puede encontrarse en la carrera de armamentos, sino que debe buscarse en un esfuerzo para hacer coexistir ambos bloques. Más que atar a un loco, nuestra tarea es impedir que nadie se vuelva loco gritando al loco. Contra esta guerra ha llegado esta vez el tiempo de los insurrectos.” Y lo demás es usar la palabra “paz” como masaje sonoro.

2.— En la “mani”: Allegretto scherzando.

Así que no basta con hablar, hay que actuar. Lo que pasa es que en una manifestación Anti-OTAN casi pierdo un ojo, oiga, y la yema del otro. Iba yo por la “mani” cuando un cohete en rebufo y bufando quiere enroscarse en mi bufanda, todo muy bufo; tanta gente, y el cohete que se me viene encima precisamente a mí, a mí solito, lo cual aun no siendo de tres ojivas, giba. Ya me veía *scherzando* a Machado, sustituyendo mi “cohete” por su “espina”:

“En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
Ya no siento el corazón...
Aguda espina dorada,
quien te pudiera sentir
en el corazón clavada.”

El helicóptero, tras una decena de pasadas, acabó pasando de nosotros, el ciclópeo ojo limitábase a vigilar desde el centro del ciclón a las hormiguitas de allí abajo, tal vez porque vistas las cosas desde arriba lo que queda abajo no parece sino hormiguero. Desde arriba, el Imperio de la Estadística. Interludio: Si el número de psicólogos por millón de habitantes es en España de 528 por tan sólo 446 en EEUU, en una manifestación de medio millón de personas ¿cuántos psicólogos en ambos casos? Y suponiendo que *vi militiae* el número de los deprimidos fuera de dos por metro cuadrado, ¿cuántos cabrían en aquellos metros cuadrados? ¿cuántos deprimidos buscando animación en una España deprimente hoy, y ayer reprimente? Señores del helicóptero ¿ustedes midieron el número de parados posibles en la gigantesca movida, o los parados devienen incommensurables en una manifestación lenta pero nunca parada? ¿cuántos docentes cansados en un país portentoso donde apenas el cinco por ciento de ellos tiene una escala de valores?

Desde el asfalto, empero, unos niños frizando en los diez años comenzaron megáfono en mano a largar consignas anti-Otan que el kantiano dividiría a poco que nos descuidásemos en categóricas y apodícticas, dada esa tendencia de los filósofos a encaramarse al árbol de Porfirio para perderse sin embargo entre las ramas, y que eran estas: “F..., idiota, que no queremos OTAN”, “F... se ha jodido que hoy no ha llovido”, “F... no te enteras, en la OTAN no hay Casera”, “El cerdo es R..., la cerda es Th... y el cerdito F...pito”, “Qué dolor tan doloroso, que dolor tan inhumano, que se meta Mr. R... los misiles por el ano”, “Colón, qué hiciste, por qué los descubriste”, “Fuera de Chile, fuera de Argentina, fuera los yankis de América Latina”, “R..., cuatrero, fascista y pistolero”, “De la OTAN saldremos volando”, “Hoy protestamos, mañana no pagamos”, “Los militares parásitos sociales”, etc, etc. Mientras los incansables niños lanzaban sus denuestos contra el lejano helicóptero en desproporcionada lucha, sentíame yo mismo desgarrado mitad hormiga y mitad mosca helicoide porque mi corazón no estaba más limpio que el de los interpelados, y por ello reproduzco aquella anécdota referida a un dictador bananero, del que un mandamás de la Casa Blanca dijo: “Será un hijoputa, pero es nuestro hijoputa”. Pero aun siendo ingrata la crítica, aun caminando solo entre tu muchedumbre, hay que caminar porque no hacerlo es engañoso, la abstención es culpable y la verdad es presencia, elección, eligencia y elegancia: “Elegancia, decía Ortega, debería ser el nombre que diéramos a lo que torpemente llamamos ética, ya que ésta es el arte de elegir la mejor conducta, la ciencia del quehacer”. La realidad ni es an-algésica o nostálgica, ni abúlica, sino *ontálgica*, en ella coinciden en secreta convivencia

verdad-error (gnoseología), verdad-mentira (ética), verdad-falsedad (o también ser/nada) (ontología). Por eso quien quiera dar razón de su esperanza habrá de mojarse. O hacer tesis doctorales como ésta: “*Subera*, una palabra latina que nunca existió”. No son extraños los que se sienten en peligro ante la mera haplografía silábica, o la oclusiva intervocálica sonORIZADA. Suelen ser los mismos que escriben sus sueños en futuro pluscuamperfecto, mientras dejan lo real para el pasado.

Hay que crecer, empero, en la utopía del futuro presente. Como dice Nicolai Hartmann, en el corazón del hombre está mezclado lo caótico y lo demiúrgico, aquello es el riesgo y esto la vocación. Cierto, y aún más: ¿No es el riesgo una vocación inevitable de lo real, no es la vocación un riesgo? La mentira es la separación, arruinar el futuro por negarle la utopía por relegarla al futuro, o arruinar el futuro por negarle la utopía. Cuando el pragmático habla de futuro, arruina la utopía y se equivoca; cuando el utópico pragmatiza, arruina todo. El colmo deseable y necesario de la utopía es la realización de todas las utopías. Bergson llamó la atención sobre la utopía de lo real, sobre las propias aguas subálveas de lo real, y parece que desde entonces nos conformamos con la sequía. Según Haeckel cada individuo recorre durante su desarrollo toda la serie de sus progenitores, ante lo cual muchos sólo saben decir: Demasiado trajín ¿no? Hay algo, empero, tan trágico como el número de jóvenes que comienzan la vida con una utopía y que terminan abrazados a cualquier cargo: El desconocimiento del árbol genealógico de las utopías.

3.— Salir de Europa.

Pero Europa no está para demasiados trajines utópicos. Desde la Bomba Nuclear (lanzada por los técnicos para que no les falte ocasión lírica a pseudopoetas, ni materia reflexiva a pseudofilósofos) no se ha hecho otra cosa que meditar sobre la *Techné*: Jaspers, Heidegger, Merleau-Ponty, Habermas, Maritain, Mounier y tantos otros. Se diría que el existencialismo fue el escalofrío-respuesta al impacto de la Bomba. Toda la producción sociológica y filosófica de esa ciudad tan industrial, Frankfurt, de la Bomba proviene y a ella se dirige. Es evidente, pues, que *no* basta la ciencia para asegurar el futuro de una sociedad democrática; si hacemos caso a Freud, “el hombre ha llegado a ser, por así decirlo, un dios con prótesis: Bastante magnífico cuando se coloca todos sus artefactos” (“El malestar

en la cultura”, Alianza, Madrid, 1970, p.35). Sin ellos, un brigadista retirado. ¡La técnica bélica! Ella abraza a los poetas:

“Dios, que llegue el día en que no abra de nuevo
El periódico cada día sobre la desdicha del mundo
Bien véis que por todos los lados vengo herido
Ya en ninguna parte
Queda sitio para otra llaga
Excusadme” (L. Aragón: *Habitaciones. Poema del tiempo que no pasa*. Hiperión, Madrid, 1969, p.131).

¡Cuánto han cambiado los tiempos respecto de un Nietzsche para quien la lectura de los periódicos era cáusticamente sancionada como la oración diaria (“Also sprach Zarat”, 21)! Hoy ciencia significa belicismo, fábrica de ultrapugnaces unilateralizados: “El hombre típicamente desgraciado es el que, habiendo sido privado en la juventud de alguna satisfacción normal, ha llegado a evaluar unas satisfacciones más que otras y, por lo tanto, ha dado a su vida una satisfacción única, además de un énfasis exagerado del éxito sobre las actividades opuestas a él” (B. Russell: “La conquista de la felicidad”. Espasa, Madrid, 1981, p.39). A estas alturas del partido sólo los más ingenuos pensarán contrarrestar la Bomba con bombín filosófico o bombón verbal, y son mayoría los escépticos —“la mayor desgracia para el mayor número”, o lo que es igual “la mayor felicidad para el mayor número” de la sociedad utilitarista— El precio de la Bomba: Si en una sociedad de doce personas hay diez sádicos que obtienen gran placer en torturar a los dos restantes, etc, etc. La Europa científica: Más felicidad, más número de bombas. ¿Sabe Europa, cuya etimología significa “la de la frente despejada” (como *Stirner*, el ultraegoísta de ancha frente), que jamás con bomba llegará a vieja, y sí a Deífobe, la vieja sibila de Cumas que tras recibir el amor de Apolo a cambio de la concesión de longevidad, y habiendo pedido ella tantos años como granos cupieren en su mano, olvidó pedir la conservación de la juventud, alcanzando así al milenio en lamentable estado corporal?

Pero ¿no es totalmente europea la barbarie cimentada en Bomba? Desde luego en poco contribuye a la actual felicidad la memoria de lo *euro*: “A fuerza de andar buscando los comienzos se convierte uno en cangrejo. El historiador mira hacia atrás, al final cree también hacia atrás” (Nietzsche: “Götzen-Dämmerung”, p.24). No nos fiemos demasiado de las ilustres genealogías, sobre todo si hemos llegado a olvidar que por ser nosotros los griegos, seguimos con la vieja esclavitud. No. No nos vale ya el nacionalismo romántico que selecciona las racionalidades por el RH.

Heinrich Heine: “El mundo entero será un día alemán”; Dostoyeski: “El porvenir de Europa pertenece a Rusia, no sólo servimos a Rusia sino a la humanidad entera”; Josep Chamberlain: “Infaliblemente la raza inglesa será la fuerza predominante de la futura historia y de la civilización universal”. Nada más falaz que el pretendido principio homeomérico de los nacionalismos, haciéndonos creer que cada nación, como las homeomerías de Anaxágoras, contiene en sí el destino de la humanidad. Otrosí se diga del senequismo hispánico pretendidamente moralizador de Europa, desde Angel Ganivet: “Cuando se examina la constitución ideal de España, el elemento moral y en cierto modo religioso más profundo que en ella se descubre como sirviéndola de cimiento es el estoicismo; no el estoicismo brutal y heroico de Catón ni el estoicismo sereno y majestuoso de Marco Aurelio, ni el estoicismo rígido y extremado de Epícteto, sino el estoicismo natural y humano de Séneca” (“Idearium español”, Obras I, Madrid, 1951, pp.153-154), añadiendo: “Es inmensa, mejor dicho inconmensurable, la parte que al senequismo toca en la conformación religiosa y moral, y aun en el derecho consuetudinario de España” (p.155) (cfr. sobre el estoicismo de Quevedo, traductor de Epícteto y Séneca y admirador de Montaigne: L. Astrana Marín: “La vida turbulenta de Quevedo”, Madrid, 1945). Luis Vives escribía “movido por el amor y la concordia de esa espaciosa y triste Europa”, y por “estar inspirado en el universalismo cristiano condenaba ese linaje de guerras entre hermanos y lo que es más, entre iniciados en el mismo bautismo, porque ante Dios no hay griego, ni judío, ni francés, ni español”. Fray Ambrosio Bautista escribe en 1636, cuando España y Francia guerrear por el poder de Europa: “No es decente hacer distinción de naciones; sólo hay una nación, y esa es Christianos. El francés que ama a Dios es mi español, el español que le enoja, mi francés” (Cfr. V. Palacio Atard: “La enseñanza de la historia y el espíritu europeo”. In “Estudios sobre historia de España”. Ed. Norte y Sur, Madrid, 1965, p. 120). Curiosamente, cuando de enojo se trata aparece el francés, y cuando de amor el español. Casi diríamos que tras la mismísima “pax christiana” como ideal europeo y cósmico, a la sazón imperante en la literatura política hispana del Renacimiento y del Barroco, hubo nacionalismo encubierto, y por ende potencial agresivo.

Hoy Europa son Pagarés del Tesoro (Mercacomún) y Bomba. Intelectuales europeos reunidos en Bruselas en el 1985 para diseñar el estatuto epistemológico de Europa no pudieron salir del nihilismo o el posmodernismo, porque el Estado moderno no es capaz no sólo de cumplir en su ámbito, sino tampoco y aun mucho menos de hacernos buenos con su ética del consenso. No creyendo en el hombre, habiendo voceado la muer-

te del hombre mismo, no puede haber sino ruinas, y hacia allí camina una Europa cada vez más necesitada de Bomba. Ni Superman *made in Usa*, ni Parsifal *made in Italia* son la meta. ¿Cuál? “No la meta final de la historia, pero si una meta que sería la condición para alcanzar las más altas posibilidades del hombre puede definirse formalmente: La unidad de la humanidad... Esta meta de unidad que sólo concierne a los fundamentos de la existencia, sin aferrarse a un contenido de fe como universalmente válido no parece completamente utópica... El fin de las guerras se alcanzaría en un orden jurídico mundial en que ningún Estado poseería ya la soberanía absoluta, que sólo correspondería a la humanidad jurídicamente organizada... Tampoco debemos hacer de la historia la divinidad. No necesitamos asentir a la sentencia atea de que la historia universal es el juicio universal. La historia no es una última instancia. Fracasar no es un argumento en contra de la verdad, pues se halla fundada en la trascendencia. Cruzando transversalmente la historia, y apropiándonosla así, echamos el ancla en la eternidad” (K. Jaspers: “La filosofía desde el punto de vista de la existencia”, FCE, México, 1957, pp. 88-90). Eso, o salud, dinero, y bellotas, cuya versión metazarzuelera acometió prezarzueleramente Diógenes Laercio, que preguntado por la felicidad respondió: Salud de cuerpo, abundancia de riquezas y entendimiento. Pues bien, incluso eso es poco hoy.

**B) ACELERANDO:
ARBOL GENEALOGICO DE LA UTOPIA**



I) ANDANTE CON MOTTO:
PAZ A LOS CORAZONES DE BUENA VOLUNTAD

I.— Metamorfosis: Ni Ovidio, ni Kafka.

“La buena fe y la justicia eran las únicas leyes... no se sabía de ningún criminal que temblase en presencia de un juez, porque el pueblo no necesitaba jueces... El ciudadano tenía asegurada una existencia dulce y tranquila. La tierra, sin necesidad de que el arado la rompiese, daba toda suerte de frutos. Todo el año era primavera. Céfiros y rosas pugnaban ante los ojos, y se sucedían las estaciones sin sembrar ni trabajar. Se deslizaba un río divino de leche y de néctar, y en los troncos de los árboles se recogían panales de miel” (Ovidio: *Metamorfosis* I,2).

“Muchas sombras de los difuntos se ocupan en lamer las mareas del Río de los Muertos, porque éste viene de nosotros y aún posee el salado sabor de nuestros mares. Entonces se eriza de asco el río, coge una corriente que vaya hacia atrás y devuelve a los muertos de nuevo a la vida. Pero ellos están contentos, entonan canciones de gracia y acarician al indignado” (Kafka: *Consideraciones sobre el pecado, el sufrimiento, la esperanza y el camino verdadero*, 4).

Todo el mundo tiene que elegir entre Ovidio y Kafka, al menos plantearse alguna vez en su vida la vieja cuestión de si es el hombre bueno el que se metamorfosea en malo, o si por el contrario cabe esperar que el

malo se transforme en bueno. Desenmadejar este ovidio es de suyo kafkiano. Se ha dicho no sin su punta de razón que el optimista reputa medio llena la misma botella que el pesimista conceptúa vacía. Y lo mismo o similar cabe conjeturar respecto del hombre aficionado a las estrellas: ¿Qué hace un hombre mirando al cielo? Si es optimista, extasiarse con el azul, si pesimista perseguir iracundo al pájaro que le excrementó. En la *Niebla* de don Miguel de Unamuno, al principio, tienen ustedes un ejemplo de la segunda actitud: “Al aparecer Augusto a la puerta de su casa extendía el brazo derecho, con la palma abajo y abierta, y dirigiendo los ojos al cielo quedóse un momento parado en esta actitud estatuaría y augusta. No era que tomaba posesión del mundo entero, sino que observaba si llovía”. Realista el Augusto éste; un pesimista hubiera dicho que por lo menos no cantaba el Cara al Sol; Pobre Augusto, cuán disgusto parecía hallarse! Y sin embargo ¿no es el pesimista con mucha frecuencia el mejor informado de los realistas? Frente al optimista empalagoso “no hay más que un arma, una única arma, que por absurda que parezca sea capaz de ahuyentar eficazmente la tristeza juvenil: El pesimismo. Y, concretando, el pesimismo razonado”. Bueno es este “Consejo a la Juventud” del señor Enrique Jardiel Poncela, bueno y tan cierto como que el optimista viene a ser “un gato subido a un árbol que cree que se ha independizado del mundo” (esta vez la cita permite suponer que se trata de una “Greguería” de Ramón Gómez de la Serna); y, si se me permite, el optimismo se me antoja la erótica del meapilismo, frase que aunque sea mía no está nada mal. Siempre se me dice, empero, que los pesimistas no somos buena gente, pero yo redarguyo que el más pésimo de los pesimismos y el más pésimo de los pesimistas es aquel que deja el mundo como está por temor a empeorarlo, frente a lo cual postulo una y mil veces con Arquímedes: Dadme pesimistas activos contra el desorden establecido, y levantaré el mundo. Por lo demás, como me he prometido a mí mismo solemnemente no llevarme nunca mal con Machado, no veo contradicción sino complemento entre esta mi actitud y esas sus palabras:

—Dadme cretinos optimistas, decía un político a Juan de Mairena, porque ya estoy hasta los pelos del pesimismo de nuestros sabios. Sin optimismo no vamos a ninguna parte.

—¿Y qué diría usted de un optimismo con sentido común?

—¿Ah, miel sobre hojuelas! Pero ya sabe usted lo difícil que es eso, Mairena”.

Haiga paz, pues, y háganme ustedes la merced de no ponerse con tales pareceres “hasta los pelos”: Ni tanto ni tan calvo, que menos da una piedra.

2.— ¿Visceras u hormonas?

El optimista químicamente puro plantará su tienda en la luna, el pesimista integral (que también suele ser integrista) tendrá por menú la coprofagia, y suyos y de este tenor serán estos diálogos:

—A este paso vamos a comer mierda (“optimista”).

—Yo me conformo con que tengamos mierda con guarnición, unas patatillas por ejemplo (“realista”).

—Pero ¿vosotros creéis que habrá mierda para todos? (pesimista)”.

La verdad es que estos tres dialogantes no permiten mucho optimismo, ni siquiera dentro de un orden, lo que pasa es que casi todo es relativo, incluso el nivel de coprofagia. Algo es algo, y peor es un avance de telediario.

Así que, vocacionados como estamos hacia lo real pese a todos los pesares, dejemos la luna para los lunáticos, toda vez que su egregia faz ha sido hollada por la planta del astronauta; abandonemos también el trasnochado romanticismo de los romances del corazón, y resignémonos al trato con el cardiólogo, desde el punto y hora en que la cantada víscera es pasto de los trasplantadores. De ahora en adelante, pues, no hablaremos ni de la “violencia que surge del corazón” ni de la “bondad que nace del pecho”, porque la ciencia nos lo prohíbe. Un hombre “de mucho corazón” era antaño un ciudadano valioso, hogaño es un megalocardiaco; en otro tiempo, al parecer, el corazón tuvo sus leyes que la razón no conocía, pero a la presente sus ritmos quedan registrados con frecuencia milimétrica, y en caso de taquicardia pagan un plus de funcionamiento que el IVA se encarga de gravar. Nos hemos quedado des-corazonados entre válvulas, marcapasos, prótesis y apósitos, pero más vale corazón en mano que ciento volando, el órgano escasea, y el realismo se impone.

Por tanto, dejemos de hablar de la “violencia del corazón” o similares, y démonos a la cuantificación de la mala uva, que ha cambiado de lugar de residencia, pues ahora tiene su viña en los genes, y su expresión inmediata se traduce en un “porque me sale de los *gen-i-tales*”. Supongamos, como hoy nos dicen, que casi todo viene de los genes (Tales de Mileto hubiera dicho que los genes son el origen del cosmos), pero bueno, maestro, ¿qué es un gen? No un gen de baño, ni ese diminutivo para designar al *Genaro* chachi y cariñoso (“llámame Gen, Purita”), sino el gen-gen de pura cepa. Pues bien, un gen es, como diría el “Ministro del ramo” “un bichito que si se cae de esta mesa se mata”. O sea, si mal no entiendo, un suponer, un ente sin el cual todo se descongengoja ¿usted me sigue? Yo creo que no vamos por mal camino, pero en todo caso somos gente honrada, y hay un libro de reclamaciones para el disidente.

Así pues, todos salidos; todo sale de los genes, lo cual no impide que imaginemos. Imaginemos que también la violencia mora en el país de Genilandia: Con cambiar de paisaje genético todo listo, gen nuevo vida nueva, un nuevo gen y problema resuelto, amén de que la casa le regala hasta un peine. Imagine además lo que va a ser el futuro, la firma Regeneración ofreciéndole sus servicios por módico precio y con más garantía que su competidora Congéneres cuyo lema es “Dime con quién andas y te diré *gen* eres”, y ésta aún más ventajas que la empresa *Gen-tío*, para los más pasones. De entre el impresionante banco de genes a su disposición podrá usted elegir el modelo que más le acomode, o aquel otro con el que prefiera incomodar. Genes de quita y pon, genes de segunda mano, genes de repuesto, genes antichoque, molando *genuinamente*. Hete aquí que en este clima los anuncios se orientarán con toda normalidad por estos derroteros: “Cambio gen sumiso por otro agresivo”, “precísanse genes cosecha arcaizante”, “vendo genes en buen uso”, etc, etc. Los genes sobados, deteriorados o desviadillos irán al taller de reparaciones o al cementerio según los nuevos dictaminadores del Génesis cromosómico. La figura del ingeniero genético reemplazará a la arcaizante del sacerdote y a la moderna del psicólogo, al bastar una estimulación en tal o cual zona, una ablación en tal otra, un empalme periférico en esta parte, un trasplante en aquella otra, para que todo se solucione. Amor y odio, ternura y vigor, serán tenidos por sentimientos de prehomínidos, al bastar con apretar o aflojar las tuercas para inducir una descarga o una relajación. En adelante el Mundo Feliz de Huxley hecho realidad, todo claro y transparente como el Salón Romerales, donde sabes-donde-entras/sabes-donde-sales. Ni esperanza ni desesperanza, ni bien ni mal, ni conciencia ni subconsciencia: Simplemente Ciencia, Ciencia Genética por supuesto, que ciencia, como la madre, sólo hay una. Helena Francis, considerada un Tonton Macut subversivo por su intención de aconsejar a las almas apenadas, será reemplazada por el Gran Gurka agresivo, esto es, por el Gran Alquimista con sede en la planta primera, sección química cerebral y lavado de coco, en tanto que los borbotones mágicos salidos de las serpentinas y los tubos de ensayo se acompañarán de rumores estadísticos y tintineos de caja registradora: Marchando 091 robotitas tirando a robotontitos, envíese 3434 descerebrados profundos para jugar todas las tardes al Bingo, prepárese una teratogenia recesiva para las guerras Alfa contra los Beta. En fin, *genial*. Disuélvase los espectros restantes, incluido el de Nietzsche, terminó el carnaval y por la misma razón punto y final a la filosofía. Doña Hormona reina en su menarquía hereditaria, *genio* y figura hasta la sepultura, aunque la hormona se vista de seda, hormona es y hormona se queda. Y en caso de duda, la más *cogenuda*. A mí la legión.

Cielos que horror ¿no? Dejemos de imaginar aunque se trate de fantacencia amenazadora por su futuro no tan remoto. Cuando tales sombras pueblan mi mente, inclínome irresistiblemente a la antítesis del genetista, que el ambientalista encarna. Su tesis es que la violencia no viene de los genes, sino del exterior, de lo que circunda y circunsta. Según Ashley Montagu, en efecto, “la conducta humana es una conducta aprendida. Exceptuando las reacciones instintoides de los infantes, el hombre carece por completo de instintos”. He aquí cómo los científicos se permiten cualesquiera excesos y opiniones antitéticas, eso sí, en nombre de la misma ciencia todos, lo que no deja de ser curioso y siniestro a un mismo tiempo. En fin, pase lo que pase, Ashley contra Huxley, versión científica del Kramer contra Kramer porque todo queda en familia. Y sin embargo... ¡pero hombre, Ashley, que si tu llevaras razón, entonces Darwin quedaría convertido en pieza de museo! ¿Cómo puede pretenderse que el hombre viva al margen de las leyes de la evolución animal, la cual siempre incluye las leyes instintuales? ¿No habrá sido que por hacer hincapié en lo ambiental —importante y mucho, todo hay que decirlo— se te haya ido la mano ignorando los comportamientos endógenos? ¿no será que por llamar la atención sobre la gran influencia habida por la familia, escuela, calle, sociedad y Estado te hayas negado a reconocer la parte alícuota de responsabilidad de los genes, esos pobrecillos que nada mal te han hecho?

3.— Las pesadillas de nuestros GENios íncubos: El enOJO de los genes.

Hoy sabemos, a lo que parece con cierto rigor, que en el comportamiento humano interactúan herencia y ambiente; genetismo y ambientalismo se complementan, a pesar de que estemos aún lejos de conocer con rigor qué parte porcentual haya de adscribirse a cada uno de ellos. Mientras tanto, ambos Césares reclaman tributos, pero nadie puede tasar exactamente el rigor impositivo. Por si acaso, y mientras tanto, bueno será recordar que un niño mal destetado tarde o temprano detestará a la sociedad; que un escolar competitivo se convertirá tarde o temprano en un incompetente para la sociedad civil; y que un docente autoritario quedará a cien leguas de la condición de autoridad. Estas formas de enanismo ambiental y de crecimiento solipsista forjan la personalidad neurótica de nuestros días y nos ponen ante el más desagradable de todos los enanos de la cohorte de Blancanieves, el insufrible Cascarrabias. Al lado de Dor-

milón, del Sabio, o del Mudio se puede estar tranquilo, pero Cascarrabias es intratable.

Sabemos eso, pero también sabemos hoy cómo aprieta la presión genética, desde Charcot y sobre todo después de Freud. Parece que nuestro cuerpo sería como una bomba hidráulica necesitada de descarga de cuando en cuando, para evitar explotar; si la bomba hidráulica no evacúa las aguas de la agresividad que la van colmando, en un momento determinado e incontrolable se transforma en bomba de relojería y estalla arramplando con todo y sin miramientos: El sobrecargo sobrecargado no fue capaz de avisar al piloto estallando el avión en pleno vuelo. Un proverbio yankee, que citaremos aquí por una vez sin que sirva de precedente, dice que si John se ha puesto cien veces amarillo y ninguna rojo, eso es malo para John. Así que para que John sea capaz de ponerse una vez rojo antes que cien amarillo, el piel roja debe saber descargar su agresividad sobre el mongol ruso de la estepa. En realidad, en su versión freudiana, que no es la película de cow-boys, la cosa es bien simple: La madre del cordero del psicoanálisis consiste en descargar la agresividad sin cargarse a nadie.

Por nuestra parte, aceptamos esta parte del psicoanálisis: Hay que saber exteriorizar las tensiones, pero sin lesionar; quien sabe dominar los mecanismos de abreacción de la agresividad sabe transformar odio en amor, pues en realidad ambos extremos se nutren de una misma energía. Hay muchas técnicas para la sana abreacción de la energía fóbica, y deberían ya estar formando parte de los *curricula* escolares. Por volver a Freud, todo el mundo sabe ya a estas alturas del partido que el instinto sexual torcido es fuente de conflictos, desde el momento en que o no se sublima, o se descarga depredadoramente, vorazmente, sobre el cuerpo ajeno. Un cuerpo mal educado al respecto deviene anticuerpo respecto de la capacidad de amar. Cuerpo sano en mente insana concluye en devastación y no en creatividad. Jaurías de lobos en celo olfateando la presa, y entonces es la guerra de todos contra todos, pues en llegando a tal punto "los hombres no se dividen en grupos, sino en piaras", según dice Jardiel Poncela en "Amor se escribe sin hache". La Venus más ligerita de ropa nunca llega a estar desnuda ante una mente equilibrada; es el ojo del buitre el que la desnuda, y para el azor en celo ni siquiera la Venus más tapada del mundo está a salvo de los cueros imaginados. El ojo es como el corazón del gen: Ojo al gen, y no se me enoje, que muchos son los que hablando en nombre del comunismo piensan sólo en socializar los gonococos del sexo, no faltando los que diciendo ir contra la propiedad privada de los medios de producción se apoderan del ajeno *body* como la ladilla del genital nudo, y tampoco suele ser ave rara el buen burgués que a cambio de

la mensual soldada cree estar licenciado para depositar a su hembra encima de una horizontal cualquiera, sin otro horizonte. Libres de pecado, abstenerse.

Precisamente conviene tomar conciencia de ciertas actitudes emanadas del interior para estar en condiciones de afrontarlas, si no se quiere repetir fotograma por fotograma cada uno de los movimientos registrados en "La Puta respetuosa" de Jean Paul Sartre. Usted también, caballero. De modo que cuente hasta diez, ponga cara de hacerse la foto, todo el mundo atento al pajarito, y a ver qué cosa sacamos en claro del epígrafe siguiente, donde se hablará de todo un poco, pero especialmente de la diferencia entre agresividad y violencia, y de la genética de poblaciones, aunque esto sea para mí meterme en camisas de once varas; pero en fin, todo sea por la causa.

4.— Agresividad I, Violencia 0: Parábola del incauto, el tramposo y el rencoroso.

Saber liberarse de los malos démones sin malear al vecino, de acuerdo, yo bien ¿y usted?; y sobre todo dígame ¿tal cosa es posible?.

Al menos, la nómina de los pensadores que responden afirmativamente está bien nutrida, desde Platón hasta Freud. El inefable griego escribió ya en su "Banquete" que Eros puede convertirse en Thanatos, y Thanatos en Eros, por ser reversibles. Démon poderosísimo pero ambiguo, Amor-Odio sería capaz de elevarse hacia lo sublime, o de degradarse hacia lo perverso. El sabio refrán popular parece haberse troquelado según la hechura platónica, por cuanto afirma que del odio al amor hay un simple paso, el mismo que del amor hacia el odio. Tal paso, mero desplazamiento de una misma energía como decíamos, tiene también sus reglas y sus ritmos, puede aprenderse, y de ahí la importancia de lo ambiental. El educado (es un decir) en la devolución violenta se comporta de forma muy distinta al educado (esta vez sí) en las artes marciales que educan jugando y que se sirven del impulso del enemigo para dar con él en el suelo sin degradarle. En cualquier caso, no puede negarse, como dice Leonardo Boff, que "dentro de cada gran santo vive siempre un gran demonio". Mi amigo y compañero Antonio ponía esto mismo dentro del olmo seco, capaz de reverdecer:

"Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido

(...)

Olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera”.

No hace falta ser pananimista —basta con ser un poco animoso— para comprender que en la naturaleza nada se destruye, tan sólo se transforma; y casi diría yo que todo pasa y todo queda: La salamandra en la grieta del adobe en la isla bonita de La Palma, el corazón generoso de Luis Cobiella y sus cardiofilias, el humo de aquel cigarro, la sonrisa de mi Esther, con sus cinco diminutas ferocidades, sus cinco azahares, con sus cinco jazmines adolescentes. El mundo es la bóveda reverberante de azules a la vez turbulentos y llenos de memoria; de lo que se trata, hermanos, es de transformar lo máximo sin reprimir, de esperar sin quemar, de separar sólo al final el trigo de la cizaña, pero de tener siempre mientras el ojo avizorante para no sentar plaza en la complicidad con el mal, haciendo así que despierte el alma dormida; que la rabia se torne amor; el odio, afecto; la agresión, amistad; la enemistad, dilección; la ira, veneración; el asco, ternura; el rencor, simpatía; el resentimiento, entrega; la antipatía, querencia; la tanatofilia, biofilia; la opresión, libertad; el jerarquismo elitista, igualdad; la explotación, colaboración; la parcialización, integralidad; la marginación, integración; el individualismo agresivo, individualidad solidaria; la centralización, policentrismo; la pasividad, iniciativa; la repetición, creatividad; el adormecimiento, curiosidad; la domesticación, apredizaje; la disciplina a secas, responsabilidad; el dogmatismo, espíritu crítico; la intolerancia, respeto; la neurotización, humor; el fatalismo, voluntarismo; la artificialidad, naturalidad; la violencia, paz; el consumismo, reconocimiento de las necesidades reales; el despilfarro, aprovechamiento de los recursos; el activismo, acción personalizada, y así sucesivamente.

Además, a los que estéis dispuestos a henchir velas cargando de rocío vuestros navíos hacia Zafir, Horacio os saluda con esta invitación noble y generosa:

“Vosotros, los que tenéis valor, dejáos de femeniles lamentos
y volad más allá de la costa etrusca.

Nos aguarda el anchuroso oceano;
tratemos de alcanzar los campos, los felices campos,
y las Islas Afortunadas donde cada año
la tierra sin ser arañada produce sus cosechas
e incluso la viña no podada florece siempre”.

(Epodos. XVI)

Instrucciones para el embarque: Atense fuertemente al mástil para no dejarse encantar por los voceadores de la violencia, y repitan a modo de tantra o recitación monocorde estas palabras de B. de Castiglione en "El Cortesano": "El que tiene fin a llegar a lo más alto alcanza desto a lo menos pasar casi siempre más adelante de la mitad del camino". O, si no le place, concentre su atención en el sólo aparentemente frágil envoltorio corporal del Alcalde de Marinaleda, que construye así su volumen:

"—Supongo que usted habrá sacrificado muchas cosas por estar siempre al pie del cañón.

—Sí, principalmente tranquilidad y vida familiar. Pero vale la pena, porque esta lucha ya forma parte de mi persona. Cuando una persona que alimenta a siete u ocho chiquillos y sólo tiene dos cabras, es capaz de decir en una asamblea: 'Pues yo doy una de mis dos cabras para fulanito, que está pasando dificultades', cuando oyes esto entonces comprendes que la lucha merece la pena. Un gesto tan hermoso, uno sólo, ya justifica todo lo demás".

Sánchez Gordillo, tú eres la utopía del sur; en ti se condensa y concita lo mejor de la solidaridad de los últimos; detrás de tus gestos una larga hilera de hombres y mujeres, ciudadanos del pasado, del presente, y del futuro, te dan su mano. Poco importan las objeciones aunque vengan en inglés: También sus antiobjeciones valen:

"—But that's the price we have to pay for stability. You've got to choose between happiness, and what people used to call high art. We've sacrificed the high art. We have the love film instead.

"—But I don't want comfort. I want God, I want poetry, I want real danger, I want goodness, I want sin... I'm claiming the right to be unhappy" (Huxley: *A Brave New World*. Ed. Longman, London, 1985, pp. 102 y 109).

En castellano o en inglés, y aunque éste último sea el idioma preferente del norte, no somos tan fanáticos ni tan maniqueos: Lo que importa es transformar las cosas, ir cambiando (permítasenos la licencia poética siquiera una vez), cambiando el corazón de nuestro propio corazón, conforme a esa invitación tan clara a una vida nueva: *Metanóete*.

Pues bien, habiendo captado ya que Eros y Thanatos son una misma entidad, una misma carga que en caso de turbulencia amenaza con desplazarse hacia proa o hacia popa desequilibrando el buque y exponiéndole a la zozobra, el buen marinero no puede echar en el saco del olvido que una adecuada travesía exige *distinguir entre agresividad y violencia*.

La *agresividad* es la presión motriz dirigida a dominar el entorno. Potencia de afirmación del sujeto que no daña al otro sujeto, forma parte de nuestra personalidad, y nuestra relación con el otro será entonces de exigencia firme, pero a la vez dentro del respeto y de los cauces de la justicia. Sin la agresividad no seríamos capaces de asumir los conflictos que los otros nos oponen, y además volveríamos contra el propio tejado la rabia tragada, o la desataríamos contra los demás de forma ya desordenada, es decir, trocada en relación conflictiva, en violencia. Quien se muestra incapaz de manejar adecuadamente la agresividad es presa del miedo y del resentimiento que éste conlleva, generando huída y (o) sentimientos autodestructivos. Para superar esta explosión de la bomba en las propias manos existen muchas técnicas de abreacción de agresividad, que se encuentran ya en los manuales de antropología. Konrad Lorenz, Ireneus Eibl-Eibesfeld, Storr, y tantos otros las han puesto a circular hace decenios.

La *violencia* es el resultado de una pésima canalización y de un defectuoso desagüe de la agresividad. El camino del violento consistirá indefectiblemente en lesionar a los demás para garantizar su propia integridad, mala senda que se vuelve hostil contra quien la recorre, porque su camino describe una irrefrenable espiral. El violento, por no saber amarse a sí mismo de una manera sana, no puede tampoco amar al otro, y al no amar al otro no llega a alcanzar la raíz de su propia autoconciencia reconocitiva, recorriendo entonces, como viera Hegel con especial perspicacia en la "Fenomenología del Espíritu", la dialéctica del alma bella que termina por convertirse en corazón duro. La violencia a la que se recurre, como si fuera una fuerza innata fatal, para justificar las acciones más aberrantes, siempre echa la culpa del cañón y del misil a los de la otra banda, sin ver cómo aún humea la propia bocacha. Caín volvería a erradicar el amor de su corazón exterminando de nuevo a Abel, por no haber rechazado en su origen la violencia —pecado de origen—.

Al violento le quedan solamente tres caminos. El primero de ellos es el más primario, y consiste en agredir al otro, según puede contemplarse en la literatura arcaizante:

"Agora, visto el pro y el contra de tus bienandanzas, me pareces un laberinto de errores, un desierto espantable, una morada de fieras, juego de hombres que andan en corro, laguna llena de cieno, región llena de espinas, monte alto, fuente de cuidados, río de lágrimas, mar de miserias, trabajo sin provecho, dulce ponzoña, vana esperanza, falsa alegría... Prometes mucho, nada cumples".

(Fernando de Rojas: *La Celestina*).

El segundo camino es el conformismo, que termina por destruir cuando es agudo:

“Ahora a esperar que los hijos crezcan, seguir envejeciendo, y después morir. Como mamá, la pobre”.

(Camilo José Cela: *La Colmena*).

El tercero es la autodestrucción lisa y llana, sin paliativos, a secas:

“¡Ah de la vida!... ¿Nadie me responde?

¡Aquí de los años que he vivido!

La Fortuna mis tiempos ha mordido;

Las Horas mi locura las esconde.

¡Que sin saber cómo ni adónde
la salud y la edad se hayan huído!

Falta la vida, asiste lo vivido,

Y no hay calamidad que no me ronde.

Ayer se fue; mañana no ha llegado;

hoy se está yendo sin pasar un punto;

soy un fue y un será y un es cansado.

En el hoy y mañana y ayer, junto

pañales y mortaja, y he quedado

presentes sucesiones de difuntos”.

(Quevedo)

Si uno lee el libro de Hermann Hesse *Bajo las ruedas* hallará muchos de los síntomas autodestructivos de la civilización contemporánea: El *narcicismo* que trata de sobreproteger al “yo” débil y desfondado, por temor a perderle; la *invasión de farmacias* que intenta arropar al “yo” con sedantes, antidepresivos, ansiolíticos, en una sociedad a la vez depresiva y opresiva cuyo ciclo va de la opresión a la depresión, y de la opresión a la represión; la *euforia agotadora* que busca por todos los medios distraer al “yo” mediante frenesís lúdicos, locas carreras hacia el superyo del éxito, hacia los cargos, hacia las exhibiciones exigidas por el prestigio; la *masificación* que procura envolver al “yo” entre la ansiedad colectiva y la ausencia de valores, incluyendo la protesta masificada. Ellos son síntomas de un “yo” no construido, que se lanza a la huída hacia adelante, y que se traduce en delincuencia o en violencia reglada, entre la fatiga prematura para la que nada merece la pena si no se obtienen seguridades, y la urgencia desesperada que reclama cosecha sin haber mediado siembra, y que podía reconocer con Azorín en “Una hora de España”: “He podido ser grandes cosas, y no he querido ser nada”.

Así como el antifeminista visceral se inclina por fuerza estadística al pesimismo, ya que de entrada odia a la mitad de la humanidad, compues-

ta por mujeres, así también el desencantado termina mirando con un mohín de disgusto lo que tiene delante:

“Et ponga cada uno la mano en su coraçon,
si verdad quisiere dezir, bien fallará que nunca
passó dia que non oviese más enojos et pessares
que placeres”.

(Don Juan Manuel: *El Conde Lucanor*)

Para poner fin a toda esta situación no sirve el remedio de la medicina homeopática que recurre a similares efectos para contrarrestar símiles causas (“un clavo se saca con otro clavo” “las cosas similares se curan con cosas similares”), porque la violencia no es como la mancha de la mora algo que se quitase con otra más verdé; la única medicina válida al respecto es la alopática, la que recurre a antídotos de signo contrario, por lo que dice no a la violencia sin recurrir a la violencia, dice no a la guerra sin recurrir a la guerra, dice no al mal sin maldad. En el límite, dirige la violencia contra las cosas y contra las estructuras injustas, pero no contra las personas, precisamente al contrario de lo que constituye la esencia de ciertas formas de guerra bacteriológica, que se dirigen contra los humanos dejando intactos sus bienes; rechaza también la violencia selectiva, pues no hay guerras justas, ya que el replicar a la injusticia con injusticia es una injusticia. La única excepción la constituiría la defensa de la propia integridad física, y en el caso de irremisible necesidad. Nuestra pretensión es la noviolencia tendencialmente absoluta, para lo que se hace preciso trabajar mucho, y tener en cuenta lo que dijera Péguy: Que es de muy mala educación pretender la victoria sin tener muchas ganas de trabajarla. Hay que trabajar mucho; no debe olvidarse que una acción no-violenta pero agresiva no es sobre todo una demostración de amor, sino una demostración de dignidad y de fuerza. Bien lo sabía Gandhi.

Medios y fines han de estar unidos como la simiente y el árbol. Las buenas causas no justifican los malos medios; por contra, estos arruinan a aquéllas; la ciencia se presta a cualquier aplicación, la conciencia no; la inteligencia se sirve de cualquier combinación, la sabiduría no; el poderío está presto a cualquier abuso, el autodominió no; el dinero está dispuesto a cualquier uso, la honestidad no; el coraje apela a cualquier causa, la caridad no. Se equivocaba poco Gog cuando afirmaba que todo hombre se parece a la postre a la careta que ha elegido como medio para lograr sus fines.

Pero volvamos a nuestros genes, toda vez que hemos aprendido que es mejor amor que odio, y que la agresividad bien canalizada vence por

uno a cero sobre la violencia. Vayamos ya a la parábola del incauto, el tramposo y el rencoroso.

Según la genética de poblaciones, los individuos con genes que favorecen el altruísmo se arriesgan a ser eliminados, y de este modo su frecuencia decrece respecto del resto de los miembros de la población, si bien las poblaciones donde abundan los genes altruístas resultan a la larga más felices y productivas que las restantes, de modo que —suponiendo que tales genes existan, cuestión que dejo con gusto en manos de la más sagaz Antoñita la Fantástica— todo el mundo desearía tener como vecino del quinto a un genuino altruísta, todo el mundo quisiera vivir en una barriada de altruístas, y todo el mundo vería tan requetebien inhabitar una patria altruísta en un cosmos altruísta. Todo el mundo, en suma, se apuntaría a las tesis de Kropotkin, el Príncipe del Apoyo Mutuo.

Sin embargo, a estos altruístas se les cepillan que es un gusto los malos genes, genes malos y golfos que tiran piedras contra los buenos. Malos contra buenos, los malos son dominantes y los buenos recesivos. Pero ¿qué pasa cuando toda una población se compone de malos? Que se matan entre sí, cayendo primero los menos malos hasta que ya sólo quedan el supermalo contra el supermalo, conforme a lo predicho por Marx analizando las leyes de la competitividad del capitalismo y sus crisis cíclicas. Los malos, como la burguesía denostada por Marx, llevarían dentro de sí a sus propios sepultureros; o, si se prefiere en clave más genetista que socialista, “una gallina no es más que un medio imaginado por un huevo para lograr que se ponga otro huevo”. La cosa, no se negará por evidente, tiene huevos, y no es porque yo lo diga: El círculo se estrecha en torno al estrecho, ahogando al ahogador. La especie ama acaba por ser esclava de la desaparición de la especie esclava, cosa ya pronosticada por Hegel.

Pero la genética de poblaciones todavía se solaza complicando la situación un poquitín más. Supongamos que en una población existen genes *incautos* cuya estrategia genética les induce a ayudar a todos; supongamos también que a su lado moran una serie de genes *tramposos*, siempre prestos a aceptar la ayuda ajena, pero renuentes a prestar la propia, y tan solícitos en demandar como enemigos de ofertar: ¿Qué pasaría si la población predominante fuese de incautos? Que duraría bastante, pero a la larga sucumbiría según la ley de la manzana podrida, que va pudriendo poco a poco a las sanas. Los genes tramposos también irían desertizando la bonanza originaria para contaminar a los incautos, y cuando predominase claramente la población de tramposos, faltando los benefactores y samaritanos genes incautos, la totalidad de la población se vería en peligro de extinción, cayendo uno a uno en la cuneta de Jerusalén y Jericó, sin que ninguna piadosa mano viniese a sacarles del atolladero.

Pero ¿y si la población de incautos y tramposos conviviera con un nuevo tipo de vecinos, los genes *rencorosos*, así llamados por su memoria hipermnésica e inmisericorde, elefantiásica e incapaz de olvido y por ende incapaz de perdón, entregada obsesivamente a devolver ojo por ojo, diente por diente, conforme a los más duros rigores de la Ley del Talión? Pues pasaría que la supervivencia quedaría asegurada, pues al fin y al cabo un delincuente “bien castigado” —como decía Hegel, y sigue diciendo el penalista inyectado en sangre— no vuelve a delinquir, aserto en el que por cierto según Piaget también coinciden los niños en el estadio de su mayor inmadurez (el famoso “realismo infantil”). Así que con un ayatollah como es debido se acabarían los problemas, bastaría con que se cortase la mano al ladrón, y así sucesivamente. Aquí la violencia se borraría con otra violencia negadora, pero el mal seguiría circulando, ni más grande ni más pequeño, el mismo eternamente retornante, ya que nadie opta por perdonar, por encajar, por “meter en caja” el billete falso. Eterno retorno de lo idéntico, cansancio punitivo, las Euménides noctívagas no duermen ni descansan, celantes de lo milimétrico y perseguidoras del “te passaste, Burlanaster”, Euménides siempre sedienta por no poder beber nunca en el río del olvido, Letheo. ¿Es esto lo que llaman justicia los pueblos legiferantes? Tal parece: Rencor, ojos del hermano eterno cuya mirada penetrante ha descrito Stephan Zweig, Panóptico vigilante narrado por Jeremy Bentham, agotamiento sin asimetría, horror.

Así pues no cabe vivir en esperanza cuando se apela al gen tramposo, ni cabe vivir en utopía cuando se depende del gen rencoroso. Cabe vivir en esperanza y utopía con el gen incauto, por lo que alzamos nuestra copa con este brindis: Incautos de todos los países, uníos, no seáis el círculo que cierra, sino los círculos olímpicos que se ensanchan por intersección, se amplían por coimplicación, producen cadencia sin decaimiento ni decadencia. Puedan cerrarse allí los ojos en el reposo, no obligados a la vigilia obsesiva que vuelve cárdenas las insomnes ojeras.

Tal es la fuerza de la parábola: El hombre es el conjunto de cuanto ama; entonces, y por amor, como dice Tagore, “el arco dice a la flecha, al despedirla: Tu libertad es la mía”. Te digo pues, hermano, que no te comportes nunca cual violento halcón predador, a muerte contra los otros; pórtate siempre como paloma, y, ritualizando la agresividad, defiéndete con justicia pero sin violencia; tampoco te comportes como halcón si eres propietario del objeto de disfrute pero como paloma si no lo eres, pues esa lógica con ley del embudo es impropia. Así que habiendo de elegir entre la condición de paloma y la de halcón, yo te ruego que depongas tu actitud rapaz de halcónido, y que ames la simple paz del blanco columba-

rio, sobre el verde esperanza y el azul cielo. Hermano, lo que puedas hacer hoy no lo dejes para mañana, pues larga es la jornada; pero si llevas verde en tu corazón el camino será más corto, pinta de verde cuantos bancos encuentres a tu paso, háblale a las hermanas plantas y a los humildes mojones del camino, conversa con el hombre que siempre va contigo, y recuerda con Juan de Mairena que “el que no habla al hombre no habla a nadie”, y tampoco eches en el olvido aquella afirmación atinada de Ortega, a saber, que “hombre es Kant y hombre es el pigmeo de Nueva Guinea o el australiano neanderthaloide”, y no tan sólo el famoso sapiens sapiens europeo. Y en la duda, yo te Salustio, amice: “Nam et prius quam incipias, consulto”.

Ya sabes, hermano, que, a pesar de todo, los sociobiólogos más dogmáticos si no mienten por lo menos se le parecen mucho cuando acentúan el determinismo genético; no creas en determinismo alguno, y obra de tal modo que tu norma de conducta pueda servir de base al comportamiento del entero universo. Nada de determinismo: ¿Por qué un mismo gen se comporta con egoísmo en gran grupo, y con altruísmo y solicitud en el pequeño círculo de los conocidos, los amigos, y los familiares? Y sobre todo, hermano, recuerda quevedescamente que el mal gen lleva la penitencia en su pecado:

“¿Miras este gigante corpulento
que con soberbia y gravedad camina?
Pues por dentro es trapos y fagina
y un ganapán le sirve de cimientto.
Con su alma vive y tiene movimiento,
y adonde quiere su grandeza inclina;
desprecia su figura y ornamento.
Tales son las grandezas aparentes
de la vana ilusión de los tiranos:
Fantásticas escorias eminentes.
¿Veslos arder en púrpura, y sus manos
en diamantes y piedras diferentes?
Pues asco dentro son, tierra y gusanos”.

De todos modos no le odies, hermanito, pues entonces te convertirías en su gemelo univitelino para el mal, siendo así que por el contrario todo gen está hecho para el milagro de la primavera, lo cual es mucho más que cuanto pueda pensarse.

5.— A calzón caído, no; con estiércol de los bueyes, sí: *Adagio affettuoso*.

Me dices, hermano, que tú no puedes con tanta perfección, que tu cruz te resulta más pesada de lo que tus fuerzas resisten, que te haces violencia pretendiendo evitarla, que a estas alturas te estás convirtiendo en pacifanático por mor de pacifista y que, sencillamente, tú no puedes.

No pasa nada. Pero además deberías plantearlo de otro modo; en lugar de un “tú no puedes” ensayemos un “tú solo no puedes”. Pero puedes con los demás, y además tienes setenta veces siete por delante, y la paciencia infinita que ha de pronosticarte el saberte por buen camino. No llegarás, de todos modos, a esa paz encrespándote, sino abandonándote; en lo que puedas transformar, muévete sin prisa pero sin pausa; en lo que no puedas, entrégate, acepta, se humilde como el leño en el corazón del bosque: Llegará la primavera. Vive, pues, hermano, alegremente lo real, pues el sol sigue saliendo a pesar de todo, y para todos. No mires tanto hacia abajo, deja que estalle la primavera. Eso basta.

En esta línea franciscana, sobre la que volveremos más adelante, cuentan algunos cronistas un par de relatos cuyo candor es tanto, que en buen modo puede servir de modelo de aceptación, de renuncia, y de transfusión irenista. Atendamos a ellos, porque nos pueden ayudar.

“Después fueron enviados a Alemania... Estos, penetrando en las regiones de Alemania y no conociendo la lengua, al preguntárseles si querían alojamiento, comida o cosas similares, respondieron *ja* y de esta manera fueron respondidos benignamente por algunos. Y, al notar que con esta palabra *ja* llegaban a ser tratados humanamente, decidieron responder *ja* a cualquier cosa que les preguntaran. Pero sucedió que, al preguntárseles si eran herejes y si habían llegado precisamente para contaminar Alemania, de nuevo respondieron *ja*. Entonces, algunos fueron encarcelados, otros despojados...”

(Jordán de Giano: *Cronistas franciscanos primitivos*).

Sonríe, pues, hermano, que el humor es la quintaesencia del amor, y sólo los animales son incapaces de reír, incluida la hiena; venera la sencillez de estos *fratres minores* que desde su minoridad pudieron entregarse a la gran causa, y escucha pacientemente la otra anécdota que te había anunciado, sabiendo trascenderla:

“En cambio, los hermanos enviados a Hungría fueron llevados allí por mar, ante el interés de un obispo húngaro. Y mientras, bromeando, penetraban por aquellos campos, los pastores les azuzaron sus perros y, sin decir una palabra, sin tregua los golpeaban

con sus lanzas, con la parte roma. Y como los hermanos se preguntaran el por qué de tales malos tratos, uno dijo: 'Tal vez porque quieren tener las túnicas superiores'. Se las dieron, pero aquellos no dejaban de aporrearlos. Entonces dijeron: "Quizá quieran tener también nuestras túnicas inferiores". Pero ni siquiera después de dárselas dejaron de golpearlos. Entonces dijeron: 'Quizá quieran también nuestros calzoncillos'. Y también se los dieron. Entonces dejaron de darles bastonazos y los dejaron irse desnudos. Y uno de estos hermanos me contó que unas quince veces se había puesto de nuevo los calzoncillos; y como, vencido por el pudor y la vergüenza, se dolía más por los calzoncillos que por las otras ropas, ensució sus calzoncillos con estiércol de los bueyes y otras inmundicias, para que los pastores, al sentir repugnancia, no se los quitaran".

Al final el hombre pacífico apenas si tenía calzoncillos, del mismo modo que —según la narración medieval— el hombre feliz no tenía camisa, y vivía cantando en medio del bosque donde trabajaba como leñador, en tanto que el rey poderoso y envuelto en oropeles y tornasoles se moría a chorros por un ataque de tristeza.

Al final resulta también que el hombre nuevo, el que emprende el camino hacia el sur, no razona según la ilógica atrabiliaria del "si vis pacem para bellum" (por lo que luego padece el parabellum 9 milímetros), sino que promueve el "si vis pacem para pacem".

Al final resulta asimismo que ellos ladran y nosotros cabalgamos, y que no nos importa tanto decir con Kierkegaard: *Persecutor ergo sum*, demuestro mi verdad por el hecho de ser perseguido, y no es que aquí se busque masoquistamente la persecución, pero mientras no nos quede otro remedio seguiremos opinando con Sócrates que es peor cometer la injusticia que padecerla de mano ajena.

Al final resulta que merece la pena una propuesta que sea a la vez respuesta moral a los desafíos del presente asumida responsable y solidariamente, dialogada en comunidad, y adoptando la actitud de autorrenuncia, reconocimiento, compromiso y esperanza, en orden a la solidez argumental y existencial. Quien pretenda *argumentar* aunque sea en sentido contrario tendrá que haber aceptado ya siempre la norma categórica de que todos los miembros de la comunidad se reconozcan recíprocamente como interlocutores con los mismos derechos y que se obliguen, por tanto, a exponer sus propios argumentos, a escuchar los ajenos, y a cumplir normas básicas en la lógica de la argumentación, como es la exclusión de la mentira. Todo ello no sería posible sin el reconocimiento del otro como *persona*.

6.— Lúcida ingenuidad frente a realismo político.

Condición primera para caminar al sur, en pos del hombre nuevo: La paz. Requisito imprescindible para sentarse a la mesa de negociaciones: Deponer las armas. Filosofía única: Transformar las lanzas en rejas de arado. Mesología: Aplicar a las necesidades de la sociedad civil lo que hoy se dispendia en presupuestos bélicos y planteamientos obsidionales. Actitud recomendable: Ser unilaterales en el desarme, aunque el interlocutor se arme ante nuestros ojos hasta los dientes.

Tal vez nos ocurra mientras lo intentamos lo mismo que a Mark Twain: “Los pasajes de la Biblia que más me molestan no son los que no entiendo, sino los que entiendo”, al menos en lo que se refiere a la paz, donde el mensaje neotestamentario es claro. Desde tal perspectiva nos complace también traer a colación estas palabras de José Ignacio González Faus: “El problema de los realistas es que les ofende mucho más el que les traten de antievangélicos. Pero viendo el destino de Jesús (tantas veces tachado de loco por los suyos) se hace legítima la pregunta de si esa sensibilidad de los realistas no estará más configurada por la sabiduría de este mundo que por la del Evangelio... Con ello esa cultura no sólo ha poblado de misiles nuestro planeta, sino que ha plantado misiles también en nuestro corazón. Y esto ¡en nombre de los valores cristianos! no en nombre de presupuestos ateos. Los valores evangélicos del ceder, de dar el primer paso, del perdón, han dejado de ser valores en absoluto. O con otras palabras: La pregunta que a mí me lanzan los pacifistas es si el realismo de nuestros políticos no ha sustituido de hecho al Sermón del Monte por una nueva ley del talión, o mejor: Del supertalión, pues no se busca la igualdad sino la superioridad, es decir: Para evitar una amenaza x se trata de infligir al enemigo una superamenaza z al cuadrado. Se justifica este talión diciendo que no está al nivel de la venganza, sino al nivel de la amenaza, es decir: Que no pretende cumplirse. Pero es muy seria la pregunta de si ese supertalión no alberga un dinamismo imparabile que le llevará, aún sin querer, a que la amenaza se cumpla y si la política de alianzas no nos llevará como al pueblo judío a la cautividad de Babilonia... En el Evangelio no hay más parcialidad que la de los pobres, no la de los ‘buenos’ ni la de ‘los nuestros’. Y parece también que la vinculación a la OTAN es contraria a ese camino de dar el primer paso, de ser el primero en perdonar, el primero en tender la mano, el primero en correr un riesgo, el primero en debilitarse algo para, desde ahí, tratar de recrear la dosis mínima de confianza que haga posible la paz: Un desarme unilateral, aunque no fuese total, una debilidad relativa, aunque no fuese plena, un pri-

mer paso en contra de uno mismo. Yo pienso que el cristiano está obligado a dar ese primer paso... Si a pesar de eso no aceptamos ahora a dar el primer paso hacia la debilidad ¿quién tendrá valor para educar a su hijo mayor diciéndole que ceda él, que comprenda que le toca a él dar el primer paso ante su hermano, etc? Ya no podremos educar así, y en nuestras propias cosas encontraremos la misma agresividad que nosotros hemos sembrado en nuestro mundo. Y ¿quien tendrá el valor para seguir rezando el Padrenuestro y decir 'perdónanos como nosotros perdonamos'?

Dicho todo lo cual, lo que más puede y debe lamentarse desde mi punto de vista es que no todos los cristianos españoles hayan dicho un *no* rotundo, un **NO** mayúsculo a la OTAN y a todo lo que ella simboliza de hombre viejo y de mentalidad nortea. ¡Qué grande e histórica ocasión perdida, y que poca conciencia cristiana en un pueblo aparentemente tan piadoso! ¡Era la segunda gran oportunidad histórica de definitivar nuestro rechazo respecto del poderío de los ricos y se perdió como la primera, la que constituyó el ingreso en la Comunidad Económica Europea! Enfrascados en las pequeñas reyertas de si colegios privados sí/colegios privados no, de si LODE con capa o sin CONCAPA, una vez más los cristianos europeos tragando camello y colando mosquito: Sólo falta ya rasgarse las vestiduras sin comprender que eclesialmente el siglo XVIII perdió a la intelectualidad, el siglo XIX se distanció de la clase obrera, el siglo XX de los jóvenes, y el siglo veintiuno del sur.

Y sin embargo seguiremos trabajando, diciendo a pesar de todo: “ ¡Este referéndum lo vamos a ganar!”, aunque no sepamos cuándo, ni dónde, ni cuál será la generación que logre verlo. Lo que por nuestra parte tenemos que hacer lo haremos, con independencia del resultado, y confiados en que las transformaciones importantes son largas y penosas. Exodo después de Genesis. Pero también tenemos ya una Tierra prometida, y una vida nueva que, a pesar de no haberse consumado todavía, ya ha comenzado.

En el trayecto, no podemos olvidar que la paz es obra de la justicia; más aún, fruto del amor, el cual tiene un alcance más largo que la mejor justicia posible. Por eso repetimos: “Cuando tantos pueblos tienen hambre, cuando tantos hogares sufren la miseria, cuando tantos hombres viven sumergidos en la ignorancia, cuando aún quedan por construir tantas escuelas, hospitales, viviendas dignas de este nombre, todo derroche público o privado, todo gasto de ostentación nacional o personal, toda carrera de armamentos se convierte en un escándalo intolerable” (p.p. 53). ¿Por qué, pues, habríamos de tolerarlo? “Me hago judío si eres capaz de explicarme la ley en el tiempo en que pueda mantenerme en equilibrio so-

bre un sólo pié”: Schammai propinó al pagano un duro golpe con la regla, y Hillel replicó ante la misma cuestión: “No hagas al otro lo que no quieres para ti”. Y la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, 30, proclama: “La profunda y rápida transformación de la vida exige con suma urgencia que no haya nadie que, por despreocupación frente a la realidad o por pura inercia, se conforme con una ética meramente individualista. El deber de justicia y caridad se cumple cada vez más contribuyendo cada uno al bien común según la propia capacidad y la necesidad ajena, promoviendo y ayudando a las instituciones así públicas como privadas, que sirven para mejorar las condiciones de vida del hombre”. Esto es obvio, pese a que “todas las cosas del mundo son difíciles” (“Ecclesiastés”, 1,8). Este texto del siglo III a.C. prueba que la dificultad no es nueva. En su Carta IX (358 a) escribía Platón: “Te conviene reflexionar sobre esto: Ninguno de nosotros existe tan sólo para sí mismo, sino que la patria reivindica una parte de nuestra existencia, nuestros padres exigen otra, así como nuestros parientes, otra aún nuestros amigos y, finalmente, una gran parte queda consagrada a las circunstancias que se apoderan de nuestra vida”.

En “La Condición Humana” uno de los personajes de Malraux dice: “Bahn, cuando hayas muerto irás al Paraíso. Pues sí que el buen Dios tendrá una compañía agradable con un tipo como tú”. Se equivocaba: Primero, porque todo ser participa del valor, segundo porque el hombre es el que más puede gozar del Protovalor.

II) ANIMOSO HACIA EL SUR: NUESTRA CARTERA DE VALORES

I.— Superar el relativismo sin poder.

Veámos la paz como condición de acceso a la realidad, la paz es un valor sin el cual no cabría plantear los demás valores, aunque ellos se nos den en conflicto. Pero ¿qué son los valores? y sobre todo ¿cuáles son los nuestros? ¿cómo son los *valores hacia el sur*?

Parece que hoy vale aquello que obtiene un reconocimiento mediado por el éxito, y que no vale lo que tiene visos de estar fracasado; la vergüenza cae sobre lo no-apreciado, cuesta trabajo reconciliarse con los valores desacreditados o no adornados por el triunfo. Los valores perdedores e incluso los no-ganadores, los valores en franca minoría son tenidos por disvaliosos, y se empieza a discutir su propia identidad cuando cuentan con pocos seguidores, incluso se cava su fosa. En los momentos en que el perro es más flaco, todo se le vuelven pulgas, con la debilidad numérica comienzan a cuestionarse los valores hasta entonces indebatidos. Muchas veces se dan por buenas realidades por el mero hecho de brillar en el firmamento social, pero cuando se acentúa el carácter sociológico y exitoso del valor, lo estamos haciendo depender de la cotización de cada temporada.

Una segunda variante de lo valioso-exitoso es lo valioso-útil: Vale lo que presta mayoritarios servicios ("The greatest good for the greatest number"), pero ¿no puede darse una sociedad de sádicos o de locos todos contra todos? ¿por qué identificar lo general con lo verdadero? ¿no era minoría Copérnico? Muchos son los que —como Heidegger señala—

han hecho de lo verdadero lo útil, lo que sirve para algo, los retoños del “agathon”. Para los cánones utilitarios, malo es lo “inútil total”, desgraciado entonces el que reúna la doble condición de no-triunfador y de no-útil.

La tercera variante del relativismo axiológico es aquella que considera disvalioso a todo lo que no está en concordia con los valores sociales y las costumbres establecidas, aquello que no acepta la común cosmética enmascaradora, aquello que contraviene las ideas regulativas de una generación porque no acepta la *Überlieferung* (tradición), la *Verdichtung* (condensación de la tradición), ni la *Verschiebung* (recepción según las leyes de asociación por contigüidad —valores históricos—, por semejanza —valores sistemáticos—, etc.). Aquí, como dice Goethe, la racionalidad crítica del disidente deviene sinrazón según la opinión acrítica del dominante (“*Vernunft wird Unsinn, Wohltat Plage*”). El olor de gregariedad es entonces el que evalúa. Usos y costumbres, que son la cáscara del valor, ocultan la pulpa y el fruto.

Resultado de todo ello, el relativismo solipsista: Cada maestrillo tiene su librito, y para paliarlo sólo cabe recurrir al consenso, que es la crisis de la objetividad, pues el consenso no surge de la racionalidad intrínseca de las cosas mismas, sino de la adhesión numérica y la racionalidad instrumental, eficazista, bienestante, sociológica, dominada por el monismo de la función simbólica (Gastón Bachelard). Del “*unum, verum et bonum*” aquí sólo queda el universo cerrado de bajo techado, del “*quod omnia appetunt*” sólo queda el “me apetece”, aunque sea entre fragmentaciones y grietas. Al final *Monsieur Tout Le Monde* (Bergson) o Angel Sí Señor, que está a solas consigo mismo, y aún carente de sí mismo. En suma: Cuando todo es relativo hay que callar, pues la afirmación destruye el relativismo; sólo se comienza a hablar de valores cuando se hace el silencio sobre el relativismo. Pero hablar de valores exige a la vez racionalidad y opción electiva, *no hay una axiología de mínimos*, como tampoco hay una *natura communis minima* o ley natural, al menos si la hay no hay acuerdo cósmico al respecto. Se trata, así las cosas, de fundamentar la propia opción, procurando evidentemente hacerla posible y componible, es decir, de que sea aceptada lo más extensamente posible, y lo más pedagógicamente posible vivida.

2.— Carácter luminoso de los valores.

La única forma, en todo caso, de no tropezar con los térreos montones del relativismo es la de elevarse, despegar, situar los valores en su esfera, aunque el piloto de vuelo deba pensar siempre en cómo aterrizar y por ende no perder de vista el lenguaje de los objetos reales.

Pues bien, según Kant (maestro de la ética formal) el valor no radica en algo exterior al sujeto, sino en algo que éste funda, y que puede fundar dada su dignidad; los valores son valiosos porque el hombre les transfunde su valía y les hace valer; la valía del ser humano, su dignidad y su autonomía, el respeto que se merece como legislador, es lo que hace aceptable todo lo demás. Todos los valores exteriores lo son por la mediación de ese yo originario.

Otros, como N. Hartmann, aseguran que los valores son como las esencias platónicas, ese reino aprehensible por la intuición espiritual aunque invisible con los ojos e impalpable con las manos. En la misma línea, aunque sin hablar de platonismo, M. Scheler asegura que no hay valores porque haya normas, sino al revés; no hay valores porque haya bienes, sino al revés; no hay valores porque haya objetos del acto estimativo, sino al revés, ya que no es la conciencia de los valores lo que determina a estos, sino a la inversa. Los valores, pues, serían independientes de lo real y fundantes de lo real, tan independientes y fundantes que ni siquiera "son" en el sentido usual; su categoría sería el no-ser-que-sin-embargo-vale-y-hace-posible-el-ser-, ya que no poseyendo sustantividad espacio/temporal posibilitan el orden del ser. De este modo Scheler estaría con Kant en que los valores no pertenecen al orden del ser de la razón pura, pero discrepa de él en que la axiología hable de bienes o de fines, pues al valor le basta con que se reconozca su ser en sí. Contra Kant (que reprochaba como decimos a la ética fenomenológica su carácter eudemónico y teleológico) afirma Scheler: "Si el concepto de bien no se deriva de una ley práctica que le precede, entonces ese concepto sólo podría ser el de algo cuya existencia nos prometa placer que determina a la facultad de desear".

Por su parte Tomás de Aquino planteaba esta cuestión de forma distinta a Kant o a Scheler. Para el Aquinate el valor es el bien "que todos desean", y en esa medida lo que perfecciona al ser. Valor es entonces el bien buscado, y el bien buscado es perfección debida, o sea tránsito de la potencia al acto, a su vez del acto al Acto Sumo que es Dios. De ahí que el ser del valor se perfeccione según realice su fin natural: el bien adecuado de la perfección en un mundo que se ofrece como bien, integrando el volumen de la creatura.

Pero independientemente de Kant, Scheler, o Tomás de Aquino, esos valores ¿qué son? Por nuestra parte creemos que no son formas sino materias, pero no materias reales sino ideales. Una metáfora principal los describiría: Los valores son como la luz, alumbran con eterna esencia inmutable, lo que cambia es la conciencia que de ella tenemos según nos situemos a su respecto, según la proximidad, lejanía, o circunstancias, incluidas las interferencias de las nubes y el estado de la vista. El círculo luminoso de los valores, su halo lumínico, se desplaza con el hombre que actúa en el proscenio sin que cambie el decorado axiológico, por eso el borracho perdido no puede ver la luz de la sobriedad.

Aunque el círculo luminoso no cambie, nuestro enfoque le hace reflejar situaciones nuevas hasta entonces, de ahí que la iluminación última hace la oscuridad donde antes había luz. Lo nuevo, a su vez, deslumbra al principio, y se precisa tiempo para acomodar a la nueva luz la propia pupila, cuyos umbrales máximo, mínimo, y diferencial no pueden desconocerse: Un exceso de luz ciega tanto como una carencia, y el tránsito de la luz a la sombra debe ser gradual, pedagógico. Por eso son los ojos más lúcidos y mejor educados los que aprecian las distintas ópticas del valor, haciendo luz común con el juego de las respectivas luces y enfoques.

Y ocurre también que ven más los ojos que han visto mucho, los que conservan en su retina el brillo de la luz pasada, y no olvidan las sombras que fueron. Ojos que ven el pasado son ojos que verán el futuro desde un presente cultivado en que aprecian lo que otros no ven y que sin embargo ya ha empezado a despuntar.

De todos modos, la visión nueva conlleva la crítica de lo anterior, crítica que exacerbada hipertróficamente se convierte en desprestigio más o menos relativo del pasado, los gozos pretéritos tórnanse sombras de hoy, mientras que los misoneístas por su parte arrecian contra lo nuevo. Valores viejos y valores nuevos reclaman entonces sus héroes y sus mártires, filoneístas y misoneístas no respetan lo real, siendo el precio de la mayeútica crítica en ambos lados la cicuta. De ese peligro nadie está exento, pues no falta tampoco la hipermetropía del opticismo oclocrático; dicho de otro modo, no siempre la ceguera axiológica lo es de la masa, también un exceso de vista es oscurecedor: "Para los que desean ver, la luz es suficiente, pero también es suficiente la oscuridad para los que no desean ver" (Pascal: Pensamientos 430 y 578). Hay líderes "visionarios" que entregan a los pueblos a la noche, y clarividentes mediúnicos de la masa con daltonismo axiológico que busca las sensaciones lumínicas y no el color. Otras veces el grado de luminosidad es tanto, que produce el eclipse, la luz axiológica por saturación que conlleva locura, frente a la cual se hace necesaria la crítica como instrumento útil para apartar de las adhesiones fosforescentes masivas y complacientes, producto del miedo a ver en soledad. Aquí convendría rememorar la teoría de Ladd Franklin: En la humanidad cultivada tomada en su conjunto la diferenciación de los valores ha sido una operación lenta y progresiva, como en el phylum biológico la diferenciación de los colores. Nadie está, salvo Dios, en posesión de una visión bajo la especie de eternidad, pues el hombre ve entre espejos y espejismos.

3.— La captación emocionada, emocionante y raciocordial del valor.

Está claro, pues, que los valores “se ven”, se captan o no por una disposición óptico-anímica, por una *Gesinnung*, por un “orde du coeur” y una “logique du coeur” (Pascal), esto es, por una intuición emocional.

¿Entonces hay que recurrir al irracionalismo, al mero intuitivismo indemostrable e inintercomunicable? No, pero tampoco es lo primero en la captación del valor su representación intelectual y más tarde en un segundo momento su volición o aprehensión cordial. Frente a Brentano, que al fundamentar todo acto apetitivo en un acto de representación intelectualiza la vida apetitiva, asegura Scheler —quizá con bastante razón— que hay en nosotros tendencias sin contenido representativo, en las que no nos representamos con total lucidez el adónde, ni sabemos su por qué, pero sentimos que “algo nos impulsa”. Por eso la plenitud, extensión, y diferenciación de nuestra vida apetitiva no es nunca proporcional a la plenitud, extensión, y diferenciación de nuestra vida representativa e intelectual, pues caben valores que objetivamente son meta o término (Ziel) sin ser finalísticamente aprehendidos.

Así pues la intuición no deja al margen las vivencias, no hay conocimiento sin interés, aunque tampoco hay interés sin conocimiento. Rechazar el intelectualismo exige también rechazar el mero voluntarismo, y en tal sentido asegura Scheler que “hay que rechazar decididamente la afirmación de Kant de que lo bueno y lo malo estén vinculados originariamente a los actos de la voluntad”. *Yo y circunstancias*, pues, forman una unidad originaria, una *inteligencia sentiente e intuyente* cuya unitaria radicalidad es la persona, fuente de todo acto intencional: “En el corazón del hombre se halla íntimamente mezclado lo caótico y lo demiúrgico; en lo caótico yacen sus posibilidades pero también sus peligros; en lo demiúrgico se halla su vocación. Realizarla es ser hombre”, aseguró Hartmann. Hay según Blondel una “santidad de la razón” (*L'Action*, PUF, París, 1950, p.442), el hombre es su movimiento primario hacia la ansiada unidad (Jaspers: *Von der Wahrheit* München 1958, p.967).

Por esa misma importancia de lo afectivo y lo intelectual, a intuir se aprende en la vida o no se aprende, y de ciertos ambientes es casi imposible que salgan determinadas personalidades. No se nace con una conciencia valorante ya desarrollada, sino que ella se configura diacrónicamente. Mucha gente pasa su vida, decía Mounier, sin conocer un sólo acto de comunión. Por eso es falso el intimismo o interiorismo que todo lo fían a la inspiración endógena, sin acontecimiento no hay maestro exterior ni interior. De ahí la urgencia y la *necesidad de maestros morales*.

4.— Jerarquía de la ciudad ideal.

Existen valores y se captan, pero ¿cómo se organizan, cuál es su jerarquía, de qué modo está hecha la ciudad ideal, cuál es su diseño?

Muchos son, de Platón abajo, los diseños de mundos posibles, las moradas de que hablaron los místicos; unos utilizan una escalera larga para subir a los más altos, otros se arreglan con valores bajos y con una escalera chiquita; unos ponen la escala (y así Kierkegaard, con sus tres peldaños —estético, ético, religioso—) y otros la quitan (los posmodernos la quitan al invertirla reduciéndola a los valores estéticos); unos hacen hincapié en las cumbres y otros en el conjunto (Max Scheler asegura que los valores morales no son sino la realización de todo lo demás, no pudiendo ser realizados por sí mismos, lo cual sería “virtuosismo”, “la virtud por la virtud”, es decir, el vicio). Raymond Ruyer, en “Le monde de valeurs” (Aubier, París, 1948) dice así: Hay a) Valores sensibles (agradables); b) Económico-utilitarios; c) Vitales (vigor, salud, juventud, sexualidad); d) De poder (sociales, políticos); e) Espirituales (teóricos, estéticos, jurídicos); f) Morales y religiosos. Pues bien, si a *e* le falta *a*, tenemos al pedante; si le falta *b*, al bohemio incapaz y poco práctico; si le falta *c*, al pálido intelectual; si le falta *d*, al egoísta. Si a *f* le falta *a* tenemos al asceta patológico; si le falta *b*, al religioso ensimismado; si le falta *c*, al enfermizo; si le falta *d*, al anarquista cristiano; si le falta *e*, al místico frenético e iconoclasta. Si falta *f* entonces falta la nobleza moral, la humildad religiosa y el sentido del misterio; si faltan *f* y *e* queda sólo la voluntad de cínico poderío; si faltan *f*, *e*, *d* y *c*, el egoísmo crudo; y si faltan *f*, *e*, *d*, *c* y *b* nos quedamos en un infantilismo amoralista propio de la bestia uncida al mero principio de placer.

A pesar de la jerarquía de los valores, el que está hambriento o sufra en su cuerpo carece de sensibilidad para los valores espirituales; no se puede disociar la música de Chopin de las posibilidades de su piano. La fuerza no anula la altura, la auténtica moralidad ha de construirse de abajo arriba, y trabajar mucho tiempo en los cimientos, y tanto más cuanto más alto se quiere edificar.

Más aún: No sólo nada sin lo inferior, sino que todos los valores se implican, y quien toca uno toca todos: “¡Salve, reina sabiduría, el Señor te salve con tu hermana la santa pura sencillez! ¡Señora santa caridad, el Señor te salve con tu hermana la santa obediencia! ¡Santísimas virtudes, a todas os salve el Señor, de quien venís y procedéis!” (Sal Vir 1-8). En efecto, el arte es ante todo expresión de los otros valores; la economía es el medio general para producirles; el amor es presentimiento de los valores del otro, valor que favorece su eclosión; la moralidad es la voluntad de realizar los valores; la religión va del “fides quaerens intellectum” al “intellectus quaerens intellectum per fidem”, y es la toma de conciencia de la

totalidad de los valores o de su fuente común; el valor pedagógico es efelo por relacionar los valores con la juventud; la vida es la realización espontánea y concreta de los valores; el derecho es el arte de respetar conjuntamente los valores y sus portadores (cfr. R. Ruyer, *Op. cit.*, p.71). Así que la interpenetración de los mismos lleva a valores sintéticos: La técnica podría definirse como síntesis de teoría y economía; la magia como síntesis de técnica y religión, etc. Y muchas veces un valor aparece buscando otro: Tiras del cabo, sale la madeja. Y llevado al límite, al infinito, cada valor, sería a la vez todos lo otros. Una fe perfecta daría la belleza; la posesión acabada de la verdad conllevaría la salud, la potencia, la vitalidad; lo bello daba a Orfeo poder sobre las bestias a la par que la verdad y la salud; el amor todo lo podría y todo lo justificaría: *Amor omnia vincit, ama et fac quod vis*. Por último, hay una estrecha ligazón entre el valor y su estimación, porque el valor no sólo entra en juego con los demás valores, sino también con la vida (*non scholae sed vitae*), y de este modo los resultados obtenidos en la matemática son muy distintos según que las fuerzas que presidan la evolución sean de naturaleza estética; mágica o faústica. La pólvora de cañón la usaron los chinos como mero fuego de artificio porque les faltaba la idea de “defensa nacional”; el arte será diferente según su orientación ornamental, social, lujosa, profética, política, etc. En sus “Consideraciones sobre la historia del mundo” muestra Burekhardt el recíproco condicionamiento de los órdenes de valores, y los seis capítulos de dicha obra sistematizan esa reciprocidad: La cultura condicionada por el Estado (Luis XIV), la cultura condicionada por la religión (Islam, religiones clásicas), el Estado condicionado por la religión (judíos), el Estado condicionado por la cultura (Revolución Francesa), la religión condicionada por el Estado (Estados antiguos), la religión condicionada por la cultura (Reforma protestante).

En esta implicación axiológica, el progreso o el regreso caben. Manuel García Morente lo resume así (“Ensayo sobre el Progreso”, Ed. Dorcas, Madrid, 1980, pp.51 ss):

A) *Realización de valores*: 1) Todo descubrimiento o invención de un valor constituye un progreso; 2) Toda institución destinada a realizar un valor es progreso, por imperfectamente que desempeñe su cometido; 3) toda transformación de una cosa en un bien (bonificación) es progreso; 4) Toda mejoría de un valor ya realizado es progreso, ya sea por depuración, intensificación, etc; 5) Todo aumento de bienes en cantidad constituye progreso; 6) Toda disminución de males forma progreso; 7) Todo aumento de males significa retroceso; 8) La conversión de un bien-medio en un bien-fin no es progreso, y puede ser detención o retroceso.

B) *Estimación de valores*: 1) Todo aumento en la humana capacidad para estimar valores es progreso; 2) Toda rectificación de aberraciones estimativas es progreso, tanto en la denuncia de estimaciones falsas en sí mismas como en el restablecimiento de la auténtica jerarquía axiológica.

C) *Juicio sobre el progreso universal*: 1) El fomento y desarrollo de un valor inferior con detrimento de otro superior es retroceso, pero el descubrimiento de dicho acontecer y su rectificación constituyen progreso. 2) Fomentar y desarrollar un valor superior con detrimento de uno inferior puede significar retroceso, planteando siempre la cuestión técnica de cómo lograr el paralelo desarrollo en ambos valores conflictivos. 3) El progreso universal resulta de los progresos particulares teniendo en cuenta su intrínseca jerarquía.

Aceptados estos criterios, podemos aceptar con Scheler otros cinco para conocer la *dignidad de los valores*: 1) Duración del valor (preferible es lo eterno a lo contingente); 2) Indivisibilidad del valor (preferible es lo que se toma entero: la libertad es indivisible, por ello "las libertades" pueden ser una negación de la libertad); 3) Fundamentación del valor (es preferible lo que funda a lo fundado: Lo agradable se apoya en lo vital, etc); 4) Profundidad de la satisfacción (profundidad no excluye dolor; a veces el placer va contra la profundidad); 5) No-relatividad (un valor es más alto cuanto menos relativo).

Empero, el valor no sólo plantea conflictos intra-extramorales entre un valor positivo y otro negativo, sino también entre dos positivos (amor y justicia, por ejemplo; toda la moral de situación sartriana se basa en el conflicto intraaxiológico), y entonces hay que saber elegir renunciando a unos en beneficio de otros. Hans Reiner (en su obra "Pflicht und Neigung"), buscando conservar a la vez la fuerza y la altura de los valores (los más altos no deberían ser los más débiles, pese a que para muchos mortales el espíritu esté más presto que la carne débil), propone algunas normas prudenciales o sapienciales en orden a la actuación moral: 1) Urgencia temporal (cabe postergar, sublimar, no negar, los valores más altos en favor de los más urgentes); 2) Cantidad (en caso de igualdad será preferible lo que realice más cantidad de valor); 3) Probabilidad de éxito (en el sentido anterior); 4) Seguridad (lo más seguro es mejor que lo más probable). Por su parte Wilhelm Stern ("Wertphilosophie") aduce otros criterios: 1) Plenitud (Humanidad es más que pueblo, pueblo más que familia, familia más que individuo); 2) Proximidad al yo (familia es más que pueblo, pueblo más que humanidad); 3) Urgencia (prioridad moral con el débil, enfermo, niño, anciano, etc.); 4) Resonancia (el que más pueda, más debe cooperar).

5.— Carácter personalista y comunitario de los valores.

Pero si no hubiera un hombre capaz de portarles, de encarnarles, de presenciarlos, no habría valores; sin los valores el hombre vive deportado, pero el hombre los porta. El hombre no es sólo un “zóon lógon éjon” (animal racional) como quería Aristóteles, sino sobre todo, como pensaba Platón, un “on metaxú” (ser mediador), entre los valores y lo real. No cabe poner los valores más allá y por encima del hombre, pues entonces no nos daríamos por enterados de su existencia, y si existieran nos aplastarían por impersonales, y por el exceso de su frío peso. Hay que huir del “peso” del valor impersonal (el peso de la ley es amenaza siempre) y acercarse al calor del valor suave y ligero que se da en el amor —valor sin amor no es valor—. “Ama y haz lo que quieras” significa esto: No teorices, sé tú mismo amando, sé tú y sé tú (tautología), se tú para los otros. Aunque el hombre no los comprenda, sólo valen para el hombre si los vive en la medida de sus posibilidades. Podríamos decir que son como un guante elástico (no relativo) adaptado al tamaño de cada mano, mano en evolución y en perfección, aunque una cosa son las necesidades (la mano) y otra los valores (el guante), pese a que las necesidades y los valores están en relación estrecha.

El hiperpersonalismo que somete el individuo a los *dictados* axiológicos se somete a los sueños de la sinrazón que producen monstruos, monstruos propios de una conciencia primitiva. Por eso no podemos aceptar con Ramiro de Maeztu (“La crisis del humanismo”, p.61): “Los hombres debemos conferirnos mutuamente poderes sociales no en homenaje a las personas, sino en homenaje a los valores que cada uno de nosotros se encargue de mantener o acrecentar: El poder, la riqueza, la verdad, la salud, la justicia o el amor. O nos sometemos a estas cosas, o tendremos que someternos al tirano ¿Y qué es el tirano? Ya lo hemos dicho: La energía de la libertad”. Pues no: Precisamente lo contrario. Si nos sometemos, da igual que esa sumisión sea ante el tirano o ante el valor. Valores sin libertad son disvalores, valores con sometimiento son antivalores. Tampoco se trata de humillar a los valores y reducirlos antropocéntricamente y subjetivamente a la medida de cada cual (homomensura), sino, como dice el profesor Junceda, de lo contrario: Una cultura se define, antes que por sus creencias o supuestos, aunque estos influyan fundamentalmente en el proyecto, por el modelo humano al que se aspira. Lo sabía Sartre: “El valor sólo se le desvela a una libertad activa que la hace existir como valor por el sólo hecho de reconocerla como tal; por ello mi libertad es el único fundamento de los valores y nada, absolutamente nada, justifica adop-

tar tal o cual valor.” Pero ya en las últimas palabras de la frase Sartre comienza a hacer magia con una libertad intratable y hostil a las demás libertades postulando una *libertad acosmista, solipsista, acomunitaria*. Pues bien, ni siquiera bajo el pretexto de una ética de mínimos cabe prescindir del hombre como condición ontológica del valor.

Pero no hay persona sin comunidad. No estamos solos; nuestras experiencias se sedimentan intersubjetivamente produciendo una biografía común y compartida, lo cual posibilita la comprensión de las cosas desde la raíz: Nadie nace “construido”, el tiempo es nuestro maestro de ceremonias, y en la internalización de normas se da una progresión que va desde el “mamá está enojada conmigo *ahora*”, hasta el “mamá se enoja conmigo *cada vez que* derramo la sopa”, y el “*todos se oponen a que* derrame la sopa”, para que la norma brille: “No *se debe* derramar la sopa”.

Con el tiempo se gana en complejidad comunicativa. El lenguaje se densifica y complejiza en la socialización secundaria, en la cual los submundos internalizados son generalmente realidades parciales que contrastan con el “mundo de base” adquirido en la socialización primaria. Empero, aquí las limitaciones biológicas se vuelven cada vez menos importantes en las secuencias del aprendizaje; mientras que la socialización primaria no cabe sin una identificación emocional, la secundaria entraña la percepción del otro como funcionario institucional dentro de un contexto específico, de tal modo que el mundo de los padres no es ya *el mundo*. Por eso son precisos fuertes impactos biográficos para poder desintegrar la realidad internalizada en la primera infancia, pero no para la realizada posteriormente: El niño vive bien o mal en el mundo definido por sus padres, pero puede dar la espalda con alegría al mundo de la aritmética no bien abandona el salón de clase, como dicen Berger y Luckmann (“La construcción social de la realidad”), porque al niño le resulta mucho más fácil “escondarse” de su maestro que de su madre, pudiendo decirse que el *desarrollo de esa capacidad de esconderse constituye un aspecto importante para poder madurar como adulto*. Mientras tanto, los maestros tratan de hacer “familiares”, hogareños, interesantes, naturales, los contenidos cada vez más formalizados, tratando de conservar el vínculo entre lo primario y lo secundario.

En todo caso, ya sea para pasar de la socialización primaria a la secundaria, ya para mantenerse en ésta, el vehículo más importante de la realidad es el diálogo que hace interactuar al yo con el nosotros tanto intelectual como afectivamente, no siendo —por ejemplo— la carencia de autoestima sino una deficiente relación estimatoria y dialógica, pues la realidad subjetiva pende siempre de estructuras de plausibilidad ajenas, estruc-

turas que además constituyen la base social para la suspensión particular de dudas y para la disipación de miedos absurdos. Mientras permanece dentro de las estructuras de plausibilidad el individuo no se siente en ridículo cada vez que una duda sobre lo real le asalta, aunque un exceso de plausibilidad o de homogeneidad puede generar también una socialización deficiente.

Socializar es construir comunitariamente instituciones, reglas de juego, y legitimaciones. Un primer nivel de legitimación se produce con la transmisión de vocabulario; el segundo nivel contiene proposiciones teóricas en forma rudimentaria (proverbios, máximas, etc); el tercero elabora teorías explícitas por las que un sector institucional adquiere un cuerpo de conocimientos diferenciado, especializado, que los transmite mediante proposiciones formalizadas; los universos simbólicos constituyen el último nivel de legitimación, pues cada vez que alguien se desvía de la conciencia de los símbolos estos le devuelven a la norma conculcada y a los comportamientos institucionalizados; por lo demás, sólo después que un universo simbólico se objetiva como teoría surge la posibilidad de reflexión sistemática sobre la naturaleza de ese universo y la apertura a la problematicidad de ese sistema. Empero, cuando se legitima hasta el extremo de devenir inamovible y reificado, surge la mitología primero y la revuelta después, vía alógica y preconceptual que recusa la crítica y refuerza la integración ya sea mediante la terapia "rehabilitadora" para el disidente, ya mediante el castigo para el desviado, ya mediante la erección de burocracias del terror: En esos casos se considera al discrepante hereje desviacionista, al disidente se le obligará a internalizar la culpa y el desarraigo, y en ambos casos se buscará la palinodia apologética del sistema simbólico a mantener.

Así las cosas, un progreso en los valores entraña una voluntad superadora de la irreductibilidad entre tú y yo: *May I help you?* Es Francisco de Asís, por su amor cósmico, quien realiza el ideal de fusión entre Eros y Agape, entre Natura y Cultura, entre Oikós y Ethos. Una voluntad que con todas sus fuerzas se encamina a la eliminación de la oposición sujeto/objeto de forma personal (y no hegeliana), será más rica axiológicamente que una voluntad anti-pática, a-pática, o pat-ética, todas ellas voluntades pobres. Según Bergson los grandes místicos, los héroes, los genios, los santos, los sabios, los escritores, los artistas, rompen con las sociedades miméticas donde lo valioso resulta excepcional, y como urgidos por lo superior generan comunicación difusiva, activa. El pedagogo tiene que adecuar su saber a la dinámica de los creadores, y organizar la acción axiológica de altura, no la solidaridad mecánica sino la solidaridad orgánica (Durk-

heim), o la “personalidad colectiva compleja” (Scheler) que incluye una cierta disposición al “éxtasis místico” (George Gurvitch), a la “memoria colectiva” (Maurice Halbwachs), a la “reciprocidad de las conciencias” (Nédoncelle). Resumiendo, “puede decirse que es moral todo lo que es fuente de solidaridad, todo lo que lleva al hombre a contar con otro hombre; la moral es tanto más sólida cuanto más numerosos y fuertes son esos lazos” (E. Durkheim). Evidentemente, la relación comunitaria será a la vez personalista, y tratará allí a todo hombre como fin en sí mismo.

La construcción de la comunidad ideal es difícil, y así nos encontramos con 1) Colectivos por mero contagio (Gefühlsansteckung); 2) Colectivos de vitalidad (Lebensgemeinschaften, Miterleben); 3) Comunidades contractuales (Gesellschaften); 4) Comunidades de personas (Gesamtpersonen, Liebesgemeinschaft), según la obra de Max Scheler “El Formalismo en la Etica”. Pero ha sido Georges Gurvitch quien en “La vocación actual de la sociología” ha realizado estudios detalladísimos de las trampas y grandezas de la relación persona-comunidad, tan bella como fatigadora, pues sólo el Narciso sin imaginación de alteridad es incapaz de comunitariedad y de fidelidad, si bien la rutina acecha a lo establecido porque los valores tienen dos vertientes y una cumbre: La vertiente de subida se denomina en este caso fidelidad, y la de bajada rutina, la de subida celibato y la de bajada soltería, mientras que en la cumbre permanecen (no sin altibajos) los mejores. En todo caso, la persona no puede ser sacrificada por el colectivo (hiperpersonalismo), ni el colectivo nutrirse de lapas o de vampiros, un colectivo de vampiros muere sin vida fresca. Al hacer la experiencia de mi beso abarcando al mundo como quería Schiller, soy yo el abarcante pero también el abarcado, no me pierdo sino que me potencio en los otros, y el yo es un nosotros y no un mero nos-otros.

En todo caso, la vida y la axiología se van configurando no movidas por impulsos de eterno retorno de lo idéntico ni por ciclos de vida vegetal. Persona y grupo pueden quedarse en una axiología ligada al espacio mensurable ni profundo, ni individualizado, ni cualitativo, ni creativo, ni libre, ni irrepetible, ni original, ni crítico, ni reflexivo, ni sonriente. Mafia, Ku-kus-klan, fascio, oligarquía, corrupción caben siempre como disvalor o valor negativo. No debe olvidarse que entre persona y grupo hay una radical heterogeneidad aunque una atracción inevitable y que si bien es cierto que el grupo humano se compone de hombres, sin embargo las masas valoran de modo diferente a como lo hacen los individuos; un cambio de óptica se da en el tránsito del yo al nosotros, y de ahí el fracaso de los planteamientos reductivistas que con Durkheim quisieron tratar a los hechos sociales como a cosas, o con Gabriel Tarde reducir la sociología a psicología.

Hay personas que conducen la historia axiológica, y pueblos más dignos que otros; a la sociología del saber corresponde analizar la relación entre las disposiciones habituales o “inclinaciones inconscientes” condicionadas por la clase social que tiende a presentar el mundo y los valores a su imagen. Max Scheler ha pergeñado el siguiente cuadro (“Die Wissensformen und die Gesellschaft”, Bern, 1960, pp.171ss): 1) La clase social inferior atribuye el máximo valor a los tiempos venideros, la superior a los pasados; 2) Aquélla prefiere la visión dinámica, ésta la estática; 3) Aquélla el mecanicismo, ésta el teleologismo; 4) Aquélla el realismo, ésta el idealismo; 5) Aquélla el materialismo, ésta el espiritualismo; 6) Aquélla el pragmatismo, ésta el intelectualismo; 7) Aquélla el optimismo del futuro y el pesimismo del pasado, ésta lo inverso; 8) Aquélla el pensar “dialéctico”, la antítesis, ésta el sinaléptico o coincidente; 9) Aquélla la conexión con el medio ambiente, ésta las condiciones naturales.

Se esté o no de acuerdo con esta taxonomía, lo cierto es que la consideración de las personas y de las clases influye mucho en la evaluación axiológica. Por ejemplo hay una *axiología espontánea* y una *axiología ilustrada*, cabiendo preguntar si el campesino honrado se equivoca más que el empirista anglosajón de la escuela de Moore, si hay o no una cierta deformación profesional en el axiólogo moralista, si es lo mismo saber de valores que vivirlos o si del dicho al hecho va mucho trecho, si detrás de un sabio notable se encuentra frecuentemente un hombre mediocre y detrás de un artista mediocre un hombre notable como quería Nietzsche, cuál es la relación entre pureza y acción, etc. Un ejemplo concreto: ¿Cuál es el papel de los *expertos* y de los *intelectuales* en este proceso? Los expertos de los refinados cuerpos de conocimiento reclaman un status no sólo de especialistas en tal o cual sector del acopio axiológico, sino jurisdicción definitiva sobre la totalidad de dicho acopio. Se consideran expertos universales, pues aunque no lo sepan todo pretenden saber la significación definitiva de lo que todos saben y hacen. Como expertos universales operan entonces en un plano de gran abstracción respecto a las vicisitudes de la vida cotidiana, tienden a creerse existiendo en una especie de cielo platónico de ideación ahistórico y asocial, institucionalizando su inercia, rechazando la problematicidad de lo vital cotidiano; cuanto más abstractas resultan las legitimaciones, menos posibilidad existe de que se modifiquen según las cambiantes exigencias pragmáticas, y más tenderán a existir aun sin sentido ni relación con las necesidades que las hicieron surgir; puede darse el caso de que las instituciones se parezcan a los derviches ermitaños: Dos camarillas de derviches ermitaños pueden seguir disputando en medio del desierto sobre la naturaleza última del universo,

sin que ningún observador exterior sienta el menor interés por la disputa (Berger-Luckmann: "La construcción social de la realidad", Amorrortu, 1984, p.150-153). Tal fosilización produce el monoideísmo de las tradiciones simbólicas, el monopolio exclusivo que no tolera "fusión de empresas" o de horizontes (Gadamer), ni la tradición y diferenciación simultáneas, lo que exigiría un grado mayor de estabilidad socioestructural y un pluralismo más diferenciado.

¿Y el *intelectual*? Es un tipo de experto cuya idoneidad no es requerida por la sociedad en general, un marginal social carente de integración, por tanto la antítesis del experto integrado y definidor de la realidad, dicen Berger y Luckmann. Según ellos, al igual que el experto oficial tendría el intelectual un plan para la sociedad en general, pero mientras el primero está concertado con los programas institucionales a los que sirve de legitimación teórica, el intelectual se mueve en un vacío institucional, socialmente objetivizado a lo sumo en una subsociedad de intelectuales colegas, refugio emocional y base social para objetivizar sus definiciones divergentes de la realidad; en tal subsociedad se sentiría en casa, y desde ella actuaría para paliar y contrarrestar las amenazas de aniquilación exterior, siendo a la vez su riesgo el narcisismo de grupo, la irrealidad y el desclasamiento. A esta descripción de Berger-Luckmann podríamos oponer: ¿No hay acaso intelectuales revolucionarios, "orgánicos" al decir de Gramsci? ¿No hay intelectuales-ideólogos que funcionan como expertos legitimadores de lo estatuido? ¿No existen intelectuales que son lujo de un sistema?

Sea como fuere, lo cierto es que entre todos construimos, unos más y otros menos, la realidad comunitariamente, somos frágiles e históricos.

6.— Fragilidad e historicidad de lo valioso.

Según Maurice Blondel la veneración, tan necesaria para vivir la calidez axiológica, consiste en "restaurar sin cesar el sentimiento de nuestra desigualdad respecto a nosotros mismos" ("Elements pour une éthique", p. 226). El carácter férreo de los valores y su inmutabilidad no debe hacernos olvidar la fragilidad de sus portadores, su historicidad, y en el fondo toda moral equivale al deseo de "reducir por la acción la diferencia entre nuestro ser dado y nuestro ser absoluto" (Blondel, *Loc. cit.* p. 228), a diferencia de la tendencia immoralista donde el esfuerzo no es el de reducir sino el de eliminar lo superior acogiéndose a la dificultad de realizarlo.

Hay una idealidad en los valores, pero no hay un “tipo humano ideal” que los pudiera agotar, pues todos los caminos concretos llevan a la Roma axiológica de forma irrepetible. Nada, pues, de sementales axiológicos o “portadores” especializados de los valores superiores, ya sean estos intelectuales, élites, profesionales, etc. En todos los hombres hay, en grado distinto en efecto, esa veneración que, al decir de Jean Nabert, consiste en restaurar incesantemente el sentimiento de nuestra desigualdad respecto de nosotros mismos por considerarnos deudores.

Por eso no debe despreciarse tampoco la crítica de los valores que sirve para depurarlos, aunque se trate de una crítica injusta y acerba. Marx-Freud-Nietzsche al lanzar sus dardos contra el cielo fijo de los arquetipos axiológicos epocales contribuyeron después a reorientar positivamente algunas de sus malformaciones históricas, pese a los errores que a su vez introdujeron. No se puede dar por concluida nunca ninguna *imago hominis*, pues respetar la inagotabilidad del hombre portador de los eternos valores es condición necesaria para acercarse a los valores eternos mismos. Con el instrumental quirúrgico de la medicina hipocrática no sería posible el tratamiento del cáncer; del mismo modo con una imagen del hombre como la de Heráclito no se podría siquiera plantear una axiología como la de Platón; pero con una mera antropología como la platónica se corre a su vez el riesgo de reintroducir una axiología inadecuada. En suma, avanzar en el conocimiento y en la delectación de los valores precisa avanzar en la antropología, y para esto hay que estar abiertos, distantes del “cualquier tiempo pasado fue mejor”, aunque no cerrados en modo alguno al pasado fundante.

Y es que entre hombre-sociedad-mundo-valor hay un círculo interactivo cuyo mal tratamiento genera cortocircuitos reductores de lo valioso a lo mundano, desconexiones entre valores y realidades, o interrupciones violentas (impaciencias históricas, convulsiones ideológicas, dramas de identidad de los individuos que no saben darse tiempo para cambiar la imagen, etc). Muchas veces, so capa de revolución copernicana en los valores late el mero revanchismo, otras en que se está gestando un *novum* histórico radical los hombres dormitan sin imaginar siquiera la nueva concepción que alborea tras las bardas de la historia. Tampoco debe olvidarse que la persona, que es lo mejor, puede corromperse (*corruptio optimi pessima*). En “El resentimiento en la moral” (en “Vom Umsturtz der Werte”, Bern, 1955, pp.63 ss) afirma Max Scheler: “En los casos en que un fuerte impulso a la realización de un determinado valor va acompañado del sentimiento de impotencia para su plena consecución, por ejemplo la obtención de un bien, se introduce una tendencia de la conciencia a solu-



ciónar ese estado inquietante de tensión entre el impulso y la impotencia rebajando el valor positivo del bien correspondiente negándolo o, cuando ello es posible, considerando como algo positivamente valioso algo contrario de algún modo a ese bien". En las primeras manifestaciones de ese proceso se establece la crítica de los depositarios del valor objeto del impulso, negándoles, rebajándoles o discutiendo sus cualidades, pero en los casos de resentimiento más condensado se llega a una auténtica falsificación de la tabla de valores mismos, es decir, al resentimiento contra el propio valor.

Hay que estar muy vigilantes, profesar modestia, y tener a la vista una filosofía de la historia, pues ella no será más que un tratado de axiología escrito por hombres y generaciones torciendo derecho; a pesar de ello habrá que aspirar a una racionalización axiológica de la vida sabiendo que "el hipermoralismo no es mejor que el amoralismo político, y que, en último término, responde al propósito mismo del cinismo político. La política es una rama de la ética, pero una rama específicamente distinta de las demás ramas del mismo tronco. Pues la vida humana tiene dos fines últimos, uno de los cuales está subordinado al otro: Un fin último en un orden dado, que es el bien terreno, y un fin último absoluto y trascendente" (Maritain: "El hombre y el Estado", Ed. Encuentro, p.7). Por ello el maquiavelismo es enfermedad axiológica, lo mismo que el purismo farisaico. Hay que estar a la altura de la jerarquía de los medios para corresponder al orden de los fines, "emplear medios intrínsecamente malos para alcanzar un fin intrínsecamente bueno es una equivocación y un sinsentido" (*Ibi*, pp.70-71). Ni maquiavelismo, ni maqueísmo, doctrina no superior al relativismo porque su falso eternismo caotiza lo que reprueba (ningún periodo humano de la historia puede ser absolutamente reprobado) o adora eufóricamente la historia falsamente tenida por redentora, con un progresismo infantil que poniendo un "happy end" por delante exorciza sus propios miedos presentes, mientras condena a quienes no triunfaron y desatiende el testimonio. La ley auténtica de la jerarquía de medios afirma "la superioridad de los medios temporales humildes sobre los medios temporales ricos, respecto a fines espirituales" (Maritain: "Filosofía de la historia", p.71), y la "ley de superioridad de los medios espirituales respecto de la actividad temporal y del bienestar" (p.72), entrañando igualmente el principio de esperanza en lo pequeño: "Los comienzos son casi siempre imperceptibles, su significación venidera muy grande" (*Ibi*, p.75). Todo ello desemboca, en fin, aunque en tinieblas, en la ley del progreso de la conciencia moral, de la toma de conciencia histórica del valor, como en espejo y en enigma.

7.— Protovalor.

Según San Irineo de Lyon la gloria de Dios es el hombre viviente, la vida del hombre es la visión de Dios... La gloria del hombre es Dios (Adv. Haere). Aquel que tiene una axiología personalista y comunitaria no puede cerrarse en banda ni a la superioridad del hombre respecto del mundo, ni la apertura hacia la Trascendencia. Al menos potencialmente ha de abrirse, esperando que los valores más bajos que hoy defiende puedan contener potencialmente mañana los valores más altos, a cuya fruición abrazarse. Por eso resulta extraño el caso de N. Hartmann, que da un doble cerrojo, por una parte exaltando a la persona pero oponiéndola al mundo, pues aunque según este filósofo la persona realiza el deber axiológico supremo de ser la mediadora entre los valores y la realidad, sin embargo no trasciende la existencia, por lo que su axiología es no personalista y no impersonalista; por otra parte se muestra refractario a la necesidad de Dios, en cuyo lugar postula incomprensiblemente un universo de valores platónico y extramundano, valores que ¡eran la sede de lo divino en Platón, lo divino mismo! Por eso si la persona no añadiera a la estatura de lo existencial un palmo más, un anhelo al menos de eternidad e inmortalidad, todo se disolvería en las sales minerales, y la ecología podría sobre la etología: No habría tampoco valores en última instancia.

Por nuestra parte creemos que la persona halla el respaldo de su existencia en lo que garantiza su eternidad y la de los valores; como Kant pensó, sin Dios como "ordo essendi" tampoco cabría el "ordo cognoscendi" de la razón práctica. Pero así como los valores vividos aplastantemente sobre el hombre se tornan disvalores, así también un Dios tiránico no sólo destruiría a los valores, sino al hombre, y a la propia noción de Dios, que es Amor y Fundamento del valor. Por tanto el personalismo comunitario se cuidará mucho de presentar falsas imágenes de Dios. Para Jacob Böhme Dios no sólo existe por haber creado el mundo, sino que además Dios estaría en cólera perpetua contra el mundo que creó, y esa cólera (*Grimmigheit*) provocaría un movimiento perpetuo en el mundo creado; ella sería la base del drama humano y de la humana historia, pues sólo retornando a Dios amortiguarían hombre y mundo esa cólera. Nada, empero, más contrario a una filosofía de los valores personalistas y comunitarios, donde Dios es Persona, y se relaciona como Persona con la humana persona, respetándola en su libertad como fin en sí misma, abierta a lo que ha de ser final de sí misma. Dios Amor, es decir, Protovalor.

Y al llegar aquí cerraríamos el círculo con el que habíamos comenzado este análisis de los valores: Es en la paz en donde se puede caminar

axiológicamente. Nadie más lejos que el personalista de Hegel, e incluso de Max Scheler en su belicismo. En su libro "Der Genius des Krieges und der deutsche Krieg" (Leipzig, 1915) asegura el filósofo que la guerra "pre-dispone muy especialmente al conocimiento de las realidades absolutas" (p.119), que es un "vínculo hacia la moralidad" (p.112), porque "aumenta la cantidad total de amor sobre la tierra en tanto que amor por los valores, especialmente los superiores" (p.100), como por ejemplo ;el Estado y la Nación! La paz, por el contrario, con sus "placeres corrompidos" (p.104) genera un "orden esencialmente antimoral y malo" (p.89), llegando incluso a afirmar que "la moral del amor cristiano constituye una unidad esencial con la moral guerrera" (pp.91-92), y que "todo amor por la humanidad y su bienestar es una desviación antimoral y antilegal" de un amor que debería pertenecer a los portadores de los valores superiores que son "las personas totalitarias llamadas naciones" (p.88). Entre Heráclito el polemista, y el Nietzsche feroz guerrero vikingo, niega así Scheler, por presión contra los valores, a la persona misma, para recaer en el hiperpersonalismo que es siempre tragedia de hombres y holocausto de pueblos y razas. Frente al verboreo y sonoro cañón de la guerra con sus filósofos psicofantes, sus braquilogios y sus autocefalías está el valor, que siempre vive en primavera.

III) MOLTO ESPRESSIVO: SONATA DE PRIMAVERA

1.— Valores recuperados: Allegro andante.

Sabía bien el de Hipona que *la paz* es fruto de la plenitud de lo existente; hoy también sabemos que tras la relajación muscular de las terapias al uso espera la pacificación del hombre íntegro. La hodierna proliferación de meditaciones, cursos de oración, etc. ¿qué otra cosa expresa sino que el olmo seco interior necesita rebrotar en verdor? Una sensibilidad creciente hacia lo cotidiano, hacia la liturgia de las horas y la pedagogía de los minutos, hacia el saber vivir, hacia el control de los biorritmos, hacia esa soledad de altura que es siempre la autognosis, abre hacia la paz interior.

Sin embargo su riesgo es el esteticismo pequeño burgués, estilo última página de “El País”, donde son frecuentes textos similares: “Morir sin ninguna clase de estupor en medio del ocio podría ser la gran conquista del futuro, morir rodeado de una pereza absoluta” (Manuel Vicent: “El futuro”). Otro: “Después del célebre conjuro de la posmodernidad, los pelmazos exorcismos de la premoralidad. Iba a decir que nada tengo contra la ética, pero rectifico inmediatamente. Tengo mucho contra la ética tal y como la practican aquí: En el más indecente y superado estilo normativo” (Juan Cueto: “Moralina”). Así que superada la normatividad, todo vale, y entonces los normativos son los que imponen la norma de la no-norma, viejo truco del liberalismo de siempre.

Estamos por la vida interior, decíamos; pero contra el interiorismo adialógico. Por lo mismo sospechamos de tanta meditación “trascendental” en gentes que no practican la meditación empírica y que se apuntan al último charter vía Katmandú, más barato con Galerías Preciados, moderna mojigatería, quincalla para adolescentes, a la que el educador axiológico debería responder poniéndose al día con metodología superadora del estilo bustoparlante ajeno a las técnicas de interrelación y a las dinámicas de grupos, sin lo cual no podremos “hacer las paces”.

La paz de los ricos es insultante para los pobres, pues les enerva porque introduce injusticia. *Paz sin austeridad no cabe en un mundo limitado de recursos.*

Pero ¡qué mal comprendida la pobreza austera! El marxista cree haber visto esa película antes de comenzarla, pues para él consistiría en falta de electrificación, y se erradicaría transformando el mausoleo del Sha en urinario, quizá porque la frecuente apelación marxista a la micción les sugiere (erróneamente) que el pensar se limita a secreción craneal como la orina al riñón. El marxismo omnirresolutor entró con mal pié en la historia porque quiso reducirlo todo a Ilustración, y al tratar de racionalizar los mecanismos del expolio de unos hombres sobre otros derivó insensiblemente hacia la Edad Oscura, aquella cuyo rasgo básico es pretender iluminarlo todo con la mente. Pero no: Hay marxistas excrementando entre las convulsiones de su propia infelicidad; otros que aúnan en la propia persona alienación, ajenación, y enajenación; sé de marxistas-leninistas-estalinistas abrasados por la radioactividad causada por ineptos de clase; he leído dramáticos derrumbamientos de “héroes rojos” de la más pura cepa prometeica; y también visto generaciones de papagayos rojos acudir servilmente al pienso cuando ya su felicidad supuesta fuera nada. En la sociedad rica en saber y justicia hay pobreza, continúan los accidentes de tranvía, las masas reavivan el sentido del misterio porque en la ciencia nada les sorprende, y a pesar de los metros cuadrados reglamentados para el estabulario son pobres por profunda herida antropológica. Hermanos marxistas, el límite de vuestra arrogancia es éste: Una sociedad que se considera portadora del sentido histórico y de los derechos inalienables, acreedora nata, admite los deberes no por brotar en absoluto de la solidaridad de la radical vulnerabilidad del ser finito, sino del puro y simple hecho de que los otros son también acreedores y pueden exigirme “daños y perjuicios”. Y así uno ignora si sus hijos serán o no cristianos, porque tal cuestión no depende de uno solo, pero tiene la certeza de que no serán marxistas porque eso depende de la inteligencia que sabe ser pobre o no es inteligencia.

Otro tanto se diga del capitalismo y su infatuación neorrlica del “tábarato”, que todo lo fía a la tenencia de haberes. Hay aquí una miseria de la abundancia que no sólo ignora la ajena pobreza, sino que trata de ocultar la propia. Les pones en la Quinta Avenida, pero ellos sólo ven el guindo. Pobres niños alemanes y ricos. He aquí algunas cartas (“Kinderbriefe an den lieben Gott”):

“Querido Dios: Te digo algo de lo que deseo especialmente: 1) Televisor. 2) Ir a pasear. 3) Comer bien. 4) Comprar. 5) Ir en avión. 6) Ir en barco. 7) Beber té. 8) Hacer alguna casa. 9) Navidades. 10) A Ti. Muchos saludos de Horst” (“A Ti”, en último lugar).

Mercacomún amasador de excedentes cárnicos, rico en grasas y jamones, tiene sin embargo poca altura en valores:

“Querido Dios: Hace pocas semanas visité tu iglesia. Tengo que decir que tú vives muy bien (Anette). (En efecto la disciplina del Exodo no aparece entre aires acondicionados).

La Europa pudiente se burla de su pasado, pero vive entre samsaras tratando de huir de la dolorosa insatisfacción nihilista, suprimiendo la travesía del desierto a pie enjuto por cómodos tour-operators. Allí el auténtico cristianismo con su adecuado lugar para la pobreza deviene cada vez más “minoría cognitiva”, aquella que hace que la mecha humée, viva, sin necesidad de recurrir a la más brillante que lógica aserción de Gramsci, “hay que compensar el pesimismo de la inteligencia con el optimismo de la voluntad”.

Pocos son los que piden ya con fe capaz de mover montañas, como sí lo hace el niño pese a todo:

“Querido Dios: Por favor, haz a mi hermana algo más guapa para que encuentre a un marido. Muchas gracias. Tu Gerhard”.

La fealdad está muy bien repartida, pero sólo los pequeñuelos piden su *mutación inconsútil* mientras los adultos lo llenamos todo de cirios buscando evitar lo real en lugar de asumirlo y transformarlo, gritando cuando no convencemos, abundando y exuberando cuando flaqueamos, aunque “dove si grida non é vera scienza” (Leonardo). Mas también los guapos son a veces desgraciados cuando la desgracia es la de ser guapo y no se quiere reconocer el reflejo algésico de la pobreza. ¿Por qué teniéndolo todo eres infeliz, dice el Príncipe a la mustia Princesa? Sería un poco sofisticado que ésta respondiese: “Porque mi condición ontológica, que es la finitud, entraña el misterio del mal; yo, oh Príncipe, soy uno de los pobres ontológicos”. A lo que el Príncipe haría mal respondiendo fajándose en lucha a brazo partido contra el Dragón para romper el maleficio,

pues la lucha contra la pobreza de su dama no pide lucha contra lo necesario, sino que como la rosa de Angelus Silesius no tiene por qué. Sólo por amor es buena la lucha contra el Dragón; sin amor, sólo queda odio. Sólo en el amor y en la esperanza es soportable la tensión pauperística. Entonces la misma aliedad finita y pobre queda transfigurada en adalidad liberadora *coram nobis* porque el sencillo buen Dios nos dice: Siéntate y cúbrete, ¿qué te pasa? Lo sabe el corazón tierno:

“Querido Dios: Me descansa saber que estás en todas partes.
Basta por hoy. (Heike)”

“Dios mío, te doy gracias porque tengo a papi y mami, y a mis hermanos, y al perro, y a los peces. Te doy gracias por lo bonito que es el mundo. Gracias por todo, querido Dios. (Regine)”.

No es el camino del narcisismo yoico, sino el del despojo, el que limpia a la pobreza y la convierte en quintaesencia liberada:

“Hermano, tuya es la hacienda,
la casa, el caballo y la pistola.
Mía es la voz antigua de la tierra.
Tú te quedas con todo
y me dejas desnudo y errante por el mundo
mas yo te dejo mudo, mudo.
¿Y cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción?” (León Felipe)

No es la pobreza, sino la limpieza como sabía Proudhon y sabe Keats en su “Endymion”:

“A thing of beauty is a joy for ever:
its loveliness increases,
it will never pas into nothingness”
(Una cosa bella es un gozo eterno:
Su hermosura crece,
y nunca se aniquilará)

Tres son probablemente los movimientos de acceso a la hermana pobre, los tres tiempos de personalización de Teilhard en sus “*Reflexions sur le bonheur*”: El hombre se centra sobre sí (centration), se descentra sobre el otro (décentration), se sobrecentra en un mayor que sí (surcentration), “más allá y más arriba de nosotros mismos; o dicho de otro modo: Ser primero, amar luego, y finalmente adorar”. También Maritain señalaba tres momentos de plenificación: El *excesus* o sobreexistencia en apertura al ser y al valor en general con inteligencia y amor; La *reditio* o vuelta sobre sí tras haberse descubierto capaz de devenirlo todo confor-

me a la condición espiritual. La conciencia funda el todo y hace de ella el valor, siendo capaz de fundamentar lo universal en el universo y de entrar en comunión tratando a todo ser como fin en sí mismo, capacidad de exceder que permite a la persona hacerse todo y todo autónomo sin dejar de ser nada, pero nada religada, nada enamorada; *trascendencia*.

Y, no como *happy end* sino exigido por la naturaleza misma de la cosa, obvia decir que sería criminal añadir a los misterios de la pobreza ontológica la rapacidad voraz de la depredación que hunde a los individuos y a los pueblos en el hambre, la desnutrición, la desescolarización, la transhumancia y el destierro, mientras otros derrochan, dilapidan, y siembran de puntas de lanza los céspedes posibles.

Jesús ve a los pobres y marginados rechazados por la aristocracia religiosa y política de Israel, y les comunica el conocimiento del Reino, prometiéndoles una gran riqueza; ve a leprosos y enfermos considerados como pecadores y por ende excluidos de la comunidad, y responde realizando distintas curaciones en sábado, que es el Día del Señor, para manifestar que la Salvación está muy cerca de los desgraciados; en la curación de los enfermos y desgraciados y en la parábola del Buen Samaritano destaca Jesús el amor del extraño frente a los judíos y frente a la clase dirigente de Israel; ve a las masas cansadas y oprimidas, como ovejas sin pastor, y se compadece de ellas; ve a las personas sujetas a presiones familiares y sociales, y se acerca a ellas solidaria y compasivamente; ve el amor de la pecadora, la generosidad de la limosna de la viuda, las lágrimas de Pedro, escucha y atiende el gesto de conversión del buen ladrón, ve los deseos de conversión de publicanos y pecadores, ve el gesto de Zaqueo, excusa el sueño de sus discípulos en Getsemaní, en la cruz excusa a sus verdugos. Y hay un contraste enorme entre el modo de "ver" de Jesús y el de otros personajes: El fariseo ve a la pecadora, Jesús su gesto de amor y de arrepentimiento; los escribas y fariseos ven a Jesús entre los pecadores y le critican, Jesús ve el acercamiento de estas personas a la gracia; los sacerdotes y escribas ven el gesto de los niños en la entrada a Jerusalén como un desorden, Jesús alaba dicho gesto; los discípulos preguntan sobre los pecados del ciego de nacimiento o de sus padres, Jesús ve al ciego de otro modo; los discípulos creen que los niños molestan a Jesús, El los ama intensamente; los discípulos ven un contratiempo en el ciego de Jericó, Jesús ve su problema, etc, etc.

Jesús llama bienaventurados a los pobres, malaventurados a los ricos; viene a anunciar a los pobres la Buena Nueva; enseña que los bienes son justos cuando compartidos; afirma que la pobreza es cualidad de los seguidores del Reino; anuncia el Evangelio del Reino a los marginados del

mundo; presenta la pobreza como desprendimiento, servicio, disponibilidad, y real pobreza material; él mismo es pobre en su nacimiento, en su vida y en su muerte; el Evangelio de Jesús se encarna en los 'pobres' (cfr. "Evangelio y hombre de hoy", JIC, Madrid, 1979).

Pero Europa vive a costa de los pobres, y está de espaldas al valor de la austeridad y al de la pobreza necesaria y liberadora. Sin embargo, con frecuencia nuestros pobres serán nuestros más íntimos amigos si creemos en el amor, y mucho dependerá de la propia pobreza la reconciliación consigo mismo. Los cerrados a la pobreza, los ricos, los que se hacen a la idea de haberse promocionado a sí mismos, los sitos sobre alfombras y entre etílicos finos, ignoran la fragilidad grandiosa de los lirios del campo a los que ven como objeto decorativo, y de las aves del cielo, a las que sólo miran con ojo de cazador predatorio. Los soberbios de corazón y de ciencia dirán siempre con faústica soberbia: "Quien posee ciencia o arte/ya tiene religión;/quien no posee una ni otra, / ¡tenga religión!" Esos ricos pretendidos no concebirán nunca lo que no les afecta. Todos sospechan que el amor debilita y depaupera, y sólo un niño escribirá esta carta:

"Querido Dios: Tengo ocho años, me llamo Brigitte, y estoy en la clase tercera. Quiero saber algo: ¿Te gusta tu oficio?"

¡Inocente Brigitte! Tú eres la condensación de tantos implícitos, tú expresas interrogativamente lo que mucho adulto no osa musitar porque su propia vida apagada conlleva de forma velada la sospecha respecto de este oficio mientras se entrega al "beneficio" materialista. En todo caso, difícil será encarnar una escala de valores personalista y comunitaria sin la presencia nutricia de la austera pobreza nuestra hermana a la que saludaba alborozado Francisco, el Pobrecillo de Asís.

Aunque no se crea, una Europa sin sentido de la austeridad será también una Europa que desconocerá la dimensión frágil de lo humano, y tendrá que aprender a *respetar su envoltura frágil* frente a sus cantados prestigios, sus aureolas, y sus apologías en torno a la silueta, la dietética, la cosmética, la gimnasia, todo ello mera explotación de los aspectos privilegiados del consumo corporal y de las industrias del recambio. La prótesis sustituye al músculo, una noche es igual a otra en la oscuridad que a todos los gatos vuelve pardos, y en la línea cultista-cuerpolátrica "hacer el amor" se mercadea según marketing y temporada. Cuando aumenta esa presión es cuando precisamente disminuye el cacareado respeto por lo natural, pero nada más natural que el respeto por los procesos de crecimiento y el lento madurar no mecánico del mundo afectivo, que exige tiempo de espera, diálogo, paciencia, todo lo cual queda ausente del gallo siempre dispuesto a saltar sobre la gallina con una urgencia de vía estre-

cha que recorre el trayecto a trompadas. Al final, por sucesivas abdicaciones se llega a la anomía, esto es, la ausencia de valores y de normas, a la indiferencia normada de negligismo: “Según el nuevo reglamento, al cielo irán sólo los santos, a los infieles antes de caer en el infierno se nos permite gozar un poco de la vida”: Filosofía *made in* “El País”, que sirve Infiernos y Avernos con sabor a Norte entre celebrados agnosticismos conservadores, que pese a estar en contra de la paciencia moral demandan cada día paciencia política para no cambiar paro por rebeldía o capitalismo por justicia, para eludir la dimensión social, política y novatoria de lo existente, confundiendo el cansancio coyuntural de los paradigmas dormidos con su supuesta inservibilidad futura.

Paz, austeridad, respeto a lo profundo que habita el cuerpo no quedan al margen del *ámbito familiar* como sede de encuentro y energetización del proyecto existencial, más allá de sus deformaciones burguesas: No es extraño que la burguesía niegue a la familia, pues no la conoce sino en su versión deformada. Es sin embargo la familia el punto ambital capaz de presentizar el valor de la maduración afectiva en la socialización primaria, y de la escuela en la socialización secundaria: En ambos casos, *un mismo magisterio*: Aquí pasa lo que con la familia, que reniega del magisterio quien lo conoció en su vertiente más ridícula. Sin embargo, nunca hubo mayor necesidad de reflexión y de vivencia de las opciones elegidas que la hay en nuestros días, en que todo parece haberse vuelto problemático, y en cualquier caso precisado de análisis, como Alicia en el País de las Maravillas:

“Entonces, continuó la liebre, deberías decir lo que piensas.

— ¡Pero si lo estoy haciendo!, se apresuró a replicar Alicia, al menos pienso lo que digo, que después de todo viene a ser la misma cosa ¿no?

— ¿La misma cosa? ¡De ninguna manera!, negó enfáticamente el sombrerero. ¡Hala! Si así fuera entonces también sería igual decir ‘veo cuanto como’ que ‘como cuanto veo’.

— ¡Qué barbaridad!, coreó la liebre de Marzo. Sería como decir que da lo mismo afirmar me gusta cuanto tengo, que tengo cuanto me gusta.”

Y esto nos pone ante otro asunto. En el ritmo de la propia respiración que promete relajaciones y ataraxías, en el encuentro con lo oriental o en el enigma de la imaginación extraterrestre que en el fondo son indicadores de una insatisfacción y una amargura, no hay todavía una búsqueda *racional* del Sentido, no hay ni una Teología ni una Teodicea, no hay un paso explícito de lo neblinado a lo limpio, como si todo tratado de

teología hubiese de estar atascado en la aridez. Sin embargo una sólida *educación religiosa racional* debería promover: 1) El adiestramiento en el orden del pensar; 2) La orientación de las decisiones en el terreno volitivo (autonomía moral); 3) El conocimiento de las grandes opciones históricas y geográficas hacia la trascendencia; 4) La potenciación de la función (auto) crítica; 5) El traslado a la acción de los preceptos teóricos, porque *aquí ortodoxia sin ortopraxis es nada*; 5) La agudización de actitudes socráticas o de autoconciencia ordenada al diálogo y la comunicación; 6) La búsqueda del sentido y del Sentido del sentido; 7) El fortalecimiento derivado de todas las sensibilidades creativas; 8) La cimentación de toda la axiología; 9) El desarrollo de las funciones mnemónicas y desiderativas (memoria y deseo en su mutua implicación); 10) La realización de una pasión expresada como compasión, de un don como per-don, de la dimensión activa y práxica que hace malo el Epigrama de Marcial: “Gaudetis minus et minus dolebitis”.

En las aulas de España se lee al Quijote, pero se abomina de su impulso entusiasmado, y se prefiere (aunque no se lea) a Don Melón y a Doña Endrina. El ciego toma una uva, el lazarillo hace trampa y coge dos. El ciego hace trampa y coge tres. Y España cabalga, todos saben la danza que danzan, y ya que es difícil ir de Quijote por la vida, deberíamos parecer-nos al Sancho aquíjotado: “El tema principal —dice Urs von Balthasar—, al que Sancho Panza no ofrece realmente un contrapeso dialéctico, sino realmente una globalización (pues también en él es la ingenuidad el rasgo principal) es la virtud de Don Quijote: El mismo muestra cómo la vida caballeresca es la integración de todas las virtudes cristianas; vive una auténtica y dura pobreza (que se le aparece ante los ojos de tan craso modo en el deslumbrante Castillo de los Duques); vive su castidad sin merma, sin que logren quebrarla diversas proposiciones; vive en obediencia plena respecto de sus ideales llenos de aspiraciones, que le abaten y casi le consumen. Predica contra la manía pendenciera y la inutilidad de portar armas, mostrándose favorable a amar al enemigo, que sólo es un mandamiento dificultoso para ‘aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu’; sabe recordar la grandeza de corazón incluso en la moral picaresca del cabecilla de ladrones Roque, lo cual no le impide dirigir una plática a su cuadrilla respecto a lo peligroso que para su vida y su alma es el modo de vida que llevan. Proclama en el lecho de muerte: ‘Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien ha hecho’. En fin: Sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres”.

Faltan, pues, maestros en todos los sentidos, aunque todos los alumnos están escolarizados según aquello de "Fahrenheit 451": "Atibórrales de datos no combustibles, lánzales encima tantos 'hechos' que se sientan abrumados, pero ponles totalmente al día en información. Entonces tendrás la sensación de que piensan". Faltan maestros de saber y de virtud, maestros de acción, simplemente *maestros que canalicen en profundidad la insatisfacción y aprovechen la decepción para la reconstrucción*: ¿Por qué este breve paréntesis vital? ¿cuál es la ventanilla de las dudas? ¿por qué no viven ni mueren igual quienes creen de modo distinto? ¿a qué se debe esta nostalgia que hay en mí del niño perdido, y aferrado a la instalación en el recuerdo? ¿por qué otras veces mi nostalgia me impulsa a huir hacia adelante? ¿pero es mi "finis terrae" a la vez un "incipit vita nova"? ¿por qué seguimos buscando siempre, por qué si se inventase un potentísimo telescopio que diese cuenta del último polvo cósmico interestelar buscaríamos aún más lejos? ¿aguanta el ser humano la cárcel o está hecho para la allendidad? ¿qué le impulsa, una vez topa con el asfalto, a buscar afanoso bajo la arena de la playa, a mirar al sol que aún hay tras las bardas? Puestos en el límite nos ilimitamos, la vida es una seria prueba entre el límite y la ilimitación, por ello a las frases piadosas del pasado en que se cerraba la imaginación el hombre respondió con las mentiras embrutecedoras que también cierran el horizonte, pero ambas acaban desplazadas por la insaciable exploradora curiosidad del viviente racional.

En resumen: *el imperativo histórico de nuestra generación* (o si se prefiere, con Ortega, la meditación sobre "lo" joven) demanda atención a los valores, y el refuerzo especial de *paz, austeridad, respeto al cuerpo, dimensión trascendente, ámbito familiar, universo magisterial, revitalización de la responsabilidad y del sentido de la culpa* (no morboso).

2.— Dolce e leggero: Esperanza.

No es que no haya hoy esperanza, es que prevalecen las falsas esperanzas en el Norte: La falsa esperanza de la maledicencia; la falsa esperanza de la violencia (para evitar el Terror, Marat pedía 500 cabezas en la Bastilla, 40.000 en Septiembre de 1792, 273.000 seis semanas después, y al final Marat fue maratado); la falsa esperanza del poderío (se admira a Demetrio Poliorcetes por haberse hecho dedicar un himno considerándose el más justo y benéfico de los hombres, pero ¿cuántos críticos de Reagan serían dóciles jugando a Pato Donal en la Casa Blanca o en Disneyworld! ¿cuántos contra los superestados USA-URSS pero cuántos asumen gustosos su actual condición de Betania o Capadocia del nue-

vo Imperio!); la falsa esperanza del apoliticismo (“Ahora la tragedia es la política”, decía Malraux); la falsa esperanza del individualismo (la vida cotidiana está llena de golpes de Estado contra los demás, mereciendo de Luis XIV la sarcástica pregunta: “¿Así que el Estado también eres tú ¿eh?”); la falsa esperanza de la abstención (cuando al estoico Crisipo le preguntaron por qué se abstenía de participar en Atenas respondió que la mala política disgustaba a los dioses y la buena a los atenienses); la falsa esperanza es siempre mortal, abandonémosla, pues de lo contrario llevaremos hasta después de la muerte esas sinrazones, como aquellos cadáveres hundidos en la nieve del rigor invernal con el brazo rígido, helado, y con el cuerpo arrodillado aprovechados por los jefes para señalar la marcha bélica que habrían de seguir los tanques. Si no bifurcamos, seremos esos cadáveres que los alemanes situaban cual jalones trágicos en la estepa siberiana para seguir destruyendo.

Pero lo impediremos, abriendo camino hacia la esperanza.

Aparte de que los mecanismos por los que la esperanza se pone en marcha tienen algo que ver con el equipamiento psicológico de cada individuo, y por ende con su propensión biológica al optimismo, lo cierto es que no todo se reduce a la dotación genética, como decíamos capítulos atrás. Por otra parte, y aunque la esperanza está asimismo en relación directa con la ideología y con el sistema de valores individuales y colectivos, de tal modo que, por ejemplo, para los partidarios de la actual Europa mercacomunera y otanizada éste sea un buen momento, y malo para los que se opongan, sin embargo no todo se reduce a un mero contar la feria como a uno le va, pues no somos tan irracionales como para confundir la verdad con nuestros anteojos reductores.

En primer lugar, a escala individual en toda vida existen siempre razones para dejar un hueco a la esperanza, a pesar de los pesares. Un amigo alumno se expresaba así: “Mi novia, la primera de una edad semiadulta, me dejó; mis ‘amigos’ mostraban una completa y olímpica indiferencia hacia cualquiera de mis manifestaciones, hecho que fue incrementándose hacia el rechazo cuando yo, hartado, me mostré hostil; por último sucedió aquello que recuerdo como cubo de agua que inundó el vaso: Fui separado de mi gata. Yo había estado criando un cachorrillo felino desde que su madre lo parió a este mundo; en ella centraba mi atención después de aquel cúmulo de burlas de la fortuna y me sentía vivo cada mañana cuando unos golpecillos de zarpa, insistentes golpes de zarpa dados en la nariz, me abrían los ojos y aquella alfombrilla peluda se deslizaba por mi cara. Después de casi un año de despertar con la luz de aquellos ojillos, mi madre decidió que unas sosas cortinas monótonamente blancas eran más im-

portantes que aquel animalejo. La dejamos en mi pueblo con unos familiares. Al poco tiempo me enteré que mi gatita no dejaba acercarse a nadie para tocarla y escapó al campo, donde probablemente murió por haber carecido de la educación propia de su especie. Solo, me aferré al bolígrafo, pues nadie me ha regalado una pluma para mis menesteres artísticos, y mi experiencia se tradujo en el cuento, primer cuento que te adjunto en fotocopia y que mereció los galardones de mis profesores de Literatura. Antes de seguir, si no es molestia, léelo. Gracias.” (M.A.A.).

Gracias a ti, amigo, por mostrar que cabe esperar sin aparentes razones, de tal forma que mientras pasan los buenos días la esperanza de los mejores queda; gracias por mostrar la continuidad entre espera y esperanza, pues ésta exige aquélla, que no se mantendría en pie sin la otra. Y es que, en pocas palabras, no cabe dar razón de la esperanza, del mismo modo que no cabe dar razón de la razón, pues la razón como la esperanza son anteriores a la razón y a la esperanza. Se ha dicho que fue necesario el lenguaje para inventar el lenguaje, y también cabría añadir que fue necesaria la esperanza para esperar, lo que equivale a reconocer que no hay razones para esperar cuando la esperanza se convierte en razón de ser. La vida es un esperar esperanzado que espera esperanzadamente. Tal es el sustrato de la cotidianidad, como Pedro Lain y E. Bloch por ejemplo han puesto de relieve aunque desde distintas perspectivas. Futuros hay más halagüeños que otros, pero no esperanzas mejores. Lo que hay son esperas más o menos gratas, pronósticos más tensos o distendidos, pero donde menos se espera salta la esperanza que siempre llevamos dentro, a punto de saltar, o, mejor dicho, saltando ya, aunque a veces no lo notemos. Mientras vida, esperanza: Sabio siempre el refranero. La vida está llena de sorpresas, de *nova et vetera*, de viejas novedades, de vejez sorprendentemente nuevas porque el diafragma de la esperanza no se había cerrado. Nunca se cierra la esperanza. A mal tiempo buena cara.

Pero es que además quien tiene un interior sano sabe escribir con Thoreau: “El otro día ocurrió que hasta mí llegó el perfume de un nenúfar blanco, y la estación que esperaba se abrió. Es el símbolo de la pureza. Brota tan puro y bello a nuestros ojos, y tan fragante a nuestro olfato, como si quisiera mostrarnos toda la pureza y la fragancia que reside en el fango y en el estiércol de la tierra, de donde puede extraerse. He arrancado la primera flor que se ha abierto en una milla. ¡Qué confirmación de nuestras esperanzas hay en la fragancia de esta flor! Gracias a ella no tengo que desesperar tan pronto del mundo, a pesar de la esclavitud y de la cobardía y de la falta de principios de los hombres del Norte. Ella nos sugiere la clase de leyes que ha prevalecido más tiempo y en más lugares, y

que aún prevalece, y puede que llegue la hora en que los actos del hombre^o tengan la misma fragancia. Tal es el perfume que despide la planta. Si la Naturaleza todavía puede crear esta fragancia la consideraré aún joven y llena de vigor, e intactos su integridad y su genio, y creeré también que hay virtud en el hombre que esté preparado para sentirla y amarla... Así que compórtate de tal modo que el olor de tus actos pueda enriquecer la fragancia general de la atmósfera”. Bello imperativo moral-floral: Toma por tanto el primer nenúfar a tu paso, acarícialo a ser posible sin arrancarle, y sigue tu marcha. En su ausencia, descubre en tu corazón los nenúfares que ya haya hecho estallar la primavera, y oponte siempre “al pestilente fango que representa la negligencia y el vicio del hombre, la decadencia de la humanidad; la flagrante flor que brota de él representa la pureza y el valor, que son inmortales.” No hagas, pues, de tu esperanza fango; haz del norte, sur. Si quieres la paz, destruye la guerra. Eso es también caminar en esperanza. En ese camino cabe todo hombre de buena voluntad:

“—y sólo cuando todos hayáis renegado de mí volveré entre vosotros.

En verdad, con otros ojos, hermanos míos, buscaré yo entonces a mis perdidos; con un amor distinto os amaré entonces”

(*Zaratustra: De la virtud que hace regalos, I*).

Hay, pues, dos formas de esperanza. Hay quien movido por una buena voluntad afronta toda clase de privaciones y se gasta generosamente en ayudar a los otros en sus sufrimientos o dificultades. La filantropía les mueve, pero su cumbre no es elevada, la montaña se cierra sobre ellos y bajan al valle pronto aunque postulen la altura. Es necesaria su abnegación, pero insuficiente su esperanza. Quizá tengan muchas razones para esperanzarse, pero parece faltarles la razón.

La otra forma de esperanza asiste a los hombres que teniendo como los anteriores buena voluntad se abren a la esperanza teológica que tienen los que esperan en el Dios Amor: Una sola es para ellos la razón que hace posible la esperanza, y esta razón es esperar en Dios, que lejos de cancelar la esperanza en el mundo la lleva al horizonte vital. Poniendo ahí la esperanza

“serán ceniza, mas tendran sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.”

(Quevedo).

Y en caso contrario los más brillantes intentos acabarán probablemente como lo cuenta Jorge Manrique:

“Non se engañe nadi, no,
pensando que ha de durar

lo que espera
más que duró lo que vio,
pues que todo ha de passar
por tal manera”

(Coplas a la muerte de su padre).

La esperanza teologal hace sentirse feliz aun en medio de la tribulación, adolorado pero asentado en el sentido, “porque mi Dios es bueno y su misericordia es para siempre”, conforme al Salmo 105,1.

3.— **Finale con sentimiento: Utopía.**

Esta esperanza en el Amor es ya utopía cumplida, no mera utopía descabellada. Hay dos tipos de utopías, las buenas y las malas. La mala utopía, sin embargo, es la que tiene mejor prensa, porque es servida por el Estado, es decir, por el Norte. Con mucha razón dice al respecto José Luis Sampedro: “Si se admite por una parte el hecho, para mí evidente, de que un desarrollismo como el actual, que no ofrece otro ideal en el fondo, digan lo que digan estos señores, que el de multiplicar los objetos, el de aumentar la riqueza material, si se admite que este desarrollismo tiene sus límites, porque por mucho que se prolongue no se puede crecer indefinidamente en un mundo ilimitado, entonces se comprenderá que estamos en una ruptura... Los técnicos confían en que el progreso técnico salvará la situación, yo no confío en ello de ninguna manera, porque creo que eso agravará el desfase actualmente existente. Me parece que la única manera de equilibrar la situación sería transformar las instituciones, cambiar las intituciones y adoptar unos valores distintos de los que nos har traído hasta aquí. Lo demás me parece ilusorio” (Entrevista, “Laicado” 71, octubre de 1985).

Es José Luis Sampedro, economista, el que no se aviene a la mala utopía del progreso indefinido ni de las maravillas del Estado: “Los político del mundo democrático están enormemente condicionados por su horizonte electoral, es gente que rara vez piensa a largo plazo, más allá de la próximas elecciones. Entre una acción que dé sus frutos dentro de veint años, como por ejemplo una política contra la contaminación, cuyos beneficios van a tardar en verse y sus inconvenientes sobre todo en costes van a notar antes, o como una política de educación, cuyos efectos van a ver a largo plazo, etc, y una política que ellos puedan exhibir ante las elecciones cuatro años después, naturalmente no vacilan. Los parlamentos están dominados por las cosas urgentes y a corto plazo, cosas que no por eso son necesariamente las más importantes” (*Ibidem*).

La mala utopía no sólo es incapaz de decir la verdad y de cumplir con sus promesas, sino que ni siquiera puede funcionar autónomamente: “Hoy día, España es la Bitinia o la Capadocia de la época del Imperio Romano, como tantos otros países; la soberanía es ilusoria y todos dependemos de un imperio como en el otro área todos dependen de otro imperio” (*Ibi*).

La mala utopía está en desatender la vida interior y en corregir sólo los desajustes exteriores: “Uno de los errores del sistema, uno de los valores que hay que cambiar es creer que las soluciones están fuera de la gente. Creer que la solución está en tener tres automóviles en vez de dos, o cosas parecidas a escala nacional, a mí me parece buscar el imposible, porque así como el bienestar es algo inalcanzable, el ‘mejorar’ no es alcanzable nunca” (*Ibidem*).

Esa es la mala utopía con buena prensa. He aquí sin embargo la *buen* *utopía a pesar de la mala prensa*:

“En mi opinión, el cambio siempre se hace desde los lados marginados, por parte de los marginados. Yo empleo mucho una palabra que aprendí en Chile, que se llama afuerino, allí en otro sentido, es un poco el quinqui de aquí o algo parecido; quiero decir con eso los que están fuera. Los que están afuera del poder son los que hacen el cambio y ahora mismo, si se admite la idea de que hay que sustituir los valores actuales y de que eso exige una educación, usted estará de acuerdo conmigo, supongo, en que esa educación se está haciendo más en este momento, ahora, fuera del poder que dentro del poder. Los movimientos ecológicos, por ejemplo, y el respeto a la naturaleza, se están haciendo mucho más desde fuera del poder que desde dentro. El respeto no ya a la naturaleza, sino a otros seres humanos, se está haciendo mucho más fuera que dentro del poder; y el respeto a la vida interior del ser humano se hace mucho más por los sectores fuera del poder que dentro del poder” (*Ibi*).

“Y quisiera terminar diciendo unas palabras sobre la utopía. Cuando digo estas cosas por ahí se me dice siempre que es utópico. Primero yo contesto que todo lo que se ha hecho en el mundo no existía antes —por que utópico significa eso literalmente—; era utópico ir a la luna y ahí está. Segundo, que a mí, insisto, lo que me parece utópico (negativamente) es el crecimiento indefinido de la producción, del producto interior bruto de los países en un mundo limitado. Más tarde o más temprano eso encontrará sus limitaciones. Y eso me parece más claramente utópico, o mejor dicho, imposible, porque lo utópico no es necesariamente lo imposible, que me quedo muy tranquilo diciendo lo que digo. Y luego ya, si se me estrecha un poco, yo le diré a usted que, gracias a Dios, la utopía, la

ilusión, es el refugio de los débiles. Yo me siento débil como persona, es decir, frente a un sistema, el de aquí, que me avasalla, a un poder que me avasalla. No tengo ningún respeto por el poder de unos hombres sobre otros. Lo que me inspira respeto es el poder de cada hombre sobre sí mismo. De modo que yo me siento débil frente al Estado, frente al poder, y como español me siento débil, porque España es débil frente al resto que le avasalla también, como a todos los países del mundo en general. Y claro, los débiles tenemos el recurso, casi diría el derecho, casi diría la esperanza, de refugiarnos en la utopía. Los poderosos no tienen esa ventaja, que para mí es muy grande, porque me alimenta enormemente mi vida personal. Los poderosos tienen que ser realistas, porque el día que dejen de ser realistas pierden el poder, que es su bien máspreciado. Como a mí no me interesa el poder, y si me interesara estaba listo, prefiero mi utopía y me amarro a mi utopía y por dentro vivo en la utopía, y se vive con mucha más seguridad. Están hablando en Ginebra de seguridad, la gente está reforzando sus puertas de seguridad; nada de eso da seguridad, el que no la tenga dentro va listo" (*Ibi*).

Imaginen ustedes lo conforme que estoy con José Luis Sampedro. Los amigos que se interesan por mis escritos habrán encontrado en ellos antes casi los mismos conceptos, y muchas veces las mismas palabras. Yo no conozco para nada personalmente a este hombre, y tampoco estoy seguro de que tengamos los mismos referentes. Es casi seguro sin embargo que nos conocíamos ya de toda la vida en la anterioridad de la utopía. Y cuando encuentras a alguien que procede de esa única Itaca, de la patria única a la que le es dado el patriotismo, Utopilandia, entonces le saludas como a hermano, aunque nunca llegues a estrechar su mano. Utopía es compartir un mismo techo donde habitar.

Poco más puedo añadir desde la utopía del sur que es la de los que quieren un mundo mejor: Libre, fraterno e igual. Recordar tan sólo por enésima vez que lo que diferencia a la utopía del tópico es el número, Rubicón de los esfuerzos. Que cuando la masa presta su adhesión a la utopía se convierte en historia, por haber pasado de lo posible a lo real. Que si Gandhi fue utópico cuando estuvo en minoría los gandianos se convirtieron en realidad cuando crecieron en número. Que utopía no es ucronía (*ouk-kronos*, no tiempo), pues la ucronía no tiene tiempo para realizarse pero la utopía sí. Que la utopía es racionalidad comunicativa.

Y por último: Una advertencia. Cuando desde el sur se habla de utopía, en el norte se ponen nerviosos. "Ya salió", piensan. "¿Es que no podrán dejarnos tranquilos en nuestro huerto tan bien construido, es que ni siquiera vamos a poder cambiar de sitio las macetas de nuestro jardín?"

Tal tipo de filotopos-filotópicos, o, si se prefiere, de adultos-senectos, no entiende bien que la vida no es ningún huerto vallado a defender acariciando la culata de las propias pistolas, y que la solución no radica en alambrar la finca porque si hubiera plaga ésta avanzaría asolando la plantación y desmochando los maceteros tan amorosamente cuidados por el insolidario jardinero. Muchos son los pedagogos de huerto cerrado (¿pedagogos horterera, pues?) y los pedagogos monomaceteros que desprecian el sur de la solidaridad, y que aún no se enteran de que el suyo no es el mejor de los huertos posibles. Pues bien están las tierras del sur, donde no hace falta maceta alguna, porque toda ella puede trocarse en vergel. Y llaman a la puerta: “La actitud de los países del Tercer Mundo ha cambiado por completo; antes pedían poco menos que ayuda caritativa y ahora exigen la retribución, mejor dicho, la restitución de lo que se les ha quitado, y lo exigen con palabras muy duras” (J.L. Sampredo, *Loc. cit.*).

Pues bien, el Tercer Mundo desde el sur. Concluyo con José Luis Sampredo: “A mí me ha gustado siempre enseñar... me hubiera gustado ser maestro de escuela, de hecho yo he pedido que me hicieran catedrático de Instituto, porque prefería coger a los chicos a los quince años para que llegaran ya ‘pervertidos’ antes de ir a la Universidad a oír a los técnicos. Yo he intentado hacer enseñanza con la literatura. No sé, tendría que reflexionar sobre mi propia literatura, pero me atrevo a esperar quizá en su pregunta el hecho de que usted cree que algunos de esos valores están defendidos en mis libros. Si eso es así, ¡bendito sea Dios!” (*Ibidem*).

4.— “A nosotros, pianistas del siglo XX, nos falta un piano”.

Hay que poner música a la utopía, pero nos falta el piano. De todas formas, ni la utopía ni el piano carecen de inventores, ni de genealogías; en el sentido contrario, tampoco los enemigos de utopía carecen de árbol de la ciencia del mal. He aquí, pues, nuestro árbol, y por contraposición el que no queremos.

A) El árbol cuya sombra queremos.

Hacemos propia la herencia secular, milenaria, ancestral de los pobres de la tierra, conscientes de que el grado de infelicidad común tiene mucho que ver con la insolidaridad individual y con el egoísmo de cada cual.

Hacemos también nuestra la causa de los insatisfechos del mundo, que son mayoría abrumadora, tanto por su propia culpa como por la ajena, y de los que no limitándose a llorar quieren hacer algo por abrir cami-

nos liberadores inalcanzables en su totalidad, pero perfectibles.

Hacemos nuestra la causa de los que padecen persecución hasta el extremo de ser presentados ellos mismos como perseguidores, a la par que condenamos la violencia de unos y otros.

Hacemos nuestra la causa de los críticos frente al poder del Estado, cuando no se afanan en erigirse a sí propios en Estado.

Hacemos nuestra la queja de quienes se preguntan con Jeremías si no estaremos no solamente ante el fin de una civilización a la que podría seguir otra diferente, sino ante el origen de la no-civilización a la que quizá cueste trabajo pensar recambio o continuación.

Hacemos nuestra la causa de los amordazados por el silencio, esos sin voz (aunque sea con voto), que pese a su condición de mayoritarios no obtienen nunca del poder sino la desposesión.

Hacemos nuestra la causa de cuantos a lo largo de los siglos se han sentido urgidos por el Sermón del Monte.

Y por hacer nuestras estas causas asumimos el árbol genealógico de quienes no esperan el poder ni aspiran a poltrona alguna, sino que se comprometen desde abajo con todos los bene-volentes, saludando a la verdad con independencia de su RH originario. Esa es la herencia que buscamos asumir sin dejar que se pierda, aunque seamos los últimos del naufragio. Nuestro barco es aún chiquito, pero navega, y la brújula que lo ennortea se afana por una civilización de sujetos éticos en una sociedad civil sin pleitesías de Estado, pues sólo el hombre es sujeto de la historia.

Para nosotros, por otra parte, no basta con la gran declaración de principios o con su articulado teórico, pues ¡cuantísimas buenas declaraciones de bellos deseos se han perdido sin enraizarse en su tierra nutricia! Para nosotros la historia se hace día a día, pues, pero no solamente en las mesas de negociación de los poderosos de la tierra, que son auténticas mesas de sacrificio para tantas razas, naciones, pueblos e individuos.

No estamos acostumbrados a leer la historia de otra forma que como intensa cotidianidad. Personalizar la historia, la vida, las estructuras, es una tarea que sólo diaria y silentemente deben hacer todos y cada uno de los hombres. No rechazamos los siempre necesarios gestos públicos, antes al contrario nos gustan; pero sólo tendrían sentido cuando fueren la cristalización y condensación de unas referencias cotidianas, de un testimonio si se prefiere así. La vida entera es un ejercicio de personalización, y no sólo cuento azaroso en algún momento puntual y descontextualizado de una trayectoria, precisamente porque la acción no es una erupción episódica o un epifenómeno accesorio, sino nuestro *maestro interior*, a la vez privado y público.

Aún así tenemos predilección por dos fechas, que constituyen nuestra herencia. En primer lugar, por el año cero, con el nacimiento de Jesús de Nazareth, porque viene a revelar cuanto de deseable, justo y digno hay en la existencia y después de ella. Desde otra perspectiva más laica, amamos el 1789 y en concreto su lema "Libertad, igualdad, fraternidad", que hoy entendemos mejor.

Por eso no nos consideramos ni posmodernos ni premodernos, queriendo asumir simplemente nuestra condición histórica de contemporáneos. No podemos ser posmodernos entre otras cosas porque todavía no hemos visto ni siquiera parcialmente realizado el lema moderno de "libertad, igualdad, fraternidad" antementado. Pero tampoco podríamos considerarnos premodernos, porque seguimos fieles a la memoria histórica de esa modernidad, y no anclados en la hipermnesia cavernaria. Todo lo cual nos convierte sin aspavientos en sencillamente contemporáneos, contemporáneos a los problemas, esperanzas y temores civilizatorios, y no extemporáneos a ellos. Nuestra tarea es, en suma, *rehacer el Renacimiento*, lo que entraña el diálogo con posmodernos y premodernos, con el ánimo de ayudar a entrambos a exorcizar sus propios demonios, dejando que la verdad que amamos más que el rostro de Platón se imponga de suyo, y aceptando la ajena interpelación correctora cuando hubiere lugar. Ser contemporáneos: Una pasión dialógica del yo al nosotros, y del nosotros al yo.

B) Arbol de la ciencia del mal, que rechazamos.

Por contraposición, he aquí el catálogo de vergüenzas a no compartir:

Nos avergüenzan los expolios, el imperialismo, las guerras "de religión", las guerras raciales, las guerras de colonización, las guerras de exterminio total o parcial, las guerras atómicas y las convencionales, etc. Tendríamos que tachar, pues, muchísimos aniversarios de masacres.

Nos avergüenzan las hambres del mundo, de las tres cuartas partes de la humanidad, de esas cien mil víctimas diarias por inanición, todo el derroche y el despilfarro que lo causa, esa codicia insaciable de cuantos contribuyen activa o pasivamente (quizás nosotros también) a tal desgarró.

Nos avergüenza horriblemente cómo se impide la vida antes de nacer, cómo impera aún la pena de muerte, cómo se prefiere proteger una especie a extinguir, antes que a un ser humano.

Nos avergüenza el analfabetismo del cuarenta por ciento de la población africana, la fanatización de ciertos "hombres religiosos", la ausencia de acogida dialógica.

Nos avergüenza nuestra propia insolidaridad con pueblos y etnias minoritarias y débiles, nuestra xenofobia, racismo, o etnocentrismo.

Nos avergüenza la espada, la carrera de gladiadores, el circo romano, sus payasos.

Nos avergüenzan las injusticias de clase, las distancias cada vez mayores entre ricos y pobres, el paro.

Y si tanto nos avergüenzan estas miserias ¿por qué no intentar su cambio? Si tal es la ciencia (por así llamarla) del mal, ¿cómo no bifurcar hacia el árbol del bien? Tal vez no logremos todo lo que deseamos, pero al menos que deseemos. Ya no se recuerda la tristeza del Ingenioso Hidalgo diciéndole a su escudero: “Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo”. Pero tampoco se recuerda que a la pregunta de “¿Dónde está tu hermano?” Caín responde: “¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?”. Y, en fin, tampoco se quiere saber que, como asegura Dostoyevski, todos somos culpables de todo, pero —añade Lévinas— yo no quiero hacerme cómplice del mal, por eso trocaré la disimetría en armonía. Volviendo al caballero de Quesada, la fuerza de su itinerante ideal le impulsaba a encajar el ajeno mal, trocándolo en bien: “Tropezando aquí, cayendo allí, despeñándose acá y levantándose acullá, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo huérfanos y pupilos”, pues “a los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresores que encuentran por los caminos van de aquella manera, o están en aquella angustia, por sus culpas o por sus gracias; sólo les toca ayudarles como a menesterosos”. El oficio de desfacedor de entuertos no va dirigido al éxito, sino al testimonio. De ahí la urgencia de manifestarse activamente en contra del mal.

Decía Mounier que a nosotros, pianistas del siglo XX, nos falta un piano con el que componer melodías adecuadas al deseo. He aquí ese piano donde trabajar, con sus maestros, sus andantinos, y sus adagiettos expresivos, nunca desatentos a la sinfonía (la verdad es sinfónica, decía Hans Urs von Balthasar), siempre renuentes a la salmónica mono-tona.

Política.

Ni izquierda, ni derecha, ni centro, ni liberalismo, ni socialdemocracia por principio, y mucho menos la abstención. Nunca fórmulas gastadas.

Socialismo sin libertad es ciego, libertad sin socialismo es vacía.

Nos horroriza el espíritu burgués, el aburguesamiento, el materialismo burgués.

Optamos por una democracia social y autogestionaria.

En suma: No una política, sino un espíritu en política; este espíritu en política se inclina hacia la causa del hombre.

Acción y reflexión.

Rechazamos el refugio en axiomas descarnados, moralizantes, que huelan a naftalina.

Rechazamos el nunca aterrizar de los “prudentes”.

Rechazamos su contrario, el compromiso ciego con las modas sociológicas que intoxican cada época para terminar en realismo complaciente.

Somos activos: El acontecimiento será nuestro maestro interior. Ser es hacer. Quisiéramos equilibrar al menos nuestras palabras con nuestros actos. No sólo existe la profundidad, también la extensión, la anchura activa, que es por cierto otra dimensión de la profundidad.

Ante las sendas trilladas y los callejones sin salida, urge más que nunca la condición reflexiva, la racionalidad mística, la interioridad señera, la imaginación creadora, la fuerte vida interior. Cuanto más íntima, más cercana.

Buscamos la triple R: Revolución estructural pacífica, Renacimiento interior, Rehabilitación de lo humano.

Rechazamos la opresión y la explotación exterior, pero también las que yo elijo contra mí.

Cultura.

Nuestra sensibilidad es pedagógica, pacifista, activa, enamorada de los valores frescos siempre jóvenes en cualquier edad. Tal sensibilidad no sería sin testimonio personal.

Nuestra cultura quiere ser desmitificadora, contraria al desorden establecido que aparenta orden, y al que trate de establecerse.

Nuestra cultura no pretende ser maniquea, busca superar la ancestral escisión entre las dos Españas, para repensar y rehacer una España universal entre los pueblos del sur.

Trascendencia y temporalidad.

La persona llamada al compromiso activo y solidario, cuanto más afirma el cambio estructural, tanto más descubre la inmanencia, y se abre a la trascendencia.

El hombre, fin en sí mismo, no es el final de sí mismo: Están los otros y Lo Otro.

Defender la vida desde el primer instante es también defenderla siem-

pre y en todo lugar. Más allá de la muerte está la vida, eterna en el destinado a ser hombre.

Por desarrollarse en el tiempo, en él descubre la persona los valores. Si son tales, valen eternamente y con independencia de la época. No al relativismo. En el tiempo, en la historia, hay progreso y retroceso, dientes de sierra, y, por tanto, "memoria de pasión" y "memoria de resurrección". Imposible ignorar el misterio del dolor. Por ello, dejando atrás optimismos o pesimismo, henos aquí con optimismo trágico y esperanzado.

Quien trabaja en la historia descubre lo bello. La estética es el esplendor del orden, no habiendo ética sin estética. El universo es un bello espejo de espejos, una persona de personas donde los seres humanos, libres, iguales, fraternos, pueden y deben aprender a crecer en su horizonte personal e institucional.

Queremos dedicar un recuerdo, al llegar aquí, a Emmanuel Mounier. El no es un fetiche o amuleto que se lleve al cuello, ni un guru, ni el símbolo de un catecismo. Es para nosotros un hombre que apuntó estos y otros valores, los vivió, y los comunicó, valores aún vigentes a pesar del cambio natural de circunstancias históricas; en ellos nos reconocemos en lo esencial, y por ello precisamente nos podemos remitir a Mounier variando, modificando, y contraponiendo, con la máxima libertad. Podría decirse cariñosamente que la figura que encarna Mounier para nosotros no es la del padre, sino la del abuelo, un buen y querido abuelo respecto del cual no nos comportamos servilmente. Por lo demás, Mounier fue un hombre joven que nació en el 1905 y murió en el 1950. No hará falta decir que también existen para nosotros Kant, Tomás de Aquino, o Saint-Exupéry.

Ocurre, por otro lado, que Mounier es verdaderamente una figura prismática, poliédrica, con muchas vertientes: A unos les seduce más su vida interior, a otros su militancia activa en el terreno de la cultura, a otros sus relaciones con la vanguardia obrera de su época, a otros su dimensión de fe, etc. Sólo se es personalista, sin embargo, si se atiende a todas estas caras. No vale estar atentos sólo a una. Sería triste partir discapapados proyectando refractariamente nuestra imagen individual al mirarnos en cada una de las caras de ese espejo—Mounier y desatendiendo a la totalidad. No vale estar prendado sólo de la vertiente intimista: No es personalista aquel que ignora la magnitud y la complejidad de todas las caras del prisma que constituyen el ser personal. Ayudarnos a encontrarnos, a buscar la identidad reconocitiva en esas caras del prisma, dándonos el alien-to mutuo del que cada uno carecemos en nuestra personal dimensión de crecimiento incompleto constituye la realidad de la comunicación interpersonal.

**C) ALLEGRO ENERGIICO:
SINFONIA DEL SUR**

I) LENTO: PASADO, PRESENTE

I.— Pasado: El Concilio Vaticano II.

El Concilio Vaticano II (1962-1964) puso al día a muchos católicos que habían perdido el tren de la historia; para ellos el Vaticano fue la conciencia perdida. La Constitución Pastoral “Gaudium et Spes” (Roma, 7-12-1965) realizaba un balance que a la vez era ajuste de cuentas con la modernidad. “Somos testigos —decía— de que está naciendo un nuevo humanismo en que el hombre queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia” (I,55). El hombre ocupaba naturalmente aún el centro de este humanismo: “Creyentes y no creyentes están generalmente de acuerdo en este punto: Todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre, centro y cima de todos ellos” (I,12). Tal *antropocentrismo* era asumido a la vez por la “Gaudium et Spes” *desde la perspectiva teocéntrica*, pues “la Biblia nos enseña que el hombre ha sido creado a imagen de Dios” (I,12). El hombre imagen de Dios tenía que ser una *realidad fundamentalmente buena*: “Dios, pues, nos dice también la Biblia, ‘miró cuanto había hecho, y lo juzgó muy bueno’ (Gen I,31)” (I,12). *El pecado* del hombre supuso la ruptura: “Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio, en el propio exordio de la historia abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios” (I, 13), y, “es esto lo que explica la división íntima del hombre. Toda la vida

humana, la individual y la colectiva, se presentan como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas” (I,13). Por lo demás, la Constitución Pastoral que citamos defiende una *antropología dualista* (“en la unidad del cuerpo y alma, el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material” I,14), un *lexnaturalismo* (“en lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal... la conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre en que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla” (I,16)), una concepción de la *libertad* (“la libertad humana, herida por el pecado, para dar la máxima eficacia a su ordenación a Dios, ha de apoyarse necesariamente en la gracia de Dios. Cada cual tendrá que dar cuenta de su vida ante el tribunal de Dios según la conducta buena o mala que haya observado” (I,17)), y una apertura a la posibilidad de la *muerte eterna* (“el hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua” (I,18)).

A la vista de estos rasgos filosóficos de la Constitución “*Gaudium et Spes*” se deduce su corte perenne: No hay allí *ninguna concesión*, no podría haberla, a las filosofías pospersonalistas ni a las impersonalistas, ni a las antipersonalistas, y tampoco a las rabiosamente prometeicas. Ni una huella de estructuralismo “entropológico” que hablando de la muerte del hombre se enseñorea de la Europa actual. Así pues, sería falso decir que la nueva mentalidad conciliar se acercó dialógicamente a la filosofía de la época.

Con lo que dialogó la “*Gadium et Spes*” fue con el *ateísmo emergente* y ya muy implantado en el mundo, según el cual “el hombre es el fin de sí mismo, el único artífice y creador de su propia historia” (I,20). Ante este fenómeno la Iglesia adoptó un aire nuevo: “La Iglesia afirma que el reconocimiento de Dios no se opone en modo alguno a la dignidad humana, ya que esta dignidad tiene en el mismo Dios su fundamento y perfección... Enseña además la Iglesia que la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio. Cuando, por el contrario, faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas —es lo que hoy con frecuencia sucede— y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación. Todo hombre

resulta para sí mismo un problema no resuelto, percibido con cierta oscuridad... La Iglesia, aunque rechaza en forma absoluta el ateísmo, reconoce sinceramente que todos los hombres, creyentes y no creyentes, deben colaborar en la edificación de este mundo, en el que viven en común. Esto no puede hacerse sin un prudente y sincero diálogo. Lamenta, pues, la Iglesia la discriminación entre creyentes y no creyentes que algunas autoridades políticas, negando los derechos fundamentales de la persona humana, establecen injustamente. Pide para los creyentes libertad activa para que puedan levantar en este mundo también un templo a Dios. E invita cortesmente a los ateos a que consideren sin prejuicios el Evangelio de Cristo. La Iglesia sabe perfectamente que su mensaje está de acuerdo con los deseos más profundos del común humano cuando reivindica la dignidad de la vocación del hombre, devolviendo la esperanza a quienes desesperan ya de sus destinos más altos. Su mensaje, lejos de empequeñecer al hombre, difunde luz, vida, y libertad para el progreso humano. Lo único que puede llenar el corazón del hombre es aquello de 'nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti' " (I,21).

Esta actitud dialógica y este ethos del compromiso abierto marcaron un nuevo talante entre los cristianos acomodados. La Iglesia deseaba acercarse al mundo pagano con la intención de impregnarle del mensaje sanador; quería "concienciarle" (palabra de moda por entonces) trasvasando el exceso de salud propia hacia las aguas exteriores. En el terreno organizativo hubo que hacer reajustes, abandonando el modelo clásico de "cristiandad difunta" a que Mounier se había referido críticamente, y promoviendo una "nueva cristiandad" más cercana a la ciudad de los hombres, a la "ciudad terrena" pregnante de pluralismo, donde los católicos constituían un colectivo más, pero no el único; hubo que asumir igualmente la laicidad del Estado y por ende su aconfesionalidad (mal que les pesara a tantos nostálgicos y mal que les siga pesando); hubo que formular pedagógicamente la noción de humanismo comunitario y abierto a la experiencia misma de la comunicación, por encima incluso de los contenidos comunicados; hubo que aguzar la actitud dialogal respecto del pensamiento moderno; hubo que pasar de la Iglesia de cristiandad a la Iglesia de comunidad (Iglesia pueblo de Dios); hubo que revalorizar la función del seglar y la corresponsabilidad (colegialidad) de los pastores; hubo que respetar la libertad religiosa; hubo que asumir el desarrollo real de la persona, a la que la Encíclica "Populorum Progressio" definía como "compendio de todos los deberes"; hubo que potenciar la defensa de los derechos humanos, la igualdad de sexos y de razas, etc. En resumen: La Iglesia mostraba su voluntad de servidora del mundo en su esfuerzo contra los belicismos

(esfuerzo aún tímido) y en favor de un nuevo ecumenismo: Todas estas exigencias y cada una de ellas sonaban como mazazos en algunos pueblos orientados al norte triunfalmente, como España. Pero ese “sacudir el polvo imperial depositado durante siglos en la silla de Pedro desde Constantino” ponía a la Iglesia a caminar hacia el Reino, hasta el punto de que ciertos cristianos afirmaron: “La Iglesia nos da respuestas a preguntas que casi todos se hacen”, lo que si bien deja al descubierto el sopor profundo de los despertados por aquel Concilio, revela en cualquier caso el potente impulso evangélico venido de la mano de sus padres conciliares y orientado hacia el sur.

Si tal era el ambiente conciliar, veamos ahora cómo se recibía en las *dos eternas Españas, Scila a la derecha y Caribdis a la izquierda*.

Mientras el Concilio trataba de hacer honor a su nombre conciliando a creyentes y ateos, España iba dejando de vivir su luna de miel patrilínea, la impuesta por la mitad católica vencedora a la otra mitad perdedora. Para los años del Concilio España ya no era ese país de místicos más que de políticos, de aguerridos conquistadores, santos mártires, fanatizados inquisidores, caballerescos héroes, apocalípticos iluminados, fijosdalgos de corazón, y pícaros tiernos o Sanchos buenos. Aquella España grandiosa, noble, milenarista y visionaria, sede de cualesquiera epopeyas de universalidad, de impenitentes donquijotadas y de arromanzados romances, aquella España pasó, sin haber sido realmente. En la época del Concilio al menos primaban ya los pragmatismos políticos, las tecnocracias económicas, los escarceos de aproximación a Europa, la concertación, los imperativos hipotéticos, el hedonismo, la seguridad social, las vacaciones pagadas y el boom del turismo. Así pues, la dura contraposición entre las dos Españas habíase aminorado mucho, a pesar de que aún pervivía la oficialidad contra la clandestinidad.

O dicho de otro modo: Eran los tiempos del recuerdo de las gestas, corrían los XXV Años de Paz (—Ciencia) por las vallas publicitarias, y por los diales de las radios-mamotretos de entonces. Las señoras de los antiguos Cruzados contra las hordas marxistas usaban por su parte “cruzado mágico”, y todos aquellos ideologemas de las rosas, los luceros, las revoluciones pendientes, la unidad de destino en lo universal y los azules proletarios iba cediendo a marchas forzadas a los filosofemas pragmáticos que luego tomarían forma de libro en el ensayo de Gonzalo Fernández de la Mora “El crepúsculo de las ideologías”, libro cuya vigencia está bien probada aún, a pesar de haber sido objeto de burla y escarnio por quienes más lo actualizan hoy desde el poder. De todas formas este corrimiento hacia el centro del espectro cromático, aunque claramente perceptible

para cualquier espectador mínimamente atento, no había hecho a la sazón más que comenzar por las fechas en que tenía lugar el Concilio, si bien se fue acentuando a gran velocidad en los años ulteriores, lo cual se aprecia con toda claridad en la reforma de las enseñanzas culminada con la famosa *Ley Villar* que recogía las normas de la UNESCO para “países en vías de desarrollo”, cuya culminación es la actual Reforma de las Enseñanzas Medias del gobierno socialista.

Desde el poder, en todo caso, la derecha oficialmente católica optó por el *desarrollismo*, esto es:

—Se unció a una visión economicista del hombre, buscando el “tener” por encima del “ser”, y haciendo gravitar el peso del “milagro económico” sobre los más sureños, reservándose los “desarrollistas” un tipo de religiosidad intimista, alienante, fácil blanco de las críticas.

—Adoptó un pragmatismo cuyo retrato robot podría caracterizarse como sigue: En filosofía, escolasticismo; en teología, iusnaturalismo; en economía, capitalismo.

—Corroyó y disolvió con la acescencia de que fue capaz la cultura entonces contemporánea apelando para ello a cualesquiera primitivismos teológicos y a catecismos reactivos, anatematizantes, autoritarios y censores, lejos de la actitud dialógica emanada de las directrices conciliares.

—Simuló angelismo, dando por único espacio topológico de realidad su propio *topos*, en el que depositaba toda la pureza y la santidad habidas y por haber, así como aviesa intención y torcidos deseos en el exterior del mismo. Reemplazada la historia por la apologética, y confundiendo jerarquía y jerarquismo, se hizo más hincapié en la Iglesia que en el Reino, en lo eclesiástico más que en lo eclesial, y en la ya supuestamente lograda tierra de promisión más que en las mediaciones necesarias.

—Propició el bunker, la Iglesia-Fortaleza, la Iglesia-Muralla, la Iglesia-Coraza, la Iglesia-Sincronía sin errores ni largas marchas, sin contraposición de perspectivas, sin maculación ni claroscuros, y tal vez tuviera que ver con todo eso su construcción de un modelo de cristianismo angélico para evadidos y medrosos legiferados.

—Faltó, en resumen, a la cita sería a la que invitaba el talante conciliar, y al ethos de un nuevo mundo. De ahí que la reacción de la “otra España” fuera mayor, no tanto por desavenencias en el modelo desarrollista al que también tendía, sino sobre todo por actitudes ideológicas.

¿Entonces todo aquel marxismo, toda aquella furia contra la reacción? Más bien se trata de animadversión contra los vencedores que de propuesta de un orden social e ideológico nuevo, a juzgar por la forma en que se han ido desarrollando ulteriormente los acontecimientos hasta

nuestros días, donde los izquierdistas de ayer se apresuran a afeitar sus cuernos agresivos y a aceptar la lidia mansurrona que les ofrece la Europa del Mercado Común, al que dicen sí a pesar de decir no a la OTAN, lo cual —como ya sabemos— es una hipocresía considerable, pues ambos son los órganos de un mismo cuerpo, aquel el productivo y éste el defensivo, el cuerpo del capitalismo. De ahí también que en sus estrategias de captación de fuerzas obreras recurra a la misma parafernalia reclutadora que las multinacionales para vender sus mercancías. ¡Bonita culminación de las fobias de ayer! El siglo XVIII fue el de la rehabilitación de la filosofía, el XIX el de la consolidación de la filosofía, y el XX el de la desolación de la filosofía. Podemos decirlo de otro modo: Dos siglos atrás la razón se hizo callejera; en el XIX apareció en la “taberna”; en el XX da con su músculo en el *boudoir*, tras las cuatro metamorfosis que ni siquiera Nietzsche hubiera podido imaginar: El *homo typographicus* que se condensa en el microordenador para reducir filosofía a telegenia y que, una vez audiovisual tiende a compensar su escaso valor moral con un fuerte sabor “mural” bajo el nuevo “Victor” de los recién triunfadores, la “triple V” (la “V” que también definía aquella serie televisiva de los lagartos alienígenas) de los Vicent-Verdú-Vázquez Montalbán; el hombre tipográfico llama al *homo marketingensis* propio de la racionalidad consumística; y ésta al *homo ludicus* cada vez más breve/light/post/tránsito, para entronizar por último al *homo mythologicus* entre el retorno del Yeddi, los Piscis en el terreno laboral, las rupturas de pareja de Capricornio, las angustias de Cáncer, y, desde ahí, la polilógica marchosa al servicio de la razón con minúscula, de *Verstand* más que de *Vernunft*: ¡Es el Gran Bazar del Norte, la Gran Era Democrática, que recluta en la Madurez de Consenso a un mismo Ejército con dos cabezas de Hydra: El General Pos-escila para el modelo de centro izquierda antorchado de nihilismo posmoderno, y el General Pos-Caribdis para los chicos de la derecha moderna, flexible, agresiva en su ejecutismo! ¿Había hecho falta tanta alforja para tan magro viaje? ¿No tuvo, vista desde unos pocos años de distancia, la contienda civil, la guerra fraticida, algo de macabra, a tenor de la ulterior convergencia en un mismo deseo de Norte?; Cuán irónica es la historia! Parece que fue preciso que todo cambiara para que todo continuase.

“No es eso, no es eso”.

Esta situación que hoy se aprecia en la piel de toro de nuestra geografía se dio ya antes en otros países, precisamente en aquellos que habían sido pioneros en la reconciliación de la Iglesia con el mundo moderno. Algunos de sus promotores, filósofos y teólogos, se preguntaron entonces: ¿No será que el propio Concilio al contemporizar con ciertos valores de

la modernidad propicia la disolución indirecta del clima religioso de la Iglesia misma? Y en consecuencia ¿por qué no recular, por qué no dar marcha atrás, a la vista de que “no es eso, no es eso”?

Aunque parezca mentira, muchos adoptaron esta actitud. Decimos “aunque parezca mentira” porque la nueva situación de disolución no se producía por un exceso de apertura de unos y otros hacia un nuevo humanismo, sino por la confluencia de las derechas y de las izquierdas en torno al modelo del desarrollismo capitalista, modelo que estaba en las antípodas del Concilio. Lo lógico, pues, hubiera debido ser afianzarse en las sugerencias conciliares para dejar atrás el “materialismo” y el “deshumanismo” de los unos y de los otros. Pero lo lógico no se produjo en modo alguno. De ahí el reverdecimiento entre ciertos cristianos de una actitud preconiliar, restauracionista, impelida hacia atrás, pero no hacia el más atrás del “lo tenían todo en común” de los Hechos de los Apóstoles, sino hacia la Edad de Piedra. Encogidos, se dicen a sí mismos: Estas cosas no ocurrían cuando los corderos y los cabritos estaban bien separados, y los buenos éramos los de siempre. Así que con el fin de recuperar el terreno perdido y los privilegios anteriores, así como el ghetto que se habían prefabricado para estar más cómodos y considerarse más dignos, estos amigos de lo “íntegro”, cuyo integrismo es más notorio que su integralidad, gritan un *¡Delenda est concordia!* Culpan entonces al Concilio de los males secularizadores añorando la Edad de Oro de la teja, el manteo, la coronilla, y el latín; necesitan seguir “pisando fuerte y porque se puede”, para lo cual, forofos de las jerarquías siempre y cuando fueren a su medida, fieles a las concentraciones democráticas de hoy con la misma fidelidad de ayer a los universos concentracionarios, solamente gregarizadores y arracimados en la turbulencia masiva más que en el estudio y en la reflexión, estas gentes tal vez pasables como profesionales pero infantiles en el cultivo de su fe convierten en impresentable su primitivismo fundamentalista, hasta el punto de no andar muy lejos de entender el “para bellum” mejor que el “si vis pacem”, ni dejar de reconocerse en la genealogía del golpe militar, derivando su integrismo religioso de opciones íntegramente premodernas (eso sí).

Con el máximo respeto para las personas hay sin embargo que rechazar esas actitudes, presentes en la “nueva generación cultural”. En los últimos tiempos el “no es eso, no es eso”, antiguamente representado por el señor de bigotito horizontal acompañado de gorda foca siempre embutido en traje oscuro en un clima de tenebrosa tristeza, tan magistralmente retratado por Mingote en el ABC durante decenios, se ha convertido ahora con el curso del tiempo y el aumento del consumo en un “*no es eso, no es eso*” para gente jajajajiji gente muy moderna de porte externo, moradora en zonas residenciales y entusiasmadas con el despido libre, aunque debajo de los rayos laser se les vea que es un primor la espada flamígera con que a modo de iracundos Arcángeles golpean a cuanto heterodoxo, terciarista o no medievalizante se ponga a tiro. Jocundamente fanáticos de Parsifal y del ideal de caballero cesaropapista se solazan dando marcha atrás a la moviola, huyendo como de diabólica aparición del compromiso y de la presencia en el pensamiento actual. La agresividad que tales personajes muestran hacia lo que con ánimo denigratorio suelen denominar “cristianismo de las mediaciones” tiene por objeto poner por contrapartida de relieve la munificencia de su hilo directo con la verdad, verdad que ahora cae del lado de acá de la reacción del mismo modo que en algunos casos se depositaba con máximo dogmatismo no ha mucho del lado de allá de los ideales populistas y ultraobrerizantes.

He aquí algunos de sus tantras:

—Recuperación del espacio perdido, con mentalidad de reconquista tipo Don Pelayo.

—Recuperación del tiempo perdido, olvidando no solamente el pasado inmediato, sino el presente mismo, y todo ello “pisando fuerte y porque se puede”, que para eso Santiago cierra España.

—Recuperación de la fuerza perdida y de las eras gloriosas donde las masas cristianas imponían su punto de vista —de vista cansada—, olvidando la debilidad constitutiva de la paradoja cristiana, cuya sabiduría va indisolublemente unida a la cruz.

—Recuperación de los símbolos externos con que manifestar la presencia a su aire, con que llenar paredes y carteles de anuncios con *mementos* perentorios y premonitorios, admoniciones y advertencias, siempre amenazando so pretexto de invitar, y al margen de las coyunturas históricas, fuertemente inmersos en el clima de indoctrinación propia de las sectas y de los iniciadores.

—Promoción de una fraseología retadora, de confrontación, de rearme y de Cruzada, aún cuando sus veranos sean de crucero.

—Movimiento de retracción a la interioridad, dejando las “mediacio-

nes” prácticas para los creyentes de segunda categoría necesitados de análisis de coyuntura, de conocimientos estadísticos, y de lecturas frecuentes, por preferirse la fraseología hueca ya montada para hacer fuego inmediato y multiuso.

—Exhibicionismo de un tipo de “enamoramiento” de lo divino, de las apariencias juvenilistas, alegres, tipo muchachos magníficos sanamente limpios y planchados, nunca sospechosos de “descensus”.

—Monolítica vinculación a las más altas Jerarquías, retrogradando para ello a las famosas medioevales argumentaciones donde el autoritarismo procura camuflarse so capa de principio de autoridad.

—Purismo ideológico sin contaminación de ninguna clase, y mucho menos con ningún tipo de trato con el magisterio de la sospecha, convertido en genitivo objetivo y sobre el que se ejerce el rito expiatorio de la condena y la depuración.

—Recuperación, en fin, de la mitopoyética maniquea encarnada en Meapileteo, la antítesis blanda y por ende la caricatura de Prometeo. Se trata de un Meapileteo que pretende contraponerse al mal, pero en el fondo por la vía del Supermán bueno al estilo de los “ragazzi azurri” centro-europeos.

Estos rasgos distintivos, y algunos más que probablemente se quedan en el tintero por resistencias subconscientes (¿quién podría estar libre de integrismo con más de cuarenta años, quién podría arrojar la primera piedra contra el lema integrista del “bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu”?) tradúcense por ejemplo en una Universidad de gran ciudad (por ejemplo, en la Facultad de Filosofía y Letras de la madrileña universidad complutense) en un espectáculo auténticamente felliniano, y decimos esto porque semejante espectáculo al fin y al cabo no lo parece en algunas universidades de provincias más pequeñas donde la ambientación cultural es todavía diferente, pero en una villa tan pos/pismoderna como Madrid, que de repente te aparezcan los curas flameando sotanas al viento en las capillas universitarias a las que solamente acuden los más viejos y conservadores catedráticos marginados, o que para reivindicar el recuerdo te llenen de Murillos las paredes apelando al carácter florido del mes de mayo, o que te inviten con guiños de complicidad interesante a la excursión típica (¡pon tú el bocata!) para venderte en lo alto de la montaña el mirífico crecepelos por el que te habrá de crecer la fe como si nada, o que inmediatamente después del cruelísimo terremoto que asoló México causando el dolor y la muerte y la tragedia de tantos hogares ciertos grupos, más de confusión-que-de-liberación, te emplumen las paredes con indecentes panfletos invitándote a la fe sobre la marcha “porque lo

importante no son los terremotos ni el sida”, todo ello es como para irritar mucho, y a lo mejor se nota según crece el nivel de indignación en estas mismas líneas. Es para irritar mucho, pero eso es lo que hay, “un catolicismo ultraconservador muy organizado y presente en la Universidad” (al decir de Juan María Laboa, antiguo director de la Pastoral Universitaria de Madrid). A veces, a la vista del efectivo y europeo sesgo de los acontecimientos, teniendo en cuenta además el carácter permanente de tanta recidiva, uno se pregunta de cuando en cuando con Bertrand Russell: *Has man a future?* Y sin embargo, el hombre tiene futuro, a pesar de todos los pesares, y desde luego a pesar de los retrogradantes y reaccionarios prevaticanistas.

No hay que añadir que para tales gentes, naturalmente arrinconadas sin que nadie haya necesitado arrinconarles, todo está mal pero sólo en la superficie, porque en el fondo las cosas volverán a su sitio, las aguas a su cauce, y las golondrinas a sus nidos; por supuesto, las culturas autóctonas a su Roma bendita y decididamente bendecidora. Les oyes siempre *idem de idem*: La historia de la Iglesia es muy larga, en todos los tiempos hubo sus crisis y las cosas tornaron por sus cauces, en realidad ellos mismos terminarán por convencerse de que tienen que volver, a dónde van a ir sin nosotros que somos los de toda la vida, etc, etc. El que no se consuela es porque no quiere, así que calma: Concilio tras Concilio antes y después todo está conciliado aunque no parezca reconciliado, es cuestión de paciencia. En fin, chico, que todo Concilio es un trauma para la fe y no iba a ser éste una excepción, traumas los hubo siempre según confirma el más elemental conocimiento de la Historia de la Iglesia. ¿Un ejemplo? En el Vaticano I, abruptamente interrumpido por el asedio y toma de Roma por los garibaldinos —un Concilio archiconservador— setenta preladados abandonaron Roma las vísperas del voto para no tener que decir “non placet”. Es así que siempre fuera la misma canción, luego no corráis. Consejo del cojo; he aquí la cojera entre la buena voluntad subjetiva y la objetiva pertenencia al norte: “He leído —escribe A.G.D-C a J.I.L.T— tu libro con el mayor interés, primero por ser un libro tuyo, que eres como yo un liberal en el sentido etimológico y profundo sentido de la palabra, que nada tiene que ver con sus adherencias políticas, laicistas y económicas. Que no es más que una forma de humanismo. De humanismo cristiano. Una liberalidad del alma”. O de cómo se amalgama platonismo desiderativo con poder fáctico entre los cristianos, hábiles en el “scribere con la mano e cancellare con el gomito”. En fin, que, como dijera Javier Garrido, “la modernidad ha sido la gran preocupación del Vaticano II, una Iglesia que se abre decididamente al diálogo con los hombres. Pero el poscon-

cilio ha traído además las cuestiones de justicia”, y para afrontarlas hay que vivir hoy. Ningún Concilio es la panacea de todos los tiempos, y a cada día le basta su afán.

2.— Presente: Los laicos cabalgan de nuevo: He aquí un mal planteamiento si con él se intenta suplir a clérigos cojos.

¿Qué se hizo, pues, de todo aquello? Los viejos sueños universales de justicia se han apaciguado muchas veces, tragados por los caudillajes autonómicos de los Arévacos y los Vectores; la larga travesía del Mar Rojo ha terminado por agotar a quienes ya reclaman empresas más fáciles: Astucia, Razón, Misterio, Destino, Azar, han cambiado pues las cosas, entre 1968 y el 1986 se produjo algo más que un cambio de dígito: El abandono de la secular herencia de la Revolución Francesa, la Revolución marxista, y la Revolución personalista, en aras de la Revolución Burguesa. El otrora comemundos Cohn-Bendit (Dany el Rojo) aseveraba paladinamente: “Yo Dany el Rojo, quiero ser ministro”, y añadía: “Felipe González es una forma de modernidad, una respuesta posible al reaganismo” (“Diario 16”, 26/9/86). De tan impresentable modo concluye la historia de mi generación posmoderna y bovarista por creer que cada uno tiene el *look* que puede autoconferirse, y depositar toda la credibilidad en la imagen, lo que propicia la irrupción de los “laudatores temporis” (Tácito) atentos al disimulo, la adulación, el poder. De ahí la esquizofrenia, la esquizosemia, y el esquizoanálisis: Los posmodernos son neorrománticos y medievales (vuelven a los terrores milenarios, a las profecías y a los horóscopos, a las pandemias, a las guerras de religión, a la instalación en la subjetividad blindada, al horror en la desertización del planeta que pierde ozono, a la guerra galáctica, etc), juegan de jóvenes a la revolución, la comercializan de adultos, y la administran y dovermanizan de maduros en el poder, que colma su aspiración sanchesca: “Pero señor, ¿cuándo viene mi ínsula?”. Un socialista puede tener yate, pero no enseñarlo (Benegas *dixit*), así que Jure Burgos pues Toledo jurará cuando yo lo mande.

La nuestra no es ya una época eliminatoria (tiempo de jóvenes), sino una época cumulativa (de viejos) sobre residuos anquilosados del pasado, y de ahí que sea una generación desertora y delincuente. Los jóvenes han envejecido, sumisos —diría Ortega— al gravamen de lo pretérito. Como generación decrepita, sobre ella no tiene el pasado el menor influjo; aunque apele al ayer, éste es para ella un pasado tan largo, tan vago, y tan remoto que nadie vio ni recordó su inmemorial trayectoria: “El nihilismo ha llegado a ser nuestro estado normal, y por tanto ya no es nihilismo.

Horkheimer sabía algo de esto. Solo que nunca lo aceptó” (J.M. Ripalda: “El sujeto social en la Escuela de Frankfurt y hoy”. En “A Granel”, nov. 1986, p.53). Esta Europa tiene, pues, ya los historiadores de su decadencia pues —como asegura Ortega— cuando empieza a haber historiadores en un pueblo es que este pueblo ha dejado ya de ser joven; la historia es como la uva, delicia de los otoños, razón septembrina, donde las arrugas instalan ya sus figuras geométricas, primer signo de la rigidez cadavérica en que se anuncia la vida menguante. Esta Europa ya nos habla de mero *bíos*, no de *tsoé*.

Hay a lo más rebeldes contra los abusos, pero no revolucionarios contra los usos; hay a lo más quienes someten las ideas a la vida, pero no los que ponen la vida a la carta de la idea; hay a lo más radicales en política, pero no radicales de pensamiento, pues se olvida —de nuevo Ortega— que no se es radical en política por ser radical en política, sino porque antes se es radical en el pensamiento; el vuelco radical de las relaciones entre la vida y la idea es verdaderamente esencia del espíritu revolucionario, ahí radica el alma revolucionaria. El destino de nuestra generación no es ser derecha o izquierda, sino precisamente desinteresarse de ese tópico y saber que más que las doctrinas del derecho constitucional nos distancian una diferente biología, física, filosofía de la historia, ética y lógica, la vida misma, que no es un proceso extrínseco donde simplemente se adicionen contingencias, sino una serie regida por leyes, hasta el punto de que puede ser en cierto modo anticiparse el perfil de la época que sobreviene (decía Schlegel que el historiador es un profeta).

Pero nuestro tiempo sigue el relativismo vital, mientras la utopía cede. Se quejaba Ortega de que el suyo —su tiempo— siguiera afecto al absolutismo racionalista ignorando el raciovitalismo perspectivista, lo que causaba el penduleo del absolutismo al relativismo y del utopismo al pragmatismo. Ortega —modesto— recomendaba para evitar esos bandazos el perspectivismo, que no es utopismo (“ningún sitio” que pretende valer para todos: “A una sensibilidad como ésta, semejante indocilidad a la localización tiene que parecerle una ayilantez”), ni racionalismo ucrónico (“por el momento no, mañana sí”, como si el tiempo, espectral fluencia, pudiese causar lo incausable). El utopismo y el racionalismo serían según Ortega una misma forma de estar fuera de la realidad (darwinismo, determinismo, etc), forzada a pasar por el aro de la idea (Lorenz obligando a la materia a contraerse para que le salieran bien los cálculos), y por ende careciendo de respeto a lo dado. Veía Ortega en la teoría de la relatividad de Einstein la mejor prueba del perspectivismo: Espacio curvo, cerrado, y finito, pero a la vez pluralidad de sensibilidades. Mientras el clásico

vivía en un universo limitado buscando la medida, la mesura y el límite, porque no conoció la ilimitación, Ortega y Einstein querían lo finito en diálogo, saber aguantar esa sensación de vivir en un mundo muñón de universo.

Pero hoy hemos bajado más: Nuestro mundo está vacío, es hueco, en él resuena la nada del nihilismo, no ha lugar la estoica desmesura, nos pasa lo que no nos pasa, una persona es buena porque ni cuca ni muca, y la otra hace tiempo para matar el tiempo; hoy no hay ni racionalismo, ni vitalismo, ni utopismo, ni siquiera perspectivismo, sino mero zoologismo, pragmatismo, y cierres de fábricas. El "tema de nuestro tiempo" es que no hay tema, o, si se prefiere, que el tema es la trasmutación del cirenáico en epicúreo, y del estoico en cínico: El frío de "Los ojos del hermano eterno" (Stephan Zweig). O sea, Europa, *chrémata, chrémata anèr* (Alceo; Fragmento 49; Píndaro: Istmicas, 2). El frío de hoy se quiere paliar con doradas reencarnaciones mañana (cínico: voz de perro, espera cósmica), de modo que el tema de hoy es la comunidad de frígidos frente a la cual sólo cabe la reactividad (que no la reacción).

¿Y qué hacer hoy a la vista de tal diagnosis? ¿Cruzarse de brazos? No, basta de nostalgias retrogradantes; no demos pasarnos la vida moqueando como el Segismundo ante Rosaura:

"Mas ¿qué ha de hacer un hombre
que de humano no tiene más que el nombre
atrevido, inhumano,
cruel, soberbio, bárbaro, tirano
nacido entre las fieras?"

Mientras los mustios lloran sobre la leche derramada, la Coca-Cola recoge para su barca a los consumidores tránsfugas de antaño: El Gran Año para Europacola ha sido el 1985, en que J. Paul Austin murió a los setenta años después de haber anunciado la introducción de la Coca-Cola en China.

Pero no sólo se cierra camino al presente con la nostalgia conservadora, sino también con la huída hacia adelante que no afronta el presente, maniobra típica del "progresismo" posconciliar/poseclesial que pide un Vaticano III e incluso la disolución de toda romanidad pretendiendo un cristianismo sin Iglesia. Mas ¿qué pasa cuando cada cual persigue su liebre en solitario? Que se autoerige en universal eclesiola, y que si llega a ocupar puestos de mando en eclesiúnculas defiende con candor y renovada fogosidad lo que acatará. De esta guisa y en la misma holla condimentándose idénticos guisitos; postvaticanistas de izquierdas y prevaticanistas de derechas aseméjansé a esos luchadores que se fajan confundiendo en

idéntica masa carnosa mientras ruedan por el suelo mirando al tendido y buscando pasarela.

El presente no está sólo atrás ni sólo adelante, sino en la reconstrucción del tejido social y cultural ausente; como dice Juan María Laboa "también y sobre todo tiene que plantearse con urgencia el tema de la relación con la cultura. Ha cambiado radicalmente el signo y la relación de la cultura dominante con la religión y la Iglesia. A primera vista, o no existen tales relaciones, o el rechazo de cuanto significa tradición religiosa y presencia eclesial es radical. No se da proporción entre el arraigo del catolicismo en el pueblo español y su manifestación en el campo cultural. Y no cabe duda de que mientras no se den caminos que lleven a una síntesis fe-cultura, no resultará fácil que la Iglesia interese y convenza".

Efectivamente, aquel esfuerzo ingente de los padres conciliadores del Vaticano II no podía valer para siempre; como dice O. González de Cardedal en su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas (1986), se tiene la experiencia dolorosa de estar viviendo en un periodo final de agotamiento, tras una larga generación de grandes teólogos y de grandes acontecimientos eclesiales. Por un lado, los hombres: Rahner, Lubac, Congar, Balthasar, Schlier, Ratzinger; todos ellos en torno al Vaticano II. En el Concilio ellos llegaron a su máxima cumbre expresiva y a su apogeo de influencia. Con la palabra de éste enmudecieron aquellos. Su palabra sigue siendo sabia y magistral, pero es la de otra generación. Es el nuestro un instante que *ya no* está en la longitud de onda en que emitió la anterior generación teológica y *todavía* no tiene una nueva onda explícitamente identificada. Entramos en tiempos de silencio, pobreza, y carencia de grandes voces. Tiempo, por tanto, de soledad interior y desierto eclesial. Porque tampoco en el atrio de la filosofía hay voces altas y limpias, con la necesaria sonoridad y luminosa verdad como para que encontremos esclarecida en ellas nuestra humanidad e identificando nuestro peculiar destino. Tiempo por ello de afirmación de fe sin la apropiada teología explicitadora; resistencia a los ídolos y sumisión al Dios viviente, aun cuando no tengamos palabras para decirle y pensarle, alimentando la esperanza y el amor sólo con el canto de salmos y el gozo de la celebración". Hasta aquí las palabras de González de Cardedal. Sólo añadimos: Junto al canto de salmos y el gozo de la celebración, la opción preferencial por los pobres, el sur.

En cualquier caso, es cierto que no hay voces teológicas ni filosóficamente nuevas, porque ahora quien tiene que hablar es la justicia, son los que nunca hablaron. Precisamente las voces filosóficas se retiraron ya. Una de las más sintomáticamente retiradas fue la de Jacques Maritain, filósofo

abierto antes del Concilio e inspirador también de él, que no sólo quedó afónico después del Concilio, sino que incluso gritó "No es eso, no es eso". Maritain, que como todo el mundo sabe era un converso al cristianismo después de haberse movido en un horizonte cultural agnóstico, vio luego en Santo Tomás la solución de todos los problemas filosóficos, y creyendo que la "filosofía perenne" tomista tendría fuerza sobrada para reconducir a la verdad cristiana a las filosofías paganas postuló el diálogo con el mundo ajeno. Empero, cuando fue comprobando que el tomismo no sólo no penetraba en el bastión del pensamiento increyente, sino que éste se colaba de rondón en aquél, dio marcha atrás por compulsar que la Iglesia no era tampoco la "donante universal" capaz de transfundir sangre nueva, pues por otra parte el Rh de la ciudad secular rechazaba cualquier auxilio e iba imponiendo su discurso hegemónico. Y ahí terminó Maritain, por no haber sabido ver que cuando se abre alguien al diálogo ha de estar de verdad abierto a lo otro, y que si además se es cristiano el mejor interlocutor es el sur, interlocución que precisa separarse del desorden establecido del mundo del dinero, que está en todas las partes, entre agnósticos, gnósticos, creyentes e incrédulos.

Hoy ya es imposible seguir así. Decíase del fallecido Profesor Tierno aquello más bien jocoso que pernicioso de "Tierno y su obrero", para caracterizar tanto la buena voluntad izquierdista del viejo profesor, como su escasa implantación en ambientes laborales, y a este paso podrá hablarse de "la Conferencia Episcopal y su intelectual", toda vez que son menos los intelectuales que los profesionales cristianos. Que llevo razón, pues dénmela; que no la llevo, pues no me la den, que decía Coll. Veamos: ¿Dónde están hoy los intelectuales cristianos de otrora? En el fondo del mar, matarile, rile, rile. Aquella generación usaba desde el interior de la Iglesia la cabeza para pensar, más que para embestir; hoy ya carece de relevo joven en un clima adverso y en un país de misión, "España por pensar" que lejos de aprovechar la democracia para optar por el hombre acepta pragmatismo, hedonismo, sociologismo, darwinismo, positivismo, no siendo Marx/Freud/Nietzsche los referentes sino un Darwin pasado por Huxley (versión 9mm parabellum), un Comte vía Malthus, y un Dewey paraíso de las multinacionales. Y los cristianos en el guindo de Europa, una vez más: El siglo XVIII la Iglesia perdió a la intelectualidad, el XIX a la clase obrera, el XX a la juventud, y el XXI ojalá no pierda a la mujer, columna vertebral a pesar de su escaso reconocimiento.

¿Es duro todo esto? Lo que importa no es la dureza o el "pesimismo", sino si es o no lo que hay; tanto mejor si no se ajustara a lo real. Mas si se ajusta, lo actual será corregir todòs juntos, clérigos y laicos, hombres y

mujeres, pastores y ovejas, sin pretender asignaciones privilegiadas o parcelas de influencia; malo sería apelar al laico como apagallamas cultural cuando el clero ya no ilumina, o a la mujer cuando amenaza con irse. Lo cierto es que se corre el riesgo cada vez más de que la España católica coincida con la España analfabeta teológica y culturalmente. ¿Cómo se entiende que los jóvenes que hasta el COU eran buenos practicantes de una religión en que creían pierdan la fe en la universidad agnóstica en un país de igual signo? Porque los mismos colegios religiosos no forman teológico-culturalmente, y las parroquias tampoco dan para tanto. Eso sí: No hay orden o congregación sin su revistita, mientras huelga la prensa o la Universidad católica. Responder a esto es el presente: Hacia el interior, conociendo la rica historia veintiseccular de la Iglesia y su elaboración conceptual; hacia el exterior, dialogando con lo moderno a la vez que leyendo a los pensadores cristianos actuales. No basta la buena voluntad, hay que hablar de tú al siglo XX, si queremos amanecer al gallo de la aurora del siglo XXI.

II) INTENSO: SOLO DE PIANO PARA PIANISTA SOLO.

I.— Carta abierta sobre el personalismo en la España de hoy.

Hemos reivindicado a Mounier en esta obra. Sin embargo decíamos que no es la única figura que se haya podido cruzar en nuestro camino con un planteamiento personalista. Otro de los intelectuales que nos ha ayudado en ese camino ha sido en España José Luis López Aranguren, el Aranguren de los años sesenta al que tuve como profesor en la Universidad. Mas ¿qué ocurre cuando el que fuera tu maestro se distancia de las tesis que te enseñó? ¿qué ocurre cuando el alumno ya no se aviene a la evolución ulterior del maestro? ¿qué pasa cuando, frente a lo usual, el alumno permanece y el maestro pasá?

También ésta ha sido una experiencia nueva para nosotros. Y desde una perspectiva personalista su afrontamiento no ha resultado difícil: Lo importante es buscar la verdad, venga de donde viniere, en el diálogo, y con actitud de respeto. Estos son los parámetros en los que conviene ajustar la presente carta abierta a José Luis Aranguren, cuya respuesta incluimos (ambas aparecieron respectivamente en los números 3 (oct-dic, 1985) y 4 (enero-marzo, 1986) de la revista "Acontecimiento", órgano de expresión del Instituto Emmanuel Mounier en España). Así que vamos a ello, y juzgue el lector; sepa también que el enigmático "Sólo de piano para pianista solo" tiene una explicación sencilla: El piano que pedía Mounier no cuenta con muchos pianistas, al estar la causa del personalismo en franca minoría. Pero el pianista solo sigue tocando: He ahí su sonido.

Querido José Luis:

Es ésta mi primera "carta" a ti, casi un cuarto de siglo después de asistir a tus clases de ética en la por entonces Universidad Central. Luego vino la lectura pausada (y gozada) de tus libros, y por último mi pertinaz distanciamiento teórico respecto de tu última producción y actitud, conservando siempre un profundo afecto. Una vez en La Coruña, otra en el Foro del Hecho Religioso de Madrid, hemos discrepado respecto de nuestra particular interpretación del personalismo. Con esta carta quiero agradecer tu punto de vista y precisar el mío. Creo que tu actitud es hoy la más extendida, y la mía apenas si cuenta con algunos amigos que la comparten. En el fondo, lo que deseo es entrar en diálogo con los "mayoritarios".

Si fuera capaz de resumir tus tesis en pocas líneas, tendría:

- A) Mounier no es un filósofo en el sentido técnico del término.
- B) Mounier fue un filósofo católico. C) Mounier fue un católico progresista, un "compañero de viaje" del marxismo. D) Fue optimista en el diálogo con el marxismo. E) Por su raíz cristiana se opuso al existencialismo.
- F) No está lejos de la democracia cristiana respecto de su actitud política.
- G) El "neopersonalismo" no tiene sentido: Hoy somos más laicos.

Por mor del rigor y de la brevedad procuraré contestar con la precisión de que sea capaz, y siguiendo el mayor orden posible, a sabiendas de que los temas se entrecruzan y alimentan recíprocamente.

A) *¿Fue Mounier un filósofo en el sentido profesional del término?*

Estoy de acuerdo en que no lo fue; un hombre que murió sin haber cumplido cuarenta y cinco años, que prefirió la animación cultural y la revista, y que abandonó la cátedra, no pudo ser un profesional de la filosofía, y menos un académico. Sabía filosofía, pero ante todo fue un hombre culto. El personalismo filosófico no puede, pues, identificarse con Mounier. También están Buber, Ricoeur, Lévinas, Nédoncelle, etc. y desde luego, Kant, Tomás de Aquino y buena parte de la tradición. A ellos recurre el filósofo personalista también para hacer filosofía, lo mismo que a otros de otras perspectivas, para confrontar y dialogar. El personalismo no es kantiano, ni tomista, ni mounierista. Pero todo filósofo debería conocer por su parte el personalismo para ser filósofo.

B) *¿Fue Mounier un filósofo católico?*

De lo anterior se desprende que no hay una única línea de pensamiento personalista. Con el ánimo de evitar equívocos hay que decir que dentro del personalismo hay dos corrientes: Una, abrumadoramente mayoritaria, la de los personalistas teístas; otra, apenas existente, la de los personalistas agnósticos. El personalismo no puede prescindir de los hom-

bres de buena voluntad que vean en la persona un fin en sí mismo; y la gran mayoría aceptó esa opción, desde la simultánea aceptación de un Dios Amor. Para los que no dan el paso hacia este último, su defensa incondicional de la persona presenta más problemas (lo intenté mostrar en mi libro *Contra Prometeo*, entre otros).

Así las cosas, Mounier no sólo fue personalista, sino *personalista católico*, en efecto. Pero no creyó que sólo el católico pudiese ser personalista, ni que el personalista católico hubiera de tener un Índice de Libros Prohibidos, ni un Canon de Autoridades Filosóficas Intangibles. Se hartó de decir que el personalismo no era un cuerpo de doctrina cerrado, y que ni estaban todos los que eran, ni eran todos los que estaban. Ninguna huella, pues, de una “filosofía católica” a machamartillo, al estilo de lo que fuera norma en la católica España.

Por lo demás, aceptar la condición de *filósofo católico* significaba renunciar a adoptar la postura que disocia fe (católica) y razón (filosofía). A mí todavía me tenéis que explicar más despacio los que estais por esa disociación cómo lo llevais. Yo no comparto la tesis de Fierro relativa al “búcaro roto” según la que el cristiano es un ser escindido. Menos que nunca la actual situación cultural favorece las escisiones entre la fe y la razón, porque nunca fue la razón menos definitivadora de lo que hoy lo es (lo quise mostrar en mi libro *La última filosofía española*). En cualquier caso convendría precisamente por ello debatir este asunto, que sigue siendo central, aunque muchos no lo crean, el de la relación entre la fe y la razón, el de las mediaciones entre la fe y la cultura. No comprendo cómo a un cristiano esto no le preocupa. No logro entender cómo ciertos cristianos parecen echarse en manos de una racionalidad agnóstica y decirse sobre ella creyentes.

En resumen: Mounier fue un filósofo católico, por ser filósofo y por ser católico.

C) *¿Fue Mounier un católico progresista, un compañero de viaje del marxismo?*

Permitirás, querido José Luis, que no resuma aquí varios lustros de dolor personal. Con frecuencia, los dolores más hondos son los más difícilmente articulables en concepto. Pero quiero decir algo.

Mientras muchos cristianos hibridaban marxismo y cristianismo como si se tratase de dos realidades estructuralmente homogéneas, bastando sólo quitar algo de acá y un poco de allá para amalgamar la nueva imagen del futuro, operación ésta a la que se dieron clérigos y laicos con furor apocalíptico, Mounier fue de los que, acentuando el diálogo, *marcó las diferencias a la vez*. Por eso el marxismo no le recibió y por eso

parte de la Iglesia le vio, como bien señalas, con reticencias. ¿Cómo puede decirse entonces que fue un mero compañero de viaje más? Mientras los otros triunfaban con sus sincretismos, aureolando su resistencia con el brillo de lo nuevo, Mounier denunciaba en doble frente las insuficiencias de ambos. Y, por si era poco, abría su rigor analítico al anarquismo, mucho más atento en su anhelo escatológico —siquiera intramundano— que el marxismo: ¿Puedes, José Luis, citar algún caso de “compañero de viaje” que hiciera esto? Déjame que te recuerde algo que quizás sabes de sobra: Tuvo lugar en España una década después de la muerte de Mounier, y antes de la del General Franco.

Conforme avanzaba la descomposición del franquismo, aumentaba su intensidad la palabra “Diálogo”. No faltaron entonces los que, llevados de su pasado testimonio durante la clandestinidad, terminaron en la Alcaldía o en el Comité Central *del Partido*. Hubo también quienes, más moderados, por irenismo evolutivo fueron abandonando las banderas del antiguo régimen al que sirvieron para erigirse en demócratas constitucionalistas del humanismo social de mercado. Otros, por fin, independientes y heterodoxos, aparecieron más tarde cada dos por tres en la televisión, en la prensa, en definitiva, en todas las salsas.

Estos tres estilos de “compañeros de diálogo” o de viaje con el marxismo no se comportaron, por cierto, con el mismo talante dialógico respecto de la Iglesia de que procedían, pues a excepción de los incluidos en el segundo grupo, se quebró el diálogo con la Iglesia, quizá por un “voto de castigo” a ésta, o quizá por cansancio. Y mientras los primeros juraban fidelidad estrecha a un castrante Partido Comunista (mucho más vertical que la Iglesia denostada), los terceros se pronunciaron con palabras de airada condena, con latiguillos envenenados contra la Gran Rechazada por no vivir conforme al Evangelio, por ligada al *statu quo*, por inquisitorial, etcétera, con un tonillo maniqueizante hipermélope para los casos Galileo y miope para los casos Francisco de Asís. En este bloque no faltaron tampoco los clérigos que neoclericalizaban desclericalizando, así como por su parte la derecha decía desideologizar reideologizando. Todos a una Fuenteovejuna, lo mismo que hoy. Un mismo Mercado Común, sección española, no promociona ya marxistas con la mano tendida, ni cristianos con el puño cerrado: Todos quieren el centro, todos pugnan por estar en el cogollo, volviendo contra Marx su aserto de que “la humanidad sólo se plantea los problemas que puede resolver”. ¿Qué tiene, pues que ver Mounier con todo eso? ¿Qué tiene que ver Mounier con ese pasado? Nada. ¿No será que muchos —y no sé bien si tú entre ellos, perdóname— creyeron demasiado en aquello, y que

ahora el desencanto al respecto les lleva a meter en el mismo saco a todos, incluso a los que no jugaron el mismo juego?

D) *¿Fue Mounier optimista en su diálogo con el marxismo?*

Creo, José Luis, que ves bien el talante optimista de Mounier, pues efectivamente se trataba, como él mismo creo asegura en alguna parte, de un “optimismo trágico”. Pero —como queda dicho— su optimismo no procede de que depositara una confianza ingenua en las posibilidades del marxismo como interlocutor, sino en otro rasgo que en él abundaba mientras palidecía en el resto de los dialogantes: Su profunda convicción de creyente, y su enraizamiento en las virtudes teologales y cardinales. No fue, pues, optimista con el marxismo, sino esperanzado con lo real, y a la par muy crítico.

E) *¿Se opuso al existencialismo por su raíz cristiana?*

Mounier hizo lo mismo con todos los sistemas: Los sometió a discernimiento y por ende a crítica. Si no estoy en un error, el “compañero de viaje” más íntimo de Mounier, en lo relativo a los no-católicos, fue Nietzsche. Mounier no redujo la antropología a marxología, estuvo atentísimo a la crítica nietzscheana al hombre, y por eso no pudo faltar la mediación de Kierkegaard. Feuerbach no apareció en escena, porque la preocupación fundamental de Mounier no fue el marxismo, sino el hombre en un sentido mucho más amplio: Feuerbach no agotaba el espacio humanista, apenas contaba.

F) *¿Tiene Mounier algo que ver con la Democracia Cristiana?*

Creo, José Luis, que en tus afirmaciones al respecto hay algo que responde a una intuición muy fina, íntima y profunda, una afirmación que no compartimos, pero que arrastra algo de verdad, y en la que tu instinto crítico tenía que detenerse. Tu razones así: “Mounier era católico. Mounier estuvo en la política (en el sentido amplio del término). Mounier estuvo en la política como católico. En consecuencia, coincidió con la democracia cristiana que está como cristiana en la política”. Pues bien, todas las premisas de este silogismo son verdaderas, pero la conclusión es falsa. Mounier compartiría contigo la idea de que el católico debe estar en la política, pero no en tanto que católico; sin embargo —y en plena antítesis contigo— afirmaría que el católico tiene que estar como católico en todo, si bien no necesariamente formando un partido confesional.

En efecto, en virtud de lo dicho en el apartado B), Mounier nunca disoció cultura y fe católica, y del mismo modo tampoco disoció fe católica y política, pues la condición de católico lo impregna todo de forma global y en bloque, sin esquizofrenia ni escisión. Pero de ahí no

debería inducirse que esa condición de político y a la vez de católico haya de cristalizar en una formación confesionalmente católica, al estilo de las Democracias Cristianas. Creo que recordarás que las críticas de Mounier a las Democracias Cristianas fueron implacables desde el año 1932 al 1950: Según Mounier no se puede identificar la causa cristiana con la de una sola configuración política, y menos aún si ésta, hablando como cristiana, se liga a la defensa de la civilización burguesa e insolidaria, cual es y fue el caso de las Democracias Cristianas desde su origen, uncidas permanentemente al liberalcapitalismo.

Así pues, déjame que intente “leerte la cartilla” en este punto de tu afirmación que me desagrada, querido José Luis: Mounier está absolutamente en la antípoda de la Democracia Cristiana, precisamente (oh, paradoja tan solo aparente) por ser cristiano y por ser demócrata, sólo que demócrata no demoliberal, sino enamorado de la democracia real, esto es, de la democracia social, pero va infinitamente más lejos que aquella democracia formal, y eso no creo que haya que discutirse contigo.

Tu instinto lúcido también ha visto bien que Mounier coincide con el Vaticano en la irrenunciable condición del cristiano instado a actuar como cristiano, lo que a mí personalmente me parece muy bien: ¿Acaso se le debiera pedir a un marxista que actuase como liberal, a un socialista como capitalista? Me da la impresión de que tú no pides eso, pero lo que ya no sé muy bien es si pides un cristianismo sin ningún Vaticano, puramente “heterodoxo”. Si es así, ya sabes que eso me parece una actitud no católica, quizá protestante o tal vez deísta. Y si lo que en el fondo pides es que se vaya más lejos que el actual Vaticano en cuestiones como las planteadas ayer por Mounier, ése sería otro tema; en todo caso estoy con Mounier libre de la crispación antivaticanista, y por tanto mucho más franco para su crítica en lo que tiene de criticable. Mounier no fue a ningún colegio de curas, ni estudió en las universidades católicas. Le bastó con buscar las Bienaventuranzas: Ese es el terreno donde hay que situarle, y no en la Democracia Cristiana.

G) *¿Tiene sentido hablar hoy de un “neopersonalismo” acabado, frente al que habría de potenciarse la causa laica?*

Yo no veo clericalismo en Mounier por parte alguna; tampoco lo aprecio en los personalistas de altura que he podido estudiar o conocer. Casi te diría, José Luis, que en ese tu empeño laico veo un fuerte clericalismo renovado, un superyo algo más blando que rechaza lo que suena a Papa y acepta lo que significa Pope. Ya supongo que estarás en pleno desacuerdo con mis tesis, pero me gustaría que no las vieses como procedentes de un “ex-anarquista de derechas”.

Te diré que Mounier, al respecto, fue laico pero no laicista, y que fue tan de izquierdas, que se mantuvo siempre en la brecha: Los hombres de derechas se cansan cuando se instalan en las libertades formales de las democracias liberal-capitalistas. Convendrás conmigo en que las “izquierdas” instaladas en el poder son infinitamente de derechas en comparación con Mounier, a no ser que —eso me temo— para ser hoy de izquierdas haya que romper con el matrimonio, ser funcionario, y dulcificar o renegar de ciertas viejas militancias obreristas. Por ahí no paso, al menos hasta el presente. Ser de izquierdas es para mí (y creo que lo fue para Mounier) apechar y trabajar en el sentido de la “libertad-igualdad-fraternidad”, y hacerlo en todos los frentes. Si eso es el “neopersonalismo”, apúntame; y si eso es no ser de izquierdas, pues muy bien.

Lo curioso por fin, querido José Luis, es que los “impersonalistas” o los “antipersonalistas” no hacen luego más que hablar y hablar de sus humildes personas, ya sea en la portada del suplemento dominical, ya en la foto retocada, ya en las inacabables ruedas de prensa y en la mismísima cortinilla del último busto descubierto: Para mí que no cabe ser “pospersonalista”, pues el pospersonalista se queda en neorromántico, ya que el neorromántico es un adolescente del personalismo, que centra el universo de lo personal en la subjetividad exaltada (lo he expuesto en mi libro *Escucha, posmoderno*).

En fin, José Luis: Permitidnos a los personalistas que todavía tengamos arrestos para querer creer; y creed que nos gustaría veros con nosotros. En esta Europa cansada necesitamos de un nuevo discurso de la *Eudaimonia*, línea en que nunca agradeceremos bastante lo que en su día nos enseñaste, y lo que aún esperamos aprender de ti. Nosotros, los personalistas, no estamos cerrados, ni a la defensiva, ni somos de derechas. El precio de nuestra coherencia, por el contrario, es que mientras la Democracia Cristiana nos sigue considerando un chorro de vinagre en su blanca palidez, los expersonalistas nos consideren un grupo de desmayados a la defensiva.

Concluyo ya esta carta. Obvia decir que no he emprendido la “defensa” de Mounier, que se defiende solo, ni la interpretación “ortodoxa” de lo personal. Buena prueba de ello es que aguardo tu respuesta, y tu siempre crítico perfil. Aguardo incluso las precisiones que otros amigos puedan añadir a lo aquí dicho, puesto que esta carta la escribo a título absolutamente individual.

Un cordial abrazo de tu fiel amigo
Carlos Díaz.

La respuesta llegó, y con fecha 11 de noviembre de 1985.

Decía así:

Querido Carlos:

He recibido el número de *Acontecimiento*, con tu dedicatoria, y la "Carta Abierta" que me diriges y que paso a responder a continuación, agradeciéndotelo todo mucho.

A) Veo que estamos de acuerdo en la valoración, estrictamente *filosófica*, de Mounier. Más importantes que él fueron Buber, Ricoeur, Lévinas, Nédoncelle y los representantes de la "filosofía del espíritu", tan cercana al personalismo, Louis Lavelle y Le Senne. Realmente, el personalismo, como se infiere de lo que dices, más que un *sistema* filosófico, fue un *movimiento*.

B) Un movimiento de filosofía-católica (Pongo el guión para hacer ver la soldadura, por decirlo así, autógena de lo uno con lo otro). Es en este sentido en el que yo lo considero anacrónico, católico de una sola pieza, "católico a machamartillo", como dijo de sí mismo Menéndez Pelayo. Yo creo que en 1985 un filósofo "no puede ir de católico por la vida". El "rigor" con respecto a la *filosofía* de Mounier es mera *erudición*. Probablemente yo no soy tan radical como Fierro, pero pienso que no sólo el católico, sino todo hombre va siempre acompañado de su contradicción. Recordaré a este propósito la anécdota de Karl Barth, quien en las *Rencontres* de Ginebra, cansado de que un coloquiante se dirigiera siempre a él como el cristiano, le aclaró que, en efecto, lo era, pero que iba siempre acompañado, como de su sombra, del no cristiano Karl Barth.

C) Estoy de acuerdo contigo en que Emmanuel Mounier era en sí mismo mucho más afín al anarquismo que al marxismo. Pero el marxismo *estaba ahí*, era el interlocutor de la época, la época de los diálogos cristiano-marxistas. Me parecen bien tus reservas en cuanto a la imagen del "compañero de viaje". Yo mismo la he usado en un sentido positivo: El socialista, el comunista, se van apeando del tren en sucesivas estaciones; el cristiano utópico no llega nunca porque es imposible, a *Nowhere*, su estación de destino.

D) En efecto, Mounier mismo habló de su "optimismo trágico", que es, precisamente, lo que más me atrae de él.

E) Y lo que le opuso al existencialismo, que es trágico, pero no optimista.

F) Cuando yo acerqué a Mounier a la "democracia cristiana", deliberadamente incurrí en una exageración. Pero la verdad es que todo católico que lo sea de una sola pieza, en tanto que católico-progresista, puede y debe ser considerado hombre de la izquierda radical, y, por tan-

to, ahora sin comillas, demócrata cristiano. Son posiciones homólogas la del católico-progresista y la del demócrata-cristiano. Hoy, ni somos *tan* católicos ni, por otra parte, *tan* preocupados por el marxismo como aquellos progresistas. Ni hay tampoco marxismo ya, sino marxismos.

G) Yo tampoco quiero tener nada de *laicista*, aunque sea laico. Ni quiero que pienses, de ninguna manera, que niego todo valor de actualidad a Emmanuel Mounier. Por el contrario, creo que lo tiene, y muy grande. Déjame que lo explique en unos apartados que agrego a los tuyos.

H) ¿Cuál es el valor? Emmanuel Mounier no fue un “gran” filósofo. Pero sí un gran *intelectual*, en el sentido que yo doy al término; el más importante, junto con Sartre, con Camus, de su época (Camus tampoco fue un (gran) filósofo). Y ¿qué decir de Sartre? Fue evidentemente más filósofo que ambos. *L’être et le néant* es un auténtico diálogo filosófico con Heidegger, *La critique de la raison dialectique* es un auténtico diálogo filosófico con el marxismo. La discusión sobre el humanismo es mucho más importante entre Sartre y Heidegger que en la aportación de Mounier. Por otra parte, y como réplica a *Esprit*, apareció en Francia por aquella época *Dieu vivant*, revista de cristianismo que no ponía el acento en su humanismo).

Entiendo por intelectual, siguiendo la tradición francesa fundada en 1895, el pensador, filósofo o no, comprometido en un *engagement* de carácter político frente a quienes detentan el Poder. También el “Poder eclesiástico”, que es un auténtico Poder. Como ya he dicho, se puede ser intelectual y no filósofo, y también viceversa (Ejemplo: Xavier Zubiri y el propio Heidegger, exceptuando su mal momento de 1933). El intelectual agrega a la *theoria* lo propiamente suyo, la “acción intelectual”. Por eso su actividad es sobre todo filosófico-política y religioso-política. Mounier fue un gran intelectual, un intrépido intelectual (entre nosotros se habló de alguien como “Sor Intrépida”; yo diría que fue San Intrépido). Un intelectual y, como digo, quizás un Santo. Pero permíteme que agregue otra cosa más.

I) De lo último que he escrito se infiere, creo, que en Mounier la *acción* (intelectual) fue lo más importante. Fundó una revista, *Esprit*, a mi parecer la más importante de todas las revistas católicas. Y animó todo un movimiento como alternativa del *Partido* (En este sentido, también matizaría mi “exageración” anterior de su afinidad con la democracia cristiana). Aquí es donde creo yo que radica la máxima *actualidad* suya. Me parece que los movimientos son sumamente importantes en nuestra época. ¿Sería posible transformar hoy el “Instituto Emmanuel

Mounier” en “movimiento”? Ese es un asunto vuestro. De todos modos, hay instancias intermedias, así en su tiempo, en Francia, el Club Jean Moulin, que son más que Institutos y menos que los actuales movimientos ecologistas de los Verdes. En fin, una última matización: Aun reconociendo la actividad intelectual de Mounier, tampoco me parece que fue un intelectual puro, que yo he calificado más de una vez como “solidariamente *solitario*”. Mounier fue enteramente *comunitario*. Y lo ha-go constar muy en su honor.

Recibe un cordial abrazo de tu amigo:
José Luis L. Aranguren.

2.— La identidad del Instituto E. Mounier.

Nadie negará que se ha progresado espectacularmente (casi sobrehumanamente) en los terrenos científicotécnicos y en el dominio de la naturaleza. Al menos como posibilidad, un hombre de fin del siglo XX está en condiciones de ver alargada su vida casi hasta la centena de años —vejez que asombraría a Matusalén—, curadas sus enfermedades antes mortales, viajar con celeridad fulgurante de una punta a otra del planeta e incluso acometer vuelos interplanetarios, acceder a cuantos arcanos culturales se propusiere, y trabajar pocas horas para cubrir sus necesidades mínimas, racionalizando la producción y la distribución. El hombre, pues, desde el promontorio del año dos mil, se sorprende a sí mismo más grande que nunca, llegando al límite incluso de corregir la evolución con la ingeniería genética. En la cabeza de un japonés medio se alberga una catedral gótica electrónica, y todo parece posible en el futuro, a tenor de la velocidad casi supersónica de los avances.

Y sin embargo el hombre no ha sabido aumentar parigualmente el grado de su felicidad, ni evitar el hambre que asola a continentes e individuos, ni salvaguardar la convivencia pacífica, ni racionalizar el dispendio público, ni cesar la carrera armamentística, ni conservar el equilibrio ecológico, causando graves e irreparables daños en la naturaleza, ni siquiera proteger la vida humana más débil. Visto el hombre desde este envés parece un animal atávico convulso entre los estertores del viejo milenio, una bestia apocalíptica plagada de síntomas de maldición, al punto de que cualquier inocente animal de la naturaleza merecería apartarse de un racional que comparativamente la agravia.

El hombre de nuestros días sigue, así las cosas, siendo esa criatura débil a la par que majestuosa, mala y buena, esa “caña pensante” de Pascal, cuya altura máxima coincide con el máximo riesgo de caída y ante

tal situación el pesimista acusa en su estómago el vértigo de la altura, mientras el optimista invita a seguir ascendiendo para hacer de sí imágenes nuevas.

A todo esto no hay un sólo país ni un solo gobierno que niegue en la teoría los derechos del hombre, pero no son pocos los espectáculos de racismo, xenofobia y desigualdad dramática diarias; USA y URSS se reparten el dominio del globo y promueven el caos recíproco, pero hablan de paz, de sueños ultraplanetarios; a pequeña escala domina la ternura de Ronald para con Nancy y de Gorbachov para con su Raíssa, aunque la ternura de pareja se torna mero cálculo numérico y maquiavelismo cuando se trata de la humanidad; los funcionarios públicos prometemos servir a la comunidad en el ejercicio de la función, pero al día siguiente de la obtención del número de registro el impersonalismo y la malversación dominan; los Estados predicán moral pública e introducen en no pocas ocasiones sevicia y prevaricación privadas. Resumiendo: Las teorías dicen una cosa y las prácticas otra. Como rasgo genérico domina la esquizofrenia, una lógica neoencefálica y cooperadora para lo privado y una lógica arquiencefálica y disoperadora para lo público.

No hay duda de que más que nunca resulta apasionante la aventura de apostar por Eros contra Thanatos. El hombre de nuestra era está como niño con zapatos nuevos, ha destripado furtivamente el despertador en un rincón de la estancia, y mira atónito las piezas que le sobran aunque se entusiasma buscando el engranaje de las que no logra ensamblar, en tanto comienza a oír el rumor de los pasos maternos, probablemente cargados de paciencia ante lo irreparable y de mal humor que amenaza tormenta. Ocurre, sin embargo, que mientras el juguete eventrado del siglo XIX fue la fábrica, el del XX es el de Natura, y no parece que haya madre alguna capaz de regenerar a Hermano Ozono ausente ya en cantidades más que alarmantes, por ejemplo. No es que ya no preocupe el paro y el hambre, pero además hay una nueva alarma roja nacida del pecado de los que comiendo bien además rompen equilibrios, dañan ecosistemas, y no taponan las vías de agua abiertas en el barco ecológico. De ahí que en ese clima nazca un ecologismo exagerado y traumático, que no tanto rechaza al hombre cuanto prefiere a la naturaleza victimada por su hollador al que sostiene y sirve de morada. Lo que pasa es que (y este es el plexo solar de nuestra disposición en el mundo) sin una civilización de personas no sólo no tendremos la felicidad de éstas, sino tampoco la naturaleza que necesitarían. Las nuevas imágenes del hombre no surgen con la mera resurrección de lo natural. Es cierto que sin perro no hay rabia y que destruido *oikós* se acabó *ethos*, pero no lo es menos

que sin un *ethos* nuevo no habrá *oikós* mejor: En esta interacción obligada entre persona y cosmos se teje el inconsútil tejido de la humana destinación, y quien pretenda caminar sobre el *oikós* natural sin el humano *ethos* escribirá la crónica de su muerte anunciada. Por eso no basta con escribir *contra Prometeo*, hay que pasar a *por Francisco de Asís*, donde Eros y Agape se concitan en la estrella matutina de Eutopía. En fin, que no habrá sujeto *poiético* o creador en un mundo sin *sujetos éticos*. Cualquier proyecto cosmo-eco-antropológico nada sería sin la convicción de que la condición de hombre es la de fin en sí mismo. Más decir esto y comenzar a construir de inmediato los valores del universo personal es una y la misma cosa. De nada valdría una huera declaración retórica sobre las excelencias de la condición creatural sin su desarrollo articulado y riguroso en la sociedad y con los demás hombres; nada es el discurso personalista sin su dimensión comunitaria, y ésta conlleva una economía, una estética, una ética, etc. Los hombres se humanizan trabajando juntos, comiendo juntos, jugando juntos, reflexionando juntos, dialogando. Trigo y cizaña van juntos, y a veces en el discurso del antagonista late el propio agonista, porque se es deuteragonista de una misma tribulación o perplejidad.

Pongamos un ejemplo, tomado de un libro de F. Savater, "El contenido de la felicidad" ("El País", 1986, pp.114-118), donde afirma: "Claude Lévi Strauss en *Le regard éloigné* establece taxativamente: 'Los derechos de la humanidad cesan en el momento en que su ejercicio pone en peligro la existencia de otra especie'. Y José Ferrater en *Ética aplicada* elaboran así ese dictamen: 'En virtud de la continuidad de los niveles de sistemas de realidades, los intereses de la especie humana coinciden con los intereses de otros vivientes. Los intereses humanos no son supremos; sólo lo son los intereses comunes a unos y a otros'." Contra eso se rebela así F. Savater: "Cuando el santón budista al que un enorme tumor canceroso deforma el cuello detiene a quienes quieren extirpárselo con un 'déjale crecer, él también está vivo', no es la voz irremediamente humana de la ética la que escuchamos, sino la sobrehumana —y a menudo inhumana— de la religión... No sé si los hombres son mejores en todo sentido que los animales: Lo negaron el escepticismo irónico de Montaigne y la misantropía metafísica de Schopenhauer. Pero desde luego sus intereses son *supremos*, es decir, son los únicos a partir de los cuales podemos interesarnos o valorar cualquier realidad existente. Los intereses del hombre son supremos para los hombres, única especie explícitamente axiológica que nos ha sido dado conocer por el momento". Pues bien: ¿Por qué no aceptar el discurso humanista que hay en estas líneas de Sa-

vater, a pesar de las discrepancias de fondo que —muchas graves— se adivinan posibles al respecto? Pero de ahí no se puede tampoco deducir que sea Savater un personalista comunitario, pues otros aspectos de su obra no lo son: Su encendida apología de Nietzsche, su loa del conflicto, su elitismo de lo heroico, su instalación en la estética del poder, su horror a cualquier forma de socialismo, su fobia a lo comunitario, etc. Así pues un esfuerzo de discernimiento precisa saber el terreno donde el otro se mueve, para evitar rechazos globales o aceptaciones incondicionales. Tal es el juego de la libertad consustancial a la formación de una conciencia y de un carácter.

Nunca hubo como hoy tanta necesidad de originalidad, porque pocas veces el cansancio llegó tan lejos; y las palabras estuvieron tan gastadas. Ni siquiera vale ya la taxonomía izquierda-derecha: La derecha egoísta, solipsista y acomunitaria cuyas proclamas sobre el hombre contradecían los hechos y su proclamado teísmo era economicismo justificador; la izquierda sensible a los valores de la justicia y la solidaridad así como a la poesía, aun a riesgo de destruirlo casi todo. Pues bien, ya la realidad no es como fuere, y un discurso al que le falta realidad deviene pura ideología, radicalismo verbal incapaz de apresar el curso de la historia. Hace falta cabeza, no sólo corazón. Con la cabeza ¿el Estado es hoy de izquierda o de derecha? ¿quién le apoya más ahora el liberalismo, el marxismo, el fascismo? ¿la economía de los planes ordenancistas favorece más las buenas causas que la del libre cambio? ¿está la derecha más cerca del Dios que proclama? ¿dónde se defienden más los derechos del hombre y del ciudadano? ¿la vida cotidiana de un gochista es más generosa que la de un fascista? ¿qué grado de solidaridad real late en los ecologistas verdes respecto del Tercer Mundo? No sería fácil responder ya con las categorías de antaño, por eso urge un análisis profundo de los referentes tradicionales y de los valores y realidades de izquierda y de derecha, si no queremos que tales designaciones terminen por no ser más que una mera fijación ideológica o el acostrado refugio de mil perezas invisibles o inconfesables. Por lo demás, honestidad obliga: No se debe elegir un segmento pasado de la historia (aunque sea nuestro favorito) para definir la actual realidad según deseos. Una sólida formación crítica como la que demanda nuestro tiempo se aterra ante lo tópico y estimula las categorías significativas en la historia, especialista en ver girar la rueda del ser. No hagamos tampoco como los malos expositores que por sólo dominar los primeros temas del temario no explican los finales; no nos detengamos en exceso en las exigencias formativas para rehusar las plenitudes transformativas, pues al fin y al cabo la altura y la

riqueza del ser se miden por la acción, último estadio de la formación, y no su extrarradio ni su margen. A la altura del segundo milenio vivamos de otro modo, inauguremos residencia en otro hogar, que no consiste en cambiar meramente la domiciliación.

Casi siempre hay miedo a equivocarse, y es cierto que no debería apresurarse ningún caminante sin brújula; pero se olvida que el miedo a equivocarse es ya él mismo una equivocación que puede degenerar en muerte por inercia. Para ser personalista no hay que entrar en posesión del carnet de muermo o de las paperas misticoides. El aburrimiento es la enfermedad mortal del personalista inactivo. No hay conocimiento sin interés ni interés sin conocimiento, siendo buena una cierta impaciencia como mala una impaciencia excesiva. Lo mismo vale para todo: Una cierta voluntad de poder es también una cierta voluntad de servicio. Lo que se hace se des-hace, nuestro corazón se pudriría sin el complementario curso de sístoles y diástoles. Pero todo esto dista de la "militancia" aborrecible y sin alma de los borregos hiperactivos, con frecuencia conducidos al matadero por la misma mano que los condujera a la manifestación. No es la de "militante" una profesión de la que andar alardeando, y menos aún si esa militancia (de bélicas resonancias) se sirve de banderines de enganche animadversores, de banderas y parafernalias belicosas. No nos gusta ni siquiera como servicio de urgencia cercano al zafarrancho de combate. Un personalista comunitario no se encuentra del todo cómodo con la profesión triunfante de la militancia fanatizada. Una cosa es dar testimonio y otra ser militante, a juzgar por la experiencia segregada por la historia. Los militantes viven entre órdenes de combate, caudillos, máquinas para cruzir. Los demás, los no-militantes-pero-actuales fundan comunión en la experiencia de libertad. Buscan acuerdos, elaboran teoría, adensan identidades, intercambian apoyos, y se quieren. Pero tienen horror al doctrinarismo de las ideas fijas que suelen propiciar disolución. Tienden, eso sí, a crear una identidad en foros, tertulias, simposios, manifestaciones y toda clase de presencias, pero el sectarismo no es su mejor herramienta; si tiene para ellos algún sentido la militancia es como militancia de todas las causas que merecen la pena, y no sólo de la suya, por eso nadie conocerá su opinión antes de abrir la boca, pues están abiertos a la ajena argumentación y al enriquecimiento de la sorpresa. Aunque pertenezcan a iglesias y acepten credos, los vivirán con la libertad de los hijos de la verdad. Porque no interesa en última instancia fundar una parroquia sino potenciar una ecumene.

Desde tal perspectiva el Instituto sólo tendría una racionalidad mediada, presta siempre a la asunción de un orden de fines más amplio; no

por eso desmerecíamos nuestra condición de amigos de Mounier, el cual rechazó siempre el “mounierismo” en favor de encuentros por encima de siglas. Esto exige nuestra disponibilidad plena hacia las mejores causas, que son nuestras causas. Encarnar ese discurso sin discursar sobre su necesaria encarnación se hace desde la disposición de cada cual: Desde el campo, la fábrica, el taller, la escuela, la pluma, el estudio, el paro obligado, la calle, el recreo, el aparente no-lugar, la real pobreza, la sencillez (que es sede de la altura).

Es propio del adulto reconocer la realidad, y del niño moverse en el deseo. Cierto que la vida del niño está presidida por el imperio de la ficción, y eso no lo queremos para nadie, tampoco para el Instituto: Tenemos que reconocer nuestra modestia y nuestra debilidad. Pero es propio del adulto ser un poco niño sin dejarse abrumar por el presente erizado de dificultades (¿qué presente pleno no fue presente álgido?), antes al contrario soñando tiempos más plenos que de alguna manera quedan anticipados en la fusión de horizontes con lo real. En cualquier caso hay que dar al adulto lo que es del adulto, y en este caso lo adulto es saber que el Instituto podrá seguir mientras exista voluntad colectiva, aunque sea minoritaria, pues aquí o todos navegamos o todos perecemos. Y a la afirmación “sin Dios ni Razón ni Estado que justifiquen de modo absoluto los valores, la búsqueda del sentido de la acción se convierte en una aventura personal y problemática, heroica”, tal y como quiere Savater (Op. cit, p.62), responderemos: La divisa “Dios-Razón-Estado” es tan maniquea como la otra de “Dios-Patria-Rey”, ambas coinciden en amalgamar para exaltar, ya sea destructiva ya sea laudatoriamente, lo que de suyo es inamalgamable. Para no amalgamar en falso hacen falta mayores dosis de discernimiento crítico y voluntades menos heroicas: Basta con que sean personales. El Instituto Emmanuel Mounier quiere ser el lugar de tal discernimiento para personas no obligadas a lo heroico, sino invitadas a la intensa cotidianidad, corriente arriba casi siempre.

3.— “Comunismo, anarquía, personalismo”.

Decíamos hace un momento que ya no valen las definiciones pasadas, y que lo real obliga a la permanente reelaboración y al reexamen continuo. He aquí un botón de muestra realizado por el propio Mounier en su obra “Comunismo, anarquía, personalismo”.

Mounier (de breve vida: 1905-1950) ha obtenido el veredicto de “clásico” al menos por dos motivos: Haber fundado la revista *Esprit* (1932), e impulsado el *personalismo comunitario*. Tengo para mí que su mejor

obra es “Comunismo, anarquía, personalismo”, todo un tratado de *metafísica política*, o, si se prefiere, de *sociología de las profundidades*, compuesta formalmente por tres escritos aparecidos en “Esprit” con diversa fecha: *Anarquía y personalismo* (marzo de 1938), *Breve tratado sobre la mítica de izquierda* (marzo de 1938), y *Debate en voz alta con el comunismo* (febrero de 1946). Cuando el fallecido Jean Lacroix editó en 1966 (Ed. du Seuil) estas páginas, pensó editar un breviario sistemático del pensamiento político de Mounier, y así lo creímos también nosotros al traducirlo en 1973 (Ed. Zyx). Por aquel tiempo tal creencia no fue compartida, empero, por Alfonso Carlos Comín (Obras de Mounier, I, Laia, 1974). Desgraciadamente no hubo diálogo en profundidad entre nosotros, y yo acusé a Comín (“Mounier: Ética y política”. Ed. Cuadernos para el Diálogo, 1975) de marxistizar a Mounier, y Comín (en “Carta abierta a E. Mounier”, Cuadernos, mayo de 1975) replicaba así: “Carlos Díaz ha dicho que frente a los usos centrista, democristiano y anarquizante que de ti pueden hacerse —el último representado por él, según la interpretación que hace, creo que abusiva, del prólogo que he hecho para la edición en castellano de tus *Obras* —yo trato de defender un uso comunista de ti, un uso que yo personalizo...— Creo que es una notable simplificación de cuanto trato de exponer en ese prólogo, yo diría que más amplio, más matizado de temas y resonancias recibidas de ti, Emmanuel. Pues no fue ese tema el único por el que te batiste, aunque históricamente para mí fuese decisivo ver cómo te aproximabas al marxismo en cristiano que penetra su raíz —las masas en lucha— y que no teme señalar los jalones del materialismo y del colectivismo. No pretendo anexionarme a nadie. Si he dado pie a esa interpretación, canto el ‘mea culpa’. No digo —no creo haber dicho nunca— que tu pensamiento sea un pensamiento marxista. Digo y repito que si la evolución de los cristianos ha seguido, a ‘grosso modo’, cuatro etapas, que trato de resumir en el citado prólogo, tú eres pionero de la segunda. Etapa que, superando el rechazo categórico y sin fisuras del marxismo, actitud tradicional del pensamiento cristiano ante el surgimiento histórico de la nueva teoría, de la nueva praxis, conduce a un afrontamiento leal del marxismo desde la perspectiva cristiana. Etapa que supone un intento de aproximación a diversos aspectos del socialismo científico, reconocimiento del método marxista como fundamental para el análisis histórico, inicio del diálogo que ‘acepta verdades’ en la otra parte. Por ese mismo reconocimiento, críticas a las desviaciones históricas del comunismo, críticas al oportunismo de ciertos partidos occidentales, denuncias los excesos del estalinismo, etc. No creo que colocarte como pionero de esta etapa sea convertirme en comunista *avant la lettre*”.

¿Leía Comín a Mounier, o descubría antes a Marx? ¿Leía yo a Mounier enderezándole hacia un anarquismo clásico porque nunca creí en el “método” (y menos aún en el método “científico”) marxista, como tampoco en sus mitos, hoy residuales como se prueba ya? Juzgue el lector interesado leyendo a Mounier, un hombre cuyo rasgo esencial era su *ontología cristiana*, su *anima naturaliter christiana*, evangélicamente comprometida con los últimos ya viviesen ellos bajo banderas rojas de hoz y martillo, ya rojinegras ácratas. España no podía entenderlo bien, porque *seguía en guerra* (como todavía sigue: En discordia civil de culturas enfrentadas). En efecto, Juan Gómez Casas, ulterior Secretario General de CNT, decía en carta a la redacción de “Cuadernos” (junio/julio de 1975): “La sorprendente carta abierta a un hombre muerto hace veinticinco años resulta, en verdad, un bello trabajo, inspirado y emotivo, pero retórico. Puede que Comín reserve lo nuclear de su argumentación, lo que no es literatura, para la respuesta que dice haber dado a Carlos Díaz. Yo creo también con este último que la finalidad de Comín en su prólogo a las Obras Completas de Mounier sea la de ‘desterrar fundamentalmente el uso anarquizante’ de la obra de Mounier”.

Hoy el consenso ha desterrado la emoción hermeneútica y la tensión novatoria, los caballos de Atila andan desenkantados (o sea, que no leen a Kant), hoy no interesan los discursos éticos sino las incursiones étlicas. Pero Mounier vivió otra orquestación; en carta a Emile-Albert Kilaus (6/9/38. Oeuvres, IV, p.618) dice: “Sé que hago más bien a *Esprit* con estas seis semanas, por ejemplo, en que he abandonado las obligaciones corrientes para zambullirme en la literatura anarquista en un momento crítico, y sacar cien páginas de este trabajo, que haciendo exquisiteces en la cocina de la gestión, o multiplicando mi vida de relación y los hobbies. Desde el ‘Manifiesto al servicio del personalismo’ (aún necesité un mes de vacaciones bien aisladas a veinte minutos de cualquier pueblo y fuera de todo circuito) no he podido hilvanar más que artículos circunstanciales, pero ningún proyecto de largo alcance”. Esta búsqueda de desierto, esta retirada deseando recargar los odres teóricos tan inevitable para aguantar la sed derivada de la práctica y de los agobios diarios, es constante en Mounier, y ahora diremos por qué elige todo esto como materia de reflexión.

Del 1937 al 1947 la Segunda Guerra mundial, que además es para Francia una guerra civil que divide a sus hijos en resistentes frente a aquiescentes a Hitler, pone de manifiesto la crisis tanto del catolicismo tradicional como de la izquierda; ante ella, Mounier buscará impulsar lo más vivo de ambos espacios, alentar la crítica mutua, saludar a la verdad



con independencia de su origen, y rehacer el renacimiento partiendo de una cristiandad difunta. ¿Cómo hacerlo?

Ya en 1917 Pierre Pascal justificó en la *Summa Theologica* su adhesión al comunismo, y a partir de 1920 algunos cristianos se adhirieron a la *Asociación republicana de antiguos combatientes* nacida del Partido Comunista que había surgido en 1920 como el español a partir del Partido Socialdemócrata. Ciertos católicos pasan al sindicato comunista de la CGT, y paralelamente surge la *Federación de Socialistas Cristianos de Lengua Francesa*, organizando la recién creada *Terre Nouvelle* algunos desfiles de cristianos progresistas, comunistas, y socialistas entre 1934 y 1935, siendo finalmente puestos en el índice en julio de 1936 tanto la revista como el movimiento a que aludimos. Están naciendo la JOC y la AC, pero la *Quadragesimo anno* condena en 1931 al comunismo por ateísmo. Por respuesta, las *Juventudes Comunistas* de Thorez practican la política de la *mano tendida*, mientras los primeros curas obreros y los diálogos marxo-cristianos inician su escalada. En medio de todo esto, lo diferencial de Mounier y *Esprit* es ser cristiano sin negar el marxismo ni aceptarlo como método de análisis siquiera; es simplemente ser evangélico, aprovechando los elementos purificadores de todas las otras filosofías; es ser crítico con los demás y con la propia cristiandad. Pero había que hacer más: ¿no era también el marxismo la última floración del árbol socialista y comunal? ¿y cómo entender la adhesión popular a su fragancia, sin remontarse a la raíz del movimiento obrero? ¿cómo anclar en el presente sin arraigar en un pasado más vivo y futurador que el presente mismo? En esta intuición ni siquiera el propio comunismo se entendería sin el anarquismo.

Además resulta que el año 1937 habían reverdecido los laureles anarquistas en la España republicana, y *Esprit* rebrotó con el ajeno verdor en una nueva primavera, aunque España no fue más que la ocasión para que Mounier se entregase con fruición a la torrentera de vida y al chorro de luz del anarquismo que tan brillantemente condensaba las aportaciones obreras de Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Reclus, Guillaume, Grave, y tantos otros, sobre todo las de los pensadores franceses (Mounier no iba a ser la excepción en ese deporte tan nacional del chovinismo francés).

Naturalmente, y dado el encono habitual, los comunistas no vieron precisamente con los mejores ojos el interés de Mounier por "la otra" tradición (a la par tan central en el socialismo y más aún en el francés), considerándole como un pequeño burgués anhelante de pureza y excesivamente crítico con las impurezas de la acción comunista; el mismo Ro-

ger Garaudy, siempre tan vanguardista, lo fue también para aquel trance. En realidad, el anarquismo no se consolidó en parte alguna pese a actuar como vapor que cala hasta los huesos, y Mounier no pudo perder de vista —pese a la impureza— a Rusia, condensación del marxismo y “navío que salvará la deriva de nuestras esperanzas”, navío al que había que subirse para criticar su rumbo, y nunca como mero compañero de viaje o como polizonte. Así que por todo ello mantengo sin muchas matizaciones lo escrito al respecto en 1973: “Cuando Mounier marxistiza lo hace desde el anarquismo. La tensión entre estas dos modalidades de lucha y de comprensión de la realidad nunca abandonó a Mounier. Podemos decir que si el anarquismo es rechazado desde dentro, el marxismo es aceptado desde fuera... ¿Estamos autorizados a decir que emocionalmente y hasta vitalmente Mounier tendía al anarquismo, y que científica y sistemáticamente propendía al comunismo? Tal vez, pero no lo aseguráramos con certeza, pues esta afirmación implicaría otra: Que el anarquismo no fuera científico ni sistemático en absoluto, ni el marxismo vital y emocionalmente deseable”.

Sea como fuere, Mounier denunció la burocracia del comunismo estatal cuando nadie lo hacía desde la izquierda; anunció también los riesgos de un anarquismo metafísicamente dogmático y prácticamente sectario, y hoy todos pueden comprobar su crisis sentenciada; analizó las miserias de la izquierda narcisista, y ahí está su putrefacta decadencia tras el banquete; apeló al pueblo como sede de virtudes posibles sin desconocer sus vicios reales ni alegar populismo alguno, antes al contrario prefiriendo el flagelo a la palinodia, cuya ausencia marca el declive popular; resaltó la lucidez y la generosidad históricas del movimiento obrero, aunque asimismo puso el dedo en la llaga de sus malquistadas deformaciones, y henos hoy ante un sindicalismo fosilizado y acrítico; habló de las patologías degenerativas del socialismo, y éstas las ven hasta los más miopes (aunque los nuevos delfines rechacen con los viejos dragones toda crítica como proveniente de “la derecha”); Mounier murió a los 44 años de un infarto, abierto *El Capital* sobre su mesa de trabajo a las tantas de la madrugada, y sin riqueza en su cuenta corriente, lo que tampoco es mala herencia. Pero estas páginas de “Comunismo, Anarquía, Personalismo” son otro tipo de herencia magna. Por ejemplo:

A) “Si el obrero es mayoritariamente incapaz, ¿a quién envía en su representación? En principio a burgueses, y en número tal que un día podría llegar en que el partido ‘obrero’ estuviese compuesto sobre todo por economistas, abogados y patronos... Pero hay aún cosas peores para el movimiento obrero, como estar dirigido por obreros transformados

por su ambición en burgueses... En 1839 es preciso registrar la primera traición resonante, la de Feargus O'Connor, no hacía mucho líder de la tendencia violenta del cartismo: Nada le interesa más que sus luchas personales por el poder. Los tráfugas no han parado desde entonces... La experiencia está ahí para decir que nunca una clase privilegiada ha abandonado sus privilegios por las buenas o por persuasión... Toda revolución política que se haga antes y en consecuencia fuera de la revolución social será necesariamente una revolución burguesa... La base pierde el hábito y luego el gusto de la discusión y de la iniciativa. Remite a los órganos rectores, se alienta entre sus manos". Y si esto es así ¿no tendrá remedio? ¿O habrá que echar pelillos a la Mar...bella de la *jet society*? ¿y andar tras la denuncia de tamaña engañifa equivale a ser reaccionario? A pesar de todo, Mounier invita a superar la taxonomía izquierda-derecha cuando ya carece de sentido.

B) Primero se es obrero, luego líder, más tarde parlamentario, y finalmente progresa, cayendo bajo "la intimidación que ejerce sobre sus espíritus la sola palabra 'izquierda' (con sus variantes: Las ideas *nuevas*, las ideas *avanzadas*, las ideas *amplias*, y toda una serie de fórmulas satélites). Partidos moderados la enarbolan con la misma psicología comercial espontánea con que el fabricante de conservas llama semifinos a sus guisantes más gruesos, semifinura que parece más fina al cliente que busca finura y no semigordura". Varapalo a quien corresponda, pero a los neoprogres díceles Mounier: "Estoy pensando en algunos que conozco cuya cabeza está bien hecha y cuya sensibilidad es crítica. Nacidos de la burguesía, pequeña, grande o mediana, habiéndoles hecho ver durante mucho tiempo que la izquierda es el desorden establecido cual es usual en su ambiente, y que socialismo, parlamentarismo, anticlericalismo, república de camaradas, derrotismo, revolución, todas estas nociones bloqueadas en su sensibilidad infantil repugnaban el sentido del honor y de la generosidad, sin embargo un día descubrieron que había hombres que vivían generosamente tras esas mascaradas, que esta izquierda defendía algunas causas esenciales de la civilización contemporánea. Felices aquellos que no hayan cedido a tanta indignación contra su pasado prejuicio, que no se hayan pasado al extremo contrario. No debe asombrar que ahora se esfuerzan un poco excesivamente en borrar de su herencia el rastro de odio que asumieron en nombre del bien. Tal vez no estén curados de un remordimiento demasiado próximo, y su necesidad de acusar para comprender no haya encontrado aún de verdad su equilibrio. Pero una convicción fuerte que cada día se consolida es un poderoso reductor del resentimiento". Amén, amén.

C) Tercer movimiento: El poder. “Todo ministro es San Luis al empezar, y Luis XIV cuando puede, pues el poder atrae a lo corrompido y corrompe a lo que atrae. París, la Elite, los Salones, la Ironía, las Mujeres de Lujo ponen sitio interesado... Todo diputado de buena fe os dirá que un año antes del fin de la legislatura el control de sus comités hace de él un idiota. De ahí que preguntemos si el ideal del funcionario controlado es ese Lebrun, ministro de asuntos exteriores de la Convención, que iba a su despacho entre dos gendarmes y fue finalmente guillotinado”. ¡El poder, qué maravilla si se pilla! “Nosotros —dice un libro intitulado “De Suresnes a la Moncloa”, 1984, p.103— en el 77 hicimos una campaña juvenil, intencionada y deliberadamente juvenil. Aire fresco, gente que no tiene nada que ver con el pasado, todo muy abierto, camisa de cuadros, lo que yo llamo ‘la campaña amante’. Felipe iba con un traje oscuro, los carteles no tenían apenas color...” Propagandistas del poder: Me encantaría que tuviérais un cuarto de hora cada noche para deleitaros con *Comunismo, Anarquía, Personalismo*; haríais, si no otra campaña, al menos otro papel y hasta puede que vuestra democracia os fuera devuelta como “el control continuo y eficaz que los gobernados ejercen sobre los gobernantes, el esfuerzo perpetuo de los gobernados contra los abusos de poder”, al menos el esfuerzo del personalista comunitario desconfiadillo del poderío.

D) “Queremos liberar al proletario, escribía Fournol, para que lea libros, y a los americanos para que puedan comprar un automóvil... Abundancia, paz, ocio, aumentos, todo eso es muy legítimo, pero ¿es todo lo que hay que decir a una civilización que se muere? Una paz de tranquilos y de dimisionarios, un domingo perpetuo, una actividad higiénica y sin riesgo, una especie de muerte lujuriente... ¿dónde está la llamada revolucionaria de las grandes épocas a la obra heroica? ¿por qué entretienen los poseedores de situaciones políticas al pueblo en ese sueño pequeñoburgués? ¿por qué sino porque ellos mismos tienen una visión del mundo pequeñoburguesa?” Europa es “una especie de ente de razón paliducho”, y la famosa “civilización occidental” es ese Mercacomún que asume sin pestañear y como si se tragara un arenque sin importancia a la vez la “muerte del hombre” (primado del antipersonalismo) y “el indefinido crecimiento de los niveles de consumo”. De esta pócima compuesta de cañones y grasas no más, por favor.

E) Dice Mounier en este libro que “no se hace política con arcángeles, y los políticos eclesiásticos no van a la zaga de los políticos laicos a lo largo de la historia. Pero las Iglesias pesaban por sí mismas contra sus empresas fraudulentas por el contrapeso interior de una inspiración que proscri-

be la mentira y el desprecio del hombre. El humanismo moderno guardaba en el corazón mismo de su maquiavelismo de buena sociedad el poder disolvente de una moral universal aunque frágil que servía a su hipocresía cuyos efectos a la vez dislocaba. Nuestra generación ha visto llegar el momento inquietante en que la mala fe se ha acostumbrado a sí misma hasta el punto de no percibirse siquiera a sí misma como mala fe y de inventarse una especie de alegría joven así como de virtud naciente". Amoralismo virtuoso, criticarte no es desestabilizar otra cosa que tu fosilizado narcisismo.

He aquí, en suma, algunas muestras de lo que es una mentalidad abierta a su tiempo y en diálogo con la historia. Se trata, de todos modos, de un solo de piano para pianista solo, pero ¿por qué empeñarse en desafiar con la masa para no sentirse solo? Un pianista bien temperado tampoco está mal.

III) EPILOGO: WOODY ALLEN EN EL COLEGIO, O NO SOMOS DE PIEDRA.

Es duro tocar solo, y más sencillo adoptar la actitud escéptica e irónica de Woody Allen, que no quería verse internado en el hospital por tener que dar un salto mortal hacia atrás en mitad de una refriega verbal. Para evitar disputas Woody acepta todo: Que la estructura de la frase es innata pero el relincho adquirido; que todas las conversaciones especialmente las más íntimas deberían sostenerse con banderas de señales; que compensa ponerse la chaqueta sin quitarse el colgador para que los discrepantes reconozcan al menos nuestra anchura de hombros; que entre esencia y existencia una de las dos es preferible a la otra, aunque no se acuerde de cual; que la obra de otro y la propia son similares, pese a carecer de una idea exacta respecto de la obra del otro; que el timbre señala el final de una clase y no más bien el comienzo de otra o viceversa; que pese a enfatizar sobre la no-existencia lo importante es saber cómo hacer si te ataca pronto; que aun detestando la realidad es ella el único lugar potable para conseguir un buen bistec; que todo lo anterior son las primeras notas para una novela de ochocientas páginas, el gran libro que todos esperaban; que aun prefiriendo discrepar en preferir la incineración a la sepultura y ambas cosas a un fin de semana con la suegra, ello no impide asentir en aquella recomendación tan necesaria para todo escritor en ciernes: "Al terminar la frase interrogativa pon un signo de interrogación. No tienes idea de la fuerza que le darás a la frase".

Uno está tentado a no contrariar para no sufrir. “¿De qué está usted tañ gordo?, pregunta el flaco, a lo que el gordo responde: “De no discutir”. “No será por eso”, arguye el flaco. “Pues no será por eso”, redarguye el gordo. ¿El huevo o la gallina? Los dos, el huevo lo puso Erasmo y lo incubó Lutero. Al “¿estudias o diseñas?” de hoy que sustituye al “¿estudias o trabajas?” de ayer contestaremos conciliadores: Estudio diseño, pero también diseño estudios. No hay discusión entre dos si uno es refractario a la pelea. ¿El Señor Guerra la modernidad? Pues nada de guerra a la modernidad, échense pelillos a la mar, y defínase a los pos-modernos como de pos-Guerra, y a los pre-modernos como de pre-Guerra. ¿Que es malo/bueno el patriotismo? Sí claro, pero los artífices del patriotismo vasco/catalán siembran asechanzas contra el calcañar del patriota castellano. ¿Hermanables el Opus y el Psoe? Tal vez, pues las posibles corruptelas no las cometen las instituciones y las obras, son Obra de sus miembros, la estructura es *res sancta*, al punto que socios de la Obra y socialistas del manubrio componen idéntica Familia a la Saint-Simon: Felipe recomienda a las Juventudes Socialistas mantener la unidad de la familia adulta y de la juvenil, pues decencia honra a familia bien avenida, y la herencia une y fundamenta más el derecho de sucesión que la guerra de secesión, así que más vale administración de lotería en mano que pedreas volando, *hortus conclusus* y todo O.K. ¿El señor Ruiz Gallardón Junior conservador? “Siempre fui progresista, que no es lo mismo. Sólo que antes no me daba cuenta de que el progreso, el verdadero progreso, está en los partidos conservadores”. Pues claro, hombre, “il n’y a de science que de ce qui est caché”, según dijo Gaston Bachelard. Por la misma regla de tres el Teniente General Armada se define como demócrata de toda la vida, etc, etc. ¿Mister Reagan suministrando armas a su feroz enemigo Jomeini? ¿España pacificando a Irán-Irak enviando armas con equidad a entrambos contendientes? ¿Pedir abolición del oficio de verdugo si queda en el paro un montón de encapuchados? ¿Pero qué preguntas son esas? Fuera, fuera, sea la fanta-ciencia, la lógica de lo escotomizador, el saber de lo oscuro, la alquimia de la inconsciencia, el seguro de vida del consenso, traiguemos con todo, no más peleas, ficha cármica, clarividencia y clariaudiencia, sesiones mediúnicas, y deja que gire el mundo mientras Láque-sis, Cloto y Atropos contemplan la rueda del mundo con sus tres usos. Nadie daría más por menos, ¿hay quien dé menos? Woody: esa es tu tentación, la que quiere ahorrarse el descensus y sólo quiere el triunfo, pero no es el camino del sur,

De todos modos, todos tenemos un ramalazo de Woody, y nadie es de piedra, ni siquiera la trayectoria hacia el sur es pétreo. Al menos yo no

soy de piedra esta tarde neblinada en que con un disco de "negro spirituals" relleno folios sin editor al que convencer ni público al que entusiasmar. Se lo cuento. Vayamos por partes.

Lo de la tarde y el disco no son más que el puro marco existencial, y aunque contribuyan al decaimiento no lo producen. Otra cosa más sería y de fondo es verse obligado a guardar en los cajones originales dispuestos para la imprenta porque uno no tiene ya a quien confiarlos. El editor se defiende quizá razonablemente alegando que el contenido de tus folios es demasiado elevado, o que el estilo es duro, o que tienen mucho de pedantuelos o irrespetuosos. Añade el editor que la crisis no invita al riesgo, que tú no vendes, y que no está el horno para Eutopía. Y tú te preguntas ¿cómo será tan malo mi producto? Y esa misma tarde te acomete la tentación de colgar en un rincón el menguado laud que hasta entonces tomaras por dorada y armoniosa lira, y de no conceder a la intemperancia poética la licencia de expresarse en tal o cual romance más o menos jacarandoso, de trocar en fin la lira por modesta vihuela y escribir tan sólo cartas a los amigos.

¿Es para menos? Quien tanto escribió en vida y tan solo se halla puede recalar en el desaliento, sobre todo si osa compararse con el exitoso Mesonero Romanos, que canta así: "El librero Cuesta, apartándose por primera vez del retrainimiento usual en el gremio y haciendo alarde de una inaudita magnificiencia, se me presentó (concluida que fue la primera edición) con la pretensión de hacer de su cuenta y riesgo la segunda, y para apoyar materialmente la demanda puso, además, sobre la mesa de mi despacho una talega de mil pesos duros, contantes, sonantes y de cordoncillo (no se habían todavía inventado los billetes de banco) con lo cual hube de... lisonjearme de que si al genio poético de Bretón le fue dada la gloria de llevar la gente al teatro, a mi pobre y prosaico ingenio le cupo en suerte el no menos difícil triunfo, inverosímil entonces, de enseñar al público el camino de la librería". Lo cual que es para lisonjearse, en lugar de entregarse a la tristeza en esta tarde plúmbea con el "sorry I never knew you" del disco, disco que va siendo usual en cuanto editor me cruzo por el camino, y no es broma.

Hay más; se rechazan los libros porque las ideas no venden. He aquí cómo esas ideas, las del personalismo comunitario, son "entendidas" por un subdirector de importante periódico de ámbito nacional, y en cualquier caso cómo son vituperadas: "Aquel extraño viaje de Suárez por los estrafalarios mares ideológicos del personalismo comunitario no fue precisamente virtuoso. Proponer como alternativa a las ideologías tradicionales europeas ese extraño guiso teórico llamado *personalismo comunitario*,

a base de elementos cristianos y el rechazo tanto de capitalismo como de marxismo, que cristalizó y aportó elementos doctrinales para aventuras políticas como la del extraño general Velasco Alvarado en Perú, resultaba un poco duro. Superada esta fase, el CDS parece reafirmarse en su diseño ideológico plasmado en el programa de las últimas elecciones generales, en esa mezcla de liberalismo, radicalismo, y socialdemocracia internacionalista” (José Luis Gutiérrez: In “Diario 16”, 13 de septiembre de 1986). Mejor no comentarlo.

A la vista, en fin, de todo lo cuyo, bien quisiera yo estar siquiera a la altura de don Manuel Fraga, pues aunque sea cierto que como dice el empresario Olarra su ex-patrón no gana nunca, al menos sus derrotas son muy aireadas por la prensa, la radio, la televisión, la morisma y el sovieta-men, no hay que olvidar que lo del personalismo sureño no tiene luz ni taquígrafos, y apenas le llega la camisa al cuello. Así que dadas las circunstancias tendremos que ir pensando en demandar al Estado para exigir en desagravio ser alimentados en el Pritaneo, ya que nos negamos encima a tomar la cicuta.

En fin, concluyamos; en lugar de ponernos melodramáticos en plan “seguiré escribiendo en solitario hasta la última gota de sangre mientras quede una causa y una esperanza”, no nos moverán, etc, etc, casi tendremos que aspirar a emular a Fritz Raddatz, corresponsal cultural del periódico de Alemania Occidental *Die Zeit*, que obtuvo un premio de 15.000 dólares por comprometerse a no publicar en el futuro una sola línea y a ejercer “un oficio útil”, como muestra de arrepentimiento por sus incursiones literarias. Este premio al silencio literario fue establecido por una sociedad editorial de Hamburgo justamente “en beneficio de la literatura alemana” y en memoria del polemista austriaco Karl Kraus (1874-1936). Kraus había escrito que “los premios de promoción hacen un flaco servicio a las bellas artes”, para añadir que “un premio de disuasión sería una bendición auténtica”. Y nada más, hayga paz.

INDICE

PRELUDIO EN FORMA DE ENTREVISTA	7
A) DIMINUENDO:	
ESTADO DE LA EUROPA DEL ESTADO	15
I) <i>MOLTO AGITATO: ESTADO DEL CAPITALISMO.</i>	
<i>CAPITALISMO DEL ESTADO</i>	17
1.— Europa está servida	17
2.— La tripe “E”: Europa, España, Estado	19
3.— Leviatán en zapatillas	23
II) <i>FUGA: ESTUDIAR, CONTARLO, REPRODUCIRLO:</i>	
<i>LA EDAD OSCURA</i>	33
1.— Poco allegretto	33
2.— Sostenuto	37
3.— Grazioso, ma non troppo	40
4.— Ancor piu calmo	42
5.— La Edad Oscura: Moderato diminuendo	48
6.— Finale: De cárceles, guerras y prostitutas	53
III) <i>CRESCENDO: LA PARALISIS DE LA</i>	
<i>SOCIEDAD CIVIL</i>	56
1.— La crisis burocrática estatal	56
2.— La crisis del paro	58
3.— La crisis del sujeto	58
IV) <i>DOLOROSO: EUROTAN</i>	64
1.— La crisis del complejo militar-industrial-nuclear	64
2.— En la “mani”: Allegretto: scherzando	70
3.— Salir de Europa	72

B) ACELERANDO:

ARBOL GENEALOGICO DE LA UTOPIA 77

I) *ANDANTE CON MOTTO: PAZ A LOS CORAZONES*

DE BUENA VOLUNTAD 79

1.— Metamorfosis: Ni Ovidio ni Kafka 79

2.— ¿Vísceras u hormonas? 81

3.— Las pesadillas de nuestros genios íncubos:
el enojo de los genes 83

4.— Agresividad 1, violencia: 0:
Parábola del incauto, el tramposo y el rencoroso 85

5.— A calzón caído, no; con estiércol de los bueyes, sí:
Adaggio affettuoso 94

6.— Lúcida ingenuidad frente a realismo político 96

II) *ANIMOSO HACIA EL SUR:*

NUESTRA CARTERA DE VALORES 99

1.— Superar el relativismo sin poder 99

2.— Carácter luminoso de los valores 100

3.— La captación emocionada, emocionante
y raciocordial del valor 103

4.— Jerarquía de la ciudad ideal 104

5.— Carácter personalista y comunitario de los valores 107

6.— Fragilidad e historicidad de lo valioso 112

7.— Protovalor 115

III) *MOLTO ESPRESSIVO:*

SONATA DE PRIMAVERA 117

1.— Valores recuperados 117

2.— Dolce e leggero: Esperanza 125

3.— Finale con sentimiento: Utopía 129

4.— “A nosotros, pianistas del siglo XX,
nos falta un piano 132

C) *ALLEGRO ENERGIICO:*

SINFONIA DEL SUR 139

I) *LENTO: PASADO Y PRESENTE* 141

1.— Pasado: El Concilio Vaticano II 141

2.— Presente: Los laicos cabalgan de nuevo:
He aquí un mal planteamiento si con él
se intenta suplir a clérigos cojos 151

II) INTENSO: SOLO DE PIANO PARA PIANISTA SOLO	157
1.— Carta abierta sobre personalismo en la España de hoy	157
2.— La identidad del Instituto E. Mounier ..	166
3.— “Consumismo, anarquía, personalismo”	171
III) EPILOGO: WOODY ALLEN EN EL COLEGIO, O NO SOMOS DE PIEDRA	179

LIBROS DEL AUTOR

- * *Personalismo obrero. Presencia viva de Mounier*. Ed. Zero, Bilbao, 1969, 111 pp. (3. edic.) (agotado).
- * *Hombre y dialéctica en el marxismo-leninismo*. Ed. Zero, Bilbao, 1970, 110 pp. (2. edic.) (agotado).
- * *Husserl. Intencionalidad y fenomenología*. Ed. Zero, Bilbao, 1971, 123 pp. (agotado).
- * *Por y contra Stirner*. Ed. Zero, Bilbao, 1975, 111 pp. (agotado).
- * *Introducción al personalismo contemporáneo* (con M. Maceiras). Ed. Gredos, Madrid, 1975, 246 pp. (agotado).
- * *El anarquismo como fenómeno político-moral*. Editores Mexicanos Unidos, México, 1975, 190 pp. (2. edic.) y Ed. Zero, Bilbao (edición aparte) (agotado).
- * *Besteiro, el socialismo en libertad*. Ed. Silos, Madrid, 1976, 255 pp. (agotado).
- * *Las teorías anarquistas*. Ed. Zero, Bilbao, 1976, 255 pp. (3. edic.) (agotado).
- * *Escritos sobre pedagogía política*. Ed. Marfil, Alcoy, 1977, 262 pp.
- * *Filosofía para 3 de BUP* (con J. Montoya). Ed. Marfil, Alcoy, 1977, 444 pp. (8. edic.).
- * *Religión para 3 de BUP* (con J.J. Valenceja). Ed. Silos, Madrid, 1977, 247 pp. (agotado).
- * *La actualidad del anarquismo*. Ed. Ruedo Ibérico, París, 1977, 151 pp. (agotado).
- * *Memoria anarquista*. Ed. Mañana, Madrid, 1977, 131 pp. (agotado).
- * *Mounier y la identidad cristiana*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1978, 206 pp.

- * *Historia de la Filosofía para COU* (con F. Quesada). Ed. Silos, Madrid, 1978, 314 pp. (2. edic.) (agotado).
- * *Antropología (Psicología)*. Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 1979, 317 pp. (2. edic.) (agotado).
- * *Contra Prometeo. Una contraposición entre ética autocéntrica y ética de la gratuidad*. Ed. Encuentro, 1980, 194 pp. (agotado) (hay traducción en Ed. Jaca Book. Milano, 1984).
- * *¿Es grande ser joven? Diálogo pedagógico con una juventud sin maestros*. Ed. Encuentro, Madrid, 1980, 204 pp. (2. edic.).
- * *Ética social para 3 de BUP* (con J.M. Benavente). Ed. Gregorio del Toro, Madrid, 1981, 249 pp.
- * *Sabiduría y locura. El cristianismo como lúcida ingenuidad*. Ed. Sal Terrae, Santander, 1982, 184 pp.
- * *La juventud a examen*. Ediciones Paulinas, Madrid, 1982, 194 pp. (2. edic.).
- * *Memoria y deseo*. Ed. Sal Terrae, Santander, 1983, 260 pp.
- * *El sujeto ético*. Ed. Narcea, Madrid, 1983, 269 pp.
- * *Tiempo para jóvenes maestros de jóvenes*. Ed. PPC, Madrid, 1983, 174 pp.
- * *Para ti joven, contra ti joven*. Ed. Paulinas, Madrid, 1983, 170 pp. (2. edic.).
- * *Profesores verdaderos y profesores falsos*. Ed. San Pío X, Salamanca, 1983, 172 pp.
- * *Intensamente, cotidianamente*. Ed. Encuentro, Madrid, 1983, 279 pp.
- * *Juventud 1985. Por la participación y por la paz*. Ed. San Pío X, Salamanca, 1985, 133 pp.
- * *Escucha, posmoderno*. Ediciones Paulinas, Madrid, 1985, 195 pp.
- * *Hegel, filósofo romántico*. Ed. Cincel, Madrid, 1985, 192 pp. (2. edic.).
- * *La última filosofía española. Una crisis críticamente expuesta*. Ed. Cincel, Madrid, 1985, 207 pp. (2. edic.).
- * *Corriente arriba. Ensayo de filosofía personalista*. Ed. Encuentro, Madrid, 1985, 238 pp.
- * *Prólogo e Introducción de la Fenomenología del espíritu*. Ed. Alhambra, Madrid, 1985, 165 pp.
- * *Ecología y pobreza en Francisco de Asís*. Ed. Aranzazu, Madrid, 1986, 150 pp.

* *El sueño hegeliano del estado ético*. Ed. San Esteban, Salamanca, 1987, 238 pp.

* *Eudaimonía: La felicidad como utopía necesaria*. Ed. Encuentro, Madrid, 1987. 200 pp.

* *Nihilismo y estética (Filosofía de fin de milenio)*. Ed. Gricel, Madrid, 1987.

* *Los nuevos jóvenes de la vieja Europa*. Ediciones Libertarias, Madrid, 1988.

* *Al Sur (Más allá de la O.T.A.N. de los cañones y del Mercacommún de las mantequillas)*. Editado por los Ayuntamientos, al Sur de Gran Canaria, de Santa Lucía y Agüimes. 1988. 192 pp.



AL margen de las grandes cosmovisiones, Carlos Díaz se configura como un hondo pensador y “sentidor” del cosmos, en tanto escenario de la persona humana. Crítico personalista, irrespetuoso a veces con los ídolos convencionales, Carlos Díaz ha desplegado a lo largo de su fecunda bibliografía (39 libros reseñados desde 1969) un coherente sistema filosófico, paradójicamente asistemático, de los más ricos y sugerentes del pensamiento español.

Implacable desmitificador del fenómeno político-moral, renueva la concepción cristiana de la vida, superando la ética autocétrica tradicional. Con su estilo desenfadado y lúcido, compagina el rigor con la claridad y la seriedad con la gracia, y aboga incondicionalmente por el hombre y sus afirmaciones fundamentales, eligiendo, de una manera natural y mágica a la juventud actual como destinatario.

BIG
860-4
DIA
SUR